



**RAYMOND
CHANDLER**

**La hermana
menor**

se

Lectulandia

«Era una muchachita menuda, pulcra, de aspecto bastante relamido, con pelo castaño liso y muy repeinado [...]. No llevaba maquillaje, ni pintura de labios ni joyas. Las gafas sin montura le daban un aire de bibliotecaria». Tal es Orfamay Quest, *la hermana menor* que, sorprendentemente, introducirá a Philip Marlowe en uno de los casos más complicados de su carrera. Publicada en 1949, la novela, esperada con expectación desde que seis años antes apareciera «La dama del lago», refleja en parte el *glamour* y las miserias de Hollywood que Raymond Chandler había tenido ocasión de conocer con motivo de su acceso al mundo del cine en los años anteriores. La acción trepidante en que se ve envuelto el detective está matizada aquí por un Marlowe más crepuscular, con el que Chandler perseveró en su empeño de dar plena dimensión literaria al género negro.

Lectulandia

Raymond Chandler

La hermana menor

**Epílogo de
Joyce Carol Oates**

ePub r1.0

NoTanMalo 15.9.16

Título original: *The Little Sister*

Raymond Chandler, 1949

Traducción: César Aira

Epílogo: Joyce Carol Oates

Traducción del epílogo: Juan Manuel Ibeas

Diseño de cubierta: Álvaro Domínguez

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El cristal de la puerta tiene una maltrecha inscripción en negro: «Philip Marlowe. Investigaciones». Es una puerta moderadamente sórdida al final de un pasillo moderadamente sórdido en ese tipo de edificios que fueron nuevos en la época en que los baños alicatados se convirtieron en los cimientos de la civilización. La puerta está cerrada con llave, pero al lado hay otra, con el mismo letrero, que no está cerrada. Adelante: dentro no hay nadie, solo yo y un moscardón. Pero absténganse los nativos de Manhattan, Kansas.

Era una de esas mañanas de verano claras y brillantes, frecuentes en California a principios de la primavera, antes de que baje la niebla. Las lluvias han terminado. Las colinas siguen verdes y en el valle al otro lado de Hollywood puede verse la nieve sobre las montañas más altas. Las peleterías anuncian las rebajas anuales. Las casas de citas especializadas en vírgenes de dieciséis años están haciendo grandes negocios. Y en Beverly Hills las jacarandas empiezan a florecer.

Yo había estado acechando durante cinco minutos al moscardón, esperando a que se posara. No quería posarse. Solo quería volar y cantar el prólogo de *Pagliacci*. Tenía el matamoscas en posición, y estaba dispuesto a dar el golpe. Había una franja de sol en la esquina del escritorio, y sabía que tarde o temprano pasaría por allí. Pero cuando lo hizo, en un primer momento no lo vi. El zumbido se había interrumpido, y ahí estaba. Entonces, sonó el teléfono.

Llevé centímetro a centímetro una lenta y paciente mano izquierda hasta el aparato. Levanté el auricular muy lentamente y hablé en voz baja:

—Un momento, por favor.

Deposité el teléfono suavemente sobre el vade de piel marrón. El moscardón seguía allí, brillante y azul verdoso, lleno de malicia. Aspiré con fuerza y descargué el golpe. Lo que quedó del insecto voló por media habitación y cayó sobre la alfombra. Fui hasta allí, lo cogí por el ala que le quedaba y lo tiré a la papelera.

—Gracias por esperar —dije al teléfono.

—¿Es usted el señor Marlowe, el detective?

Era una vocecita juvenil y preocupada. Dije que era el señor Marlowe, el detective.

—¿Cuánto cobra por sus servicios, señor Marlowe?

—¿Qué quiere que haga?

La voz se endureció un poco.

—No puedo contárselo por teléfono. Es... es muy confidencial. Antes de perder el tiempo yendo a su oficina querría tener una idea...

—Cuarenta por día más gastos. Salvo que sea la clase de trabajo que puede

hacerse por la tarifa simple.

—Es demasiado —dijo la vocecita—. Podría costar cientos de dólares y yo vivo de un pequeño sueldo y...

—¿Dónde está ahora?

—Estoy en un café. Justo enfrente del edificio donde está su oficina.

—Podría haberse ahorrado la moneda. El ascensor es gratis.

—¿Pe... perdón?

Se lo repetí.

—Suba y déjeme verla —añadí—. Si tiene el tipo de problemas que puedo arreglar, podré darle una idea...

—Tengo que saber algo sobre usted —dijo la vocecita con mucha firmeza—. Es un asunto muy delicado, muy personal. No podría hablar de él con cualquiera.

—Si es tan delicado —dije—, quizá lo que necesita es una detective mujer.

—Cielos, no sabía que hubiera. —Pausa—. Pero no creo que una detective mujer pudiera hacerlo. Sabe, Orrin estaba viviendo en un barrio muy duro, señor Marlowe. O al menos a mí me pareció duro. El administrador de la pensión es una persona sumamente desagradable. Oía a alcohol. ¿Usted bebe, señor Marlowe?

—Bueno, ya que lo menciona...

—No me veo capaz de contratar a un detective que consuma bebidas alcohólicas de ningún tipo. No apruebo ni siquiera el tabaco.

—¿Me despedirá si me ve pelando una naranja?

Oí una súbita inhalación al otro lado de la línea.

—Al menos podría hablar como un caballero —dijo.

—Será mejor que pruebe en el Club Universitario —repliqué—. Tengo entendido que allí quedan dos o tres, aunque no sé si le permitirán llevárselos a su casa.

Colgué.

Fue un paso en la dirección correcta, pero no lo bastante enérgico. Debería haber cerrado con llave la puerta y haberme escondido bajo el escritorio.

Cinco minutos después sonó el timbre de la puerta exterior de la pequeña oficina que uso como sala de espera. Oí cerrarse la puerta. Después no oí nada más. La puerta que une la sala de espera con mi despacho estaba entornada. Escuché y pensé que alguien se había asomado, había visto que no era la oficina que buscaba y se había marchado sin entrar. Entonces alguien golpeó muy suavemente sobre la madera. Después se oyó esa especie de tos que se usa con el mismo fin. Bajé los pies del escritorio, me puse de pie y fui a mirar. Allí estaba. No tuvo que abrir la boca para decirme quién era. Y nadie se pareció nunca menos a *Lady Macbeth*. Era una chica bajita, pulcra, de aire más bien remilgado, con el cabello castaño lacio y gafas sin montura. Llevaba un traje marrón y de una correa en el hombro le colgaba una de esas raras carteras cuadradas que hacen que uno piense en una hermana de la caridad auxiliando a los heridos. Sobre el cabello castaño reposaba un pequeño sombrero arrancado del nido demasiado pronto, sin darle tiempo a crecer. No llevaba maquillaje, ni pintalabios, ni joyas. Las gafas sin montura le daban un aire de bibliotecaria.

—No es modo de hablarle a la gente por teléfono —dijo con energía—. Debería darle vergüenza.

—Estoy demasiado orgulloso de mí mismo para avergonzarme —repliqué—. Pase.

Le aguanté la puerta abierta. Después le acerqué una silla.

Se sentó a no más de cinco centímetros del borde.

—Si yo le hablara así a uno de los pacientes del doctor Zugsmith —dijo—, perdería mi empleo. El doctor es muy exigente en cuanto a la forma de dirigirme a los pacientes... incluso a los más difíciles.

—¿Cómo está el viejo doctor? No lo he visto desde aquella vez que me caí del tejado del garaje.

Pareció sorprendida y muy seria.

—Estoy segura de que usted no puede conocer al doctor Zugsmith.

La punta de su lengua más bien anémica asomó entre sus labios y buscó furtivamente algo invisible.

—Conozco a un doctor George Zugsmith —dije—, en Santa Rosa.

—Oh, no. Este es el doctor Alfred Zugsmith, de Manhattan. Manhattan, Kansas, ¿sabe?, no Manhattan, Nueva York.

—Es otro Zugsmith entonces —dije—. ¿Y usted es...?

—No sé si debo decirle mi nombre.

—¿Tan solo está tanteando el terreno, eh?

—Supongo que podría llamarlo así. Si tengo que contarle mis problemas familiares a un extraño, al menos tengo el derecho de decidir si es la clase de persona

en la que puedo confiar.

—¿Alguien le ha dicho alguna vez que es una pequeña astuta?

Los ojos detrás de los cristales sin montura relampaguearon.

—Tengo la esperanza de que nunca llegue a suceder.

Cogí la pipa y empecé a llenarla.

—No creo que «esperanza» sea la palabra exacta —dije—. Deshágase de ese sombrero y hágase con una de esas gafas de montura de colores. ¿Sabe?, esas que son alargadas y orientales...

—El doctor Zugsmith no permitiría nada de eso —replicó enseguida. Y añadió—: ¿De veras, usted cree? —Y al preguntarlo se ruborizó ligeramente.

Acerqué una cerilla a la pipa y empecé a expulsar humo sobre el escritorio. Ella parpadeó.

—Si me contrata —dije—, yo soy el tipo al que contrata. Yo. Tal como soy. Si cree que conseguirá pacatas ratas de biblioteca en este negocio, está loca. Yo le he colgado, pero usted ha venido de todos modos. Así que necesita ayuda. ¿Cómo se llama y cuál es su problema?

Se limitó a mirarme fijamente.

—Escuche —seguí—. Usted viene de Manhattan, Kansas. La última vez que memoricé el *Almanaque Mundial*, eso era un pueblecito no lejos de Topeka. Con unos doce mil habitantes. Trabaja usted para el doctor Alfred Zugsmith y está buscando a alguien llamado Orrin. Manhattan es un pueblo pequeño. Tiene que serlo. Apenas media docena de localidades en Kansas no lo son. Ya tengo bastante información sobre usted como para enterarme de toda la historia de la familia.

»Pero ¿por qué iba a hacerlo? Estoy harto de que la gente me cuente sus historias. Estoy sentado aquí solo porque no tengo adonde ir. No quiero trabajar. No quiero nada.

—Habla demasiado.

—Sí —dije—. Hablo demasiado. Los hombres solitarios siempre hablamos demasiado. O eso o no hablamos nada. ¿Pasamos a los negocios? Usted no parece el tipo de persona que va a ver a un detective privado, y menos a un detective privado al que no conoce.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Y Orrin se pondría como una fiera si lo supiera. Mamá también se pondría furiosa. Simplemente elegí al azar su nombre en la guía telefónica...

—¿Con qué método? —pregunté—. ¿Con los ojos cerrados o abiertos?

Me miró fijamente un momento, como si yo fuera una especie de monstruo.

—Siete y trece —dijo en voz baja.

—¿Cómo?

—«Marlowe» tiene siete letras —explicó—, y «Philip Marlowe» tiene trece. El siete junto con el trece...

—¿Cómo se llama usted? —Casi gruñí.

—Orfamay Quest. —Arrugó los ojos como si fuera a llorar. Me deletreó el nombre—. Vivo con mi madre —añadió, hablando cada vez más rápido, como si mi tiempo le estuviera costando dinero—. Mi padre murió hace cuatro años. Era médico. Mi hermano Orrin iba a ser médico también, pero se pasó a ingeniería después de dos años de medicina. Hace un año, Orrin fue a trabajar a Bay City, para la Cal-Western Aircraft Company. No porque tuviera necesidad. Tenía un buen empleo en Wichita. Supongo que lo que quería en realidad era venir a California. Todo el mundo quiere venir aquí.

—Casi todo el mundo —dije—. Si va a usar esas gafas sin montura al menos debería tratar de estar a la altura.

Soltó una risita y dibujó una línea sobre el escritorio con la punta del dedo, con la mirada gacha.

—¿Se refiere a esas gafas alargadas que hacen parecer oriental?

—Ajá. Volvamos a Orrin. Ya lo tenemos en California, en Bay City. ¿Qué hacemos con él ahora?

Lo pensó un momento y frunció el entrecejo. Después me examinó como si tratara de tomar una decisión. Al fin brotaron sus palabras.

—No era propio de Orrin dejar de escribirnos con regularidad. En los últimos seis meses solo ha escrito dos veces a mamá, y tres a mí. Y la última carta llegó hace varios meses. Mamá y yo nos preocupamos. Así que, aprovechando mis vacaciones, vine a buscarlo. Él nunca había salido de Kansas. —Paró—: ¿No toma notas? —preguntó.

Gruñí.

—Pensaba que los detectives siempre escribían en libretitas.

—Yo haré los chistes —dije—. Usted cuente la historia. Ha venido en sus vacaciones. ¿Y luego qué?

—Le había escrito a Orrin avisándole de mi visita, pero no me contestó. Después le mandé un telegrama desde Salt Lake City, y tampoco recibí respuesta. Así que todo lo que pude hacer fue ir adonde vivía. Está terriblemente lejos. Fui en autobús. Es en Bay City. Idaho Street, número 449.

Volvió a parar, después repitió la dirección, y yo seguí sin apuntarla. Me quedé como estaba, mirando sus gafas y su cabello castaño lacio, y el tonto sombrero y las uñas sin pintar, y la boca sin carmín y la punta de la lengua que iba y venía entre los labios pálidos.

—Quizá usted no conoce Bay City, señor Marlowe.

—Sí —dije—. Todo lo que sé de Bay City es que cada vez que voy tengo que comprar una cabeza nueva. ¿Quiere que termine la historia por usted?

—¿Qué? —Abrió tanto los ojos que las gafas les dieron la apariencia de algo visto dentro de una pecera.

—Se ha mudado —dije—. Y usted no sabe adónde. Y tiene miedo de que esté viviendo una vida de pecado en un ático en lo alto de las Regency Towers con un ser

envuelto en visones y perfumes interesantes.

—¡Por Dios!

—¿O soy demasiado grosero? —pregunté.

—Por favor, señor Marlowe —dijo al fin—. No pienso nada semejante de Orrin. Y si él le oyera decir esto, usted lo lamentaría. Puede ser terriblemente severo. Pero sé que algo ha pasado. Era una pensión barata, y el encargado no me gustó nada. Era un hombre horrible. Me explicó que Orrin se había mudado un par de semanas atrás, pero no sabía adónde ni le importaba, y lo único que quería era un buen trago de ginebra. No sé por qué Orrin tuvo que vivir en un lugar así.

—¿Ha dicho usted «un trago de ginebra»? —pregunté.

Se ruborizó.

—Es lo que dijo el encargado. Se lo estoy contando.

—De acuerdo —dije—. Continúe.

—Bueno, llamé al lugar donde trabajaba. La Cal-Western Company, ¿sabe? Y me dijeron que lo habían despedido junto con muchos otros empleados, y que eso era todo lo que sabían. Así que fui a la oficina de correos y pregunté si Orrin había comunicado un cambio de dirección para su correspondencia. Me dijeron que no podían darme esa información. Va en contra de las reglas. Así que les conté lo que pasaba y el hombre dijo que bueno, que si yo era su hermana, iría a ver. Fue a mirar, volvió y dijo que no. Orrin no había comunicado ningún cambio de dirección. Entonces empecé a asustarme un poco. Puede haber tenido un accidente o algo.

—¿Se le ha ocurrido ir a preguntar a la policía?

—Jamás me atrevería. Orrin no me lo perdonaría. Incluso sin problemas, es una persona difícil. Nuestra familia... —Vaciló y en el fondo de sus ojos apareció algo que ella habría preferido no mostrar. De modo que siguió adelante, sin aliento—: Nuestra familia no es la clase de familia...

—Escuche —interrumpí cansado—, no me refería a que el tipo haya robado una billetera. Pensaba que puede haberlo atropellado un coche y que puede haber perdido la memoria o estar demasiado herido para hablar.

Me dirigió una mirada no muy admirativa.

—Si hubiera pasado algo así, lo sabríamos —dijo—. Todo el mundo lleva cosas en los bolsillos que dicen quiénes son.

—A veces lo único que les queda son los bolsillos.

—¿Está tratando de asustarme, señor Marlowe?

—Si es mi intención, parece que estoy logrando avances. ¿Qué cree usted que puede haber pasado?

Se llevó un delgado dedo índice a los labios y lo tocó muy cuidadosamente con la punta de la lengua.

—Creo que si lo supiera no habría venido a verlo. ¿Cuánto me cobrará por encontrarlo?

No respondí durante un largo momento, y después pregunté:

—¿Quiere decir solo, sin decírselo a nadie?

—Sí. Quiero decir solo, sin decírselo a nadie.

—Ajá. Bueno, depende. Ya le he dicho cuál es mi tarifa.

Unió las manos sobre el borde del escritorio y las apretó con fuerza. Su gesticulación era la más desprovista de significado que había visto nunca.

—Pensé que siendo un detective y todo eso podría encontrarlo de inmediato —dijo—. No puedo permitirme pagarle más de veinte dólares. Tengo que pagar la comida aquí y el hotel y el pasaje de vuelta en tren, y no sé si usted sabe que el hotel es terriblemente caro y la comida en el tren...

—¿En cuál se aloja?

—Yo... preferiría no decírselo, si no le molesta.

—¿Por qué?

—Simplemente lo preferiría. El carácter de Orrin me da un miedo terrible. Y además, yo puedo llamarlo, ¿no?

—Ajá. Dígame, señorita Quest, ¿qué es lo que le da miedo, además del carácter de Orrin?

Había dejado que la pipa se apagase. Encendí una cerilla y la acerqué, mirándola por encima de la llama.

—¿Fumar en pipa no le parece un hábito muy sucio? —preguntó.

—Es probable —dijo—. Pero se necesitarían más de veinte dólares para conseguir que lo abandonara. Y pare de esquivar las preguntas.

—No puede hablarme así —protestó—. Fumar en pipa es un hábito inmundo. Mamá nunca dejó fumar en casa a papá, ni siquiera los últimos dos años después de su ataque. A veces él se sentaba con la pipa vacía en la boca. Pero a ella no le gustaba. Debíamos mucho dinero y decía que no podía permitirse darle dinero para cosas inútiles como el tabaco. La Iglesia lo necesitaba mucho más que él.

—Empiezo a entenderlo —dijo lentamente—. En una familia como la suya no puede faltar la oveja negra.

Se puso de pie de manera abrupta y apretó con fuerza el botiquín de primeros auxilios contra el cuerpo.

—Usted no me gusta —dijo—. No creo que vaya a contratarlo. Si está insinuando que Orrin ha hecho algo malo, bueno, puedo asegurarle que Orrin no es la oveja negra de la familia.

No moví ni una pestaña. Dio media vuelta, fue hasta la puerta y puso la mano en el picaporte, allí volvió a dar media vuelta y regresó hacia el escritorio, y de pronto se echó a llorar. Reaccioné como lo haría un pez embalsamado en presencia de un cebo. Sacó un pañuelito y se secó los ojos.

—Y ahora supongo que llamará a la po... policía —dijo con la voz trémula—. Y el di... diario de Manhattan se enterará y pu... publicarán algo horrible sobre nosotros.

—No suponga nada de eso. Deje de jugar con mis sentimientos. Enséñeme una

foto de él.

Guardó el pañuelo a toda prisa y sacó algo del bolso. Me lo pasó por encima del escritorio. Un sobre. Delgado, pero podría haber un par de fotos dentro. No miré en el interior.

—Describámelo tal como lo ve usted —dije.

Se concentró. Eso le brindó la oportunidad de hacer algo con las cejas.

—Cumplió veintiocho años en marzo. Tiene el pelo castaño claro, mucho más claro que yo, y los ojos azules, más claros también, y se peina el pelo hacia atrás. Es muy alto, más de un metro ochenta. Pero no pesa más de setenta kilos. Es huesudo. Antes llevaba un pequeño bigote rubio, pero mamá se lo hizo afeitar. Decía...

—No me lo diga. El cura de la parroquia lo necesitaba para rellenar un almohadón.

—¡No puede hablar así de mi madre! —Ladró, poniéndose pálida de ira.

—Vamos, no sea tonta. Hay muchas cosas sobre usted que no sé. Pero ya puede dejar de jugar a la violeta de los prados. ¿Orrin tiene alguna marca distintiva, como lunares o cicatrices, o un tatuaje del salmo veintitrés en el pecho? Y no se moleste en ruborizarse.

—Bueno, no tiene que gritarme. ¿Por qué no mira la foto?

—Probablemente salga vestido. Al fin y al cabo, usted es su hermana. Debería saberlo.

—No, no tiene —dijo tiesa—. Solo una pequeña cicatriz en la mano izquierda, donde le extirparon una verruga.

—¿Y sus hábitos? ¿Qué hace para divertirse, además de fumar, beber o salir con chicas?

—¿Por qué...? ¿Cómo lo sabe?

—Su mamá me lo dijo.

Sonrió. Empezaba a preguntarme si sabía sonreír. Tenía los dientes muy blancos, y las encías en su lugar. Era algo.

—No sea tonto —dijo—. Estudia muchísimo, y tiene una cámara muy cara con la que le gusta retratar a la gente cuando no se enteran. A veces la gente se indigna. Pero Orrin dice que todos deberían ver cómo son en realidad.

—Esperemos que nunca le pase a él —comenté—. ¿Qué clase de cámara es?

—Una de esas cámaras pequeñas con una lente muy buena. Permite sacar fotos con cualquier luz. Una Leica.

Abrí el sobre y saqué dos pequeñas fotografías, muy claras.

—Estas no las sacaron con una Leica —dije.

—Oh, no. Las sacó Philip. Philip Anderson. Un chico con el que salí un tiempo. —Hizo una pausa, y suspiró—. Y me temo que es el motivo por el que he venido a verlo, señor Marlowe. Porque usted también se llama Philip.

Me limité a gruñir, pero vagamente me sentí conmovido.

—¿Qué pasó con Philip Anderson?

—Pero se trata de Orrin...

—Lo sé —interrumpí—. Pero ¿qué pasó con Philip Anderson?

—Sigue en Manhattan. —Apartó la vista—. A mamá no le gusta demasiado. Supongo que ya se imagina usted.

—Sí —dije—. Me imagino. Puede llorar, si quiere. No se lo reprocharé. Yo también soy un sentimental.

Estudí las dos fotografías. En una miraba hacia abajo, y no me servía. La otra era una toma bastante buena de un tipo alto y anguloso de ojos juntos, boca delgada y tensa, y mentón en punta. Tenía la expresión que esperaba de él. Si uno se olvidaba de limpiarse el barro de los zapatos, él era el chico que se lo haría notar. Aparté las fotos y miré a Orfamay Quest, tratando de encontrar algo en su cara que se pareciera siquiera remotamente a él. No lo hallé. Ni la más ligera huella de parecido familiar, lo que por supuesto no significaba absolutamente nada. Nunca significa nada.

—De acuerdo —dije—. Iré a echar un vistazo. Pero usted debería empezar a adivinar qué pasó. Su hermano está en una ciudad extraña. Gana un buen sueldo durante un tiempo. Más de lo que ha tenido en su vida, quizá. Conoce la clase de gente que nunca ha conocido. Y no es la clase de ciudad (créame que no, porque conozco Bay City) que es Manhattan, Kansas. Así que se ha salido del camino recto, y no quiere que su familia lo sepa. Ya volverá.

Se limitó a mirarme fijamente durante un momento, y después negó con la cabeza.

—No. Orrin no es la clase de hombre que hace eso, señor Marlowe.

—Todos lo son —dije—. Especialmente un tipo como Orrin. La clase de pueblerino virtuoso que ha vivido siempre la vida con la madre colgada al cuello y el cura agarrándole la mano. Una vez que se encuentra solo, quiere resarcirse. Quiere comprar un poco de dulzura y luz, y no precisamente de la que entra por los ventanales de la iglesia que dan al este. No es que yo tenga nada en contra de eso. Quiero decir, de lo otro ya tuvo suficiente, ¿no?

Asintió con la cabeza, en silencio.

—Entonces empieza a jugar —seguí—, y no sabe cómo se hace. Para eso se necesita experiencia también. Termina enredado con alguna falda y una botella, y lo que ha hecho le parece tan grave como haberle robado los calzoncillos al obispo. Después de todo, el tipo va para los veintinueve años y si quiere revolcarse en el arroyo, es cosa suya. Ya encontrará a alguien a quien culpar.

—Odio creerle, señor Marlowe —dijo despacio—. Lo odiaría por mamá...

—Se ha dicho algo sobre veinte dólares —interrumpí.

Me miró escandalizada.

—¿Tengo que pagarle ya?

—¿Cómo se haría en Manhattan, Kansas?

—No tenemos ningún detective privado en Manhattan. Solo la policía común. Es decir, no creo que haya.

Volvió a buscar en el interior de su caja de herramientas y extrajo un monedero rojo, del que sacó una cantidad de billetes, todos prolijamente doblados y separados. Tres cincos y cinco unos. No parecía quedar mucho más. Hizo un gesto con el monedero como para que yo viera lo vacío que quedaba. Después planchó los billetes sobre el escritorio, uno sobre otro, y los empujó hacia mí. Muy despacio, muy triste, como si estuviera ahogando a su gato favorito.

—Le daré un recibo —dije.

—No necesito recibo, señor Marlowe.

—Yo sí. Usted no me dará su nombre y su dirección, así que quiero algo con su nombre escrito.

—¿Para qué?

—Para demostrar que estoy actuando en su nombre.

Saqué el talonario de recibos, hice uno y le tendí el duplicado para que lo firmara. No quiso hacerlo. Al cabo de un momento, de mala gana, cogió el lápiz y escribió «Orfamay Quest» con una pulcra caligrafía de secretaria.

—¿Sin dirección? —pregunté.

—Preferiría que no.

—Entonces llámeme a cualquier hora. El número de mi casa está en la guía también. Apartamentos Bristol, número 428.

—No es muy probable que vaya a visitarlo —dijo fríamente.

—Todavía no se lo he pedido —repliqué—. Llame alrededor de las cuatro si quiere. Quizá tenga algo. Quizá no.

Se puso de pie.

—Espero que mamá no piense que he cometido un error —dijo, apretándose el labio con el dedo pálido—. Al venir aquí, quiero decir.

—Por favor, no vuelva a hablarme de lo que no le gustaría a su madre —solté—. Deje esa parte en silencio.

—¡Realmente...!

—Y deje de usar ese tipo de expresiones.

—Pienso que es usted una persona muy ofensiva —dijo.

—No, no lo piensa. Piensa que soy listo. Y yo pienso que usted es una fascinante mentirosilla. No creerá que estoy haciendo esto por los veinte dólares, ¿no?

Me dirigió una mirada neutra, súbitamente fría.

—Y entonces, ¿por qué? —Y como yo no respondía, agregó—: ¿Porque la primavera está en el aire?

Seguí sin responder. Se ruborizó un poco. Después soltó una risita.

No tuve el coraje de decirle que simplemente estaba aburrido y sin nada que hacer. Quizá era por la primavera también. Y algo en sus ojos que iba mucho más lejos que Manhattan, Kansas.

—Creo que es usted muy agradable... de veras —susurró.

Entonces se volvió rápidamente y salió de la oficina casi corriendo. Sus pasos en

el corredor exterior sonaban pequeños y agudos, algo así como el tamborileo de los dedos de mamá en el borde de la mesa cuando papá intentaba servirse una segunda porción de pastel. Y ya no aportaba más dinero a la casa. Ni dinero ni nada. Estaba sentado todo el día en su mecedora en la galería de delante allá en Manhattan, Kansas, con su pipa vacía en la boca. Meciéndose en la galería de delante, despacio, porque cuando uno ha tenido un ataque tiene que hacerlo todo despacio. Y esperar el próximo. Y la pipa vacía en la boca. Sin tabaco. Nada más que esperar.

Puse los duramente ganados veinte dólares de Orfamay Quest en un sobre, sobre el que escribí su nombre, y lo metí en un cajón del escritorio. No me gustaba la idea de andar por la calle con tanto dinero encima.

Se puede conocer desde mucho tiempo atrás Bay City sin llegar a conocer Idaho Street. Y se puede conocer muchísimo Idaho Street sin conocer el número 449. La manzana de enfrente tenía el pavimento tan roto que casi había vuelto a ser de tierra. En la calzada del otro lado una cerca en mal estado encerraba el terreno de un depósito de maderas. En el centro, un portón de madera cerrado con cadenas, que no parecía haber sido abierto en los últimos veinte años. Los niños habían dibujado con tizas en el portón y a lo largo de la cerca.

El número 449 tenía una mezquina galería delante, sin pintar, con cinco mecedoras de madera y caña unidas entre sí con un cable y con la humedad del aire de la playa. Las persianas verdes de las ventanas estaban bajadas dos tercios, y llenas de rajaduras. Junto a la puerta de entrada había un gran cartel que decía «No hay habitaciones». El cartel había estado en su sitio mucho tiempo. Se había desteñido y descascarado. La puerta se abría a un largo vestíbulo del que subía una escalera. A la derecha había un estante estrecho con un lápiz colgando de una cadena. Había un botón y encima un cartel amarillo y negro que decía «Encargado», pegado a la pared por tres chinchetas diferentes. En la pared de enfrente había un teléfono público.

Llamé al timbre. Sonó en algún lugar cercano, pero no produjo respuesta alguna. Volví a llamar. La misma nada. Fui hasta una puerta con un cartel blanco y negro: «Encargado». Llamé. Primero con el puño, después con el pie. A nadie pareció importarle.

Salí de la casa y bajé por un estrecho sendero lateral de hormigón que debía de conducir a la entrada de servicio. Parecía corresponder al apartamento del administrador. El resto del edificio serían simples habitaciones. Había un cubo de basura en la pequeña galería lateral y una caja de madera llena de botellas. Ya detrás, había una puerta de alambre tejido con la puerta de atrás abierta. Arrimé la cara y miré dentro. Vi una silla de respaldo recto con una chaqueta de hombre colgando de ella, y en la silla un hombre en camisa con el sombrero puesto. Era un hombre bajo. No pude ver qué estaba haciendo, pero parecía estar sentado a la cabecera de una mesa de desayuno, en el rincón de desayunar de la cocina.

Agité el alambre. El hombre no prestó atención. Insistí, más fuerte. Esta vez echó atrás la silla y me mostró una pequeña cara pálida con un cigarrillo entre los labios.

—¿Qué quiere? —Ladró.

—Al encargado.

—No está.

—¿Quién es usted?

—¿Qué le importa?

—Quiero una habitación.

—No hay habitaciones. ¿No puede leer un letrero?

—Es que tengo información diferente —dije.

—¿Sí? —Sacudió la ceniza del cigarrillo con la punta de la uña, sin sacárselo de su boquita triste—. Vaya a freír espárragos con su información.

Dio media vuelta con la silla otra vez y siguió con lo que estaba haciendo.

Hice ruido al salir de la galería, pero no hice ninguno al volver a entrar. Probé cuidadosamente la puerta de alambre tejido. Estaba enganchada. Con la hoja de un cortaplumas levanté el gancho. Al dar la vuelta hizo un pequeño sonido metálico, pero lo taparon los sonidos que venían de la cocina.

Entré en la casa, crucé el pequeño pasillo y me metí en la cocina. El hombrecito estaba demasiado ocupado para fijarse en mí. Había una cocina con tres fogones, una pila de platos grasientos sobre unas estanterías, un congelador cascado y la mesa. La mesa estaba cubierta de dinero. En su mayor parte billetes, pero también había monedas, de centavos y de dólar. El hombrecito estaba contándolo, apilándolo y haciendo anotaciones en una libreta. Mojaba la punta del lápiz en la lengua sin molestar en lo más mínimo al cigarrillo que vivía en su cara.

Debía de haber varios cientos de dólares en esa mesa.

—¿Han pagado los inquilinos? —pregunté de buen humor.

El hombrecito se volvió muy deprisa. Por un momento sonrió y no dijo nada. Era la sonrisa de un hombre cuya mente no sonríe. Se quitó la colilla de la boca, la tiró al suelo y la pisó. Sacó otro cigarrillo del bolsillo de la camisa, lo metió en el mismo agujero de la cara, y empezó a palparse en busca de una cerilla.

—Ha entrado en silencio —dijo a modo de comentario.

Al no encontrar ninguna cerilla, se volvió distraídamente en la silla y llevó una mano al bolsillo de la chaqueta colgada del respaldo. Algo pesado golpeó contra la madera de la silla. Le agarré de la muñeca antes de que la cosa pesada saliera del bolsillo. Echó todo su peso hacia atrás y el bolsillo de la chaqueta, con su mano dentro, empezó a levantarse hacia mí. Le arranqué la silla de debajo del cuerpo.

Cayó pesadamente al suelo y se golpeó la cabeza contra el borde de la mesa. Eso no impidió que tratara de patearme la entrepierna. Di un paso atrás con su chaqueta, y saqué una 38 del bolsillo con el que el hombre había estado jugueteando.

—No es necesario que se siente en el suelo solo por hacerse el gracioso —le dije.

Se levantó lentamente, fingiendo estar más aturdido de lo que estaba. Se llevó una mano a la nuca, y la luz rebotó en algo metálico al lanzar el brazo hacia mí. Era un tipo de recursos.

Le hice girar la mandíbula con su propia pistola y volvió a terminar sentado en el suelo. Me paré sobre la mano que sostenía el cuchillo. Retorció la cara de dolor pero no soltó ningún sonido. De un puntapié mandé el cuchillo a un rincón. Era un cuchillo largo y delgado, y parecía muy afilado.

—Debería avergonzarse —dije—. Atacar con pistolas y cuchillos a gente que solo busca un lugar donde vivir. Ni siquiera el precio de los alquileres lo justifica.

Se apretó la mano lastimada entre las rodillas, la hizo girar y empezó a silbar

entre dientes. El golpe en la mandíbula no parecía haberle dolido demasiado.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo. No pretendo ser perfecto. Coja el dinero y váyase. Pero ni se le ocurra pensar que no lo encontraremos.

Miré la colección de billetes y monedas.

—Debe de encontrar mucha resistencia a las ventas, a juzgar por las armas que lleva —dije.

Fui hasta la puerta interior y la probé. No estaba cerrada. Volví.

—Le dejaré la pistola en el buzón —continué—. La próxima vez atienda el timbre.

Seguía silbando suavemente y apretándose la mano. Me dirigió una mirada suspicaz, pensativa, después metió el dinero en un viejo portafolios y lo cerró. Cogió el sombrero, le pasó una mano alrededor alisándolo, se lo puso sobre la nuca y me dirigió una tranquila sonrisa eficiente.

—No se preocupe por la pistola —dijo—. La ciudad está llena de hierro viejo. Pero podría dejarle a Clausen el cuchillo. Lo he trabajado mucho para ponerlo en forma.

—¿Y ha trabajado con él?

—Podría ser. —Me señaló con el dedo—. Quizá volvamos a encontrarnos un día de estos. Cuando yo esté con un amigo.

—Dígale que se ponga una camisa limpia —dije—. Y que le preste una a usted.

—Vaya, vaya —el hombrecito me regañó—. Qué duros nos ponemos cuando nos ponen esa insignia en la solapa.

Pasó tranquilamente a mi lado y bajó los escalones de madera de la galería posterior. Sus pasos resonaron en la calle hasta perderse. Se parecía al sonido de los pasos de Orfamay Quest alejándose por el pasillo del edificio de mi oficina. Y por algún motivo tuve ese sentimiento vacío de haberme equivocado de cartas. No tenía motivo para pensarlo. Tal vez fuera por la calidad metálica del hombrecito. Sin gritos, sin gemidos, solo la sonrisa, el silbido entre los dientes, la voz suave y los ojos que no olvidarían.

Me incliné a recoger el cuchillo. La hoja era larga y redonda, delgada, como una lima delgada alisada. El mango era de plástico liviano, y parecía de una pieza con la empuñadura. Apreté el mango y sacudí el cuchillo en dirección a la mesa. La hoja se soltó y fue a clavarse en la madera.

Con un suspiro volví a meter el mango en su lugar y arranqué la hoja de la mesa. Un cuchillo curioso, diseñado con un propósito muy claro, y nada agradable.

Abrí la puerta interior y pasé, con el cuchillo y la pistola en una mano.

Entré en una salita con un sofá cama abierto y deshecho. Había un sillón con un agujero quemado en un brazo. Un escritorio alto de roble, con portezuelas anticuadas como las de una bodega, se apoyaba en una pared junto a la ventana principal. Cerca de esta había un sofá, y en el sofá un hombre. Los pies, con medias grises, colgaban de un extremo. La cabeza no alcanzaba la almohada por medio metro. A juzgar por el

color de la funda, no se perdía gran cosa. La parte superior de su cuerpo estaba dentro de una camisa incolora y una chaqueta gris. Tenía la boca abierta y la cara le brillaba del sudor, respiraba como un viejo Ford con problemas en el carburador. En una mesa cerca de él había un plato lleno de colillas, algunas de las cuales parecían de confección casera. En el suelo, una botella de ginebra casi llena y una taza que parecía haber contenido café, aunque no recientemente. La habitación olía a ginebra y a cerrado, pero también tenía una reminiscencia de marihuana.

Abrí una ventana y apoyé la frente contra el alambre tejido para que me entrara un poco de aire limpio en los pulmones, y de paso mirar la calle. Dos chicos pasaban en bicicleta a lo largo de la cerca del aserradero, deteniéndose aquí y allá para estudiar las pinturas. No había otro movimiento en el barrio. Ni siquiera un perro. En dirección a la esquina había algo de polvo en el aire, como si hubiera pasado un coche.

Fui al escritorio. Dentro había un registro de la pensión, me dediqué a pasar las hojas hasta dar con el nombre «Orrin P. Quest», escrito con letra angulosa y meticulosa, y el número 214 agregado con lápiz por otra mano que de ninguna manera parecía angulosa ni meticulosa. Revisé todo el registro pero no encontré ninguna otra entrada de la habitación 214. Alguien de nombre G. W. Hicks tenía la habitación 215. Cerré el registro, lo dejé en su lugar, y fui hacia el sofá. El hombre interrumpió los ronquidos y los burbujeos y sacudió en el aire el brazo derecho, como si estuviera pronunciando un discurso. Me incliné y le apreté con fuerza la nariz con el índice y el pulgar, al mismo tiempo que le metía el jersey en la boca. Dejó de roncar y los ojos se abrieron automáticamente. La mirada era lejana e inyectada. Se debatió bajo mis manos. Cuando estuve seguro de que estaba del todo despierto lo solté, cogí la botella de ginebra del suelo y serví un poco en un vaso que había cerca. Se lo mostré al hombre.

Levantó una mano con esa hermosa ansiedad de una madre recibiendo a su hijo perdido.

Lo aparté de su alcance y pregunté:

—¿Es usted el encargado?

Se pasó una lengua sucia por los labios y dijo:

—Grrrr.

Dio un manotazo en dirección a la ginebra. Puse el vaso en la mesa frente a él. Lo agarró cuidadosamente con ambas manos y se volcó la bebida en la cara. Después se rio con ganas y me arrojó el vaso. Logré cogerlo en el aire y lo devolví a la mesa. El hombre me miraba con un deliberado pero infructífero gesto de severidad.

—¿Qué le importa? —graznó en tono disgustado.

—¿El encargado?

Asintió, y faltó poco para que se cayera del sofá.

—Debe de ser que estoy borracho —dijo—. Un poco, muy poquito, borracho.

—No está tan mal —comenté—. Todavía respira.

Puso los pies en el suelo y se enderezó con un movimiento espasmódico. Rompió a reír, súbitamente divertido, dio tres pasos vacilantes, cayó sobre las manos y las rodillas, y trató de morder la pata de una silla.

Volví a ponerlo de pie, lo senté en el sillón con el brazo quemado y le serví otra dosis de medicina. Se la bebió, temblando con violencia, y de pronto su mirada se hizo racional y astuta. Los borrachos de su especie tienen ciertos equilibrados momentos de realidad. Uno nunca sabe cuándo llegarán ni cuánto durarán.

—¿Quién diablos es usted? —Gruñó.

—Estoy buscando a un hombre que se llama Orrin P. Quest.

—¿Eh?

Lo repetí. Se frotó la cara con las manos y dijo:

—Se mudó.

—¿Cuándo?

Hizo un gesto vago con la mano, casi se cayó del sillón y volvió a gesticular en dirección contraria para mantener el equilibrio.

—Deme un trago —dijo.

Serví otro vaso de ginebra y lo sostuve lejos de su alcance.

—Démelo —dijo el hombre con urgencia—. No me encuentro bien.

—Lo único que quiero es la dirección actual de Orrin P. Quest.

—Lo pensaré —propuso ingeniosamente y lanzó un zarpazo sin decisión hacia el vaso que yo seguía sosteniendo.

Puse el vaso en el suelo, saqué una de mis tarjetas y se la tendí.

—Quizá esto lo ayude a concentrarse —dije.

Miró la tarjeta de cerca, soltó un resoplido, la dobló en dos y volvió a doblarla. Se la puso en la palma de la mano, escupió encima y la arrojó por encima del hombro.

Le tendí el vaso de ginebra. Lo bebió a mi salud, asintió con solemnidad, y arrojó el vaso por encima del hombro también. Rodó por el suelo hasta chocar con el zócalo. El hombre se puso de pie con sorprendente facilidad, levantó el pulgar en dirección al techo y profirió un ruido agudo con la lengua y los dientes.

—Al diablo con usted —dijo—. Tengo amigos. —Miró el teléfono en la pared y después a mí, con gesto de astucia—. Un par de muchachos que se encargarán de usted.

No dije nada.

—¿No me cree, eh? —Gruñó, de pronto enojado.

Negué con la cabeza.

Fue hacia el teléfono, arrancó el auricular de la horquilla y marcó los cinco dígitos de un número. No le saqué la vista de encima. Uno-tres-cinco-siete-dos.

Eso terminó de agotar sus energías. Dejó caer el auricular, que quedó colgando, y se sentó en el suelo. Volvió a cogerlo, se lo acercó a la oreja y gruñó a la pared:

—Ponme con el Doc. —Yo escuchaba en silencio—. ¡Vince! ¡El Doc! —gritó furioso. Sacudió el auricular y lo soltó. Puso las manos en el suelo y empezó a

arrastrarse en un círculo. Cuando me vio pareció sorprendido y molesto. Trémulo, logró ponerse de pie y me tendió una mano—: Deme un trago.

Recuperé el vaso caído y le eché algo de ginebra. Lo aceptó con la dignidad de una vieja ebria, lo vació de un trago, caminó muy tranquilo hasta el sofá y se acostó, metiendo el vaso bajo la almohada. Se durmió al instante.

Devolví el auricular del teléfono a la horquilla, eché otro vistazo a la cocina, volví al sofá y palpé los bolsillos del hombre en busca de llaves. Encontré una llave maestra. La puerta del pasillo tenía un cierre automático y lo dejé puesto de modo que pudiera volver a entrar. Me detuve para anotar en un sobre «Doc-Vince, 13572». Quizá fuera una pista.

La casa estaba en perfecto silencio mientras subía.

La muy usada llave maestra del encargado abrió la puerta de la habitación 214 sin ruido. Empujé la puerta. La habitación no estaba vacía. Un hombre bajo de fuerte constitución estaba inclinado sobre una maleta en la cama, de espaldas a la entrada. Sobre la cama había camisas, calcetines y ropa interior, que guardaba en una maleta con cuidado, sin prisa, silbando entre dientes.

Se puso rígido al oír el chirrido de las bisagras. Enseguida deslizó una mano hacia la almohada de la cama.

—Perdón —dije—. El encargado me ha dicho que la habitación estaba libre.

Era calvo como una naranja. Llevaba pantalones de franela oscura y tirantes de plástico transparentes sobre una camisa azul. Sus manos salieron de debajo de la almohada, fueron a su cabeza, y bajaron. Se volvió y tenía cabello.

El cabello parecía todo lo natural que podía parecer, lacio, castaño, peinado sin raya. Me fulminó con la mirada.

—Podría llamar antes de entrar —dijo.

Tenía la voz gruesa y el rostro ancho, con expresión de haber visto mundo.

—¿Por qué iba a llamar? El encargado me ha dicho que la habitación estaba libre.

Asintió, satisfecho con la explicación. La mirada fulminante desapareció de sus ojos.

Entré sin que nadie me invitara. Una revista pulp de amor estaba abierta boca abajo en la cama, cerca de la maleta. Un cigarro a medio fumar se apoyaba en un cenicero de vidrio verde. La habitación estaba ordenada y, para los estándares de la casa, limpia.

—Quizá creía que usted ya se había marchado —dije, tratando de parecer un tipo bienintencionado con cierto talento para decir la verdad.

—Me iré en media hora —dijo el hombre.

—¿No le molesta si echo un vistazo?

Sonrió sin alegría.

—No lleva mucho tiempo en la ciudad, ¿verdad?

—¿Por qué?

—¿Es nuevo por aquí, no?

—¿Por qué?

—¿Le gustan la casa y el barrio?

—No mucho —dije—. La habitación parece estar bien.

Sonrió de nuevo, mostrando un diente de porcelana mucho más blanco que los demás.

—¿Hace mucho que busca habitación?

—Acabo de empezar —respondí—. ¿Por qué tantas preguntas?

—Usted me hace reír —dijo el hombre, sin reírse—. En esta ciudad no se busca

habitación. Se alquila sin verla. Esto está tan atestado que podría conseguir diez dólares por la información de que se va a desocupar esta.

—Lo lamento —dije—. Un hombre llamado Orrin P. Quest me habló de la habitación. Así que puede descontar esos diez dólares de sus ganancias inmediatas.

—¿De veras? —Nada en su mirada. Ni un movimiento de un músculo. Yo podría haber estado hablándole a una tortuga.

—No se ponga duro conmigo —dijo—. Soy malo con los que se ponen duros conmigo.

Cogió el cigarro del cenicero de vidrio verde y le dio una calada. Me dirigió una mirada fría a través del humo. Saqué un cigarrillo y me rasqué el mentón con él.

—¿Qué les pasa a los que se ponen duros con usted? —le pregunté—. ¿Los obliga a comerse el peluquín?

—No se meta con mi peluquín —dijo con agresividad.

—Lo siento —dije.

—Hay un cartel en la entrada que dice que no hay habitaciones libres. ¿Cómo es que se ha metido aquí y ha encontrado una?

—Parece que no ha captado el nombre —dije—. Orrin P. Quest. —Se lo deletreé. Ni siquiera eso lo alegró.

Hubo una pausa.

Se volvió abruptamente y metió una pila de pañuelos en la maleta. Me acerqué un poco. Cuando me encaró de nuevo, había en su rostro algo que podía pasar por un gesto suspicaz. Pero había sido una cara suspicaz desde el comienzo.

—¿Un amigo suyo? —preguntó como si nada.

—Crecimos juntos —expliqué.

—Un tipo callado —dijo con desenvoltura—. Solía pasar algún tiempo con él. Trabaja para la Cal-Western, ¿no?

—Trabajaba —dije.

—Vaya. ¿Lo dejó?

—Lo despidieron.

Seguimos mirándonos. Eso no nos llevaba a ninguna parte, a ninguno de los dos. Ambos teníamos demasiada práctica como para esperar milagros.

El hombre se puso el cigarrillo en la boca y se sentó en la cama junto a la maleta abierta. Lancé una mirada al interior y vi el extremo cuadrado de la culata de una automática que asomaba por debajo de un par de calzoncillos mal doblados.

—Este tipo, Quest, no anda por aquí desde hace diez días —dijo el hombre, pensativo—. Así que cree que la habitación sigue vacía, ¿eh?

—De acuerdo con el registro lo está —dije.

Soltó un gruñido de desprecio.

—Ese imbécil de ahí abajo no debe de haber mirado el registro desde hace un mes. Oiga... espere un minuto. —Su mirada se endureció y su mano paseó vagamente sobre la maleta abierta y dio una palmada a algo que estaba cerca de la

pistola. Cuando la mano se apartó, la pistola ya no se veía—. He estado medio dormido toda la mañana, o lo habría advertido antes —dijo—. Usted es policía.

—De acuerdo. Puede decir que lo soy.

—¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema. Solo me preguntaba por qué usted tenía la habitación.

—Me mudé de la 215, al otro lado del pasillo. Esta es mejor. Eso es todo. Muy sencillo. ¿Satisfecho?

—Perfectamente —dije, sin perder de vista la mano que podía estar cerca de la pistola, si eso era lo que quería.

—¿Qué clase de policía es? ¿De la ciudad? A ver la placa.

No dije nada.

—No creo que no tenga placa.

—Si se la mostrara, usted es la clase de tipo que afirmaría que es falsa. Así que usted es Hicks.

Pareció sorprendido.

—George W. Hicks —dije—. Está en el registro. Habitación 215. Acaba de decirme que se mudó de la habitación 215. —Eché una mirada alrededor—. Si tuviera una pizarra, se lo explicaría con un diagrama.

—Estrictamente hablando, no es necesario que iniciemos una guerra de chistes —dijo—. Es cierto que soy Hicks. Encantado de conocerlo. ¿Quién es usted?

Me tendió la mano. Se la estreché, aunque no como si hubiera estado esperando ansiosamente el momento de hacerlo.

—Me llamo Marlowe —dije—. Philip Marlowe.

—¿Sabe una cosa? —comentó Hicks con toda cortesía—, usted es un maldito mentiroso.

Me reí en su cara.

—No llegará a ningún lado con esos modales, amigo. ¿Qué clase de policía es?

Saqué la cartera y le tendí una de mis tarjetas. La leyó con atención y después se dio golpecitos con el borde contra su diente de porcelana.

—Pudo ir a alguna parte sin decírmelo —murmuró.

—Su gramática —le dije— está casi tan floja como su peluquín.

—¡Deje en paz a mi peluquín, si sabe lo que le conviene! —gritó.

—No pensaba comérmelo —le dije—. No tengo tanta hambre.

Dio un paso hacia mí al tiempo que su hombro derecho bajaba. Una mueca de furia le hacía bajar las comisuras de los labios casi tanto como el hombro.

—No me pegue. Estoy asegurado —dije.

—Maldita sea. Otro excéntrico. —Se encogió de hombros, y se volvió a poner el labio en la cara—. ¿Qué busca?

—Tengo que encontrar a Orrin P. Quest —expliqué.

—¿Por qué?

No le contesté. Al cabo de un momento dijo:

—De acuerdo. Yo también soy cuidadoso. Por eso me mudo de aquí.

—Quizá le molesta el humo de marihuana.

—Eso —dijo sin expresión— y otras cosas. Por eso se marchó Quest. Un tipo decente. Como yo. Creo que se asustó de un par de tipos impresentables.

—Ya veo —dije—. Quizá por eso no dejó su nueva dirección. ¿Y por qué se asustó?

—Usted es el que acaba de mencionar la marihuana, ¿no? ¿No le parece que Quest es la clase de tipo que iría a denunciarlo enseguida?

—¿En Bay City? —le pregunté—. ¿Por qué iba a molestarse? Bueno, muchas gracias, señor Hicks. ¿Va lejos?

—No lejos —dijo—. No. No muy lejos. Lo necesario.

—¿En qué banda está? —le pregunté.

—¿Banda? —Pareció ofendido.

—Sí. ¿Por qué motivos mata? ¿Cómo se las arregla?

—Se equivoca, hermano. Soy oculista jubilado.

—¿Y qué hace esa 45 ahí dentro? —pregunté, señalando la maleta.

—No es motivo de bromas —dijo agriamente—. Es una reliquia familiar. —Volvió a mirar la tarjeta—. Detective privado, ¿eh? —dijo pensativo—. ¿A qué tipo de trabajo se dedica?

—A cualquiera que sea razonablemente honesto —dije.

Asintió.

—«Razonable» es una palabra que admite cierta discusión. Lo mismo puede decirse de «honesto».

Lo miré de soslayo.

—Cuánta razón tiene —asentí—. Reunámonos alguna tarde para divertirnos discutiendo sobre ellas. —Estiré la mano, tomé la tarjeta de entre sus dedos y me la metí en el bolsillo—. Gracias por su tiempo —dije.

Salí, cerré la puerta y me quedé junto a ella escuchando. No sé qué esperaba oír. Fuera lo que fuese, no lo oí. Tenía el presentimiento de que seguía exactamente como lo había dejado al salir. Hice ruido alejándome por el pasillo, y me quedé al pie de la escalera.

Un coche se alejó de la parte delantera de la casa. En alguna parte se cerró una puerta. Fui en silencio a la habitación 215 y usé la llave maestra para entrar. Cerré con llave por dentro, silenciosamente, y me quedé esperando.

No pasaron más de dos minutos antes de que el señor George W. Hicks se pusiera en camino. Salió tan en silencio que no lo habría oído si no hubiera estado prestando atención precisamente a ese tipo de movimiento. Oí el sonido mecánico del picaporte girando. Después pasos lentos. Después, muy suavemente, la puerta se cerró. Los pasos se alejaron. El distante crujido débil de la escalera. Después nada. Esperé el sonido de la puerta principal. No lo oí. Abrí la puerta del 215 y volví a la escalera. De abajo venía el sonido cauteloso de una puerta. Me incliné y alcancé a ver a Hicks entrando en el apartamento del encargado. La puerta se cerró tras él. Esperé el sonido de voces. No hubo voces.

Me encogí de hombros y volví a la habitación 215.

Esta mostraba señales de estar ocupada. Había una pequeña radio sobre una mesilla de noche, una cama sin hacer con zapatos debajo y una vieja bata de baño colgada de la ventana de postigos rajados para amortiguar la entrada de luz.

Lo observé todo como si significara algo, después salí al pasillo y volví a cerrar la puerta con llave. Luego hice otra peregrinación a la habitación 214. La puerta no estaba cerrada con llave. Registré el lugar con cuidado y paciencia, pero no encontré nada que lo conectara en modo alguno con Orrin P. Quest. No esperaba hallar nada. No había razón por la que debiera encontrar algo. Pero siempre conviene mirar.

Bajé, escuché tras la puerta del encargado, no oí nada, entré y fui a dejar las llaves sobre el escritorio. Lester B. Clausen seguía acostado en el sofá, con la cara vuelta hacia la pared, muerto para el mundo. Revisé el escritorio, encontré un viejo libro de contabilidad que parecía recoger cobros y gastos y nada más. Volví a mirar el registro. No estaba al día, pero eso quedaba explicado por la personalidad del tipo en el sofá. Orrin P. Quest se había mudado. Alguien había ocupado su habitación. Alguien más ocupaba la habitación registrada a nombre de Hicks. El hombrecillo que contaba dinero en la cocina encajaba perfectamente con el barrio. El hecho de que llevara una pistola y un cuchillo era una excentricidad social que no provocaría comentario alguno en Idaho Street.

Cogí la pequeña guía telefónica de Bay City que había en el escritorio. No creía que fuera demasiado difícil localizar a quien respondía por el nombre de «Doc» o «Vince», cuyo número era el uno-tres-cinco-siete-dos. Antes, busqué en páginas anteriores del registro. Algo que debía haber hecho antes. La página con la entrada de Orrin Quest había sido arrancada. Un hombre cuidadoso el señor George W. Hicks. Muy cuidadoso.

Cerré el registro, volví a echar un vistazo a Lester B. Clausen, arrugué la nariz por el aire enrarecido y el olor dulzón de la ginebra y de algo más, y me dirigí a la puerta. A medio camino, se me ocurrió algo. Un borracho como Clausen debería estar roncando muy fuerte. Debería estar roncando con acompañamiento de gárgaras y

temblores y gemidos. En lugar de eso, no hacía el menor sonido. Una manta militar parda le cubría los hombros y la parte inferior de la cabeza. Se lo veía muy cómodo, muy tranquilo. Fui hacia él y lo miré. Algo que no era un pliegue accidental levantaba la manta en la parte de la nuca. La levanté. Un mango amarillo y cuadrado estaba adherido a la nuca de Lester B. Clausen. A un lado del mango amarillo estaban impresas las palabras «Saludos, Crumsen Hardware Company». El mango se adhería a la nuca justo debajo de la protuberancia occipital.

Era el mango de un picahielos...

Me marché del barrio a una velocidad quizá algo exagerada para zonas urbanas. En el límite de la ciudad me encerré en una cabina telefónica y llamé al Departamento de Policía.

—Policía de Bay City. Habla Moot —dijo una voz pastosa.

—Idaho Street, número 449 —dije—. En el apartamento del encargado. Se llama Clausen.

—¿Sí? —dijo la voz—. ¿Qué tenemos que hacer?

—No sé —contesté—. Me gustaría saberlo. Pero el nombre del tipo es Lester B. Clausen. ¿Ha tomado nota?

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene? —dijo la voz pastosa sin suspicacia.

—El forense querrá saberlo —respondí, y colgué.

Conduje de vuelta a Hollywood y me encerré en la oficina con la guía telefónica de Bay City. Me llevó un cuarto de hora descubrir que el tipo que respondía al número uno-tres-cinco-siete-dos en Bay City era un tal doctor Vincent Lagardie, que se hacía llamar neurólogo, y que tenía su casa y su consultorio en Wyoming Street, que de acuerdo con mi mapa no quedaba exactamente en la mejor zona residencial, pero tampoco lejos de ella. Dejé la guía telefónica de Bay City guardada bajo llave en mi escritorio y bajé al *drugstore* de la esquina a comer un sándwich, tomar una taza de café y usar el teléfono público para llamar al doctor Vincent Lagardie. Respondió una mujer y me costó trabajo hablar con el doctor en persona. Cuando lo conseguí, su voz sonaba impaciente. Estaba muy ocupado, en medio de una consulta, dijo. Nunca he conocido a un médico que no lo estuviera. ¿Conocía a Lester B. Clausen? Nunca había oído el nombre. ¿Qué finalidad tenía mi pregunta?

—El señor Clausen ha intentado llamarle esta mañana —dije—. Estaba demasiado borracho para hablar con claridad.

—Pero no conozco al señor Clausen —respondió la voz fría del doctor. Ya no parecía tener tanta prisa.

—Bueno, entonces no hay problema —dije—. Solo quería asegurarme. Alguien le ha clavado un picahielos en la nuca.

Hubo una pausa. La voz del doctor Lagardie se volvió casi extremadamente amable.

—¿Se ha informado a la policía?

—Naturalmente —respondí—. Pero eso a usted no debería molestarle... salvo, por supuesto, que el picahielos fuera suyo.

Pasó por alto el chiste.

—¿Quién habla? —preguntó cortésmente.

—Mi nombre es Hicks —dije—. George W. Hicks. Vengo del lugar del crimen. No quiero verme implicado en esa clase de cosas. Solo pensé, al ver que Clausen intentaba llamarlo (eso fue antes de que muriera, desde luego), que a usted podía interesarle.

—Lo siento, señor Hicks —dijo la voz del doctor Lagardie—, pero no conozco al señor Clausen. Nunca he oído hablar del señor Clausen, y tengo una excelente memoria para los nombres.

—Bueno, mejor así —dije—. Ya no lo conocerá. Pero alguien podría querer saber por qué intentó llamarle... a menos que me olvide de pasar la información.

Hubo una pausa muerta. El doctor Lagardie dijo:

—No se me ocurre ninguna réplica a sus palabras.

—A mí tampoco —dije—. Quizá vuelva a llamarle. No me interprete mal, doctor. Esto no es ninguna clase de amenaza. No soy más que un tipo confundido que

necesita un amigo. Y de algún modo siento que un médico... como un cura...

—Estoy a su entera disposición —dijo el doctor Lagardie—. Puede consultarme cuando quiera.

—Gracias, doctor —dijo fervorosamente—. Muchísimas gracias.

Colgué. Si el doctor Vincent Lagardie no tenía nada que ocultar, llamaría enseguida al Departamento de Policía de Bay City y les contaría la historia. Si no telefoneaba a la policía, tenía algo que ocultar. Cosa que podía ser útil, o no, de saber.

A las cuatro en punto sonó el teléfono en mi escritorio.

—¿Ha encontrado a Orrin, señor Marlowe?

—Todavía no. ¿Dónde está usted?

—En el café enfrente de su...

—Venga aquí y deje de portarse como Mata Hari —interrumpí.

—¿Nunca es amable con nadie? —replicó ella.

Colgué el teléfono y me serví un trago de Old Forester, para templar mis nervios antes de la entrevista. No me lo había terminado cuando oí sus pasos acercándose por el corredor. Fui a abrir la puerta.

—Adelante, aquí está la fiesta —dije.

Se sentó, muda, y esperó.

—Lo único que he descubierto —expliqué— es que ese agujero de Idaho Street apesta a marihuana.

—Qué inmundito —dijo.

—En la vida hay que tomar lo malo junto con lo bueno —dije—. Orrin debe de haber sentado la cabeza y debe de haber amenazado con informar a la policía.

—¿Quiere decir —preguntó con sus modales de buena niña— que es posible que le hayan hecho daño por eso?

—Bueno, lo más probable es que hayan querido asustarlo antes.

—Oh, no podrían asustar a Orrin, señor Marlowe —dijo con mucha decisión—. Él se pone como una fiera cuando la gente quiere asustarlo.

—De acuerdo —dije—. Pero no estamos hablando de lo mismo. Se puede asustar a cualquiera... con la técnica adecuada.

Su boca esbozó un gesto de obstinación.

—No, señor Marlowe. A Orrin no podrían asustarlo.

—De acuerdo —consentí—. No lo asustaron. Digamos que solamente le cortaron una pierna y le golpearon la cabeza con ella. ¿Qué haría usted en ese caso? ¿Escribiría una carta de protesta al Control de Calidad Municipal?

—Usted se está riendo de mí —dijo cortésmente. Su voz era tan fría como una sopa de pensión—. ¿Eso es todo lo que ha hecho durante el día? ¿Descubrir que Orrin se había mudado y que el barrio es malo? Porque eso ya lo había descubierto yo, señor Marlowe. Pensé que usted, siendo un detective... —Su voz se apagó, dejando el resto en el aire.

—He hecho un poco más que eso —dije—. Le he dado al encargado un poco de ginebra, he consultado el registro y he hablado con un hombre llamado Hicks. George W. Hicks. Usa un peluquín. Probablemente usted no lo conozca. Ocupa, o ocupaba, la habitación de Orrin. Por eso he pensado... —Me tocaba a mí dejar algo en el aire.

Me clavó sus ojos celestes agrandados por las gafas. Su boca se puso pequeña,

firme y apretada. Tenía las manos enlazadas sobre el escritorio frente a su gran cartera, el cuerpo entero se tensó y se puso erecto, formal y desaprobador.

—Le he pagado veinte dólares, señor Marlowe —dijo fríamente—. Creía que ese era el pago por un día de trabajo. No me parece que haya hecho un día de trabajo.

—No —dije—. Tiene usted razón, pero el día no ha terminado aún. Y no se preocupe por los veinte dólares. Se los devolveré si quiere. Ni siquiera los he arrugado.

Abrí el cajón del escritorio y saqué el dinero. Lo puse sobre el escritorio. Ella lo miró sin tocarlo. Alzó los ojos lentamente hasta encontrarse con los míos.

—No lo decía en ese sentido. Sé que está haciendo todo lo que puede, señor Marlowe.

—Con los hechos que tengo.

—Pero ya le he contado todo lo que sé.

—No lo creo —dije.

—Bueno, no puedo evitar que usted piense lo que quiera —replicó—. Después de todo, si yo ya supiera lo que quiero saber, no habría venido aquí a pedirle a usted que lo averiguara, ¿no?

—No estoy diciendo que usted sepa todo lo que quiere saber —respondí—. Lo importante es que yo no sé todo lo que quiero saber para poder hacer el trabajo. Y lo que usted me dice no ayuda.

—¿No ayuda a qué? Le he dicho la verdad. Soy la hermana de Orrin. Creo que sé bien qué clase de persona es.

—¿Cuánto tiempo trabajó para la Cal-Western?

—Ya se lo he explicado. Vino a California hace justo un año. Entró a trabajar inmediatamente porque prácticamente tenía el empleo antes de venir.

—¿Con qué frecuencia escribía? Antes de que dejara de hacerlo.

—Una vez por semana. A veces más. Enviaba una carta a mamá y una a mí. Por supuesto las cartas eran para las dos.

—¿Sobre qué?

—¿Quiere saber sobre qué escribía?

—¿Qué otra cosa querría decir?

—Bueno, no tiene que contestarme con tanta brusquedad. Escribía sobre el trabajo y la planta y la gente que trabajaba con él, y a veces sobre alguna película que había ido a ver. O sobre California. También escribía sobre la Iglesia.

—¿Nada sobre chicas?

—No creo que a Orrin le interesaran mucho las chicas.

—¿Y vivió en la misma dirección todo el tiempo?

Asintió, con aire intrigado.

—¿Y cuánto hace que dejó de escribir?

Eso le llevó alguna reflexión. Apretó los labios y puso la punta del índice sobre la mitad inferior.

—Hará tres o cuatro meses —contestó al fin.

—¿De qué fecha era la última carta?

—Creo... La verdad es que no puedo decírselo con exactitud. Pero fue, como le he dicho, hará tres o cuatro...

La interrumpí con un gesto.

—¿Había algo fuera de lo común en esa carta? ¿Algo extraño, o dicho de un modo extraño?

—No. Era una carta como todas las demás.

—¿No tienen amigos o parientes en esta parte del país?

Me dirigió una mirada rara, empezó a decir algo, y después sacudió la cabeza con fuerza.

—No.

—Muy bien. Ahora le explicaré lo que está mal. Pasaré por alto que usted no me diga dónde se aloja, porque podría ser simplemente que teme que aparezca borracho por allí, para hacerle proposiciones deshonestas.

—No me parece un modo agradable de hablar —dijo.

—Nada de lo que digo es agradable. Yo mismo no lo soy. En su opinión, nadie que no lleve encima por lo menos tres libros de oraciones podría ser agradable. Pero soy inquisitivo. Lo que está mal en toda esta historia es que usted no está asustada. Ni usted personalmente ni su madre. Y deberían estar muy asustadas.

Apretó la cartera contra el pecho con sus pequeños dedos tiesos.

—¿Quiere decir que le ha pasado algo? —Su voz se fue apagando en una especie de susurro triste, como un enterrador pidiendo un pago anticipado.

—Que yo sepa, no. Pero en su lugar, sabiendo la clase de persona que era Orrin, la puntualidad de sus cartas, no me veo esperando a las vacaciones para empezar a hacer preguntas. No me veo ignorando a la policía, que tiene montada una organización para encontrar personas. Ni yendo a un detective solitario del que nunca había oído hablar, para pedirle que escarbe un poco. Y no me imagino a su querida mamá allá en Manhattan, Kansas, tranquilamente sentada semana tras semana remendando la ropa interior de invierno del párroco. Sin carta de Orrin. Sin saber nada de él. Soltando únicamente un largo suspiro al tiempo que empieza a remendar el siguiente par de calzoncillos.

Se puso de pie de un salto.

—Es usted una persona horrible y repugnante —dijo furiosa—. Creo que es malvado. No se atreva a decir que mamá y yo no estábamos preocupadas. No se atreva.

Empujé los veinte dólares un poco más hacia su lado.

—Usted se preocupó veinte dólares, querida —dije—. Pero no sé el verdadero motivo de su preocupación. Y creo que no quiero saberlo. Meta esta fortuna en su morral y olvídese de que me ha conocido. Quizá mañana quiera prestárselo a otro detective.

Cerró ruidosamente la cartera con el dinero dentro.

—No creo que olvide nunca su rudeza —dijo entre dientes—. Nadie en el mundo me había hablado así jamás.

Me puse de pie y di la vuelta al escritorio.

—No piense demasiado en el tema. Podría llegar a gustarle.

Estiré una mano y le quité las gafas. Dio medio paso atrás, casi tropezó, y la cogí por la cintura por puro instinto, para evitar que cayera. Abrió mucho los ojos, puso ambas manos contra mi pecho y empujó. Un gatito recién nacido lo habría hecho con más vigor.

—Sin las gafas, sus ojos son dignos de ver —dije con voz de asombro.

Se relajó y dejó caer la cabeza hacia atrás, al tiempo que entreabría un poco los labios.

—Supongo que lo hará con todas sus clientas —susurró.

Sus manos habían caído a los costados. La cartera me golpeó la pierna. Apoyó todo el peso del cuerpo sobre mi brazo. Si quería que la soltara, estaba enviando las señales equivocadas.

—No quería que perdiera el equilibrio —me disculpé.

—Sabía que era del tipo caballeresco. —Se relajó más todavía. Dejó caer la cabeza un poquito más hacia atrás. Entreabrió los labios en una sonrisa algo provocativa que habían aprendido por sí solos—. Supongo que pensará que lo he hecho a propósito.

—¿Que ha hecho qué a propósito?

—Tropezar.

—Buenooo...

Me pasó rápidamente un brazo por detrás del cuello y empezó a atraerme; así que la besé. No tenía otra alternativa, salvo forcejear. Apretó la boca con fuerza contra la mía un largo momento, y después, en silencio, con tranquilidad, se acomodó en mis brazos. Soltó un largo suspiro.

—En Manhattan, Kansas, podrían arrestarlo por esto —dijo.

—Si hubiera justicia, me arrestarían solo por ir allí —respondí.

Soltó una risita y me tocó la punta de la nariz con el índice.

—Supongo que en realidad prefiere las chicas fáciles —dijo, mirándome de soslayo—. Pero conmigo al menos no tendrá que limpiarse el pintalabios. Quizá use la próxima vez.

—Quizá sea mejor que nos sentemos en el suelo —dije—. Se me está cansando el brazo.

Volvió a reírse y se soltó con gracia.

—Supongo que pensará que me han besado muchísimas veces —dijo.

—¿A qué chica no la han besado?

Asintió y me dirigió su mirada de gatito bueno, que hacía que las pestañas velaran el iris.

—Hasta en las reuniones sociales de la iglesia se juega a besar —reconoció.

—De otro modo no habría reuniones sociales de la iglesia —dije.

Nos miramos sin ninguna expresión en especial.

—Buenooo... —empezó ella al fin.

Le devolví las gafas. Se las puso. Abrió su cartera, se miró en un espejo de mano, escarbó un poco más y sacó algo en la mano cerrada.

—Disculpe si he sido mala —arrancó al fin, y metió algo bajo el vade de mi escritorio.

Me dirigió otra sonrisita frágil, fue hacia la puerta y la abrió.

—Le llamaré —se despidió en tono íntimo.

Y se marchó, tap, tap, tap, por el pasillo.

Levanté el vade y alisé los billetes arrugados que había debajo. El beso no había sido gran cosa, pero al parecer tenía una segunda oportunidad de ganarme los viejos veinte dólares.

Sonó el teléfono antes de que hubiera empezado a preocuparme de verdad por el señor Lester B. Clausen. Lo levanté distraído. La voz que oí era abrupta, pero pesada y ahogada, como si brotara desde detrás de una cortina o de una larga barba blanca.

—¿Marlowe? —dijo.

—Diga.

—¿Tiene una caja de seguridad, Marlowe?

Yo ya había agotado mi cuota de amabilidad esa tarde.

—Hable y no pregunte —dije.

—Le he hecho una pregunta, Marlowe.

—Y no la he contestado —repliqué—. Así son las cosas.

Apreté la horquilla y la sostuve así mientras encendía un cigarrillo. Sabía que volvería a llamar. Siempre vuelven a llamar cuando se creen duros. No han usado su frase de despedida. Cuando volvió a sonar, empecé a hablar directamente:

—Si tiene algo que decir, dígalo. Y me llamará «señor» hasta que me pague.

—No pierda los papeles tan deprisa, amigo. Estoy metido en un lío. Necesito que me guarde algo en una caja fuerte. Unos pocos días. No más. Y usted podría ganar un poco de dinero fácil y rápido.

—¿Cuánto? —le pregunté—. ¿Y cuánto tiempo?

—Un billete de cien. Aquí lo tengo, esperándolo. Se lo estoy manteniendo caliente.

—Lo oigo ronronear —dije—. ¿Dónde me espera? —Estaba oyendo la voz dos veces, una por el auricular y otra cuando resonaba en mi memoria.

—Hotel Van Nuys, habitación 332. Dé dos golpes rápidos y dos lentos. No demasiado fuerte. Tengo mucho que hacer. ¿En cuánto tiempo podría...?

—¿Qué quiere que le guarde?

—Eso tendrá que esperar hasta que esté aquí. Le he dicho que tengo prisa.

—¿Cómo se llama?

—Habitación 332, nada más.

—Gracias por su tiempo —dije—. Adiós.

—Eh. Espere un minuto, idiota. No es nada de lo que usted piensa. No son diamantes. No son pendientes de esmeralda. Simplemente es algo que vale mucho dinero para mí... y nada en absoluto para nadie más.

—El hotel tiene caja fuerte.

—¿Quiere morir pobre, Marlowe?

—¿Por qué no? Rockefeller murió pobre. Adiós otra vez.

La voz cambió. Perdió el tono ahogado. Dijo enseguida de manera incisiva:

—¿Cómo andan las cosas por Bay City?

No hablé. Me limité a esperar. Hubo una lejana risa en la línea.

—Pensé que eso le interesaría, Marlowe. Es la habitación 332. Llame con suavidad. Y dese prisa.

Oí el clic del teléfono al cortarse la línea. Colgué. Sin razón aparente un lápiz rodó por el escritorio y se le quebró la punta en el suelo bajo una de las patas. Lo recogí y volví a sacarle punta lenta y cuidadosamente con el sacapuntas atornillado al marco de la ventana. Hice girar el lápiz para que la punta quedara pareja. Lo puse en la bandeja del escritorio y me sacudí las manos. Tenía todo el tiempo del mundo. Miré por la ventana. No vi nada. No oí nada.

Y después, también sin razón aparente, vi el rostro de Orfamay Quest sin las gafas y maquillado, y con el pelo rubio en un peinado alto y una tiara sobre la frente. Y ojos sensuales. Todas tienen que tener ojos sensuales. Traté de imaginarme esa cara en un gran primer plano asediado por algún personaje viril proveniente de los grandes espacios abiertos del bar Romanoff.

Tardé veintinueve minutos en llegar al hotel Van Nuys.

Antaño, en alguna época lejana, debió de tener cierta elegancia. Pero ya no. El recuerdo de viejos cigarros flotaba en el vestíbulo como el dorado sucio de las molduras y los resortes asomándose por el cuero de los sillones. Con el transcurso del tiempo, el mármol del escritorio se había vuelto amarillento. Sin embargo, la alfombra era nueva y tenía un aire duro, al igual que el empleado de la conserjería. Pasé frente a él, fui hasta el puesto de tabaco en un rincón y saqué unas monedas para pedir un paquete de Camel. La chica del puesto era una rubia pajiza de cuello largo y ojos cansados. Puso los cigarrillos frente a mí, añadió una caja de cerillas, y metió el cambio en una caja con ranura cuyo letrero decía: «La Beneficencia se lo agradece».

—Usted mismo lo habría hecho, ¿verdad? —dijo sonriendo con paciencia—. Nadie podría negarse a dar el cambio a los pobres niños con las piernas torcidas y enfermedades así, ¿no?

—Supongo que no —respondí.

—He puesto siete centavos —dijo la chica—. Habría sido muy doloroso negarse. —Tenía una voz pausada con una especie de caricia húmeda en ella, como una toalla de baño mal secada.

Metí veinticinco centavos además de los siete. Entonces me dirigió una gran sonrisa, que me mostró sus amígdalas.

—Usted es una buena persona —dijo—. Lo veo. Muchos tipos en su situación se habrían creído con derecho a hacerme una proposición. Imagínese. Por siete centavos. Una proposición.

—¿Quién es el vigilante? —pregunté, sin optar por el curso de acción que ella insinuaba.

—Hay dos. —Hizo algo lento y elegante con el pelo de la nuca, exhibiendo lo que parecía más que un puñado de uñas color rojo sangre—. El señor Hady está de noche y el señor Flack de día. Es de día, así que estará el señor Flack.

—¿Dónde podría encontrarlo?

Se inclinó sobre el escritorio dándome la oportunidad de oler su cabello, y señaló con una uña de dos centímetros hacia los ascensores.

—Tiene la oficina en ese pasillo, junto a la conserjería. No puede saltarse la conserjería, es una puerta de cristal, donde está escrito «Conserjería» en letras doradas. Aunque el cristal se baja para atender al público, así que quizá no pueda leer el letrero.

—Lo veré —dije—, aunque tenga que hacer un pequeño esfuerzo. ¿Qué aspecto tiene el señor Flack?

—Bueno —respondió—, es menudo, con un bigote. Pequeño pero fornido. Robusto pero no alto. —Movié los dedos lánguidamente sobre el mostrador, de modo que yo habría podido tocarlos sin necesidad de dar un salto—. No es un tipo

interesante —dijo—. ¿Por qué molestarse?

—Negocios —contesté, y me alejé antes de que siguieran las insinuaciones.

Volví la cabeza para mirarla cuando ya estaba a la altura de los ascensores, me estaba observando con una expresión que ella probablemente consideraba pensativa.

La conserjería estaba a medio camino por el pasillo que desembocaba a Spring Street. La puerta de al lado estaba entreabierta. Miré por la abertura, entré y cerré la puerta.

Un hombre estaba sentado a un pequeño escritorio cubierto de polvo, con un cenicero muy grande y poco más. Era bajo y robusto. Tenía algo oscuro y erizado bajo la nariz, algo que no medía más de tres centímetros de largo. Me senté frente a él y puse una tarjeta sobre el escritorio.

La cogió sin inmutarse, la leyó, le dio vuelta y leyó el reverso con tanto cuidado como el anverso. El reverso estaba en blanco. Recuperó medio cigarro apagado del cenicero y se quemó la nariz encendiéndolo.

—¿Dónde está la broma? —Me gruñó.

—No hay broma. ¿Usted es Flack?

No se molestó en responder. Me dirigió una mirada firme que podría haber ocultado sus pensamientos, o no, según si tuviera o no algo que ocultar.

—Querría saber algo sobre uno de sus clientes —dije.

—¿Qué nombre? —preguntó Flack sin entusiasmo.

—No sé con qué nombre se habrá registrado aquí. Está en la habitación 332.

—¿Qué nombre usaba antes de venir aquí? —preguntó Flack.

—Tampoco lo sé.

—¿Qué aspecto tiene? —Flack albergaba sospechas. Releyó mi tarjeta, que no aportó nada a lo que ya sabía.

—Nunca lo he visto, que yo sepa.

—Debo de estar cansado. No lo entiendo.

—He recibido una llamada de él —expliqué—. Quería verme.

—¿Yo se lo impido?

—Escuche, Flack. En mi negocio se hacen enemigos, a veces. Eso usted debería saberlo. Ese tipo quiere que le haga un trabajo. Me pide que venga a verlo, se olvida de decirme cómo se llama, y cuelga. He pensado que debería investigar un poco antes de subir.

Flack se sacó el cigarro de la boca y dijo con paciencia:

—Estoy agotado. Sigo sin entenderlo. Ya nada tiene sentido para mí.

Me incliné sobre el escritorio y le hablé lenta y claramente.

—Todo eso podría ser una manera fantástica de meterme en una habitación de hotel y dormirme de un golpe, y después marcharse tranquilamente. Y usted no querría que algo así sucediera en su hotel, ¿verdad, Flack?

—Suponiendo que me importara —dijo—, ¿usted se considera tan importante?

—¿Usted fuma ese pedazo de sogá porque le gusta o porque piensa que le hace

parecer duro?

—Por cuarenta y cinco a la semana —replicó Flack, clavándome la mirada—, ¿le parece que podría fumar algo mejor?

—Aún no tengo cuenta de gastos —me disculpé—. Aún no he cerrado el trato.

Hizo un sonido triste, se levantó pesadamente y salió. Encendí uno de mis cigarrillos y esperé. Volvió enseguida y arrojó una ficha de registro sobre el escritorio. Con letra firme y redonda, con tinta, decía «Dr. G. W. Hambleton, El Centro, California». El empleado había escrito otras cosas, incluyendo el número de habitación y la tarifa diaria. Flack me señaló algo con un dedo que necesitaba con cierta urgencia el trabajo de una manicura, o a falta de eso un cepillo de uñas.

—Ha entrado a las dos y cuarenta y siete de la tarde —dijo—. Hoy mismo. Nada en la cuenta. Ha pagado un día. No ha hecho llamadas. Nada. ¿Eso es lo que quería?

—¿Qué aspecto tiene? —pregunté.

—No lo he visto. ¿Se cree que estoy ahí afuera sacándoles fotos a todos los que se registran?

—Gracias —dije—. Doctor G. W. Hambleton, El Centro. Muchas gracias.

Le devolví la ficha de registro.

—Cualquier cosa que yo deba saber —dijo Flack cuando ya me iba—, no olvide donde vivo. Si a esto se le puede llamar vivir.

Asentí y salí. Hay días así. Cualquier tipo con el que uno se encuentra es un fracasado. Uno empieza a mirarse al espejo y a dudar.

La habitación 332 estaba en la parte trasera del edificio, cerca de la salida a la escalera de emergencia. El pasillo que llevaba a ella tenía un olor a alfombra vieja y a lustre de muebles, y al siniestro anonimato de mil vidas sórdidas. El cubo con arena bajo el compartimento con la manguera estaba colmado de colillas de cigarrillos y cigarros, en una acumulación de varios días. Por una puerta abierta salía música de una radio de sonido metálico. Y detrás de una puerta cerrada se oían risas desenfrenadas. Al fondo, frente a la habitación 332, reinaba el silencio.

Di dos golpes cortos y dos largos, según las instrucciones. No pasó nada. Me sentí ajado y viejo. Me sentí como si me hubiera pasado la vida golpeando puertas en hoteluchos y nadie se molestara en abrirme. Volví a probar. Después giré el picaporte y entré. Una llave con una tarjeta roja colgaba de la parte interna de la cerradura.

Había un breve pasillo con un baño a la derecha. Más allá se veía una cama, y sobre ella un hombre en camisa y pantalones.

—Doctor Hambleton —dije.

El hombre no respondió. Pasé frente a la puerta del baño, hacia él. Un aroma de perfume me alcanzó y empecé a volverme, pero no lo bastante rápido. Una mujer que había estado escondida en el baño estaba allí, tapándose la parte inferior del rostro con una toalla. Por encima de la toalla, se veían unas gafas negras. Y encima el ala de un sombrero de paja con una especie de pluma azul. A los costados, unas matas de pelo rubio claro. Entre las sombras también se veían unos pendientes azules. Las gafas de sol tenían una montura blanca, con patillas muy anchas. El vestido conjuntaba con el sombrero. Abierta sobre el vestido, una chaqueta de seda o rayón bordado. Llevaba guantes y sostenía una automática en la mano derecha. Cachas de hueso blanco. Parecía una 32.

—Dese la vuelta y ponga las manos detrás —dijo a través de la toalla.

La voz apagada por la tela me decía tan poco como las gafas de sol. No era la voz que me había hablado por teléfono. No me moví.

—Ni se le ocurra pensar que estoy bromeando —dijo—. Le daré exactamente tres segundos para hacerlo.

—¿No podría ser un minuto? Me gusta mirarla.

Hizo un gesto amenazante con la pequeña pistola.

—Vuélvase —dijo—. Y rápido.

—Me gusta el sonido de su voz también.

—De acuerdo —dijo en un tono tenso y peligroso—. Si así lo quiere, así lo tendrá.

—No olvide que es usted una dama —dije, y me volví y alcé las manos por encima de la línea de los hombros.

El cañón del arma se metió en mi nuca. El aliento casi me tocaba. El perfume era

elegante, no fuerte, no marcado. El arma en mi nuca retrocedió y una llama blanca me ardió por un instante tras los ojos. Gruñí y caí hacia adelante sobre las manos y las rodillas. Enseguida llevé una mano hacia atrás. Toqué una pierna dentro de una media de nailon, pero la mano resbaló sobre ella, una lástima. Parecía una bonita pierna. El dolor de un segundo golpe en la cabeza borró el placer que podría haber sentido y solté un sonido ronco, típico de un hombre en mal estado. Caí al suelo. La puerta se abrió. El ruido de una llave. La puerta se cerró. La llave giró. Silencio.

Me levanté y fui al baño. Metí una toalla debajo del agua fría del grifo y me la puse en la cabeza. Sentía como si me hubieran golpeado con el tacón de un zapato. Desde luego, no había sido con la empuñadura de la pistola. Había un poco de sangre, no mucha. Enjuagué la toalla y me quedé allí, palpándome el chichón y preguntándome por qué no corría tras la mujer, gritando. En lugar de eso, miré el botiquín abierto encima del lavamanos. Habían roto un bote de talco. Había talco en todo el estante. Habían cortado por la mitad un tubo de dentífrico. Alguien había estado buscando algo.

Regresé al pequeño pasillo y probé la puerta. Cerrada por fuera. Me incliné y miré por el agujero. Era una cerradura de las que tienen la entrada interna y la externa a diferentes alturas. La chica de gafas de sol de montura blanca no sabía mucho de hoteles. Giré el cerrojo, que abría la cerradura externa, y abrí la puerta. Miré el pasillo vacío, y volví a cerrar.

Después fui hacia el hombre en la cama. No se había movido durante todo el tiempo, por un motivo más bien obvio.

Al terminar el pasillo la habitación se ampliaba hacia un par de ventanas, a través de las cuales el sol poniente proyectaba una luz vertical que iluminaba la garganta del hombre. Lo que había allí era azul y blanco, brillante y redondo. El hombre estaba cómodamente recostado, con la cabeza echada a un lado y las manos a los costados, sin zapatos. Tenía una mejilla contra la almohada y parecía relajado. Llevaba peluquín. La última vez que había hablado con él su nombre era George W. Hicks. Ahora era el doctor G. W. Hambleton. Las mismas iniciales. Aunque ya no tenía ninguna importancia. No volvería a hablar con él. No había sangre. Ni una gota, que es una de las pocas cosas buenas que tiene un trabajo bien hecho con un picahielos.

Le toqué la garganta. Todavía estaba caliente. Entretanto, el rayo de sol se apartó del mango del picahielos hacia su oreja izquierda. Me volví y observé la habitación. Habían abierto la caja del teléfono, y así seguía. Habían arrojado la Biblia a un rincón y habían registrado el escritorio. Fui al armario y miré dentro. Había ropa y una maleta que ya había visto antes. No encontré nada que pareciera importante. Recogí un sombrero del suelo y lo puse sobre el escritorio, luego volví al baño. Lo interesante era saber si quienes habían clavado el picahielos al doctor Hambleton habían encontrado lo que buscaban. Habían tenido muy poco tiempo.

Registré el baño a conciencia. Vacíé la cisterna del inodoro y la examiné. No había nada. Miré por los agujeros de desagüe. Ningún hilo colgando de ellos con un

pequeño objeto atado al extremo. Registré la mesilla de noche. Estaba vacía, salvo un sobre viejo. Desenganché los postigos de la ventana y pasé la mano por el antepecho. Recogí la Biblia del suelo y la hojeé. Examiné el reverso de los tres cuadros que había y estudié el borde de la alfombra. Estaba clavada al zócalo, y había polvo en las depresiones formadas por cada clavo. Me arrodillé y examiné la parte que quedaba bajo la cama. Lo mismo. Me subí a una silla y me asomé al cuenco de la lámpara de techo. No tenía más que polvo y mariposas muertas. Miré la cama. La había hecho un profesional, y no la habían deshecho. Toqué la almohada bajo la cabeza del muerto, después saqué la almohada extra del armario y examiné las costuras. Nada.

La chaqueta del doctor Hambleton colgaba del respaldo de una silla. La revisé, aun sabiendo que era el lugar donde menos probabilidades había de encontrar algo. Alguien con una navaja había hurgado en el forro y en las hombreras. En los bolsillos había cerillas, un par de cigarros, unas gafas de sol, un pañuelo barato sin usar, una entrada de un cine de Bay City, un peine pequeño y un paquete de cigarrillos sin abrir. Lo miré al trasluz. No mostraba señales de haber sido abierto. Lo abrí. Rasgué la parte superior, saqué el contenido, y no encontré más que cigarrillos.

Ya solo quedaba examinar al doctor Hambleton. Me acerqué a él y revisé los bolsillos de los pantalones. Algunas monedas, otro pañuelo, un tubo de dentífrico pequeño, más cerillas, un manojito de llaves y billetes de autobús. En una billetera de cuero había estampillas, otro peine (he aquí un hombre que cuidaba su peluquín), tres paquetes chatos de polvo blanco, siete tarjetas impresas que decían «Doctor G. W. Hambleton, O. D. Tustin Building, El Centro, California. Horarios de 9 a 12 y de 14 a 16, y con cita previa. Teléfono de El Centro: 50406». No había carnet de conducir, ni tarjeta de alguna mutua, ni identificación verdadera alguna. Además, había ciento sesenta y cuatro dólares en efectivo en la billetera. La dejé donde la había encontrado.

Cogí el sombrero del doctor Hambleton del escritorio y examiné la banda interna y la cinta exterior. La cinta había sido cortada con una navaja. No había nada oculto dentro. No se veían señales de nada que hubiera sido rasgado y vuelto a coser.

Ahí estaba la clave. Si los asesinos sabían qué buscaban, era algo que podía esconderse en un libro, en la caja del teléfono, en un tubo de dentífrico o en la cinta de un sombrero. Regresé al baño y me miré la cabeza otra vez. Seguía brotando un hilo de sangre. Volví a aplicarme agua fría y la sequé con papel higiénico que después hice desaparecer por el inodoro. Caminé hasta la habitación de nuevo y miré un momento al doctor Hambleton, preguntándome cuál habría sido su error. Parecía un tipo razonablemente prudente. El rayo de sol ya se había apartado de la cama y caía sobre un triste rincón polvoriento.

De pronto no pude reprimir una sonrisa. Me incliné y con movimientos rápidos y la sonrisa aún en la cara, aunque sabía que no era el momento, le arranqué el peluquín al doctor Hambleton y miré dentro. Así de simple. Sujeto al forro del peluquín con cinta adhesiva había un trocito de papel anaranjado, protegido por un cuadrado de celofán. Lo arranqué, le di vuelta y vi que era el resguardo numerado de una tienda de

fotografía de Bay City. Lo metí en mi cartera y volví a colocar con cuidado el peluquín en la calva del muerto.

Me fui sin cerrar con llave porque no tenía modo de hacerlo.

Por el pasillo todavía sonaba la radio acompañada de las exageradas risas alcohólicas.

Al teléfono, el hombre de la casa de fotografía me dijo:

—Sí, señor Hicks. Ya las tenemos. Seis copias ampliadas, en papel brillante, a partir de su negativo.

—¿A qué hora cierran? —pregunté.

—Pues en unos cinco minutos. Abrimos a las nueve de la mañana.

—Pasaré a buscarlas por la mañana. Gracias.

Colgué, hurgué mecánicamente en la ranura donde caían las monedas sobrantes y encontré una olvidada por alguien. Fui hasta la barra y con ella pagué una taza de café. Me quedé sentado allí saboreándolo y escuchando las bocinas de los coches que se quejaban en las calles de los alrededores. Era la hora de volver a casa. Soplaban silbatos. Rugían motores. Chirriaban frenos. Había un sordo rumor de pasos en la acera. Eran las cinco y media pasadas. Terminé el café, cargué la pipa, y anduve la media manzana que me separaba del hotel Van Nuys. En la sala de correspondencia metí el resguardo en una hoja plegada de papel del hotel, esta en un sobre, en el que escribí mi nombre y mi dirección. Le puse un sello al sobre y lo arrojé al buzón que había junto a los ascensores. Después me encaminé de nuevo a la oficina de Flack.

Volví a cerrar la puerta al entrar y me senté frente a él. Este no parecía haberse movido ni un centímetro. Estaba masticando de mal humor el mismo cigarro y sus ojos seguían llenos de nada. Encendí otra vez mi pipa rascando la cerilla por el costado del escritorio. Frunció el entrecejo.

—El doctor Hambleton no contesta al llamar a su puerta —dije.

—¿Eh?

Flack me miraba sin expresión.

—El tipo de la habitación 332. ¿Se acuerda? No contesta al llamar a su puerta.

—¿Y qué quiere que haga? —preguntó Flack.

—He insistido varias veces —expliqué—. Sin respuesta. He pensado que se estaría duchando o algo así, aunque no he oído nada. He salido un rato, y después lo he intentado otra vez. También sin respuesta.

Flack miró un reloj que sacó del bolsillo.

—Termino a las siete —dijo—. Dios mío, más de una hora todavía. Y tengo hambre.

—Es comprensible trabajando tanto. Debe conservar sus fuerzas. ¿Tiene algún interés en la habitación 332?

—Ha dicho que el tipo no estaba —contestó Flack irritado—. ¿Y qué? No estaba.

—No he dicho que no estuviera. He dicho que no contestaba.

Flack se inclinó hacia adelante. Muy lentamente se sacó la colilla de cigarro de la boca y la puso en el cenicero.

—Adelante. Cuénteme más —dijo con cautela.

—Quizá quiera usted subir y echar un vistazo —dije—. Quizá no ha visto un trabajo de picahielo de primera en los últimos tiempos.

Flack puso las manos en los brazos del sillón y apretó la madera con fuerza.

—Ay —dijo dolorosamente—, ay.

Se puso de pie y abrió el cajón del escritorio. Sacó un revólver grande y negro, abrió el tambor, contempló las balas, cerró un ojo y con el otro miró el cañón, y luego cerró el tambor. Se desabotonó la chaqueta y se puso el revólver bajo el cinturón. En una emergencia quizá pudiera sacarla en menos de un minuto. Se encasquetó el sombrero con firmeza y señaló la puerta con el pulgar.

Subimos al tercer piso en silencio. Avanzamos por el pasillo. Nada había cambiado. Ningún sonido había aumentado o disminuido. Flack se apresuró a llegar a la habitación 332 y llamó por la fuerza de la costumbre. Después probó el picaporte. Me miró por encima del hombro con la boca torcida.

—Me ha dicho que la puerta no estaba cerrada con llave —se quejó.

—No he dicho exactamente eso. Pero estaba cerrada sin llave.

—Ya no —dijo Flack.

Sacó una llave con una larga cadena. La giró en la cerradura, y miró a ambos lados del pasillo. Agarró el picaporte, lo movió sin hacer ruido, y abrió la puerta unos centímetros. Escuchó. No se oía ningún sonido procedente del interior. Flack dio un paso atrás y sacó el revólver del cinturón. Retiró la llave de la cerradura, abrió la puerta de un puntapié y alzó la pistola apuntando hacia adelante, como en una película.

—Vamos —dijo escupiendo la palabra por un costado de la boca.

Por encima de su hombro vi que el doctor Hambleton continuaba tendido exactamente como antes, pero el mango del picahielos no se veía desde donde estábamos. Flack se inclinó hacia adelante y avanzó con suma cautela. Llegó a la puerta del baño y aplicó los ojos a la línea de abertura, tras lo cual la empujó con tal fuerza que impactó contra la bañera. Entró y salió, y al fin llegó a la habitación propiamente dicha; era un hombre precavido y tenso, que no aceptaba riesgos inútiles.

Probó la puerta del armario, alzó la pistola, y la abrió con fuerza. No había sospechosos en el armario.

—Mire debajo de la cama —le sugerí.

Flack se inclinó con agilidad y miró debajo de la cama.

—Mire debajo de la alfombra —propuse.

—¿Me está tomando el pelo? —preguntó Flack con gesto hosco.

—Me gusta ver cómo trabaja.

Se inclinó sobre el muerto y examinó el picahielos.

—Alguien ha cerrado la puerta con llave —gruñó—. A no ser que usted mintiera al decir que no estaba cerrada.

No dije nada.

—Bueno, supongo que habrá que llamar a la policía —dijo lentamente—. Imposible tapar esto.

—No es culpa suya —dije—. Sucede incluso en los buenos hoteles.

El interno pelirrojo llenó el formulario y enganchó la estilográfica en el bolsillo exterior de su chaqueta blanca. Cerró el bloc bruscamente, con una débil sonrisa en los labios.

—Punción espinal justo debajo del lóbulo occipital, diría —afirmó despreocupadamente—. Un punto muy vulnerable. Si uno sabe cómo encontrarlo. Y supongo que ustedes lo saben.

El teniente detective Christy French gruñó:

—¿Cree que es la primera vez que veo un caso de estos?

—No, supongo que no —dijo el interno.

Echó un último vistazo al muerto, se volvió y salió.

—Llamaré al forense —se despidió por encima del hombro, mientras salía y cerraba la puerta tras él.

—Para estos tipos un cadáver significa lo mismo que un plato de col recalentada para mí —dijo Christy French con amargura mirando la puerta cerrada.

Su compañero, un policía llamado Fred Beifus, estaba arrodillado junto a la caja del teléfono. La había espolvoreado en busca de huellas digitales, y sopló el polvo sobrante. La observaba con una lupa pequeña. Sacudió la cabeza, y después sacó algo del tornillo con el que se cerraba la caja.

—Guantes de trabajo de algodón gris de las pompas fúnebres —dijo con disgusto—. Cuestan cuatro centavos el par. No vale la pena buscar más huellas aquí. Por lo visto, buscaban algo en la caja del teléfono, ¿eh?

—Evidentemente, algo que podía meterse ahí —dijo French—. No esperaba encontrar huellas. Estos trabajos de picahielos son una especialidad. Dentro de un rato vendrá el experto. Estamos haciendo una simple inspección preliminar de la escena del crimen.

Estaba vaciando los bolsillos del muerto y poniendo lo que sacaba en la cama, junto al cuerpo quieto y ya rígido. Flack estaba sentado junto a la ventana, mirando afuera con aburrimiento. El administrador del hotel había subido un momento, con expresión preocupada, no había dicho nada y se había marchado. Yo estaba de pie, apoyado en la pared del baño, haciéndome crujir los dedos.

De pronto Flack dijo:

—A mi juicio, un trabajo de picahielos es cosa de damas. Se puede comprar uno en cualquier parte. Cuestan diez centavos. Si lo necesita rápido, se lo puede poner en la liga y llevarlo ahí.

Christy French le dirigió una breve mirada no desprovista de asombro. Beifus dijo:

—¿Qué clase de damas tratas, querido? Con el precio de las medias, una dama preferiría colgarse un serrucho de la liga.

—No pensé en eso —dijo Flack.

—Déjanos pensar a nosotros, dulzura —dijo Beifus—. Se necesita tener con qué hacerlo.

—No es necesario ponerse grosero —se quejó Flack.

Beifus se sacó el sombrero y le hizo una reverencia.

—No debería prohibirnos nuestros pequeños placeres, señor Flack.

Christy French intervino:

—Además, una mujer no se contentaría con una sola vez; seguiría clavando. No sabría en qué punto ya no se necesita más. Las puñaladas múltiples delatan a los novatos. El que hizo esto era un profesional, o al menos alguien que conocía su oficio. Le acertó en la médula la primera vez. Y otra cosa: para hacer esto hay que tener a la víctima quieta. Eso significa que había más de una persona, a no ser que lo hubieran drogado, o que el asesino fuera un amigo.

—No se me ocurre cómo pudieron drogarlo —dije—, si es el mismo tipo que me llamó por teléfono.

French y Beifus me miraron con la misma expresión de paciente aburrimiento.

—Como usted no lo conocía —subrayó French—, según lo que nos ha contado, siempre cabe la tenue posibilidad de que no reconociera su voz. ¿O soy demasiado sutil?

—No lo sé —dije—. No he leído las cartas de sus admiradoras.

French sonrió.

—No gastes saliva con él —dijo Beifus a French—. Ahórrala para cuando hables en el Club del Viernes por la Mañana. Algunas de las viejecitas que van a esas charlas adoran los aspectos más recónditos del crimen.

French se lio un cigarrillo y lo encendió con una cerilla de cocina que raspó en el respaldo de la silla. Suspiró.

—Es una técnica que desarrollaron en Brooklyn —explicó—. Los especialistas eran los muchachos de Sunny Moe Stein, pero después se difundió. Se difundió tanto que no se podía cruzar un baldío sin tropezarse con un ejemplo. Después, cuando la banda se disolvió, los supervivientes vinieron aquí. Me pregunto por qué lo hacen.

—Quizá porque aquí hay muchos baldíos —dijo Beifus.

—Pero es raro —dijo French, casi soñador—. Cuando Weepy Moyer mandó matar a Sunny Moe Stein en febrero pasado, en Franklin Avenue, el asesino usó una pistola. A Moe eso no le debió de gustar en absoluto.

—Apuesto a que era por eso que tenía en la cara ese gesto de disgusto, una vez que le lavaron la sangre —observó Beifus.

—¿Quién es Weepy Moyer? —preguntó Flack.

—Era el sucesor de Moe en la organización —le dijo French—. Esto podría ser obra suya. Aunque no lo haya hecho en persona.

—¿Por qué no? —preguntó Flack agriamente.

—¿Nunca lees el periódico? Ahora Moyer es un caballero. Conoce a la mejor

gente. Hasta tiene otro nombre. Y en cuanto a la muerte de Sunny Moe Stein, resulta que en ese momento lo teníamos detenido por una razia en un casino clandestino. De esa redada no salió nada, por supuesto. Pero le dimos la mejor coartada. Sea como sea, ahora es un caballero, y los caballeros no van de aquí para allá clavándole picahielos a la gente. Lo mandan hacer a sus empleados.

—¿Alguna vez han intentado algo contra Moyer? —pregunté.

French me miró interesado.

—¿Por qué?

—Se me ha ocurrido una idea. Pero es muy frágil —dije.

French me examinó, tomándose su tiempo.

—Que quede entre nosotros —dijo—, nunca llegamos a demostrar siquiera que el tipo fuera Moyer. Pero que no corra la voz. Se supone que nadie lo sabe aparte de él y su abogado y el fiscal del distrito y la policía y los funcionarios judiciales y quizá doscientas o trescientas personas más.

Golpeó la billetera del muerto contra el muslo, y se sentó en la cama. Se inclinó hacia el lado de las piernas del cadáver, apoyó el codo en la cama, y me apuntó con el cigarrillo.

—Basta de conversación. Veamos dónde estamos, Fred. En primer lugar, el sujeto que tenemos aquí no era muy brillante. Se presentaba con el nombre de doctor G. W. Hambleton y llevaba tarjetas impresas con una dirección y un número de teléfono de El Centro. Bastan dos minutos para descubrir que no existe esa dirección ni ese número de teléfono. Un chico listo no se expone de esta manera. Segundo, el tipo no nada en la abundancia. Tiene catorce dólares ahí doblados, y otros dos en monedas. En el llavero no tiene ninguna llave de coche ni de casa ni de una caja fuerte. Lo único que tiene es una llave de una maleta y siete ganzúas. Ganzúas de factura reciente. Supongo que se proponía desvalijar un poco el hotel. ¿Le parece que las ganzúas funcionarían en esta ratonera, Flack?

Este se inclinó y las estudió.

—Dos de ellas son del tamaño justo —dijo—. No puedo saber si funcionan con solo mirarlas. Si yo quiero una llave maestra del hotel, tengo que ir a pedirla a la oficina del gerente. Lo único que tengo es una llave simple. Solo puedo usarla si los huéspedes han salido. —Sacó una llave del bolsillo, unida a una larga cadena, y la comparó. Sacudió la cabeza—. No sirven, necesitan más limado. Les sobra mucho metal.

French hizo caer ceniza del cigarrillo en la palma de la mano, y la sopló. Flack volvió a su silla junto a la ventana.

—Punto siguiente —anunció Christy French—. No lleva carnet de conducir, ni ninguna identificación. Ninguna de las prendas que lleva puestas las compró en El Centro. Iba bien vestido, pero no tiene el aspecto o la personalidad de los que pagan con cheques.

—Lo has conocido en unas circunstancias poco favorecedoras —dijo Beifus.

—Y este hotel es el sitio incorrecto, además —siguió French—. Se ha ganado una pésima reputación.

—¡Un momento! —empezó Flack.

French lo interrumpió con un gesto.

—Conozco todos los hoteles en el distrito metropolitano, Flack. Es mi oficio conocerlos. Por cincuenta dólares podría organizar una orgía en una hora, en cualquier habitación de este hotel. No me haga reír. Usted se gana el pan y yo también. Sigamos. El sujeto tenía algo que temía llevar consigo. Eso significa que sabía que alguien andaba tras él y que se estaba acercando. Así que le ofrece a Marlowe cien dólares para que se lo guarde. Pero no tiene esa cantidad encima. De modo que lo que debió de planear fue hacer entrar a Marlowe en el juego, asociarlo. Para eso, no podían ser joyas robadas; tenía que ser algo semilegítimo. ¿Es así, Marlowe?

—Podría suprimir el «semi» —dije.

French apenas esbozó una sonrisa.

—Pues bien, lo que tenía era algo que podía doblarse o enrollarse, algo que podía meterse en la caja del teléfono, o en la cinta del sombrero, o en una Biblia, o en una lata de talco. No sabemos si lo encontraron o no. Pero sabemos que hubo muy poco tiempo. Poco más de media hora.

—Si es que fue Hambleton quien hizo la llamada —dije—. Usted ha planteado la duda.

—De cualquier otro modo, no tiene sentido. Los asesinos no podían tener ninguna prisa en que se encontrara el cadáver. ¿Por qué le iban a pedir a alguien que fuera a su habitación? —Se volvió hacia Flack—. ¿Hay alguna posibilidad de saber qué visitantes tuvo el muerto?

Este sacudió la cabeza sombrío.

—Ni siquiera hay que pasar por delante de la recepción para llegar a los ascensores.

—Quizá esa fue una razón para que viniera aquí —dijo Beifus—. Eso, y la atmósfera casera.

—De acuerdo —dijo French—. Quienquiera que lo matara pudo entrar y salir sin que le hicieran preguntas. Lo único que necesitaba saber era el número de habitación. Y eso es más o menos lo único que sabemos, ¿verdad, Fred?

Beifus asintió.

—No todo —dije—. Lleva un buen peluquín, aunque sigue siendo un peluquín.

French y Beifus se dieron la vuelta al mismo tiempo. French se inclinó, le quitó cuidadosamente el cabello al muerto y silbó.

—Me preguntaba por qué se sonreía ese maldito interno —dijo—. El hijo de perra ni siquiera lo ha mencionado. ¿Ves lo que yo veo, Fred?

—Solo veo un tipo sin pelo —respondió Beifus.

—Quizá nunca lo conociste. Mileaway Marston. Fue pistolero de Ace Devore.

—¡Pues claro! —exclamó Beifus. Se rio y palmeó cariñosamente la calva del muerto—. ¿Cómo te ha ido todo este tiempo, Mileaway? Hacía tanto que no nos veíamos que me había olvidado de ti. Pero tú me conoces, compañero. Siempre me enternecen estos momentos.

Sin el peluquín, el hombre tendido en la cama parecía viejo, rígido y marchito. La máscara amarilla de la muerte empezaba a formarle arrugas en el rostro.

—Bueno —dijo French con calma—, esto me quita un gran peso de encima. Por este pistolero no será necesaria una investigación a fondo. Al diablo con él. —Le colocó el peluquín sobre un ojo y se levantó—. Hemos terminado con ustedes dos —nos dijo a Flack y a mí.

Flack se puso de pie.

—Gracias por el asesinato, querido —le dijo Beifus—. Si hay más en tu hotelito, no te olvides de llamarnos. Nuestros servicios pueden no ser buenos pero sí que son rápidos.

Flack recorrió el breve pasillo hasta la salida y abrió la puerta. Lo seguí. Camino a los ascensores, no hablamos. Ni mientras bajábamos. Fui con él hasta su pequeña oficina, lo seguí y cerré la puerta. Pareció sorprendido.

Se sentó al escritorio y puso una mano sobre el teléfono.

—Tengo que hacerle un informe al gerente —dijo—. ¿Quiere algo?

Hice rodar un cigarrillo entre los dedos, acerqué una cerilla al extremo y dejé ir suavemente el humo sobre el escritorio.

—Ciento cincuenta dólares —dije.

Los ojos pequeños y ávidos de Flack se convirtieron en dos agujeros redondos en una cara desprovista de toda expresión.

—No se ponga gracioso —dijo.

—Después de soportar a esos dos cómicos allá arriba, no podría culparme. Pero no estoy haciéndome el gracioso. —Tamborileé los dedos en el borde del escritorio, y esperé.

Diminutas gotas de sudor aparecieron sobre el labio superior de Flack, bajo el pequeño bigote.

—Tengo cosas que hacer —dijo con voz algo más ronca—. Váyase y déjeme en paz.

—Qué sorpresa, qué enérgico se ha puesto de pronto —dije—. El doctor Hambleton tenía ciento sesenta y cuatro dólares en efectivo en su billetera cuando lo revisé. Me había prometido cien por mis servicios, ¿se acuerda? Ahora, en la misma billetera, solo hay catorce dólares. Y yo dejé la puerta de su habitación sin cerrar. Alguien la ha cerrado. Usted la ha cerrado, Flack.

Flack agarró los brazos del sillón y apretó. Su voz salió del fondo de un pozo:

—No puede demostrar nada de eso.

—¿Quiere que lo intente?

Sacó el revólver del cinturón y lo puso en el escritorio. Se quedó mirándolo. No

tenía ningún mensaje para él. Dirigió los ojos hacia mí.

—Mitad y mitad —dijo de manera entrecortada.

Hubo un momento de silencio entre nosotros. Sacó una vieja cartera y metió los dedos en ella. Sacó un manojo de billetes, los puso sobre el escritorio y procedió a hacer dos pilas iguales. Empujó una de las pilas hacia mi lado.

—Quiero los ciento cincuenta —dije.

Se encorvó en su sillón, mirando una punta del escritorio. Al cabo de un largo momento, suspiró. Juntó las dos pilas y las empujó hacia mi lado.

—A él ya no iban a servirle de nada —dijo Flack—. Quédeselo y desaparezca. Lo recordaré, amigo. Todos ustedes me dan náuseas. ¿Cómo puedo saber que usted antes no le había sacado quinientos?

—Lo habría tomado todo. Lo mismo habría hecho el asesino. ¿Por qué dejar catorce dólares?

—Y entonces, ¿por qué he dejado yo catorce dólares? —preguntó Flack con voz cansada, haciendo vagos movimientos sobre el borde del escritorio con los dedos. Recogí el dinero, lo conté y se lo arrojé.

—Porque usted está en el negocio y sabe hacer cálculos. Sabía que el hombre al menos debía tener para pagar la habitación, y un poco más. Los policías esperaban lo mismo. Aquí tiene. No quiero el dinero. Quiero otra cosa.

Me miró boquiabierto.

—Quite el dinero de aquí —dije.

Lo cogió y lo metió en la cartera.

—¿Qué otra cosa? —Sus ojos se habían vuelto pequeños y suspicaces. Se pasó la lengua por el labio inferior—. No me parece que esté usted en una buena posición para hacer exigencias.

—Quizá se equivoca en eso. Si yo subiera y les dijera a Christy French y a Beifus que estuve antes en la habitación y que registré el cadáver, recibiría mi reprimenda, por supuesto, pero comprenderían que no me lo he callado para hacerme el listo. Sabrían que en el fondo tenía un cliente al que trataba de proteger. Me gritarían y me insultarían. Usted, en cambio, recibiría algo más. —Hice una pausa y observé el débil brillo de humedad que le cubría la frente. Tragó con fuerza. Tenía los ojos turbios.

—Basta de charla y ponga el trato en la mesa —dijo. De pronto sonrió, con aire de lobo—. Ha llegado un poco tarde para protegerla, ¿eh? —Estaba recuperando el sarcasmo vulgar que lo caracterizaba, lentamente, pero con ganas.

Apagué el cigarrillo y saqué otro, y llevé a cabo todos los movimientos lentos e inútiles, pero valiosos para ahorrarme expresiones a la cara, de encenderlo, apagar y tirar la cerilla, expulsar el humo por un costado de la boca, inhalar con fuerza como si esa oficina sucia fuera una terraza con vistas al mar... Todos los viejos manierismos estereotipados de mi profesión.

—De acuerdo —dije—. Admito que fue una mujer. Admito que debe de haber estado allí cuando el tipo estaba muerto, si eso lo complace. Supongo que salió

corriendo de la impresión.

—Por supuesto —dijo Flack con crueldad. Ya había recuperado plenamente el sarcasmo—. Quizá llevaba un mes sin clavarle un picahielos a nadie. Quizá había perdido la costumbre.

—Pero ¿por qué se ha llevado la llave? —dije, hablando conmigo mismo—. ¿Y por qué la ha dejado en la recepción? ¿Por qué no se ha marchado y se ha olvidado de todo? ¿Por qué ha pensado que debía cerrar la puerta con llave? ¿Por qué no ha tirado la llave a una caja de arena y la ha cubierto? ¿O por qué no se la ha llevado consigo y la ha perdido en cualquier parte? ¿Por qué hacer algo con esa llave que la conecta con la habitación? —Bajé la vista y le dirigí una pesada mirada de plomo a Flack—. A no ser, por supuesto, que la hayan visto al salir de la habitación, con la llave en la mano, y la hayan seguido fuera del hotel.

—¿Por qué haría alguien algo así? —preguntó Flack.

—Porque quien la ha visto ha podido entrar de inmediato en la habitación. Tenía una llave. —Los ojos de Flack se clavaron en los míos y luego bajaron, todo en el mismo movimiento—. De ahí que la haya seguido —dije—. Debe de haberla visto dejar la llave en la recepción y salir del hotel, y ha debido de seguirla un poco más todavía.

Flack preguntó en tono burlón:

—¿Qué lo hace tan maravilloso?

Me incliné hacia adelante y me acerqué el teléfono.

—Será mejor que llame a Christy y terminemos con esto de una vez —dije—. Cuanto más lo pienso, más me alarmo. Quizá ella lo ha matado. No puedo cubrir a una asesina.

Descolgué el teléfono. Flack me puso de inmediato una zarpa húmeda sobre la mano. El teléfono saltó por el escritorio.

—Alto. —Su voz era casi un sollozo—. La he seguido hasta un coche estacionado en la calle, más abajo. Tengo el número. Por todos los santos, amigo, deme un respiro. —Se hurgó los bolsillos—. ¿Sabe cuánto gano en este empleo? Dinero para los cigarrillos y los cigarros, y unas pocas monedas más. Espere un minuto. Creo... —Bajó la vista y jugó al solitario con unos sobres sucios, hasta elegir uno y arrojármelo—. El número de la matrícula —dijo con voz cansada—, y si le alegra saberlo, ni siquiera la recuerdo.

Miré el sobre. Había un número de matrícula garrapateado. Los números estaban mal escritos, como debía ser si un hombre se apresuraba a anotarlos en la calle. 6N333. California 1947.

—¿Satisfecho? —Era la voz de Flack. Al menos salía de su boca. Rompí el trozo de papel donde estaba el número y le arrojé el resto del sobre.

—4P 327 —dije, mirándolo a los ojos. Nada se movió en ellos. Ninguna huella de burla o disimulo—. Pero ¿cómo puedo saber que no es un número de matrícula que usted tenía de antes?

—Tendrá que creer mi palabra.

—Describa el coche —le dije.

—Un Caddy descapotable, no nuevo, con la capota puesta. Un modelo de 1942 más o menos. De un color azul polvoriento.

—Describa a la mujer.

—Pide mucho por su dinero, ¿no le parece?

—Por el dinero del doctor Hambleton.

Frunció el ceño.

—De acuerdo. Rubia. Chaqueta blanca con algo de color. Sombrero de paja de alas anchas. Gafas de sol. Altura, un metro cincuenta y cinco más o menos. Buen cuerpo.

—¿Podría reconocerla... sin las gafas? —tanteé.

Fingió que pensaba. Después sacudió la cabeza: no.

—Repítame el número de la matrícula, Flackie.

Lo sorprendí con la guardia baja.

—¿Qué número? —dijo.

Me incliné sobre el escritorio y sacudí la ceniza del cigarrillo sobre su revólver. Lo miré un poco más a los ojos. Pero sabía que no tenía nada que decirme ni ocultarme. Él parecía saberlo también. Tomó su arma, le sopló la ceniza y volvió a meterla en el cajón del escritorio.

—Vaya. Cuéntelo todo —dijo entre dientes—. Explíqueles a los policías que he desvalijado al muerto. ¿Y qué? Quizá pierda el empleo. Quizá me metan a la sombra un tiempo. ¿Y qué? Cuando salga, estaré entero. El pequeño Flackie no tiene que preocuparse por el café y las tostadas. No se imagine ni por un instante que esas gafas de sol engañan al pequeño Flackie. He ido demasiado al cine para no reconocer a esa gatita. Y si me lo pregunta, le diré que ella seguirá ahí mucho tiempo. Está ascendiendo... y quién sabe... —Me miró triunfante—. Puede que necesite un guardaespaldas un día de estos. Un tipo que esté cerca, que se encargue de los problemas y la mantenga limpia. Alguien que sepa el oficio y que no pida demasiado sueldo... ¿Qué le pasa?

Yo había inclinado la cabeza hacia un costado. Estaba escuchando.

—Me ha parecido oír una campana de iglesia —dije.

—No hay ninguna iglesia por aquí cerca —dijo con desprecio—. Es su cerebro de platino que se está resquebrajando.

—Una sola campana —dije—. Muy lenta. Y creo que tocaba a muerto.

Flack escuchó conmigo.

—No oigo nada —dijo.

—Es que usted no la oiría jamás —dije—. Usted es precisamente el tipo que no la oiría.

Se quedó quieto mirándome fijamente con sus ojitos malvados a medio cerrar y su bigotito malvado brillando. Una de sus manos se retorció sobre el escritorio, en un

movimiento sin objetivo.

Lo dejé con sus pensamientos, que probablemente eran tan pequeños, feos y temerosos como el hombre mismo.

La casa de apartamentos se alzaba sobre Doheny Drive, al pie de la colina que baja del Strip. En realidad eran dos edificios, uno detrás del otro, unidos por un patio de baldosas con una fuente y por un pasaje construido sobre el arco. En el vestíbulo de imitación de mármol había timbres y buzones. De dieciséis, tres no tenían los nombres escritos. Los que leí no significaban nada para mí. El trabajo requería más esfuerzo. Probé la puerta de entrada, la encontré cerrada sin llave, con lo que el trabajo requería aún más esfuerzo.

Afuera había dos Cadillacs, un Lincoln Continental y un Packard Clipper. Ninguno de los Cadillacs tenía el color ni la matrícula que buscaba. Enfrente, un tipo en pantalones de montar estaba despatarrado con las piernas sobre la portezuela de un Lancia muy bajo. Fumaba y miraba las pálidas estrellas, que son las únicas lo bastante prudentes como para mantenerse lejos de Hollywood. Subí la cuesta empinada hacia el bulevar y recorrí cien metros hasta encontrar una cabina telefónica. Marqué el número de un tipo llamado Peoria Smith; lo llamaban así porque tartamudeaba; eso sí, qué tenía que ver el tartamudeo con Peoria, la ciudad de Illinois, era un pequeño misterio que de momento no tenía tiempo de resolver.

—Mavis Weld —dije—. El número de teléfono. Soy Marlowe.

—Cla... cla... cla... claro —dijo—. ¿Ma... ma... ma... mavis Weld, eh? ¿Quieres su nú... nú... número?

—¿Cuánto me costará?

—Ti... ti... ti... ti... tienen que ser di... di... di... diez —dijo.

—Olvida que te he llamado —le dije.

—¡E... e... e... espera un minuto! Se supone que no debo dar los números de las ne... ne... ne... nenas. Es un riesgo para un a... a... a... asistente de producción.

Esperé tratando de que no se oyera mi respiración.

—La dirección va incluida sin coste —gimió Peoria, olvidándose del tartamudeo.

—Cinco dólares —ofrecí—. La dirección ya la tengo. Y no regatees. Si crees que eres el único tipo de los estudios que vende números de teléfono que no están en la guía...

—Espera —dijo con tono cansado, y tomó su libreta roja. Un tartamudo zurdo. Solo tartamudeaba cuando no estaba excitado.

Volvió al teléfono y me lo dio. Un número de Crestview, por supuesto. Si uno no tiene un número de Crestview en Hollywood, es un advenedizo.

Abrí la portezuela de la cabina para que entrara algo de aire mientras volvía a marcar. Sonó dos veces y respondió una voz *sexy* y con acento.

Cerré la puerta.

—¿Sí? —arrulló la voz.

—Con la señorita Weld, por favor.

—¿Y quién llama a la señorita Weld, por favor?

—Tengo unas fotos que Whitey me pidió que le entregara esta noche.

—¿Whitey? ¿Y quién es Whitey, amigo?

—El jefe de fotógrafos en el estudio —respondí—. ¿No lo sabía? Subiré si me dice cuál es el apartamento. Estoy cerca.

—La señorita Weld se está bañando. —Se rio. Supongo que a su lado de la línea debió de sonar como campanitas de plata. A mi lado sonó como un derrumbe de cacerolas—. Pero traiga las fotos, por supuesto. Estoy segura de que se muere de ganas de verlas. El apartamento es el número 14.

—¿Usted estará también?

—Por supuesto. Naturalmente. ¿Por qué me lo pregunta?

Colgué y salí tambaleándome al aire fresco. Volví a bajar la pendiente. El tipo con los pantalones de montar seguía recostado en el Lancia, uno de los Cadillacs había desaparecido y dos Buicks descapotables se habían unido a los demás coches. Apreté el timbre del número 14 y atravesé el patio, donde una madreselva china de flores escarlata estaba iluminada por un pequeño reflector. Otra luz caía sobre la gran fuente ornamental llena de peces dorados y pequeñas florecillas acuáticas, cerradas durante la noche. Había un par de asientos de piedra y un columpio. El lugar no parecía muy caro, aunque ese año todos los lugares eran muy caros. El apartamento estaba en el segundo piso, una de las dos puertas de un amplio rellano.

Pulsé el timbre y una chica alta y morena vestida con pantalones de montar abrió la puerta. Calificarla de *sexy* era quedarse corto. Los pantalones eran negros, tan negros como su cabello. Además, llevaba una blusa blanca de seda con un fular escarlata alrededor del cuello, cuyo color no era tan vivo como el de su boca. Con una suerte de tijerita dorada sostenía un largo cigarrillo pardo; tenía los dedos muy enjoyados. Llevaba la raya al medio de su cabellera negra, y una línea de cuero cabelludo blanca como la nieve le recorría la cabeza hasta perderse detrás. Dos mechones de su cabello negro resplandeciente le caían a los lados de su delgado cuello cobrizo. Cada uno terminaba en un pequeño rizo rojo. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser una niña.

Me miró con sorpresa las manos vacías. Las fotos de estudio suelen ser un poco demasiado grandes para meterlas en el bolsillo.

—La señorita Weld, por favor.

—Puede darme las fotos a mí. —La voz era fría e insolente, pero los ojos eran algo más que eso. Parecía casi tan difícil de lograr como un corte de pelo.

—Son para la señorita Weld en persona, disculpe.

—Ya le he dicho que estaba tomando un baño.

—Esperaré.

—¿Está seguro de que tiene esas fotos, amigo?

—No podría estar más seguro. ¿Por qué?

—¿Su nombre? —Su voz se congeló en la segunda palabra, como un pájaro

sorprendido por una súbita corriente de aire. Entonces se fundió en la muda invitación de una sonrisa que se le formó en las comisuras de los labios, muy despacio, como un niño tratando de apresar un copo de nieve.

—Su última película era maravillosa, señorita Gonzales.

La sonrisa brilló como un relámpago y le cambió la cara por completo. El cuerpo se le irguió y le vibró de placer.

—Era horrible —dijo resplandeciente—. Absolutamente horrible, querido. Sabe perfectamente que era horrible.

—Nada que tenga que ver con usted será horrible para mí, señorita Gonzales.

Se apartó de la puerta y me invitó a pasar con un gesto.

—Tomaremos un trago —dijo—. Vaya si lo tomaremos. Adoro los elogios, aunque sean mentiras.

Entré. No me habría sorprendido lo más mínimo que llevara una pistola en los riñones. Se colocó de tal modo que prácticamente tuve que aplastarle los pechos para pasar. Olía tan bien como se ve el Taj Mahal al claro de luna. Cerró la puerta y fue hacia un pequeño bar portátil.

—¿Whisky? ¿O prefiere un cóctel? Preparo un Martini absolutamente letal —dijo.

—Whisky, gracias.

Sirvió la bebida en dos vasos tan anchos que casi se habrían podido meter paraguas abiertos en ellos. Me senté en un sillón con tapizado de chintz y miré a mi alrededor. No era un apartamento moderno. Tenía una chimenea falsa con fuego de gas y repisa de mármol, grietas en el yeso, un par de cuadros vigorosamente coloreados en las paredes, que parecían lo bastante infantiles como para pensar que debían de ser muy caros, y un viejo Steinway negro que milagrosamente no tenía un mantón de Manila encima. Había muchos libros que parecían nuevos desparramados por la sala, y una escopeta de dos cañones con la culata hermosamente tallada y una cinta de raso blanco atada a los cañones. Ingenio de Hollywood.

La dama morena de pantalones de montar me tendió un vaso y se sentó en el brazo de mi sillón.

—Puedes llamarme Dolores, si quieres —dijo, y tomó un buen trago de su *whisky*.

—Gracias.

—¿Y cómo puedo llamarle yo?

Me limité a sonreír.

—Por supuesto —dijo—, soy perfectamente consciente de que es usted un grandísimo mentiroso y que no trae ninguna foto. No es que tenga intenciones de entrometerme en su negocio, que sin duda es muy privado.

—¿De verdad? —Bebí unos centímetros del licor—. ¿Qué clase de baño se está dando la señorita Weld? ¿Un baño normal y corriente, con jabón, o con especias árabes en el agua?

Agitó lo que quedaba del cigarrillo pardo en las tijeritas.

—Quizá quiera ayudarla. El baño está por allí, pasado el arco a la derecha. Lo más probable es que la puerta no esté cerrada con llave.

—No me interesa si es tan fácil —dijo.

—Vaya. —Volvió a dirigirme su brillante sonrisa—. Te gustan las cosas difíciles de la vida. Debo recordar ser menos accesible, ¿verdad?

Se levantó con elegancia del brazo de mi sillón y aplastó el cigarrillo en un cenicero, inclinándose lo bastante como para que yo pudiera apreciar la curva de las caderas.

—No se moleste, señorita Gonzales. Soy un tipo que viene por negocios, nada más. No tengo la menor idea de seducir a nadie.

—¿No? —La sonrisa se volvió suave, perezosa y, si no se puede encontrar otra palabra mejor, provocativa.

—Pero le aseguro que puedo llegar a planteármelo.

—¿Es usted un hijo de puta divertido? —dijo encogiéndose de hombros.

Acto seguido, se encaminó hacia el arco, llevando consigo su vaso de *whisky* con agua. Oí un suave golpe en una puerta, y su voz:

—Querida, hay un hombre que dice que tiene unas fotos del estudio. Dice —y agregó, en castellano—: Muy simpático. Muy guapo también. Con cojones.

Una voz que ya había oído dijo con energía:

—Cállate, putita. En un segundo estoy.

La Gonzales volvió a pasar bajo el arco, canturreando. Su vaso estaba vacío. Fue al bar otra vez.

—¡Pero si no estás bebiendo! —exclamó, mirando mi vaso.

—Ya he cenado. Y tengo un estómago pequeño. Entiendo algo de castellano.

Levantó la cabeza.

—¿Estás escandalizado? —Puso los ojos en blanco. Sus hombros imitaron un paso de baile.

—No soy fácil de escandalizar.

—Pero ¿has oído lo que he dicho? Madre de Dios. Cuánto lo siento.

—Apuesto a que sí —dijo.

Terminó de prepararse otra bebida.

—Sí. Lo siento —suspiró—. Es decir, creo que lo siento. A veces no estoy tan segura. A veces no me importa nada. Es tan confuso. Todos mis amigos me dicen que hablo demasiado. Te escandalizo, ¿no? —Estaba otra vez apoyada en el brazo del sillón.

—No. Pero si quisiera escandalizarme, sabría adónde ir.

Se inclinó con indolencia hacia mí.

—Pero yo no vivo aquí —dijo—. Vivo en Chateau Bercy.

—¿Sola?

Me dio una palmadita en la punta de la nariz. Lo siguiente que supe fue que la tenía sentada sobre las piernas, y que estaba tratando de morderme la lengua.

—Eres un hijo de puta muy dulce —dijo. Nunca había sentido una boca tan caliente. Sus labios ardían como hielo seco. Su lengua me recorría con vigor los dientes. Sus ojos se veían enormes y negros—. Estoy tan cansada... —me susurró en la boca—. Estoy tan agotada, tan increíblemente cansada...

Sentí su mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Me la sacudí de encima con fuerza, pero ya tenía mi cartera. Se apartó riéndose, la abrió e inspeccionó su contenido con unos dedos que se movían como pequeñas serpientes.

—Me alegro de que se hayan conocido —dijo fríamente una voz a un lado.

Bajo el arco estaba Mavis Weld.

Estaba despeinada, y no se había molestado en maquillarse. Llevaba una bata de andar por casa, y muy poco más. Sus piernas terminaban en unas pequeñas pantuflas verdes y plateadas. Sus ojos se mostraban vacíos, los labios desdeñosos. Pero era la misma, con o sin gafas de sol.

La Gonzales le lanzó una mirada, cerró mi cartera y me la arrojó. La atrapé en el aire y la guardé. Ella fue a una mesa y recogió un bolso negro con correa larga, que se echó al hombro, y fue hacia la puerta.

Mavis Weld no se movió, no la miró. Me miraba a mí. Pero su cara no traslucía emoción alguna. La Gonzales abrió la puerta, sacó la cabeza, y antes de salir se volvió.

—Se llama Philip Marlowe —le dijo a Mavis Weld—. Bonito nombre, ¿no?

—No sabía que te molestaras en preguntarles el nombre —contestó Mavis Weld—. No acostumbras a tratarlos durante mucho tiempo.

—Ya veo —dijo la Gonzales sin enojarse. Se volvió hacia mí y me sonrió apenas—. Qué modo tan discreto de decir que una es una puta, ¿no te parece?

Mavis Weld no replicó. Su rostro no mostraba expresión alguna.

—Al menos —continuó la Gonzales— yo no he estado acostándome con ningún pistolero últimamente.

—¿De veras puedes recordarlo? —le preguntó Mavis Weld exactamente en el mismo tono—. Querida, es la hora de sacar la basura.

La Gonzales le dirigió una mirada lenta, tranquila y cargada de rencor. Después profirió un débil sonido con los labios y los dientes, y abrió la puerta de par en par. La cerró al salir dando un portazo. El ruido no alteró en lo más mínimo la mirada fija y azul de Mavis Weld.

—Ahora querría que usted hiciera lo mismo... pero sin tanto estrépito —dijo.

Saqué un pañuelo del bolsillo y me limpié el pintalabios que tenía en la cara. El color era exactamente el de la sangre, sangre fresca.

—Podría sucederle a cualquiera —dije—. No estaba jugando con ella. Ella estaba jugando conmigo.

Fue hasta la puerta y la abrió.

—Siga su camino, soñador. Mueva los pies.

—He venido por negocios, señorita Weld.

—Sí. Puedo imaginármelo. Fuera. No lo conozco. No quiero conocerlo. Y si quisiera, esta no sería la hora ni el día.

—Nunca es la hora ni la ocasión, y los amantes se reúnen —dije.

—¿Qué es eso? —Trató de apuntarme con el mentón, pero no le salía bien.

—Browning. El poeta, no la automática. Estoy seguro de que usted preferiría la automática.

—Escuche, hombrecito, ¿tengo que llamar al portero para que lo arroje escaleras abajo como a una pelota?

Me acerqué a ella y cerré la puerta. Se resistió hasta el último momento. No me dio un puntapié, pero le costó contenerse. Traté de apartarla de la puerta sin que lo pareciera. No se apartó ni un milímetro. Seguía con una mano en el picaporte, los ojos llenos de furia azul oscuro.

—Si se va a quedar tan cerca de mí —dije—, quizá debería ponerse más ropa.

Echó una mano atrás y la lanzó con fuerza. El ruido de la bofetada sonó como el portazo de la señorita Gonzales, pero además me dolió. Y me recordó un dolor que seguía sintiendo en la nuca.

—¿Le ha dolido? —susurró.

Asentí.

—Me alegro. —Volvió a tomar impulso y me abofeteó otra vez, más fuerte—. Creo que debería intentar besarme —suspiró. Sus ojos eran claros y límpidos y húmedos.

Bajé la mirada. Tenía la mano derecha cerrada en un puño muy decidido. Y no parecía carecer de vigor.

—Créame —dije—. No lo hago por una razón. Por lo demás, la besaría aunque tuviera su pistolita negra. O la cachiporra que probablemente guarda en la mesilla de noche.

Sonrió cortésmente.

—Es posible que yo esté trabajando para usted —le dije—. Y por cierto, no salgo corriendo detrás del primer par de piernas que veo. —Le miré las suyas. Las veía bastante bien, y la bandera que marcaba la línea de llegada no era más grande de lo que debía ser. Se cerró la bata con las dos manos y fue hacia el bar sacudiendo la cabeza.

—Soy libre, blanca y mayor de edad —dijo—. He visto todos los métodos de seducción que existen. Creo haberlos visto todos. Si no puedo asustarlo, convencerlo o seducirlo, ¿cómo diablos podré comprarlo?

—Bueno...

—No me lo diga —me interrumpió, cortante, y se volvió con un vaso en la mano. Bebió, se echó atrás el cabello suelto y sonrió un poco—. Con dinero, por supuesto. Qué estúpida, mira que no recordarlo.

—El dinero ayudaría —dije.

Torció la boca con disgusto, pero su voz fue casi afectuosa.

—¿Cuánto?

—Pues cien dólares estarían bien, para empezar.

—Es barato. Es un hijo de puta barato, ¿eh? Cien dólares, dice. ¿En su ambiente cien dólares son dinero, querido?

—Que sean doscientos, entonces. Con eso podría retirarme.

—Sigue siendo barato. Todas las semanas, por supuesto. En un bonito sobre limpio.

—El sobre no importa. No haría más que ensuciarse.

—¿Y qué recibiría yo a cambio de ese dinero, mi querido policía sucio? Estoy convencida de que es usted un policía, claro.

—Un recibo. ¿Quién le ha dicho que soy policía?

Me miró un instante con sus verdaderos ojos, antes de que volviera a caer el telón de la representación.

—Debe de haber sido el olor. —Bebió otro trago y me miró con una tenue sonrisa de desdén.

—Estoy empezando a creer que usted escribe sus propios diálogos —dije—. Me preguntaba por qué eran tan buenos.

Me hice a un lado. Algunas gotas me salpicaron. El vaso se rompió contra la pared detrás de mí. Los pedazos cayeron sin ruido.

—Eso también lo escribí yo —dijo, sin alterarse—. Creo que debo de haber usado todas mis reservas de encanto.

Me incliné y recogí mi sombrero.

—No creo que usted lo haya matado —dije—. Pero me vendría bien tener algo parecido a un motivo para no contar que estuvo allí. Es una ayuda tener dinero suficiente para establecerme. Y suficiente información como para justificarme al aceptar el dinero.

Sacó un cigarrillo de una caja, lo arrojó al aire, lo atrapó sin esfuerzo entre los labios y lo encendió con una cerilla que había salido de ninguna parte.

—Cielo santo. ¿Se supone que he matado a alguien? —preguntó.

Yo seguía sosteniendo el sombrero. Me hizo sentir tonto. No sé por qué. Me lo puse y fui hacia la puerta.

—Espero que tenga un coche con el que volver a su casa —dijo la voz desdeñosa a mis espaldas.

No respondí. Seguí caminando. Cuando tuve la mano en el picaporte la oí decir:

—También espero que la señorita Gonzales le haya dado su dirección y su número de teléfono. De ella podrá obtener todo lo que quiera... incluido, según me han dicho, dinero.

Bajé la mano y volví hacia Mavis Weld caminando rápido. No se movió ni alteró en nada la sonrisa.

—Escuche —dije—. Le costará creerlo, pero he venido aquí con la extraña idea de que usted podría ser una chica que necesitara ayuda... y que podría serle más bien

difícil encontrar a alguien en quien confiar. Supongo que fue a esa habitación de hotel a hacer algún tipo de pago. Y el hecho de que haya ido sola y haya corrido el riesgo de que la reconocieran (y en efecto lo ha hecho un detective del hotel cuyas normas éticas resistirían tanto como una telaraña vieja), todo eso me ha hecho pensar que podía estar en uno de esos enredos de Hollywood en los que la gente se juega el cuello. Pero no está en ningún lío. Está bajo el foco usando todos los viejos gestos que aprendió en esas películas de serie B en las que ha actuado, si es que puede hablarse de actuación...

—Cállese —interrumpió entre dientes—. Cállese, inmundo espía chantajista.

—No me necesita —dije—. No necesita a nadie. Es tan inteligente que hablando podría abrir una caja fuerte. De acuerdo. Siga adelante y ábrase camino hablando. Pero no me obligue a escucharla. No la detendré. Me limitaré a llorar pensando en la desgracia de que una chica inocente como usted sea tan inteligente. Usted tiene algo para mí, nena. Igual que Margaret O'Brien.

No se movió ni respiró cuando llegué a la puerta, ni cuando la abrí. No sé por qué. Mi discurso no había sido tan bueno.

Bajé la escalera, crucé el patio y al salir del edificio casi tropecé con un tipo delgado y de ojos oscuros que estaba allí encendiéndose un cigarrillo.

—Perdón —dijo en voz baja—. Me temo que estoy en su camino.

Empecé a rodearlo, pero vi que en la mano derecha tenía una llave. Se la quité con un movimiento rápido, sin ningún motivo. Miré el número que tenía grabado. El 14. El apartamento de Mavis Weld. La arrojé a unos arbustos.

—No la necesitará —dije—. La puerta no está cerrada.

—Por supuesto —dijo. Tenía una sonrisa rara en los labios—. Qué estúpido por mi parte.

—Sí —convine—. Los dos somos estúpidos. Cualquiera que se moleste en ir a ver a esa ramera es un estúpido.

—Yo no lo diría en esos términos —comentó sin alzar la voz, con sus ojos tristes mirándome fijamente sin expresión alguna.

—No es necesario —dije—. Solo quería ayudarlo. Le pido perdón. Buscaré su llave.

Fui hasta los arbustos, la recogí y se la tendí.

—Muchísimas gracias —dijo—. Y a propósito... —Se detuvo. Yo me detuve—. Espero no interrumpir una interesante pelea —dijo—. Lo lamentaría. ¿No? —Sonrió—. Bueno, ya que la señorita Weld es una amiga común, puedo presentarme. Me llamo Steelgrave. ¿No nos hemos visto en alguna parte?

—No, no me ha visto en ninguna parte, señor Steelgrave —respondí—. Me llamo Marlowe, Philip Marlowe. Es extremadamente improbable que nos hayamos encontrado. Y por curioso que le parezca, nunca había oído hablar de usted, señor Steelgrave. Y no me importaría en lo más mínimo, aunque se llamara Weepy Moyer.

Nunca he sabido exactamente por qué lo dije. No había nada que me empujara a

hacerlo, salvo que había oído el nombre hacía poco. Una calma rara le cubrió el rostro. Una rara mirada fija en sus ojos oscuros. Se quitó el cigarrillo de la boca, le miró la punta, sacudió la ceniza, aunque no había ceniza que sacudir, y sin alzar la vista dijo:

—¿Weepy Moyer? Curioso nombre. No creo haberlo oído nunca. ¿Es alguien que debería conocer?

—No, salvo que sea muy aficionado a los picahielos —respondí, y me marché.

Bajé los escalones, crucé la calle hasta mi coche, y miré atrás antes de subir. Seguía allí, con los ojos fijos en mí, con el cigarrillo en la boca. Desde lejos no pude ver si había alguna expresión en su rostro. No se movió ni hizo ningún gesto cuando lo miré. Ni siquiera se volvió. Simplemente se quedó donde estaba. Subí al coche y me fui.

Conduje hacia el este por Sunset Boulevard, pero no fui a casa. En La Brea giré hacia el norte y seguí hasta Highland, subí por Cahuenga Pass y bajé por Ventura Boulevard; pasé por Studio City, Sherman Oaks y Encino. El trayecto no tuvo nada de solitario. Nunca se está solo en ese camino. Chicos amantes de la velocidad pasaban en Fords sin capota arriba y abajo, siguiendo las corrientes del tránsito, escurriéndose a un milímetro de los parachoques ajenos, pero, no sé cómo, sin estrellarse nunca. Hombres cansados en cupés y sedanes polvorientos entrecerraban los ojos y apretaban las manos en el volante, deslizándose hacia el norte o el oeste, hacia sus casas y sus cenas, la página deportiva del diario de la tarde, el ruido de la radio, los gemidos de sus hijos malcriados y el parloteo de sus esposas tontas. Pasé frente a las luces de neón y las falsas fachadas que tenían debajo, frente a los grasientos puestos de hamburguesas que parecían palacios bajo los colores, los restaurantes circulares para automovilistas que no querían apearese, alegres como circos con sus mostradores brillantes y con las cocinas sudorosas detrás, donde se preparaban cosas que habrían envenenado a un sapo. Grandes camiones tronaban por Sepulveda, provenientes de Wilmington y San Pedro, y cruzaban hacia la ruta del risco, deteniéndose y volviendo a arrancar ante los semáforos con un rugido de leones en el zoológico.

Detrás de Encino, una luz ocasional parpadeaba en las laderas, entre la espesura de los árboles. Las casas de los astros de la pantalla. Pobres astros de la pantalla. Veteranos de mil camas. Cállate, Marlowe: no estás siendo muy humano esta noche.

El aire se volvió más frío. La autopista se estrechó. Los coches eran tan escasos que la luz de los faros hería la vista. La carretera subía pegada a muros de pizarra, y en lo alto la brisa, que llegaba sin obstáculos del mar, bailaba en la noche.

Cené en un lugar cerca de Thousand Oaks. Malo pero rápido. Aliméntalos y échalos. Mucha gente. No podemos permitirle que se quede sentado con una segunda taza de café, caballero. Está usando un espacio caro. ¿Ve esa gente al otro lado de la cuerda? Quieren comer. O al menos creen que deben. Solo Dios sabe por qué quieren comer aquí. Comerían mejor de una lata en su casa. Pero no pueden encerrarse en su casa. Igual que usted. Tienen que subirse al coche e ir a alguna parte. Mejor para los ladrones que se han apropiado de los restaurantes de por aquí. Ya estamos otra vez. No estás siendo muy humano esta noche, Marlowe.

Pagué y me detuve en un bar para tomar un *brandy* en el coche, en mi sillón fabricado en Nueva York. ¿Por qué Nueva York?, pensé. Es en Detroit donde fabrican los coches. Salí al aire de la noche, que todavía nadie había sabido comercializar. Pero seguramente mucha gente ya estaba trabajando en esa dirección. Ya encontrarían la manera.

Seguí conduciendo hasta el cruce de Oxnard y volví por la ruta del océano. Los

grandes camiones iban hacia el norte, decorados con lucecitas anaranjadas. A la derecha el gran Pacífico, sólido, barría perezosamente la playa como una señora de la limpieza antes de irse a casa. No había luna, ni viento, apenas el rumor del oleaje. No había olor. No se sentía el olor ácido y salvaje del mar. El mar de California. California, el estado de las grandes almacenes. Lo máximo de todo y lo mejor de nada. Ya empezamos otra vez. No estás siendo muy humano esta noche, Marlowe.

De acuerdo. ¿Y por qué iba a serlo? Estoy sentado en la oficina jugando con una mosca muerta y de pronto aparece ese pequeño producto de Manhattan, Kansas, y me paga veinte viejos dólares para encontrar a su hermano. El tipo parece un canalla, pero quiere encontrarlo. Así que con esa fortuna guardada contra el pecho me traslado a Bay City, y lo que encuentro es tan rutinario que falta poco para que me caiga dormido. Encuentro gente agradable, con picahielos clavados en el cuello y sin ellos. Vuelvo a la oficina. Entonces viene ella y me arrebató los veinte dólares y me da un beso y me devuelve los veinte dólares porque todavía no he acabado la jornada de trabajo.

Con esas me voy a ver al doctor Hambleton, oculista retirado (y cómo) de El Centro, y vuelvo a encontrar la nueva moda para el cuello. Y no se lo digo a la policía. Me limito a levantarle el peluquín y a marcharme con lo que he encontrado. ¿Por qué? ¿Por quién me estoy jugando el cuello esta vez? ¿Por una rubia de ojos *sexys* y demasiadas llaves de su puerta? ¿Por una chica de Manhattan, Kansas? No lo sé. Lo único que sé es que algo no es lo que parece y la vieja y cansada pero siempre fiable corazonada me dice que si la mano se juega tal como están dadas las cartas, perderá la partida la persona equivocada. Pero ¿es cosa mía? Bueno, ¿hay algo mío? ¿Lo sé? ¿Lo he sabido alguna vez? No vayamos tan lejos. No estás siendo muy humano esta noche, Marlowe. Quizá nunca lo he sido ni lo seré. Quizá soy un ectoplasma con una licencia de detective. Quizá todos somos lo mismo en el mundo frío y en penumbras donde siempre sucede lo malo y nunca lo bueno.

Malibú. Más estrellas de cine. Más bañeras rosas y azules. Más camas mullidas. Más Chanel n.º 5. Más Lincolns Continental y Cadillacs. Más cabellos al viento y gafas de sol y gestos y voces seudorrefinados y moralidades móviles. No, espera un minuto. Hay mucha gente buena trabajando en el cine. Tu actitud es incorrecta, Marlowe. No estás siendo muy humano esta noche.

Olí Los Ángeles antes de llegar. Tenía un olor agrio y viejo, como una sala que ha estado cerrada mucho tiempo. Pero las luces de color engañaban. Las luces eran maravillosas. Debería haber un monumento al hombre que inventó las luces de neón. Un monumento de quince pisos de alto, en mármol sólido. He ahí un tipo que creó algo de la nada.

Así que me metí en un cine, y Mavis Weld tenía que actuar en la película. Una de esas comedias cromadas donde todos sonreían demasiado y hablaban demasiado, y lo sabían. Las mujeres siempre estaban subiendo largas escaleras curvas para cambiarse de ropa. Los hombres siempre estaban sacando cigarrillos con monograma de caras

pitilleras, y haciendo chasquear caros encendedores. Y los criados tenían los hombros caídos de tanto cargar bandejas con bebidas por una terraza con piscina del tamaño del Lake Huron, pero con el agua mucho más limpia.

El actor principal era un tipo amistoso con mucho encanto, aunque se le estaba amarilleando un poco en los bordes. La actriz principal era una morena malhumorada de ojos despectivos que salía en un par de primeros planos que mostraban sus cuarenta y cinco años de vigor, capaces de romper una muñeca. Mavis Weld hacía un papel secundario, sin sacarse el envoltorio. Actuaba bien, pero podría haber actuado diez veces mejor. Aunque si hubiera actuado diez veces mejor, habrían cortado sus escenas para proteger a la estrella. Caminaba por la cuerda floja de su propio talento, y nunca he visto algo tan emocionante. Pero de ahora en adelante ya no caminaría por la cuerda floja, sino por una cuerda tensa. Y muy alta. Y no habría red debajo.

Tenía una razón para volver a la oficina. A esa hora, ya debía de haber llegado una carta con un talón al portador anaranjado. Casi todas las ventanas del edificio estaban a oscuras, pero no todas. No solo en mi oficio se trabaja de noche. El ascensorista sacó un «Hola» de las profundidades de su garganta y me llevó arriba. En el pasillo había puertas abiertas e iluminadas a través de las cuales se veían mujeres que seguían limpiando los desechos de las horas perdidas. Giré oyendo el murmullo de una aspiradora, entré en mi oficina oscura y abrí las ventanas. Me senté al escritorio y no hice nada, ni siquiera pensar. No había llegado ninguna carta. Todo el ruido del edificio, salvo la aspiradora, parecía haber bajado a la calle para perderse entre las ruedas de innumerables coches. Entonces, en algún lugar del pasillo o el vestíbulo, un hombre empezó a silbar «Lili Marlene» con elegancia y virtuosismo. Sabía quién era. El sereno que probaba las cerraduras de las puertas de todas las oficinas. Encendí la lámpara del escritorio y pasó sin probar la mía. Sus pasos se alejaron, y después volvieron con un sonido diferente, más lento. Sonó el timbre de la puerta de mi sala de espera, que estaba sin cerrar. Debía de ser la carta. Fui a recogerla, pero no era la carta.

Un hombre gordo con pantalones celestes estaba cerrando la puerta con esa hermosa tranquilidad que solo logran los hombres gordos. No estaba solo, pero lo miré a él primero. Era un hombre corpulento y grande. No era joven ni apuesto, pero al menos parecía estable. Encima de los pantalones celestes llevaba una chaqueta de dos tonos que habría sido chillona hasta para una cebra. Llevaba el cuello de la camisa amarillo canario abierto, muy abierto, como tenía que ser para que cupiera su cuello. No llevaba sombrero, y su grande cabeza estaba coronada por una razonable cantidad de cabello de color salmón claro. La nariz se le había roto, pero se la habían reconstruido bien, tampoco habría sido muy admirable antes.

El sujeto que lo acompañaba era esmirriado, de ojos colorados y con un estornudo siempre a flor de labios. De unos veinte años de edad, algo más de un metro setenta y flaco como un alambre. La nariz se le retorció y la boca se le retorció y las manos se le retorcieron, y parecía muy desdichado.

El grandote sonrió con alegría.

—El señor Marlowe, ¿verdad?

—¿Quién si no? —respondí.

—Es un poco tarde para una consulta profesional —dijo el grandote agitando las manos, con lo que ocultó media oficina—. Espero que no le moleste. ¿O acaso ya tiene demasiado trabajo?

—No haga chistes. Tengo los nervios en tensión —dije—. ¿Quién es ese feto?

—Vamos, Alfred —le dijo el grandote a su compañero—. Deja de portarte como una niña.

—Valija de puerco —le dijo Alfred.

El grandote se volvió plácidamente hacia mí.

—¿Por qué los jóvenes repiten estas cosas? No es cómico. No es ingenioso. No significa nada. Es todo un problema este Alfred. Lo saqué de la droga, sabe, al menos de momento. Dile «Buenas noches» al señor Marlowe, Alfred.

—Me cago en él —dijo Alfred.

El grandote suspiró.

—Me llamo Toad^[1] —dijo—. Joseph P. Toad.

No dije nada.

—Vamos, ríase —me animó el grandote—. Estoy acostumbrado. He tenido el mismo nombre toda la vida. —Vino hacia mí con la mano tendida. Le di la mía. El grandote me sonreía con placidez—. Bien, Alfred —dijo sin mirar atrás.

Este hizo un movimiento en apariencia muy leve e insignificante, y, sin embargo, al terminarlo una pesada automática me estaba apuntando.

—Cuidado, Alfred —dijo el grandote sin soltarme la mano con su zarpa del tamaño de un corsé—. Todavía no.

—Valija de puerco —dijo Alfred.

La pistola me apuntaba al pecho. Tenía el dedo tenso en el gatillo. Vi cómo se ponía más y más tenso. Sabía precisamente en qué momento esa tensión lo haría disparar. Pero ya no parecía tener importancia. Eso estaba pasando en otra parte, en una película mala. No me estaba pasando a mí.

El percutor de la automática hizo un clic en el vacío. Alfred bajó el arma con un gruñido melancólico y la hizo desaparecer. Empezó a retorcerse otra vez. Mientras sostenía la pistola un momento antes, sus movimientos no habían sido en absoluto nerviosos. Me pregunté qué droga consumía.

El grandote me soltó la mano, con la sonrisa cordial todavía en su gran cara saludable. Se dio una palmada en el bolsillo.

—El cargador lo tengo yo —explicó—. Alfred no es fiable últimamente. El pequeño bastardo podría haberlo matado.

Alfred se sentó en una silla, la inclinó hacia atrás hasta tocar la pared y respiró por la boca.

Dejé que mis talones volvieran a tocar el suelo.

—Apuesto a que lo ha asustado —dijo Joseph P. Toad.

Sentí un regusto salado en la lengua.

—No es tan duro —dijo Toad, tocándome el estómago con un dedo gordo.

Di un paso atrás y lo miré a los ojos.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó casi amablemente.

—Vayamos a mi oficina —dije.

Le di la espalda y entré por la puerta que daba a la oficina interior. Fue difícil, pero lo hice. Sudé todo el tiempo. Di la vuelta a mi escritorio y me quedé allí de pie esperando. El señor Toad me siguió plácidamente. El otro lo siguió, retorciéndose.

—¿No tendrá alguna revista con tiras cómicas? —preguntó Toad—. Eso lo mantiene tranquilo.

—Siéntese —dije—. Buscaré algo.

Reposó las manos en los brazos del sillón. Abrí un cajón y saqué la mano sosteniendo la culata de una Luger. La levanté despacio, mirando a Alfred. Alfred ni siquiera me miró. Estaba examinando no sé qué rincón del techo, y tratando de impedir que un ojo se le metiera en la boca.

—Esto es lo más cómico que tengo —dije.

—No va a necesitarlo —afirmó el grandote con buen humor.

—Me alegro —repliqué, como si fuera otro el que hablara, alguien muy lejano y al otro lado de una pared. Apenas podía oír las palabras—. Pero si la necesito, aquí está. Y esta está cargada. ¿Quiere que se lo demuestre?

El grandote pareció tan preocupado como podía parecerlo.

—Lamento que se lo haya tomado así —se disculpó—. Estoy tan acostumbrado a Alfred que apenas si lo advierto. Quizá tiene usted razón. Quizá debería hacer algo con él.

—Sí —aseguré—. Debería haberlo hecho esta tarde antes de venir. Ahora ya es demasiado tarde.

—Espere un minuto, señor Marlowe. —Extendió una mano. Se la golpeé con la Luger. Él era rápido, pero no lo suficiente. Le corté el dorso de la mano abierta con la mirilla de la pistola. Se la llevó a la boca y chupó el corte—. ¡Eh, por favor! Alfred es mi sobrino. El hijo de mi hermana. Yo lo cuido. No le haría daño a una mosca, de veras.

—La próxima vez que me visite le tendré una mosca preparada para que no le haga daño —dije.

—Vamos, no sea así, señor. Por favor, no sea así. Le traigo una pequeña propuesta bastante buena...

—Cállese —interrumpí.

Me senté muy despacio. La cara me ardía. Me resultaba difícil hablar. Me sentía un poco mareado. Con voz lenta y grave dije:

—Un amigo mío me habló de un tipo al que le pasó algo parecido. Tenía una pistola, igual que yo. Había dos hombres al otro lado del escritorio, como usted y Alfred. El hombre que estaba donde estoy yo empezó a enloquecer. No pudo evitarlo. Empezó a temblar. No podía pronunciar una palabra. Y tenía la pistola en la mano. Así que sin una palabra disparó dos veces bajo el escritorio, en la dirección exacta donde usted tiene el estómago.

El grandote se volvió de un color verdoso y empezó a ponerse de pie. Pero cambió de opinión. Sacó del bolsillo un pañuelo de intenso colorido y se secó la cara.

—Eso lo vio en una película —afirmó.

—Exacto —corroboré—. Pero el hombre que hizo la película me dijo de dónde había sacado la idea. Y eso no fue una película. —Puse la Luger en el escritorio

frente a mí y proseguí, con una voz más natural—. Tiene que ser más cuidadoso con las armas de fuego, señor Toad. Nunca se sabe cómo puede afectar a un hombre que lo apunten con una 45 del Ejército, especialmente si no sabe que está descargada. Por un minuto me ha puesto algo nervioso. No he tomado morfina desde el almuerzo.

Toad me estudió cuidadosamente con los ojos entrecerrados. El otro se levantó y fue a otra silla, que reclinó hasta apoyar su grasienta cabeza en la pared. Pero la nariz y las manos seguían retorciéndose.

—Había oído que era usted un tipo más bien duro —dijo Toad lentamente, con los ojos fríos y vigilantes.

—Debió de oírlo mal. Soy un tipo muy delicado. Por cualquier cosa me rompo en pedazos.

—Sí. Lo entiendo. —Me miró fijamente un largo rato sin hablar—. Quizá planteamos mal el asunto, de entrada. ¿Le molesta si meto una mano en el bolsillo? No llevo pistola.

—Adelante —contesté—. Me daría un enorme placer verlo sacar una pistola.

Frunció el entrecejo y, a continuación, muy despacio, sacó una billetera de cuero, y de ella un crujiente billete nuevo de cien dólares. Lo puso sobre el escritorio, sacó otro igual, y después tres más, uno a uno. Los alineó cuidadosamente, uno junto al otro. Alfred dejó que las patas delanteras de la silla tocaran el suelo y miró el dinero haciendo muecas con la boca.

—Quinientos —dijo el grandote. Se guardó la billetera. Yo había seguido con atención cada uno de sus movimientos—. A cambio de nada en absoluto, excepto mantener la nariz limpia. ¿Trato hecho?

Me limité a mirarlo.

—Usted no busca a nadie —dijo el grandote—. No podría encontrar a nadie. No tiene tiempo de trabajar para nadie. No ha oído nada ni ha visto nada. Está limpio. Y recibe cinco grandes limpios. ¿De acuerdo?

En la oficina solo se oían los jadeos de Alfred. El grandote volvió a medias la cabeza.

—Cállate, Alfred. Te daré una inyección cuando salgamos. Intenta comportarte.

Volvió a chuparse el corte en el dorso de la mano.

—Teniéndolo a usted como ejemplo, debería resultarle fácil —dije.

—Que te den —soltó Alfred.

—Un vocabulario limitado —me dijo el grandote—. Muy limitado. ¿Capta la idea, amigo?

Señaló el dinero. Pasé un dedo por las cachas de la Luger. Se inclinó un poco hacia adelante.

—Tranquilícese —dijo—. Es fácil. Esto es un soborno. Usted no tiene que hacer nada a cambio. Lo que tiene que hacer es no hacer nada. Si no hace nada durante un período razonable, volverá a recibir la misma cantidad. Es muy sencillo, ¿no?

—¿Y para quién estaré no haciendo nada? —pregunté.

—Para mí. Joseph P. Toad.

—¿En qué negocio está?

—Puede considerarme un representante.

—¿Y qué más puedo considerarlo? Además de como lo considere en mi fuero interior.

—Puede considerarme un tipo que quiere ayudar a otro tipo que no quiere causarle problemas a otro tipo.

—¿Y cómo podría considerar a ese encantador personaje?

Joseph P. Toad recogió los cinco billetes, alineó cuidadosamente los bordes y me tendió el fajo sobre el escritorio.

—Puede considerarlo un tipo que prefiere gastar dinero y no sangre —dijo—. Pero que no le incomoda hacer correr sangre si lo considera apropiado.

—¿Cómo se le da manejar un picahielos? —pregunté—. Ya puedo ver lo torpe que es con una 45.

El grandote se mordió el labio inferior, después lo estiró hacia afuera con el pulgar y el índice, y masajéó suavemente la cara interna.

—No estamos hablando de picahielos —dijo al fin—. Solo estamos hablando de cómo usted podría sacar el pie de donde lo ha metido, y evitarse graves daños. Saca el pie de ahí, se queda cómodamente sentado, y el dinero vendrá a usted.

—¿Quién es la rubia? —pregunté.

Lo pensó, y asintió.

—Quizá ya se ha metido demasiado —suspiró—. Quizá es demasiado tarde para hacer negocios.

Al cabo de un momento de silencio se inclinó hacia adelante y dijo con voz amable:

—De acuerdo. Hablaré con mi mandante y veré hasta dónde quiere llegar. Quizá todavía podamos hacer negocios. Todo queda como está hasta que usted vuelva a oír de mí. ¿Trato hecho?

Dejé que lo creyera. Puso las manos sobre el escritorio y se levantó muy lentamente, mirando la pistola que yo movía sobre el vade.

—Puede quedarse el dinero —dijo—. Vamos, Alfred.

Se volvió y salió caminando con aplomo de la oficina.

Los ojos de Alfred se arrastraron en dirección a él, y después saltaron hacia el dinero que estaba sobre el escritorio. La gran automática apareció en su mano derecha con la misma magia de la vez anterior. Con movimientos de anguila se acercó. No dejó de apuntarme mientras tomaba el dinero con la mano izquierda. Lo hizo desaparecer en el bolsillo. Me dirigió una fría sonrisa sin contenido, asintió y se apartó, al parecer sin advertir ni por un instante que yo también tenía una pistola en la mano.

—Vamos, Alfred —llamó con energía el grandote desde fuera.

Alfred se deslizó por la puerta abierta y desapareció.

La puerta exterior se abrió y se cerró. Hubo pasos en el corredor. Después silencio. Me quedé sentado pensándolo, tratando de decidir si era una pura farsa idiota o tan solo una nueva manera de asustar a la gente.

Cinco minutos después sonó el teléfono. Una gruesa voz agradable dijo:

—A propósito, señor Marlowe, supongo que conoce a Sherry Ballou, ¿no?

—No.

—Sheridan Ballou, Incorporated. El gran agente. Debe de haberlo visto alguna vez.

Me quedé en silencio un momento. Después pregunté:

—¿Es el agente de ella?

—Podría ser —dijo Joseph P. Toad, e hizo una pausa—. Supongo que comprende que apenas somos un par de actores, señor Marlowe. Nada más que eso. Apenas un par de actores. Alguien quería averiguar algo sobre usted. Parecía el modo más simple de hacerlo. Ahora ya no estoy tan seguro.

No respondí. Colgó. Casi de inmediato volvió a sonar el teléfono. Una voz seductora dijo:

—¿No te gusto mucho, no, amigo?

—Claro que sí. Pero no me muerda.

—Estoy en casa, en Chateau Bercy. Sola.

—Llame a un servicio de acompañantes.

—Por favor, Marlowe. No es modo de hablar. Es un asunto de gran importancia.

—Apuesto a que sí. Pero no es mi rama de negocios.

—Esa puta... ¿qué te ha dicho de mí? —siseó.

—Nada. Bueno, la llamó ramera de Tijuana en pantalones de montar. ¿Le molesta?

Eso la divirtió. Se oyó su risa cristalina un rato.

—Siempre el mismo chiste, ¿verdad? Pero ¿sabes?, entonces no sabía que eras detective. Eso supone una gran diferencia.

Pude haberle dicho qué equivocada estaba. Me limité a decir:

—Señorita Gonzales, ha comentado algo sobre negocios. ¿Qué clase de negocios tenía en mente, si no se estaba burlando de mí?

—¿Te gustaría ganar muchísimo dinero? Muchísimo de verdad.

—¿Sin que me maten? —pregunté.

Los cables transmitieron su respiración.

—Sí —respondió pensativa—. Hay que considerar esa posibilidad. Aunque eres tan valiente, tan corpulento, tan...

—Estaré en mi oficina mañana a las nueve, señorita Gonzales. Me sentiré mucho más valiente entonces. Ahora, si me disculpa...

—¿Tienes una cita? ¿Es bonita? ¿Más bonita que yo?

—Dios santo —dije—. ¿Nunca piensa en otra cosa?

—Al diablo contigo, cariño —dijo, y colgó.

Apagué las luces y me marché. En el pasillo encontré a un hombre mirando los números de las puertas. Llevaba una carta en la mano. Así que tuve que volver a la oficina y guardarla en la caja fuerte. Y entretanto el teléfono volvió a sonar.

Lo dejé sonar. Ya había tenido suficiente por un día. Ya no me importaba. Podía haber sido la Reina de Saba con, o sin, su pijama de celofán. Estaba demasiado cansado para interesarme. El cerebro me pesaba como un balde de arena mojada.

Seguía sonando cuando llegué a la puerta. Imposible. Tenía que volver. El instinto era más fuerte que el cansancio. Descolgué el teléfono.

La voz de Orfamay Quest dijo:

—Ay, señor Marlowe, hace horas que intento encontrarlo. Estoy tan preocupada. Estoy...

—Por la mañana —interrumpí—. La oficina está cerrada.

—Por favor, señor Marlowe... solo porque perdí los papeles un momento...

—Por la mañana.

—Pero le digo que tengo que verlo. —La voz no había subido tanto como para llegar al grito—. Es muy importante.

—Mmm...

Resopló.

—Usted... me besó.

—He besado mejor antes —dije.

Al diablo con ella. Al diablo con todas las mujeres.

—He tenido noticias de Orrin —dijo.

Eso me detuvo un instante, y luego me eché a reír.

—Es usted una mentirosa —dije—. Adiós.

—Pero es cierto. Me llamó. Por teléfono. Aquí mismo donde me alojo.

—Perfecto —dije—. Entonces ya no necesita un detective. Y si lo necesita, tiene en la familia uno mejor que yo. Yo ni siquiera he podido descubrir dónde se aloja.

Hubo una pequeña pausa. Seguía teniéndome allí, hablando con ella. Había logrado que no le colgara. Tenía que reconocérselo.

—Le escribí diciéndole dónde me alojaría —reconoció al fin.

—Ajá. Pero él no recibió la carta porque se había mudado y no dejó su nueva dirección. ¿Lo recuerda? Inténtelo otra vez, cuando yo no esté tan cansado. Buenas noches, señorita Quest. Y no es necesario que me diga dónde se aloja. Ya no trabajo para usted.

—Muy bien, señor Marlowe. Ahora estoy dispuesta a llamar a la policía. Pero no creo que le guste. No creo que le guste en absoluto.

—¿Por qué?

—Porque hay un crimen de por medio, señor Marlowe, y un crimen es algo muy feo... ¿no le parece?

—Venga —dije—. La espero.

Colgué. Saqué la botella de Old Forester. No hubo lentitud alguna en el gesto con

que me serví un trago y lo bebí.

Esta vez vino bastante rápido. Sus movimientos eran pequeños, veloces y decididos. Había una de esas leves y brillantes sonrisas en su cara. Dejó el bolso con firmeza, se sentó en la silla frente al escritorio y siguió sonriendo.

—Ha sido muy amable por su parte al esperarme —dijo—. Apuesto a que no ha cenado todavía.

—Error —dije—. He cenado. Ahora estoy tomando *whisky*. Usted no aprueba que la gente tome *whisky*, ¿verdad?

—Lo cierto es que no.

—Mejor así —dije—. Tenía la esperanza de que no hubiera cambiado de opinión.

Puse la botella sobre el escritorio, y me serví otro trago. Tomé un sorbo y le dirigí un brindis.

—Si sigue así no estará en condiciones de escuchar lo que tengo que contarle —declaró en tono cortante.

—Ah, sí, sobre ese crimen —dije—. ¿Alguien conocido? Ya veo que la asesinada no es usted... todavía.

—Por favor, no sea innecesariamente desagradable. No es culpa mía. Usted ha dudado de mí por teléfono, así que he tenido que convencerlo. Es cierto que Orrin me llamó, pero no quiso decirme dónde estaba ni qué hacía. No sé por qué.

—Quería que usted lo averiguase por su cuenta —dije—. Está formando el carácter de su hermana.

—No es gracioso. Ni siquiera es inteligente.

—Pero tendrá que admitir que es desagradable —repliqué—. ¿A quién mataron? ¿O eso es un secreto también?

Jugueteó un poco con el bolso, no lo suficiente como para superar su incomodidad. No estaba tan incómoda. Apenas lo necesario como para obligarme a tomar otro trago.

—A ese hombre horrible de la pensión. El señor... el señor... He olvidado el nombre.

—Olvidémoslo ambos —sugerí—. Hagamos algo juntos por una vez. —Metí la botella en el cajón del escritorio y me puse de pie—. Mire, Orfamay, no le estoy preguntando cómo lo sabe. O más bien cómo lo sabe Orrin. O si él lo sabe. Usted lo ha encontrado. Es lo que quería que hiciera yo. O él la encontró a usted, que viene a ser lo mismo.

—No es lo mismo —dijo con acritud—. En realidad, no lo he encontrado. No quiso contarme dónde vive.

—Si es un lugar parecido a la pensión donde estaba, no puedo culparlo por mantener el secreto.

Apretó los labios en un gesto de disgusto.

—En realidad, no quiso decirme nada.

—Es que no hay nada que decir, tan solo algunos asesinatos —maticé—. Trivialidades de ese estilo.

Soltó una risita con burbujas.

—Solo lo he dicho para asustarlo. En realidad, no sé de nadie que haya sido asesinado, señor Marlowe. Usted se mostraba tan frío y distante. Pensaba que ya no querría ayudarme más. Así que me lo he inventado.

Respiré profundamente un par de veces y me miré las manos. Estiré los dedos lentamente. Después me puse de pie. No dije nada.

—¿Está enojado conmigo? —preguntó con timidez, trazando un pequeño círculo sobre el escritorio con la punta del dedo.

—Debería abofetearla —dije—. Y deje de hacerse la inocente. O las bofetadas no se las daré en la cara.

Se quedó sin aliento del susto.

—¡Cómo se atreve!

—Eso ya me lo había dicho —dije—. Me lo ha dicho demasiadas veces. Cállese y váyase de aquí. ¿Cree que me gusta que me den sustos de muerte? Ah... aquí tiene. —Abrí el cajón, saqué sus veinte dólares y se los tiré en la cara—. Lléveselo. Haga una donación a un hospital o a una fundación de investigaciones científicas. Me pone nervioso tenerlo aquí.

Tomó automáticamente el dinero. Detrás de las gafas, tenía los ojos redondos y asombrados.

—Vaya —dijo, cargando el bolso con una especie de dignidad ofendida—. Le aseguro que no sabía que se asustaría tan fácilmente. Pensé que era un tipo duro.

—Eso es pura actuación —gruñí, dando la vuelta al escritorio.

Se apoyó en el respaldo apartándose de mí.

—Solo soy duro con las niñitas como usted que no dejan que las uñas les crezcan demasiado —continué—. Por dentro soy blando.

La agarré del brazo y la obligué a ponerse de pie. Echó la cabeza hacia atrás. Sus labios se entreabrieron. Estaba fatal con las mujeres ese día.

—Pero encontrará a Orrin para mí, ¿verdad? —susurró—. Todo era una mentira. Todo lo que le he dicho eran mentiras. No me llamó. Yo... no sé nada.

—Perfume —dije, oliendo—. Vaya, la pequeña seductora. Se ha puesto perfume detrás de las orejas... ¡para mí!

Asintió con su pequeño mentón. Sus ojos se humedecieron.

—Quítame las gafas —susurró—, Philip. No me molesta que tomes un poco de *whisky*. De veras que no.

Nuestros rostros estaban a unos quince centímetros de distancia. Tenía miedo de quitarle las gafas. Podía confundirme y darle un tirón en la nariz.

—Sí —dije con una voz que sonó como la de Orson Welles con la boca llena de cacahuetes—. Lo encontraré para usted, querida, si todavía está vivo. Y gratis. No le

costraré nada, ni siquiera para gastos. Solo te preguntaré una cosa.

—¿Qué, Philip? —preguntó suavemente y abrió los labios un poco más.

—¿Quién es la oveja negra de tu familia?

Se apartó de mí con el movimiento sobresaltado que habría tenido un cervatillo al ver al cazador. Se quedó de piedra.

—Me dijo que Orrin no era la oveja negra de la familia, ¿recuerda? Lo subrayó especialmente. Y cuando mencionó a su hermana Leila, me dio la impresión de que lo pasaba por alto, como si el tema le resultara penoso.

—No... no recuerdo haber dicho nada de eso —dijo muy lentamente.

—Eso me parecía —dije—. ¿Qué nombre usa su hermana Leila en el cine?

—¿Cine? —preguntó—. Ah, ¿se refiere a las películas? Nunca dije que actuara. Nunca dije nada de ella.

Esbocé mi vieja sonrisa torcida. Ella hirvió de rabia.

—No se meta con mi hermana Leila —escupió—. No haga sucias insinuaciones sobre mi hermana Leila.

—¿Qué sucias insinuaciones? —pregunté—. ¿O quiere que lo adivine?

—¡En lo único que piensa es en la bebida y en las mujeres! —gritó—. ¡Lo odio!

Corrió a la puerta, la abrió de un tirón y salió. Siguió corriendo por el pasillo.

Volví detrás del escritorio y me derrumbé en el sillón. Una chica muy extraña. Muy extraña. Al cabo de un rato el teléfono volvió a sonar, por supuesto. Al cuarto timbrazo apoyé la cabeza en una mano y descolgué el teléfono.

—Servicios fúnebres El Último Consuelo —dije.

Una voz femenina tartamudeó:

—¿Qué? —Y estalló en una carcajada.

Era un chiste habitual entre la policía hacia 1921. Qué ingenio. Afilado como el pico de un ruiseñor. Apagué las luces y me fui a casa.

A las ocho y cuarenta y cinco de la mañana siguiente, me encontraba estacionado a pocos metros de la Bay City Camera Shop, ya desayunado y tranquilo, y leyendo el periódico local a través de unas gafas de sol. Ya había hojeado el diario de Los Ángeles, que no decía nada sobre picahielos en el Van Nuys ni en ningún otro hotel. Ni siquiera un artículo titulado «Muerte misteriosa en un hotel céntrico», sin mencionar nombres o armas. El *News* de Bay City no tenía tantos anuncios como para ahorrarse un artículo sobre un crimen. Salía en la primera página, junto al precio de la carne.

VECINO DE LA CIUDAD APUÑALADO EN PENSIÓN DE IDAHO STREET.

Una llamada anónima ayer a última hora hizo que la policía corriera a una dirección en Idaho Street, frente al aserradero de la Seamans and Jansing Company. Al entrar en el apartamento, cuya puerta se hallaba abierta, la policía encontró a Lester B. Clausen, de 45 años, encargado de la pensión, muerto sobre un sofá. Clausen había sido apuñalado en el cuello con un picahielos que seguía en su cuerpo. Tras un examen preliminar, el forense Frank L. Crowdy anunció que Clausen había estado bebiendo en exceso y podía haber estado inconsciente en el momento de su muerte. La policía no observó signos de lucha.

El teniente detective Moses Maglashan, a cargo de la investigación, procedió a interrogar a los inquilinos de la pensión, a medida que estos regresaban de su trabajo, pero hasta el momento no se ha logrado aclarar las circunstancias del crimen. Entrevistado por este medio, el forense Crowdy planteó la posibilidad de que la muerte de Clausen se debiera a un suicidio, pero que la posición de la herida lo hacía improbable. Un examen del registro de la pensión reveló que recientemente se le había arrancado una página. El teniente detective Maglashan, tras interrogar con detenimiento a los huéspedes de la pensión, afirmó que un hombre de mediana edad, corpulento, de cabello castaño y rasgos gruesos, había sido visto en el vestíbulo de la casa en varias ocasiones, pero que ninguno de los inquilinos conocía su nombre o su ocupación. Tras una minuciosa requisita en todas las habitaciones, Maglashan consideró que uno de los huéspedes se había marchado recientemente, y con cierto apuro. Sin embargo, la mutilación del registro, el carácter del vecindario y la ausencia de una descripción adecuada del hombre que ha desaparecido hacen extremadamente difícil el trabajo de rastrearlo.

«De momento no tengo la más remota idea de por qué asesinaron a Clausen —anunció Maglashan anoche a última hora—. Desde hace un tiempo tenía vigilado a ese hombre. Conozco a muchos de sus socios. Es un caso difícil, pero lo resolveremos».

Era un bonito artículo, y solo mencionaba el nombre de Maglashan doce veces en el texto y dos veces más en los pies de las fotografías. Había una foto de él en la tercera página, sosteniendo un picahielos que observaba con profunda concentración. Otra del número 449 de Idaho Street, que hacía parecer la pensión más decente de lo que era en la realidad, y una de algo cubierto por una sábana sobre un sofá, con el teniente Maglashan señalándolo con severidad. Asimismo, también encontró un primer plano del alcalde, con su aire diabólicamente ejecutivo detrás de su escritorio oficial, y una entrevista con él sobre el crimen en la posguerra. Decía exactamente lo que se esperaba que dijera un alcalde: una versión aguada de J. Edgard Hoover, trufada con algunos errores gramaticales.

A las nueve menos tres minutos la puerta de la Bay City Camera Shop se abrió y un negro viejo empezó a barrer la calzada. A las nueve en punto un joven de aire

atildado, con gafas, abrió el local, y entré, con el resguardo anaranjado que el doctor G. W. Hambleton había pegado a la parte interior de su peluquín.

El joven atildado me miró inquisitivamente mientras yo intercambiaba el resguardo y algo de dinero por un sobre que contenía un pequeño negativo y media docena de fotos de tamaño postal. No dijo nada, pero el modo en que me miró me hizo pensar que recordaba que yo no era el mismo hombre que había dejado el negativo.

Salí y me senté en mi coche a examinar el botín. Las fotografías mostraban a un hombre con una rubia sentados en un reservado de un restaurante, con comida en la mesa. Parecía que algo les hubiera llamado la atención de pronto, y apenas hubieran tenido tiempo para reaccionar antes de que la cámara disparara. A juzgar por la iluminación, era evidente que no se había usado *flash*.

La chica era Mavis Weld. El hombre era más bien pequeño, más bien moreno, más bien inexpresivo. No lo reconocí. No tenía por qué. El respaldo de cuero de los asientos estaba cubierto de figuritas de parejas bailando. Eso quería decir que el restaurante era The Dancers. Eso lo volvía todo más confuso. Cualquier chantajista aficionado que tratara de sacar una foto ahí dentro sin pedir autorización a los dueños habría sido expulsado de forma tan violenta que habría rodado todo el camino hasta el cruce de Hollywood y Vine. Supuse que la fotografía debió de tomarse con alguna cámara oculta, como en el caso de Ruth Snyder en la silla eléctrica. La cámara debía de haber estado colgada de una tira bajo el cuello de la chaqueta, con el objetivo asomando entre las solapas, y el disparador de bulbo en el bolsillo. No me resultaba tan difícil saber quién había sacado la foto. El señor Orrin P. Quest debía de haberse movido rápido y como un lince para llegar a la calle con la cara todavía en la parte delantera de la cabeza.

Metí las copias en el bolsillo de la chaqueta, y mis dedos tocaron un trozo de papel arrugado. Lo saqué y leí: «Doctor Vincent Lagardie, Wyoming Street, 965, Bay City». Era el Vince con el que había hablado por teléfono, el mismo que Lester B. Clausen había tratado de llamar.

Un policía viejo caminaba a lo largo de los coches aparcados, marcando los neumáticos con tiza amarilla. Me explicó dónde quedaba Wyoming Street. Conduje hasta allí. Era una calle alejada del distrito comercial. El número 965 correspondía a una casa gris y blanca, en una esquina. Junto a la puerta, una chapa de bronce decía: «Vincent Lagardie, médico. Horarios: de 10.00 a 12.00 y de 14.30 a 16.00».

La casa parecía tranquila y decente. Una mujer subía la escalera de la entrada arrastrando a un niño. Leyó la placa, miró el reloj y se mordió el labio inferior en un gesto de vacilación. El niño miró a su alrededor con precaución, y después le dio un puntapié en el tobillo. Ella se dobló de dolor, pero su voz fue paciente.

—Vamos, Johnny, no debes hacerle esto a la tía Fern —dijo con dulzura.

Abrió la puerta y arrastró al pequeño chimpancé tras ella. Cruzando en diagonal había una gran mansión colonial blanca con un pórtico techado demasiado pequeño

para la casa. El jardín delantero estaba provisto con poderosos reflectores. El sendero estaba bordeado por rosales en flor. Un gran cartel negro y plateado sobre el pórtico decía «The Garland Home of Peace». Me pregunté si al doctor Lagardie le gustaría asomarse a las ventanas y ver una funeraria. Quizá lo volvía más precavido.

Doblé en esa esquina y volví a Los Ángeles; subí a mi oficina a leer el correo y a guardar las fotos en la vieja caja fuerte, todas salvo una copia. Me senté al escritorio y la estudié con una lupa. El revelado estaba bien hecho; los detalles se percibían con claridad. Había un diario vespertino, un *News-Chronicle*, sobre la mesa frente al hombre moreno y delgado e inexpresivo sentado junto a Mavis Weld. Incluso pude leer el titular. «Un boxeador de los pesos pesados muere por heridas de la pelea». Solo una edición vespertina usaría un titular así. Alargué una mano hacia el teléfono. Antes de que lo tocara, empezó a sonar.

—¿Marlowe? Soy Christy French. ¿Alguna idea esta mañana?

—Nada nuevo, si su teletipo funciona. He visto un diario de Bay City.

—Sí, lo tenemos —dijo—. Parece el mismo tipo, ¿no? Las mismas iniciales, la misma descripción, el mismo método, y el factor tiempo parece coincidir. Espero que no signifique que la banda de Sunny Moe Stein ha empezado a operar otra vez.

—Si es así, han cambiado de técnica —dije—. Precisamente anoche estuve leyendo sobre el tema. La banda de Stein solía agujerear repetidamente a sus víctimas. Uno de ellos tenía un centenar de heridas.

—Pueden haber progresado en ese aspecto —adujo French de manera evasiva, como si no quisiera hablar del tema—. El motivo por el que lo llamaba es Flack. ¿Ha vuelto a verlo desde ayer?

—No.

—Ha desaparecido. No ha ido a trabajar. El hotel ha llamado a su casera. Hizo el equipaje y se marchó anoche. Con destino desconocido.

—No lo he visto ni he sabido de él —dije.

—¿No le pareció extraño que el cadáver solo tuviera catorce dólares en el bolsillo?

—Me sorprendió un poco. Pero usted lo explicó.

—Estaba improvisando. No me creo lo que dije. Flack está asustado o bien se hizo de oro. O bien vio algo que no nos contó y prefirió esfumarse, o bien se quedó con un fajo grande del cliente, al que le dejó catorce dólares para que pareciera más verosímil.

—Podría creer cualquiera de las dos posibilidades. O las dos al mismo tiempo. Quienquiera que registrara la habitación de manera tan exhaustiva no buscaba dinero.

—¿Por qué no?

—Porque cuando ese doctor Hambleton me llamó, le sugerí que podía usar la caja fuerte del hotel. No le gustó la idea.

—De todos modos, un tipo como ese no lo contrataría a usted para que le guardara dinero —dijo French—. No lo habría contratado para que le guardara nada.

Quería protección o quería ayuda... o quizá solo un mensajero.

—Lo siento. Me dijo exactamente lo que yo le dije.

—Y como ya estaba muerto cuando usted llegó —comentó French con un tono demasiado distraído—, no creo que usted le diera una de sus tarjetas profesionales.

Apreté con fuerza el receptor y repasé a toda prisa mi charla con Hicks en la pensión de Idaho Street. Lo vi sosteniendo mi tarjeta entre los dedos, mirándola. Y después me vi a mí quitándosela enseguida, antes de que se la guardara. Aspiré con fuerza y dejé salir el aire lentamente.

—Por supuesto que no se la di —dije—. Y pare de intentar asustarme.

—Pues tenía una, amigo. Doblada dos veces y metida en el bolsillo del reloj del pantalón. No la encontramos la primera vez que lo registramos.

—Le di una tarjeta a Flack —dije con los labios tiesos.

Hubo un silencio. Oí voces al fondo y el ruido de una máquina de escribir. Al fin French dijo secamente:

—Bien. Nos vemos después. —Colgó de manera abrupta.

Colgué con lentitud y después flexioné los dedos agarrotados. Observé la foto que tenía en el escritorio frente a mí. Lo único que podía extraer era que dos personas, a una de las cuales conocía, estaban cenando en The Dancers. El diario que se veía en la mesa me indicaba la fecha, o podía hacerlo.

Marqué el número del *News-Chronicle* y pedí que me pusieran con la sección de deportes. Cuatro minutos después escribí en un bloc: «Ritchy Belleau, popular boxeador de los pesos pesados, joven, murió en el Sisters Hospital poco antes de la medianoche del 19 de febrero como resultado de las heridas recibidas en el *ring* esa misma noche en la pelea principal en el Hollywood Legion Stadium. El titular salió en la edición deportiva del mediodía del 20 de febrero del *News-Chronicle*».

Marqué el mismo número otra vez y pregunté por Kenny Haste. Había sido periodista especializado en crímenes, y nos conocíamos desde hacía años. Charlamos un minuto, y después le pregunté:

—¿Quién cubrió el asesinato de Sunny Moe Stein en el diario?

—Tod Barrow. Ahora está en el *Post-Despatch*. ¿Por qué?

—Me gustaría saber los detalles, si los hay.

Dijo que pediría el *dossier* en la morgue y me llamaría, cosa que hizo diez minutos después.

—Dos tiros en la cabeza, en su coche, a unos doscientos metros de Chateau Bercy, en Franklin. A eso de las once y cuarto de la noche.

—Del 20 de febrero, ¿no? —dije.

—Exacto. No hubo testigos ni arrestos, salvo los sospechosos profesionales que la policía arresta siempre en estos casos. ¿Por qué te interesa?

—¿No había un amigo suyo en la ciudad en ese momento?

—Aquí no dice nada. ¿Qué nombre?

—Weepy Moyer. Un policía amigo mío comentó algo sobre un inversor de

Hollywood del que se sospechó, y al que soltaron por falta de pruebas.

—Espera un minuto —dijo Kenny—. Algo recuerdo... sí. Un tipo de nombre Steelgrave, dueño del restaurante The Dancers, que se supone que está en el negocio del juego y demás. Menudo tipo. Lo conozco. Fue una trampa.

—¿Qué clase de trampa?

—Algún soplón le pasó el dato a la policía de que el supuesto Steelgrave era en realidad Weepy Moyer, y lo tuvieron diez días encerrado siguiendo una orden de detención de Cleveland. Cleveland dejó caer los cargos. No tenía nada que ver con el asesinato de Stein. Steelgrave estuvo encerrado toda esa semana. No hubo ninguna conexión. Tu amigo el policía ha estado leyendo novelitas truculentas.

—Todos ellos las leen —dije—. Por eso hablan al estilo de los duros. Gracias, Kenny.

Nos despedimos y colgamos, y yo me recosté en el sillón, examinando la fotografía. Al cabo de un rato cogí una tijera y corté el trozo que contenía el periódico doblado con el titular. Puse cada trozo en un sobre distinto y los guardé en el bolsillo, junto con la hoja del bloc de notas.

Marqué el número de Crestview de la señorita Mavis Weld. Tras varios tonos, respondió una voz de mujer. Era una voz lejana y formal, que yo podía haber oído antes o no. Lo único que dijo fue:

—¿Hola?

—Soy Philip Marlowe. ¿Está la señorita Weld?

—La señorita Weld no volverá hasta última hora de la noche. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—Es muy importante. ¿Dónde podría encontrarla?

—Lo siento. No tengo información.

—¿Lo sabrá su agente?

—Es posible.

—¿Está segura de que no es usted la señorita Weld?

—La señorita Weld no está en casa. —Colgó.

Me quedé sentado escuchando la voz. Al principio pensé que sí, después pensé que no. Cuanto más lo pensaba, menos lo sabía. Bajé al aparcamiento y saqué el coche.

En la terraza de The Dancers unos pocos pájaros madrugadores se disponían a beber el almuerzo. El salón alto con fachada acristalada tenía las cortinas corridas. Pasé por delante conduciendo, doblé la esquina que baja a Strip y aparqué frente a un edificio cuadrado de dos pisos con fachada de ladrillos rosados, ventanas con marcos metálicos blancos y un porche griego delante de la puerta principal, que tenía, vista desde lejos, algo que parecía un picaporte de peltre antiguo. Sobre la puerta había un cartel en forma de abanico, que debía de iluminarse por la noche, y en letras negras, severamente estilizadas, el nombre de Sheridan Ballou, Inc. Cerré el coche con llave y fui rumbo a la puerta. Era una puerta blanca, alta y ancha, y el agujero de la llave era lo bastante grande como para que un ratón se escurriera por él. Pero dentro del agujero estaba la verdadera cerradura. Tomé la aldaba, pero también habían pensado en eso. Era toda de una pieza y no golpeaba.

Así que le di una palmada a una de las finas columnas blancas, abrí la puerta y entré directamente en el salón que hacía de recepción y que ocupaba toda la parte delantera del edificio. Estaba amueblado con piezas oscuras que parecían antiguas y con una gran abundancia de sillas y bancos tapizados en una tela que parecía chintz. En las ventanas había cortinas de encaje y baúles forrados en chintz que hacían juego con los tapizados, una alfombra floreada y mucha gente esperando para ver al señor Sheridan Ballou.

Algunos eran brillantes y estaban alegres y llenos de esperanza. Otros parecía que llevaran días esperando. Una chica morena y menuda estaba sollozando en un rincón con la cara cubierta por un pañuelo. Nadie le prestaba atención. Recibí un par de miradas atentas antes de que la concurrencia llegara a la conclusión de que yo no compraba nada y que no trabajaba allí.

Una pelirroja de aire peligroso estaba lánguidamente sentada tras un escritorio Adam, hablando por un teléfono de un blanco níveo. Fui hacia ella y me dirigió sendos balazos azules con los ojos, y a continuación se quedó mirando la moldura que recorría el techo.

—No —decía al teléfono—. No. Lo siento. Me temo que no serviría de nada. Demasiado ocupado. —Colgó, tachó algo de una lista y me dirigió algo más de su mirada acerada.

—Buenos días. Querría ver al señor Ballou —dije.

Puse una de mis tarjetas no profesionales en su escritorio. Ella la tomó por una esquina y sonrió divertida.

—¿Hoy? —preguntó amistosamente—. ¿Esta semana?

—¿Cuánto se suele tardar?

—Ha llegado a tardar hasta seis meses —dijo con alegría—. ¿No puede ayudarlo otra persona?

—No.

—Cuánto lo siento. Ninguna posibilidad. Vuelva en otro momento. El año que viene quizá.

Vestía una falda de lana blanca, una blusa de seda violeta y una chaqueta de terciopelo negro de manga corta. Su cabellera era un crepúsculo de verano. Llevaba un brazalete dorado con topacios y aros de topacios y un anillo de topacio en forma de escudo. El color de las uñas coincidía con el de la blusa. Daba la impresión de que tardaba dos semanas en vestirse.

—Tengo que verlo —insistí.

Volvió a leer mi tarjeta. Esbozó una hermosa sonrisa.

—Todos tienen que verlo —dijo—. Mire... eh... señor Marlowe. Mire toda esta gente encantadora. Todos ellos están aquí desde que ha abierto la oficina, hace dos horas.

—Esto es importante.

—No lo dudo. ¿Y en qué sentido es importante, si puedo preguntar?

—Quiero vender un poco de mugre.

Sacó un cigarrillo de una caja de cristal y lo encendió con un encendedor de cristal.

—¿Vender? Quiere decir dinero, ¿en Hollywood?

—Así es.

—¿Qué clase de mugre? No tema escandalizarme.

—Es ligeramente obsceno, señorita... —Torcí la cabeza para leer la placa que había en su escritorio.

—Helen Grady —completó ella—. Bueno, un poco de obscenidad bien educada nunca ha hecho ningún daño, ¿no?

—No he dicho que esta fuera bien educada.

Se echó atrás con cuidado y me lanzó el humo a la cara.

—En una palabra, chantaje. —Suspiró—. ¿Por qué diablos no se larga? Antes de que lo haga sacar a patadas.

Me senté en el ángulo de su escritorio, le quité el cigarrillo, inhalé profundamente y le lancé el humo al pelo. Se echó atrás enojada.

—Váyase a la mierda, matón —dijo con una voz que podría haberse usado para diluir pintura.

—Vaya, vaya. ¿Qué ha pasado con el acento de colegio inglés?

Sin girar la cabeza, llamó con voz seca:

—Señorita Vane.

Una chica morena, delgada y elegante, de cejas bien dibujadas, apareció ante nosotros. Había salido de una puerta camuflada como si fuera una ventana de vidrio opaco. Se acercó. La señorita Grady le tendió mi tarjeta.

—Spink.

La señorita Vane volvió a entrar por la puerta de vidrio opaco, llevándose mi

tarjeta.

—Siéntese y descanse, grandote —me informó la señorita Grady—. Quizá tenga que esperar una semana.

Me senté en un sillón de chintz, cuyo respaldo llegaba treinta centímetros más arriba que mi cabeza. Me hacía sentir hundido. La señorita Grady me dirigió otra vez su sonrisa, y volvió a inclinarse sobre el teléfono.

Miré a mi alrededor. La chica en el rincón había dejado de llorar y estaba maquillándose con una calma distraída. Un tipo muy alto y de aire distinguido flexionó con gracia un brazo para mirar su elegante reloj de pulsera, y se puso de pie con gran agilidad. Se colocó un sombrero gris perla en un ángulo calculado sobre la cabeza, tomó sus guantes de cabritilla y su bastón con mango de plata y caminó con lánguida serenidad hacia la recepcionista pelirroja.

—Llevo dos horas esperando para ver al señor Ballou —dijo fríamente con una rica voz que había sido modulada con mucho entrenamiento—. No estoy acostumbrado a esperar dos horas para ver a nadie.

—Cuánto lo siento, señor Fortescue. El señor Ballou está demasiado ocupado esta mañana.

—Lamento no poder dejarle un cheque —dijo el tipo elegante con cansado desdén—. Probablemente es lo único que le interesaría. Pero a falta de eso...

—Un minuto, hijo. —La pelirroja levantó un teléfono que estaba sonando y dijo —: ¿Sí? ¿Quién lo dice además de Goldwyn? ¿No puedes hablar con alguien que no esté loco? Sigue intentándolo. —Colgó dando un golpe.

El tipo no se había movido.

—A falta de eso —prosiguió, como si no hubiera dejado de hablar—, querría dejarle un breve mensaje personal.

—Por favor —dijo la señorita Grady—. De algún modo se lo haré llegar.

—Dígale con todo mi amor que es una sucia mofeta.

—Digamos zorrino, querido —propuso ella—. Sus conocimientos de zoología no son tan extensos.

—Que sea zorrino, y doble zorrino —dijo Fortescue—. Y agregue un matiz ligero de hidrógeno sulfuroso y una graduación de perfume de burdel barato. —Se ajustó el sombrero y le dio el perfil al espejo—. Y ahora le doy los buenos días, y al diablo con Sheridan Ballou, Incorporated.

El actor alto salió caminando con suma elegancia; usó el bastón para abrir la puerta.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

Me miró compadeciéndome.

—¿Billy Fortescue? No pasa nada con él. No le dan ningún papel últimamente, así que viene todos los días y hace esta pequeña escena. Piensa que alguien podría verlo y gustarle.

Cerré la boca lentamente. Se puede vivir mucho tiempo en Hollywood y no ver

nunca la parte que usan en las películas.

La señorita Vane apareció por la misma puerta de antes y me hizo un gesto con el mentón. Fui hacia ella.

—Por aquí. La segunda puerta a la derecha.

Siguió observándome mientras iba por el corredor hasta la segunda puerta. Estaba abierta. Entré y cerré.

Sentado a un escritorio y sonriéndome tiernamente había un judío regordete y con el cabello blanco.

—Saludos —dijo—. Soy Moss Spink. ¿En qué está pensando, amigo? Estacione en esa silla. ¿Un cigarrillo? —Abrió una cosa que parecía un baúl y me ofreció un cigarro que no parecía medir más de treinta centímetros. Estaba en un tubo de vidrio.

—No, gracias —dije—. Fumo tabaco.

Suspiró.

—De acuerdo. Me rindo. Veamos. Se llama Marlowe. ¿Marlowe? Marlowe. ¿Alguna vez he oído hablar de alguien llamado Marlowe?

—Es probable que no —dije—. Yo tampoco he oído hablar nunca de nadie llamado Spink. He preguntado por un tipo de nombre Ballou. ¿Suena como Spink? No quería ver a nadie llamado Spink. Y, entre usted y yo, al diablo con la gente que se llama Spink.

—Antisemita, ¿eh? —dijo Spink. Hizo un gesto de tolerancia con una mano en la que lucía un diamante amarillo grande como una luz de semáforo—. No sea así. Siéntese y descargue. Usted no me conoce. No quiere conocerme. De acuerdo. No me ofendo. En un negocio como este se necesita gente que no se ofenda.

—Ballou —dije.

—Sea razonable, amigo. Sherry Ballou es una persona muy ocupada. Trabaja veinte horas al día, y aun así lleva retraso. Siéntese y hable con el pequeño Spinky.

—¿Qué cargo ocupa usted aquí? —pregunté.

—Lo protejo, amigo. Tengo que protegerlo. Un tipo como Sherry no puede ver a cualquiera. Yo lo hago en su lugar. Es como si fuera él... hasta cierto punto, por supuesto.

—Quizá yo estoy más allá de ese cierto punto —dije.

—Podría ser —convino Spink, desenvolviendo el papel de aluminio que cubría un gran cigarro; lo sacó tiernamente y lo examinó en busca de marcas de nacimiento—. No digo que no. ¿Por qué no se explaya un poco? Así lo sabremos. Hasta ahora, lo único que ha hecho usted es repetir la misma línea una y otra vez. Tanta gente lo hace con nosotros que ha perdido toda su fuerza.

Lo vi recortar y encender el costoso cigarro.

—¿Cómo sé que usted no lo traicionará? —dije con suspicacia.

Los pequeños ojos de Spink parpadearon, y me pregunté si había lágrimas en ellos.

—¿Yo traicionar a Sherry Ballou? —exclamó con voz quebrada, como en un

funeral de medio pelo—. ¿Yo? Antes traicionaría a mi propia madre.

—Eso no significa mucho para mí —dije—. No conozco a su madre.

Spink colocó el cigarro en un cenicero redondo tan grande como un abrevadero para pájaros. Gesticuló con ambas manos. Era presa del dolor.

—Ay, amigo. Qué manera de hablar —gimió—. Amo a Sherry Ballou como si fuera mi padre. Más. Mi padre... bueno, olvidémoslo. Vamos, amigo. Sea humano. Muestre un poco de esa vieja confianza y amistad. Sea franco con el pequeño Spinky, ¿eh?

Saqué un sobre del bolsillo y se lo arrojé por encima del escritorio. Sacó la fotografía y la miró con solemnidad. La puso sobre el escritorio. Me miró, miró la foto, me miró.

—Bueno —dijo con voz pétrea, de la que de pronto se había borrado toda esa vieja confianza y amistad de la que me hablaba—. ¿Qué tiene de maravilloso esta foto?

—¿Tengo que decirle quién es la chica?

—¿Quién es el tipo? —preguntó Spink.

No dije nada.

—Le he preguntado quién es el tipo —casi gritó Spink—. Dígalo, imbécil, dígalo.

No dije nada. Spink tendió lentamente una mano hacia el teléfono, sin quitarme los ojos brillantes de la cara.

—Vamos. Llámelos —dije—. Llame al cuartel central y pregunte por el teniente Christy French de la Brigada de Homicidios. Es otro tipo difícil de convencer.

Spink apartó la mano del teléfono. Se puso de pie lentamente y salió con la fotografía. Esperé. Fuera, el tránsito de Sunset Boulevard corría distante y monótono. Los minutos cayeron en silencio al fondo de un pozo. El humo del cigarro de Spink jugaba en el aire un momento antes de ser aspirado por el aparato de aire acondicionado. Miré las innumerables fotos dedicadas que había en las paredes, todas ellas dedicadas a Sherry Ballou con amor eterno. Supuse que serían todas segundas, si estaban en la oficina de Spink.

Al cabo de un rato volvió Spink y me hizo un gesto. Lo seguí por un pasillo hasta una puerta doble que daba a una antecámara con dos secretarias. Seguimos adelante, hacia otra puerta doble, esta de cristales oscuros con pavos reales plateados. Cuando nos acercamos, se abrieron solas.

Bajamos tres escalones alfombrados y llegamos a una oficina a la que solo le faltaba una piscina. Tenía dos pisos de altura y la rodeaba por completo un balcón cargado de estantes con libros. Había un Steinway de cola en un rincón y muchos muebles de cristal y maderas barnizadas, así como un escritorio del tamaño de una cancha de badminton y sillas, sofás, mesas y un hombre tendido en uno de los sofás, sin chaqueta y con la camisa abierta por encima de un pañuelo Charvet que se podría haber encontrado en la oscuridad siguiendo su ronroneo. Tenía un paño blanco sobre los ojos y la frente, y una rubia flexible estaba escurriendo otro sobre un bol de plata con hielo.

El hombre era corpulento y bien formado, de cabello negro ondulado y rostro enérgico bajo el paño blanco. Un brazo le caía hacia la alfombra con un cigarrillo entre los dedos.

La rubia cambió el paño con habilidad. El hombre en el sofá gimió. Spink dijo:

—Este es el chico, Sherry. Se llama Marlowe.

El hombre del sofá volvió a gruñir.

—¿Qué quiere?

—No quiere soltarlo —dijo Spink.

El hombre del sofá preguntó:

—¿Para qué lo traes entonces? Estoy cansado.

—Bueno, ya sabes cómo es, Sherry —dijo Spink—. A veces no hay más remedio.

El hombre del sofá dijo:

—¿Cuál era su hermoso nombre?

Spink se volvió hacia mí.

—Ahora puede contarnos qué quiere. Y hágalo rápido, Marlowe.

No dije nada.

Al cabo de un momento el hombre del sofá levantó lentamente el brazo con el cigarrillo. Se lo puso en la boca y chupó con la infinita languidez de un aristócrata decadente aburriéndose en un castillo en ruinas.

—Le estoy hablando, amigo —dijo Spink con rudeza. La rubia volvió a cambiar el paño, sin mirar a nadie. El silencio flotaba en la oficina, tan acre como el humo del cigarrillo—. Vamos, matón. Hable.

Saqué uno de mis Camel y lo encendí. Cogí una silla y me senté. Abrí una mano y la miré. El pulgar se me agitaba imperceptiblemente cada pocos segundos.

La voz de Spink interrumpió enfurecida mi ensoñación:

—Sherry no tiene todo el día.

—¿Y qué hará durante el resto del día? —Me oí preguntando—. ¿Se sentará en un sofá de raso blanco y se hará dorar las uñas de los pies?

La rubia se volvió súbitamente y me miró. La boca de Spink se abrió por sí sola. Parpadeó. El hombre en el sofá llevó una mano muy lenta a una punta del paño que le cubría los ojos. La levantó apenas lo suficiente para permitir que un ojo pardo como la piel de una foca me mirara. El paño cayó suavemente de vuelta en su lugar.

—No puede hablar así en este lugar —dijo Spink con voz de duro.

Me puse de pie. Dije:

—He olvidado traer el devocionario. No sabía que Dios tenía apoderados.

Nadie abrió la boca durante un minuto. La rubia volvió a cambiar el paño húmedo.

Desde debajo, el hombre del sofá habló con calma:

—Salgan todos, queridos. Todos salvo el nuevo.

Spink me dirigió una afilada mirada de odio. La rubia salió en silencio.

—¿Por qué no puedo hacerlo yo? —preguntó Spink.

La voz cansada debajo del paño húmedo dijo:

—Hace tanto que me pregunto lo mismo que he perdido interés en el enigma. Fuera.

—Está bien, jefe —dijo Spink.

Se retiró de mala gana. Se detuvo en la puerta, desde donde me lanzó una última mirada silenciosa, y desapareció.

El hombre tumbado en el sofá esperó a oír cerrarse la puerta y después preguntó:

—¿Cuánto?

—Usted no quiere comprar nada.

Se quitó el paño de la cabeza, lo arrojó a un lado y se sentó sin prisa. Puso sus mocasines hechos a medida sobre la alfombra y se pasó una mano por la frente. Parecía cansado pero no distraído. Sacó de alguna parte otro cigarrillo, lo encendió y miró el suelo a través del humo.

—Siga —dijo.

—No sé por qué se ha molestado en desplegar toda la puesta en escena para mí —dije—. Pero creo que es lo bastante inteligente como para saber que no podría comprar nada en términos definitivos.

Ballou tomó la foto que Spink había puesto junto a él en una mesa baja. Tendió una mano perezosa.

—El trozo recortado debe de ser el mejor, seguro —dijo.

Saqué el otro sobre del bolsillo y se lo tendí. Lo observé mientras encajaba los bordes recortados.

—Con una lupa se puede leer el titular —dije.

—Hay una en mi escritorio. Por favor.

Fui a buscarla.

—Está acostumbrado a que lo sirvan, ¿verdad, señor Ballou?

—Pago por el servicio. —Estudió la fotografía con la lupa y suspiró—. Creo que vi esa pelea. Deberían ocuparse más de esos muchachos.

—Como hace usted con sus clientes —dije.

Bajó la lupa y me miró con ojos fríos e impasibles.

—El tipo es el dueño de The Dancers. Se llama Steelgrave. La chica es una clienta mía, por supuesto.

Hizo un vago gesto en dirección a una silla. Me senté.

—¿Qué había pensado pedirme, señor Marlowe?

—¿A cambio de qué?

—De todas las copias y el negativo. Las pruebas.

—Diez billetes de los grandes —dije, mirándole la boca.

La boca sonrió, complacida.

—Eso necesita más explicaciones, ¿no cree? Lo único que veo son dos personas almorzando en un lugar público. No creo que resulte desastroso para la reputación de mi cliente. Supongo que era eso lo que tenía en mente.

Sonreí.

—No podrá comprar nada, señor Ballou. Pude hacer un positivo del negativo, y otro negativo del positivo. Si esa foto es una prueba de algo, nunca podría estar seguro de haberla hecho desaparecer.

—Si es usted un chantajista, no es un buen vendedor de su producto —dijo, sonriendo aún.

—Siempre me pregunto por qué la gente paga a los chantajistas. No pueden comprar nada. Y, sin embargo, les pagan, a veces una y otra y otra vez. Y al final están exactamente donde empezaron.

—El miedo al hoy —adujo— siempre supera el miedo al mañana. Que la parte es más grande que el todo es un principio básico de las emociones dramáticas. Si usted ve a una estrella del cine en gran peligro en una película, teme por ella con una parte de su mente, la parte emocional. A pesar de que su parte racional sabe que es la estrella de la película y que no le sucederá nada malo. Si el suspenso y la amenaza no derrotaran a la razón, habría muy poco drama.

—Supongo que tiene razón —dije, y di una calada.

Entrecerró un poco los ojos.

—En cuanto a poder comprar algo realmente, si yo le pagara un precio sustancioso y no consiguiera lo que he comprado, me ocuparía de usted. Le haría moler a palos. Y cuando saliera del hospital, en el caso de que se sintiera lo bastante valiente como para intentarlo, podría tratar de hacerme arrestar.

—Me ha sucedido —dije—. Soy detective privado. Sé a qué se refiere. ¿Por qué está hablando conmigo?

Se echó a reír. Era una risa profunda, agradable y espontánea.

—Soy agente, amigo. Siempre tiendo a pensar que la gente que negocia tiene algo

más de reserva. Pero no hablemos de nada que se parezca a diez billetes de los grandes, ella no los tiene. De momento solo gana uno grande a la semana. Aunque admito que pronto ganará mucho dinero.

—Esto lo interrumpiría —dije señalando la foto—. Nada de ganar mucho dinero, ni piscina con luces bajo el agua, ni visón plateado, ni su nombre en las marquesinas ni nada. Todo caería como un castillo de naipes.

Se rio con desdén.

—¿Entonces puedo enseñárselo a la policía? —pregunté.

La risa se interrumpió. Los ojos se entrecerraron. En voz baja, dijo:

—¿Por qué habría de interesarles?

Me puse de pie.

—No creo que hagamos ningún negocio, señor Ballou. Usted es un hombre ocupado. Me marcharé.

Se levantó del sofá y se desperezó, con todo su metro noventa de altura. Era un notable espécimen de hombre. Se acercó a mí. Sus ojos de color pardo como una foca tenían puntos dorados.

—Veamos quién es usted, amigo.

Tendió la mano. Dejé caer en ella mi cartera abierta. Leyó mi licencia, revisó algunas cosas más, y al fin me la devolvió.

—¿Qué pasaría si mostrara su pequeña foto a la policía?

—Antes tendría que conectarlo con algo en lo que están trabajando, algo que pasó en el hotel Van Nuys ayer por la tarde. La conexión la haría a través de la chica, que no quiere hablar conmigo, y por eso estoy hablando con usted.

—Me lo contó anoche —suspiró.

—¿Qué le contó? —pregunté.

—Que un detective privado llamado Marlowe había intentado obligarla a contratarlo, aduciendo que la habían visto en un hotel del centro inconvenientemente cerca del sitio donde se había cometido un asesinato.

—¿Cómo de cerca? —pregunté.

—No me lo dijo.

—No me lo creo.

Se apartó de mí y fue hasta una alta jarra cilíndrica que había en un rincón. De entre una numerosa colección, sacó un corto bastón de caña de malaca. Empezó a caminar arriba y abajo por la alfombra, blandiendo el bastón con habilidad y apoyándolo justo delante de su pie derecho.

Volví a sentarme, apagué el cigarrillo y suspiré.

—Solo podía suceder en Hollywood —gruñí.

Dio una vuelta súbita y me miró.

—¿Perdón?

—Que un hombre al parecer en sus cabales pueda caminar por su casa como si paseara por un parque público inglés con un bastón en la mano.

Asintió.

—Es una enfermedad que me contagió un productor de la MGM. Un tipo encantador. O al menos eso me dijeron. —Se detuvo y me señaló con el bastón—. Usted me divierte mucho, Marlowe. De veras. Es tan transparente. Está tratando de usarme para que lo ayude a cavar la salida del lío en el que se ha metido.

—Hay algo de cierto en eso. Pero el lío en el que estoy metido no es nada comparado con el lío en el que se habría metido su cliente si yo no hubiera hecho lo que me metió en mi lío.

Se quedó muy quieto durante un momento. Después arrojó el bastón a un lado y fue hacia un bar empotrado, cuyas dos puertas abrió de par en par. Sirvió algo en un par de copas panzonas. Me alargó una. Después volvió a recoger la suya. Se sentó en el sofá.

—Armagnac —dijo—. Si me conociera, apreciaría el cumplido. Es muy escaso. Los alemanes se lo bebieron casi todo. Nuestros soldados se acabaron lo que quedaba. A su salud.

Levantó la copa, la olió y bebió un sorbo. Yo vacié la mía de un trago. Tenía el sabor del buen *brandy* francés. Ballou pareció escandalizado.

—Por Dios, esto se saborea, no se traga.

—Yo lo trago —dije—. Perdón. Ella también le dijo que si alguien no me cerraba el pico, ella tendría muchos problemas.

Asintió.

—¿Le sugirió algún modo de cerrarme el pico?

—Tuve la impresión de que se inclinaba por el uso de algún tipo de instrumento cortante. Así que probé con una mezcla de amenaza y soborno. Tenemos una organización en la calle especializada en la protección de gente del cine. Al parecer no lo asustaron, y el soborno no fue suficiente.

—Me asustaron, y mucho —reconocí—. Faltó poco para que les vaciara una Luger encima. Ese drogadicto con la 45 hace un papel terrorífico. En cuanto a que el dinero no fuera suficiente, todo es cuestión de cómo se me ofrezca.

Saboreó un sorbo más de Armagnac. Señaló la fotografía que tenía delante con los dos pedazos en su lugar.

—Habíamos llegado al punto en que usted le llevaba esto a la policía. ¿Y después?

—No creo que hayamos llegado tan lejos. Nos habíamos quedado en el motivo por el que ella le transmitió este problema a usted y no a su novio. Él llegaba justamente cuando yo me iba. Tiene su propia llave.

—Al parecer ella no le contó nada. —Fruunció el entrecejo y miró el Armagnac.

—Eso me gusta —dije—. Me gustaría mucho más si el tipo no tuviera la llave de su casa.

Alzó los ojos con un gesto triste.

—A mí también. Todos lo preferiríamos así. Pero el negocio del espectáculo

siempre ha sido de este modo... cualquier tipo de negocio del espectáculo. Si esta gente no tuviera vidas intensas e incluso desordenadas, si sus emociones no tuvieran demasiado peso... bueno, no podrían capturar al vuelo esas mismas emociones e imprimirlas en el celuloide o proyectarlas por encima de las candilejas.

—No me refiero a su vida amorosa —dije—. No tendría que juntarse con un pistolero.

—No existen pruebas de eso, Marlowe.

Le señalé la fotografía.

—El hombre que consiguió la exclusiva ha desaparecido y no se lo puede encontrar. Probablemente está muerto. Otros dos hombres que vivían en el mismo edificio están muertos. Uno de ellos intentó negociar con las fotos antes de que lo mataran. Ella fue en persona al hotel a hacer el pago. También quien lo mató fue en persona. Pero ni ella ni el asesino consiguieron lo que buscaban. No supieron dónde buscarlo.

—¿Y usted sí?

—Tuve suerte. Lo había visto sin peluquín. Pero nada de esto es lo que yo llamaría pruebas concluyentes. Podría echarlas abajo. ¿Por qué molestarse? Han matado a dos hombres, quizá a tres. Ella corrió un tremendo riesgo. ¿Por qué? Quería esa foto. Conseguirla compensaba el tremendo riesgo. Una vez más, ¿por qué? En la foto no hay más que dos personas comiendo un día cualquiera. El día que mataron a tiros a Moe Stein en Franklin Avenue. El día en que un personaje llamado Steelgrave estuvo preso porque la policía recibió la información de que él y un pistolero de Cleveland llamado Weepy Moyer eran la misma persona. Esto es lo que dice el *dossier*. Pero la foto dice que no estaba en la cárcel. Y al decirlo respecto a ese día en especial, dice quién es él. Y ella lo sabe. Y él todavía tiene la llave de su puerta.

Hice una pausa y nos miramos a los ojos un momento. Proseguí:

—En realidad, usted no quiere que la foto acabe en manos de la policía, ¿no? Gane, pierda o empate, será el fin de la carrera de la chica. Y cuando todo termine, no tendrá importancia si Steelgrave era Moyer o si Moyer mató a Stein o lo mandó matar o simplemente si salió de la cárcel un día después. Si él se sale con la suya, siempre habrá gente suficiente pensando que todo estuvo amañado. Ella no podrá seguir adelante. A ojos del público, será la chica de un gángster. Y en lo que a su negocio se refiere, estará definitiva y completamente acabada.

Ballou guardó silencio un momento, mirándome sin expresión.

—¿Y dónde estuvo usted durante todo ese tiempo? —preguntó con voz suave.

—Eso depende en buena medida de usted, señor Ballou.

—¿Qué quiere en realidad? —Su voz era fría y amarga.

—Lo que le pedí a ella y no quiso darme. Algo que me dé cierto derecho a actuar en defensa de sus intereses, hasta el punto en que decida que no puedo ir más lejos.

—¿Destruyendo pruebas? —preguntó.

—Si es que existen de verdad esas pruebas. La policía no podría averiguarlo sin

echar a perder la reputación de la señorita Weld. Quizá yo pueda. Ellos no se molestarían en intentarlo; no les importa. A mí sí.

—¿Por qué?

—Digamos que me gano la vida así. Podría tener otros motivos, pero con este basta.

—¿Cuál es su precio?

—Usted ya intentó pagarlo anoche. Entonces no quise cogerlo. Lo haré ahora. Junto con una carta firmada contratando mis servicios para investigar un intento de chantaje a uno de sus clientes.

Me levanté con la copa vacía y la deposité sobre el escritorio. Al inclinarme oí un suave rumor. Di la vuelta al escritorio y abrí un cajón. Apareció una grabadora encendida, con la cinta pasando lentamente de un carrete a otro. Miré a Ballou.

—Puede apagarla y llevarse la cinta —dijo—. No puede culparme por usarla.

Pulsé la tecla que rebobinaba y la cinta comenzó a ir hacia atrás, cada vez más rápido, hasta que no se veía. Las voces sonaban muy agudas, como un par de maricas peleándose por un trozo de seda. La cinta se soltó al fin y la máquina se detuvo. Saqué el carrete y lo guardé en el bolsillo.

—Podría tener otra grabadora —dije—. Tendré que correr ese riesgo.

—Está usted bastante seguro de sí mismo, ¿eh, Marlowe?

—Ojalá lo estuviera.

—Apriete ese botón en el borde del escritorio, por favor.

Lo apreté. La puerta de cristal oscuro se abrió y entró una chica morena con un bloc de estenografía.

Sin mirarla, Ballou empezó a dictar.

—Carta al señor Philip Marlowe, con su dirección. Estimado señor Marlowe: Esta agencia lo emplea a partir de este momento para investigar un intento de extorsión a uno de sus clientes, cuyos detalles se le han dado verbalmente. Sus honorarios serán de cien dólares diarios con un anticipo de quinientos dólares, de los cuales firma recibo en la copia de esta carta. Bla, bla, bla. Eso es todo, Eileen. De inmediato, por favor.

Le di mi dirección y la chica salió.

Saqué el carrete con la cinta de mi bolsillo y volví a ponerlo en el cajón.

Ballou cruzó las piernas y movió arriba y abajo la punta brillante de su zapato mirando el cajón. Se pasó la mano por el cabello ondulado.

—Un día de estos —dijo— cometeré el error más temido en mi profesión, más que cualquier otro. Haré negocios con un hombre en el que pueda confiar, y seré tan condenadamente listo como para confiar en él. Será mejor que guarde esto. —Me tendió los dos trozos de la fotografía.

Cinco minutos después me estaba yendo. Las puertas acristaladas se abrieron cuando llegué a un metro de ellas. Pasé frente a las dos secretarias y frente a la puerta abierta de la oficina de Spink. No se oía ningún sonido dentro, pero olí su cigarro. En

la recepción parecía que hubiera sentada exactamente la misma cantidad de gente en los sillones de chintz. La señorita Helen Grady me dirigió su sonrisa de sábado por la noche. La señorita Vane me miraba radiante.

Yo había estado cuarenta minutos con el jefe. Eso me volvía tan atractivo como un anuncio de pedicuro.

El policía del estudio, dentro de su burbuja de vidrio, colgó el teléfono y garrapateó algo en un bloc. Arrancó la hoja y me la entregó por la ranura de escasos milímetros en el vidrio. Su voz, que provenía del dispositivo para hablar que tenía el panel transparente, sonaba con un eco metálico.

—Recto hasta el final del corredor —dijo—, verá una fuente en medio del patio. George Wilson lo recogerá allí.

—Gracias —dije—. ¿Este vidrio es a prueba de balas?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Me intrigaba —respondí—. Nunca he sabido de nadie que llegara al estrellato a tiros.

Detrás de mí alguien se rio. Me volví y vi a una chica en pantalones, con un clavel tras la oreja. Estaba sonriendo.

—Ay, hermano, si bastara con una pistola.

Me dirigí hacia una puerta verde oliva que no tenía picaporte. Hizo un sonido y cuando la empujé se abrió. A continuación se abrió un pasillo del mismo color que la puerta con paredes desnudas y una puerta al fondo. Una trampa para ratones. Si uno se metiera aquí y algo anduviera mal, no sería difícil detenerlo. La segunda puerta hizo el mismo sonido y la abrí. Me pregunté cómo había sabido el guarda que había llegado. Así que alcé la vista y encontré sus ojos mirándome por un espejo inclinado. Cuando empecé a cruzar el espejo se oscureció. Habían pensado en todo.

Afuera, en el cálido mediodía, unos girasoles estallaban en un pequeño patio con senderos embaldosados, una fuente en el centro y un banco de mármol. Un hombre mayor vestido con gran elegancia se encontraba ocioso en el banco, mirando a tres bóxeres de color tostado que escarbaban entre las begonias. En su rostro había una expresión de intensa y plácida satisfacción. No me miró cuando entré. Uno de los bóxeres, el más grande, se acercó a él y meó junto al banco, cerca de la pierna del hombre. Él se inclinó y palmeó la cabeza del animal.

—¿Usted es el señor Wilson? —pregunté.

Me miró distraído. El bóxer de tamaño mediano se acercó al trote, olió el pis que había dejado el otro y meó a su vez.

—¿Wilson? —Tenía una voz perezosa, ligeramente pastosa—. No, no. No me llamo Wilson. ¿Debería?

—Perdón.

Me incliné sobre la fuente y me mojé la cara. Mientras me la secaba con un pañuelo, el perro más pequeño hizo su deber en el banco de mármol.

El hombre cuyo nombre no era Wilson dijo amorosamente:

—Siempre lo hace exactamente en el mismo orden. Me tiene fascinado.

—¿Hacen qué? —pregunté.

—Mear —dijo—. Al parecer, es cuestión de edad. Muy ordenados. Primero Maisie. Es la madre. Después Mac. Un año mayor que Jock, el benjamín. Siempre lo mismo. Incluso en mi oficina.

—¿En su oficina? —repetí, y nadie pareció más estúpido que yo mientras lo hacía.

Enarcó las cejas blanquecinas, se sacó de la boca un cigarro, le mordió el extremo y lo escupió en la fuente.

—Eso no les hará mucho bien a los peces —dije.

Me dirigió una mirada altiva.

—Crío perros. Al diablo con los peces.

Pensé que simplemente era el estilo de Hollywood. Encendí un cigarrillo y me senté en el banco.

—En su oficina —repetí otra vez—. Bueno, cada día se aprende algo nuevo, ¿no?

—Contra la pata del escritorio. Lo hacen todo el tiempo. Mis secretarias se vuelven locas. Embebe las alfombras, dicen. ¿Qué está pasando con las mujeres hoy en día? A mí no me molesta. Por el contrario, me gusta. Uno se encariña con los perros, incluso le gusta verlos mear.

Uno de los perros había arrancado una begonia y fue a depositarla a sus pies. El hombre la cogió y la arrojó a la fuente.

—Supongo que a los jardineros les molesta —observó mientras volvía a sentarse—. En fin, si no les gusta, siempre pueden... —Se interrumpió abruptamente y observó a una chica en pantalones amarillos que daba un rodeo deliberado para atravesar el patio. Ella lo miró de reojo y se alejó haciendo música con las caderas.

—¿Sabe cuál es el problema de este negocio? —me preguntó.

—Nadie lo sabe.

—Demasiado sexo —dijo—. Está bien en su momento y lugar. Pero nosotros tenemos camiones cargados. Es una marea. Nos llega al cuello. Llega a ser algo anodino. —Se puso de pie—. También tenemos exceso de moscas. Encantado de haberlo conocido, señor...

—Marlowe —dije—. Me temo que usted no me conoce.

—No conozco a nadie —dijo—. Estoy perdiendo la memoria. Me presentan demasiada gente. Me llamo Oppenheimer.

—¿Jules Oppenheimer?

—Exacto —corroboró—. Tome un cigarro. —Me tendió uno. Le mostré mi cigarrillo. Arrojó el cigarro a la fuente, y después frunció el entrecejo—. Estoy perdiendo la memoria —dijo con tristeza—. He echado a perder cincuenta centavos. No debería.

—Usted dirige este estudio —dije.

Asintió distraído.

—Debería haber ahorrado ese cigarro. Ahorre cincuenta centavos y ¿qué obtendrá?

—Cincuenta centavos —dije, preguntándome de qué diablos hablaba.

—No en este negocio. Ahorre cincuenta centavos en este negocio y tendrá cinco dólares en gastos de contabilidad. —Hizo un gesto a los tres bóxeres. Estos dejaron de desenterrar algo y lo miraron—. Dirijo la parte financiera —dijo—. Eso es fácil. Vamos niños, de vuelta al burdel. —Suspiró—. Mil quinientos teatros —agregó.

Yo debía de tener mi expresión estúpida otra vez. El viejo señaló el patio con un gesto.

—Mil quinientos teatros, eso es todo lo que se necesita. Es mucho más fácil que criar bóxeres de pura raza. El negocio del cine es el único del mundo en el que se pueden cometer todos los errores y aun así ganar dinero.

—Debe de ser el único en el mundo donde se pueden tener tres perros que se meen en la oficina.

—Hay que tener mil quinientos teatros.

—Eso complica un poco el comienzo —dije.

Pareció complacido.

—Sí. Esa es la parte difícil. —Miró al otro lado del césped bien recortado, a un edificio de cuatro pisos que conformaba uno de los lados del cuadrado abierto—. Todas esas oficinas de allí —dijo—. Nunca voy. Siempre las están redecorando. Me enferma ver las cosas que algunos de esos tipos ponen en su despacho. El talento más caro del mundo. Les damos todo lo que quieren, todo el dinero que pueden querer. ¿Por qué? Por ningún motivo en absoluto. Por simple costumbre. No importa nada qué hacen o cómo lo hacen. Lo único que se necesita son mil quinientos teatros.

—Supongo que no querrá que citen sus palabras, ¿verdad, señor Oppenheimer?

—¿Es usted periodista?

—No.

—Qué lástima. Aunque solo fuera por el ruido que haría, me gustaría que alguien presentara este hecho elemental de la vida en los diarios. —Hizo una pausa y resopló—. Nadie lo publicaría. Tienen miedo. ¡Vamos, niños!

El más grande, Maisie, se acercó y se puso a su lado. El mediano se entretuvo arruinando otra begonia y después trotó detrás de Maisie. El pequeño, Jock, se puso en la fila, pero de pronto, presa de un arranque, levantó una pata trasera sobre la penera de Oppenheimer. Maisie lo apartó.

—¿Lo ha visto? —exclamó Oppenheimer radiante de felicidad—. Jock ha intentado saltarse su turno. Maisie no se lo ha permitido.

Se inclinó y palmeó la cabeza de Maisie, que lo miró con adoración.

—Los ojos de tu perro —murmuró Oppenheimer—. La cosa más inolvidable del mundo.

Se marchó por el sendero de baldosas hacia el edificio de los ejecutivos, con los tres bóxeres trotando en orden a su alrededor.

—¿Señor Marlowe?

Me volví y encontré un hombre alto, de cabello claro y nariz descomunal, que se

me había acercado en silencio.

—Soy George Wilson. Encantado. Veo que conoce al señor Oppenheimer.

—He estado charlando con él. Me ha contado cómo manejarse en el negocio del cine. Al parecer basta con tener mil quinientos teatros.

—Llevo cinco años aquí, y nunca he hablado con él.

—Será que no le han meado encima los perros adecuados.

—Es posible que tenga razón. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Marlowe?

—Quiero ver a Mavis Weld.

—Está en el plató. Están filmando una película.

—¿Podría verla en el plató un minuto?

Vaciló.

—¿Qué clase de pase le han dado?

—Un pase normal, supongo.

Se lo tendí. Lo estudió con atención.

—Lo manda Ballou. Es el agente de ella. Creo que podremos arreglárnoslas. Estudio 12. ¿Quiere que vayamos ahora?

—Si tiene tiempo.

—Me encargo de las relaciones públicas de la unidad. Para eso está mi tiempo.

Caminamos por un sendero hacia el agujero entre dos edificios. Una calle de asfalto que se internaba entre ellos hacia el terreno del fondo y los estudios.

—¿Trabaja usted en la oficina de Ballou? —preguntó.

—Vengo de allí.

—He oído que es toda una organización. He pensado que podría probar ese ramo. Aquí no gano más que disgustos.

Pasamos frente a un par de policías de uniforme y luego doblamos por un estrecho sendero entre dos estudios. Una señal roja se agitaba en medio del sendero, una luz roja estaba encendida sobre una puerta con el número 12, y encima de la luz roja una campanilla sonaba sin parar. Wilson se detuvo ante la puerta. Otro policía, en una silla que había inclinado hacia atrás contra la pared, lo saludó moviendo la cabeza y me miró con esa expresión gris y muerta que les crece en la cara como el musgo en una fuente.

La campanilla y la señal cesaron, y la luz roja se apagó. Wilson abrió una puerta pesada y entré tras él. Dentro había otra puerta. Una vez cruzada, con los ojos acostumbrados al sol de afuera, parecía que entrásemos en las tinieblas. Vi una concentración de luces en el rincón más alejado. El resto del enorme estudio parecía vacío.

Nos dirigimos hacia las luces. A medida que nos acercábamos, aumentaba el número de gruesos cables negros que inundaban el suelo. Había hileras de sillas plegables y un racimo de vestuarios portátiles con nombres en las puertas. Estábamos detrás del decorado, y solo vi reversos de madera y a cada lado una gran pantalla. Un par de proyectores de imágenes de fondo sonaban a un lado. Una voz gritó:

—¡Acción!

Entonces repicó una campana. Las dos pantallas se llenaron de olas rompiendo. Otra voz más calmada dijo:

—Estén atentos a su posición, por favor, porque podríamos tener que añadir algo a la escena. Está bien, acción.

Wilson se paró en seco y me tocó el brazo. Las voces de los actores surgieron de la nada, ni muy fuertes ni muy claras, como un leve murmullo carente de significado.

Una de las pantallas se oscureció de pronto. La voz tranquila, sin cambiar de tono, dijo:

—Corten.

Volvió a sonar la campanilla y se oyó el ruido del movimiento general. Wilson y yo nos aproximamos. Me susurró al oído:

—Si Ned Gammon no consigue la toma antes del almuerzo, le explotará en la cara a Torrance.

—Vaya. ¿Torrance sale en esta?

Dick Torrance era una estrella de segundo orden, de esa clase de actor de Hollywood, nada infrecuente, al que nadie quiere en realidad pero al que mucha gente recurre al fin por falta de algo mejor.

—¿Te molestaría volver a interpretar la escena, Dick? —preguntó la voz tranquila, en el momento en que dábamos la vuelta y veíamos de qué se trataba: la cubierta de un yate de recreo, cerca de la popa.

Había dos chicas y tres hombres. Uno de los hombres era de mediana edad, vestía ropa deportiva y estaba sentado en una silla en la cubierta. Otro iba de blanco, era pelirrojo y parecía el capitán del barco. El tercero era un marino aficionado, con una vistosa gorra, una chaqueta azul con botones dorados, zapatos y pantalones blancos y un encanto arrogante. Era Torrance. Una de las chicas era una belleza morena que había sido más joven: Susan Crawley. La otra era Mavis Weld. Llevaba un traje de baño blanco y húmedo, y resultaba evidente que acababa de subir a bordo. Un maquillador la salpicaba en la cara, en los brazos y en las puntas del cabello rubio.

Torrance no había respondido. Se volvió de pronto y miró hacia la cámara.

—¿Crees que no sé mi papel?

Un hombre de cabello gris vestido del mismo color se acercó al círculo de luz. Tenía fuego en los ojos negros, pero su voz no traslucía enfado.

—Eso o lo cambias a propósito —dijo, clavándole la mirada a Torrance.

—Es posible que no esté acostumbrado a actuar frente a un proyector de fondo que tiene la costumbre de quedarse sin película en medio de una toma.

—Es una queja justa —dijo Ned Gammon—. El problema es que solo tiene doscientos doce pies de película, y es culpa mía. Si pudieras interpretar la escena un poco más rápido...

—Vaya —resopló Torrance—. Soy yo quien tiene que actuar un poco más rápido... Quizá podría convencer a la señorita Weld de que suba al yate en algo

menos de tiempo del que se tardó en construirlo.

Mavis Weld le dirigió una mirada rápida y despectiva.

—El ritmo de Weld es perfecto —dijo Gammon—. Y su actuación también es perfecta.

Susan Crawley se encogió de hombros con elegancia.

—Tengo la impresión de que podría apresurarse un poco, Ned. Está bien así, pero podría hacerlo mejor.

—Si lo hiciera mejor, querida —le dijo Mavis Weld impertérrita—, alguien podría pensar que soy una actriz. Y tú no quieres que pase una cosa así en tu película, ¿no?

Torrance rompió a reír. Susan Crawley se volvió y lo fulminó con la mirada.

—¿Dónde está la gracia, Señor Trece?

El rostro de Torrance se transformó en una máscara de hielo.

—¿Señor qué? —siseó.

—Cielo santo, no me digas que no lo sabías —se sorprendió exageradamente Susan Crawley—. Te apodan Señor Trece porque cuando te llaman para un papel quiere decir que lo han rechazado otros doce antes.

—Entiendo —dijo Torrance con frialdad, y después se echó a reír otra vez. Se volvió hacia Ned Gammon—. De acuerdo, Ned. Ahora ya nos hemos sacado todos la rata envenenada de dentro y quizá podamos interpretar la escena como tú quieres.

Ned Gammon asintió.

—No hay nada como un pequeño intercambio de maldades para rebajar la tensión. Bien, allá vamos.

Volvió detrás de la cámara. El asistente gritó la orden de rodar y la toma se realizó sin ningún tropiezo.

—Corten —dijo Gammon—. Imprime la última. Pausa para almorzar.

Los actores bajaron por una pequeña escalera de madera y al pasar saludaron a Wilson. Mavis Weld fue la última, pues se había tomado el tiempo de ponerse un albornoz y un par de sandalias de playa. Se detuvo en seco al verme. Wilson se adelantó.

—Hola, George —dijo ella, sin dejar de mirarme—. ¿Necesitas algo?

—El señor Marlowe querría hablar un momento contigo, ¿de acuerdo?

—¿El señor Marlowe?

Wilson me dirigió una rápida mirada escrutadora.

—De la oficina de Ballou. Pensaba que lo conocías.

—Es posible que lo haya visto. —Seguía clavándome los ojos—. ¿De qué se trata?

No contesté.

Al cabo de un largo momento ella habló:

—Gracias, George. Será mejor que venga a mi camerino, señor Marlowe.

Se dio la vuelta y se dirigió al otro lado del estudio. Contra la pared habían

armado un vestidor verde y blanco. En la puerta figuraba su nombre. Allí se detuvo y miró con cautela alrededor. Después fijó en mí sus hermosos ojos azules.

—¿Qué quiere, señor Marlowe?

—¿Me recuerda?

—Creo que sí.

—¿Seguimos dónde lo dejamos o empezamos de nuevo?

—Alguien lo ha dejado entrar aquí. ¿Quién? ¿Por qué? Eso requiere una explicación.

—Estoy trabajando para usted. Me han pagado un anticipo, y Ballou tiene el recibo.

—Qué precavido. ¿Y si yo no quiero que trabaje para mí, sea cual fuere su trabajo?

—De acuerdo, como quiera —dije.

Saqué la fotografía tomada en The Dancers del bolsillo y se la tendí. Me miró un momento a los ojos antes de bajar la vista. Miró la instantánea de ella y Steelgrave en el reservado. La miró gravemente, sin moverse. Después, con mucha lentitud, alzó una mano y se colocó el cabello húmedo que le caía a los lados de la cara. Imperceptiblemente, se estremeció. Estiró una mano y cogió la fotografía. La examinó. Volvió a levantar la vista despacio, muy despacio.

—¿Y bien? —preguntó.

—Tengo el negativo y otras copias. Lo tendría usted, si hubiera tenido más tiempo para buscar. O si él hubiera seguido vivo y se las hubiera vendido.

—Tengo un poco de frío —dijo—. Y tengo que almorzar.

Me devolvió la fotografía.

—Tiene frío y tiene que almorzar —comenté.

Me pareció que una vena le latía en el cuello. Pero la luz no era tan buena como para distinguir los detalles. Esbozó una sonrisa. El toque aristocrático aburrido.

—Se me escapa el significado de todo esto —dijo.

—Pasa demasiado tiempo en yates. Supongo que se refiere a que si yo la conozco a usted y conozco a Steelgrave, entonces, ¿qué tiene esta foto que hace que todos quieran pagar su peso en diamantes?

—De acuerdo, ¿qué?

—No lo sé —contesté—. Pero si hace falta descubrirlo para sacarla a usted de ese papel de duquesa, lo haré. Y mientras tanto usted sigue teniendo frío y sigue sin almorzar.

—Y usted ha esperado demasiado —susurró—. No tiene nada que vender. Salvo quizá su propia vida.

—Eso lo vendería barato. Por amor a un par de gafas de sol y un sombrero azul y un chichón en la cabeza a causa del tacón de una sandalia.

Torció la boca como si estuviera a punto de reírse. Pero sus ojos no se reían.

—Por no hablar de tres bofetadas en la cara —dijo—. Adiós, señor Marlowe. Ha

llegado demasiado tarde. Muy muy tarde.

—¿Para mí... o para usted?

Abrió la puerta de su camerino.

—Creo que para los dos.

Entró rápidamente, dejando la puerta abierta.

—Entre y cierre la puerta —dijo su voz desde dentro.

Entré y cerré la puerta. No era el lujoso camerino de una estrella. Era estrictamente práctico. Contenía un sofá viejo, una silla, una mesa de tocador con espejo y dos luces, una silla de respaldo recto frente a él y una bandeja donde habían servido café.

Mavis Weld enchufó un secador eléctrico. Después se frotó el pelo con una toalla. Me senté en el sofá y esperé.

—Deme un cigarrillo. —Arrojó la toalla a un lado. Sus ojos estuvieron cerca de mi cara mientras le encendía el cigarrillo—. ¿Qué le ha parecido la escenita que hemos representado en el yate?

—Pérfida.

—Todos somos pérfidos. Algunos sonríen más que otros, eso es todo. El negocio del espectáculo. Tiene algo vulgar. Siempre ha sido así. Hubo una época en que los actores entraban por la puerta de servicio. La mayoría debería seguir haciéndolo. Gran tensión, gran urgencia, gran odio, y todo sale a la superficie en esas sucias escenitas. No significan nada.

—Maullidos —dije.

Se inclinó y me pasó la punta del índice por la mejilla. Me quemó como un hierro al rojo.

—¿Cuánto gana, Marlowe?

—Cuarenta al día más gastos. Eso es lo que pido. Acepto veinticinco. He llegado a aceptar menos. —Dije, pensando en los viejos veinte dólares de Orfamay.

Volvió a pasarme el dedo por la mejilla, pero no la abracé con pasión. Se apartó y se sentó en la silla del tocador, ajustándose la bata. El secador eléctrico estaba calentando el cuarto.

—Veinticinco al día —repitió asombrada.

—Pequeños y solitarios dólares.

—¿Están muy solos?

—Solos como faros.

Cruzó las piernas y el resplandor pálido de su piel pareció llenar el camerino.

—Hágame preguntas —dijo, sin intentar siquiera cubrirse los muslos.

—¿Quién es Steelgrave?

—Un hombre al que conozco desde hace años. Y me gusta. Tiene propiedades. Un restaurante o dos. De dónde viene... eso no lo sé.

—Pero a él lo conoce muy bien.

—¿Por qué no me pregunta si me acuesto con él?

—No hago esa clase de preguntas.

Se rio y sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—La señorita Gonzales se lo contaría con gusto. Es morena y hermosa y apasionada. Y muy muy complaciente.

—Y tan exclusiva como un buzón —añadí—. Al diablo con ella. Respecto a Steelgrave... ¿ha estado alguna vez en problemas?

—¿Quién no?

—Con la policía.

Agrandó los ojos con un gesto demasiado inocente. Su risa fue un poco demasiado cantarina.

—No sea ridículo. El hombre tiene un par de millones de dólares.

—¿Cómo los consiguió?

—¿Cómo voy a saberlo?

—De acuerdo. Usted no. El cigarrillo le quemará los dedos.

Me incliné hacia ella y le saqué la colilla de la mano. Tenía la mano abierta con el dorso apoyado encima de la pierna. Le toqué la palma con la punta del dedo. Apartó la mano y la cerró en un puño.

—No haga eso —dijo con dureza.

—¿Por qué? Solía hacérselo a las chicas cuando era joven.

—Lo sé. —Respiraba con cierta agitación—. Me hace sentir muy joven e inocente y traviesa. Y estoy lejos de ser joven e inocente ya.

—Entonces en realidad no sabe nada de Steelgrave.

—Preferiría que hubiera decidido usted de antemano si me va a someter a un interrogatorio o me va a seducir.

—No es cuestión de tomar decisiones racionales.

Tras un silencio, dijo:

—De veras tengo que comer algo, Marlowe. Trabajaré toda la tarde. Y usted no querrá que me desmaye en medio de una toma, ¿no?

—Solo las estrellas lo hacen. —Me levanté—. De acuerdo, me iré. No olvide que trabajo para usted. No lo haría si creyera que ha matado a alguien. Pero usted estuvo allí. Corrió un gran riesgo. Había algo que quería con mucha intensidad.

Sacó la fotografía de alguna parte y la miró, mordiéndose el labio. Alzó la vista sin mover la cabeza.

—No podría ser esto.

—Era esto lo que estaba tan bien escondido que no lo encontré. Pero ¿de qué sirve? Usted y un hombre llamado Steelgrave en un reservado en The Dancers. ¿Qué más da?

—Nada en absoluto —dijo.

—Entonces tiene que ser algo sobre Steelgrave... o algo sobre la fecha.

Sus ojos volvieron a la fotografía enseguida.

—No hay nada que indique la fecha —dijo de inmediato—. Aunque la fecha

tuviera alguna importancia. A no ser que el trozo cortado...

—Aquí lo tiene. —Le pasé el trozo que faltaba—. Pero necesitará una lupa. Muéstreselo a Steelgrave. Pregúntele si significa algo. O pregúnteselo a Ballou.

Fui hacia la puerta del camerino.

—No intente engañarse pensando que la fecha no puede determinarse —dije por encima del hombro—. Steelgrave no lo hará.

—Está construyendo un castillo de arena, Marlowe.

—¿Eso cree? —La miré sin sonreír—. ¿De veras cree eso? Vamos, seguro que no. Usted estaba ahí. El hombre fue asesinado. Usted tenía una pistola. Él era un conocido pistolero. Y yo encontré algo que a la policía le encantaría saber que les he ocultado. Porque está tan lleno de importancia como el océano está lleno de sal. Mientras la policía no se entere, conservaré mi licencia. Y mientras otra gente no se entere, no tendré un picahielos clavado en el cuello. ¿Diría que estoy en una profesión bien pagada?

Se quedó donde estaba, mirándome, con una mano en la rodilla, apretándola, y la otra moviéndose sin cesar, dedo a dedo, en el brazo de la silla.

Lo único que tenía que hacer era girar el picaporte y marcharme. No sé por qué me resultaba tan difícil.

En el pasillo situado enfrente de mi oficina reinaba el bullicio de costumbre. Cuando abrí la puerta y entré en el silencio mohoso de la pequeña sala de espera tuve la sensación habitual de haber caído en un pozo que se había secado veinte años atrás y al que nadie volvería a asomarse. El olor a polvo flotaba en el aire, tan neutro y aburrido como una entrevista a un futbolista.

Abrí la puerta al despacho y me llegó el mismo aire muerto, y vi el mismo polvo sobre las paredes, la misma promesa quebrada de una vida fácil. Abrí las ventanas y encendí la radio. Estaba demasiado fuerte, y cuando bajé el volumen sonó el teléfono, como si hubiera estado sonando desde hacía un rato. Saqué el sombrero de encima del aparato y descolgué.

Ya era hora de que volviera a saber de ella. Su fría voz compacta dijo:

—Esta vez va en serio.

—Adelante.

—Antes le mentí. Ahora no. De veras he tenido noticias de Orrin.

—Adelante.

—No me cree. Me doy cuenta por su voz.

—No puede darse cuenta de nada por mi voz. Soy un detective. ¿Qué clase de noticias tuvo?

—Me ha llamado por teléfono desde Bay City.

—Espere un minuto. —Dejé el auricular sobre el vade manchado y encendí la pipa. Sin prisa. Los mentirosos siempre son pacientes. Volví a llevarme el auricular a la oreja—. Ya hemos hecho esta comedia antes. Para tener la edad que tiene, es usted muy olvidadiza. No creo que al doctor Zugsmith le guste.

—Por favor, no se ría de mí. Esto es muy serio. Recibió mi carta. Fue a la oficina de correos y pidió su correspondencia. Sabía dónde estoy hospedada. Y la fecha en que estaría aquí. Así consiguió mi número. Se hospeda en casa de un médico al que conoció allí. Está trabajando para él. Creo que ya le dije que estudió dos años medicina.

—¿Ese médico tiene nombre?

—Sí. Un nombre raro. Doctor Vincent Lagardie.

—Espere un minuto. Están llamando a la puerta.

Dejé el auricular con mucho cuidado. Podía ser frágil. Podía estar hecho de cristal soplado. Saqué un pañuelo y me sequé la palma de la mano con la que lo había estado sosteniendo. Me puse de pie y fui al armario empotrado a mirarme la cara en el espejo. Era yo. Parecía cansado. Había estado viviendo demasiado rápido.

El doctor Vincent Lagardie, Wyoming Street, número 965. Enfrente de The Garland Home of Peace. Una casa de madera en la esquina. Tranquilo. Un barrio bonito. Amigo del extinto Clausen. Quizá. No según él. Pero quizá.

Volví al teléfono y me aclaré la garganta.

—¿Cómo se deletrea el nombre? —pregunté.

Lo deletreó con facilidad y precisión.

—Entonces no hay nada que hacer, ¿no? —dije—. Todo está solucionado, todo en orden, o como se diga en Manhattan, Kansas.

—Deje de burlarse de mí. Orrin tiene muchos problemas. Hay unos... —Su voz tembló un poco y su aliento se agitó— unos gánsteres tras él.

—No sea tonta, Orfamay. No hay gánsteres en Bay City. Todos trabajan en el cine. ¿Cuál es el número de teléfono del doctor Lagardie?

Me lo dio. Coincidía. No diré que las piezas empezaran a encajar, pero al menos empezaban a parecer piezas del mismo rompecabezas. Que es todo lo que pido o consigo.

—Por favor, vaya allí e intente ayudarlo. Tiene miedo a salir de la casa. Al fin y al cabo, le pagué.

—Se lo devolví.

—Bueno, se lo ofrecí otra vez.

—Me ofreció, más o menos, otras cosas que son más de lo que querría aceptar.

Hubo un silencio.

—Está bien —dije—. Está bien. Lo haré, si sigo en libertad el tiempo suficiente. Yo también tengo muchos problemas.

—¿Por qué?

—Por decir mentiras y no decir la verdad. Siempre me sale mal. No tengo tanta suerte como otros.

—Pero no le miento, Philip. No le miento. Estoy preocupadísima.

—Tome aire y demuéstreme que está preocupadísima.

—Podrían matar a Orrin —dijo en voz baja.

—¿Y qué hace el doctor Lagardie mientras tanto?

—Él no sabe nada, por supuesto. Por favor, le ruego que vaya allí de inmediato. Tengo la dirección. Solo un momento.

Y entonces sonó la campanita, la que suena en el extremo del pasillo, no muy fuerte, pero conviene escucharla. No importa qué otros ruidos haya, conviene escuchar la campanita.

—Estará en la guía —dije—. Y da la casualidad de que tengo una guía telefónica de Bay City. Llámeme a eso de las cuatro. O a las cinco. Mejor a las cinco.

Colgué de inmediato. Me puse de pie y apagué la radio, sin haber escuchado una palabra. Volví a cerrar las ventanas. Abrí el cajón de mi escritorio, saqué la Luger y me la coloqué en la axila. Me puse el sombrero. Antes de salir volví a mirarme en el espejo.

Tenía cara de haber tomado la decisión de arrojarme por un precipicio.

En The Garland Home of Peace se estaba acabando un funeral. Un gran coche fúnebre gris esperaba en la puerta lateral. A ambos lados de la calle había aparcados muchos coches, y tres sedanes negros en hilera en el lado de la casa del doctor Vincent Lagardie. La gente empezaba a salir con paso lento de la capilla fúnebre y se metía en los coches. Me detuve a cierta distancia y esperé. Los coches no se movieron. Al cabo de un rato salieron tres personas con una mujer con velo, toda vestida de negro. La llevaron casi auestas hasta una gran limusina. El jefe de la funeraria se afanaba a su alrededor con elegantes gestos y movimientos tan gráciles como un final de Chopin. Su cara gris de circunstancias era tan larga que podría haberse usado de bufanda.

Los portadores del féretro de la familia lo cargaron hasta la puerta lateral, donde los profesionales los aliviaron del peso y lo metieron en la parte trasera del coche con tanta facilidad como si fuera un plato de bollos. Una montaña de flores empezó a crecer sobre el féretro. Las puertas de cristal se cerraron y los motores se encendieron en toda la calle.

Poco después no quedaba nada, salvo un sedán estacionado algo más lejos y el jefe de la funeraria, que olía un rosal de camino a la casa, a contar las ganancias. Con una radiante sonrisa se perdió bajo la arcada colonial, y el mundo volvió a quedar quieto y vacío. El sedán que había quedado seguía sin moverse. Lo pasé de largo, di media vuelta y paré detrás. El chófer iba vestido de sarga azul y usaba una gorra blanda con visera brillante. Estaba haciendo un crucigrama de un diario de la mañana. Me puse unas gafas de sol y me dirigí a la casa del doctor Lagardie. El hombre no alzó la vista. Cuando le hube dejado atrás me saqué las gafas de sol y fingí limpiarlas con el pañuelo. Lo enfoqué con uno de los cristales. Seguía sin levantar la vista. Solo era un tipo que hacía un crucigrama. Volví a ponerme las gafas de sol y fui a llamar a la puerta del doctor Lagardie.

El cartel sobre la puerta decía: «Llame y entre». Llamé, pero la puerta no me permitió entrar. Esperé. Volví a llamar. Volví a esperar. Dentro reinaba el silencio. Entonces la puerta se abrió un milímetro, muy lentamente, y una cara delgada y sin expresión sobre un uniforme blanco me miró.

—Disculpe. El doctor no atiende hoy.

Parpadeó ante mis gafas de sol. No le gustaban. Movié la lengua sin descanso dentro de los labios.

—Estoy buscando al señor Quest. Orrin P. Quest.

—¿Quién? —Hubo algo así como el oscuro reflejo de una sorpresa en el fondo de sus ojos.

—Quest. «Q» de quintaesencia, «u» de unilateral, «e» de extrasensorial, «s» de subliminal, «t» de tú. Póngalas todas juntas y trate de hacerlas sonar.

Me miró como si yo hubiera surgido del océano con una sirena ahogada bajo el brazo.

—Disculpe. El doctor Lagardie no...

Unas manos invisibles la sacaron de su lugar, y apareció un hombre delgado y moreno en la puerta entreabierta.

—Soy el doctor Lagardie. ¿De qué se trata, por favor?

Le di una tarjeta. La leyó. Me miró. Tenía el aire tenso y pálido de un hombre que está esperando que suceda un desastre.

—Hablamos por teléfono —dije—. Sobre un hombre llamado Clausen.

—Por favor, pase —dijo enseguida—. No lo recuerdo, pero pase.

Pasé. La habitación estaba a oscuras, con los postigos bajados y las ventanas cerradas. Estaba oscuro y hacía frío.

La enfermera retrocedió y se sentó detrás de un pequeño escritorio. Era una sala corriente, con *parquet* pintado de color claro, aunque a juzgar por la antigüedad de la casa, debía de haber sido oscuro. Un arco dividía el salón del comedor. Había sillones y una mesa baja en el centro con revistas. Parecía lo que era: la sala de espera de un médico que tenía la consulta en una antigua casa de familia.

Sonó el teléfono en el escritorio de la enfermera. Iba a descolgarlo, pero interrumpió el movimiento de la mano. Miró el teléfono. Al cabo de un rato dejó de sonar.

—¿Cómo era el nombre que ha mencionado? —me preguntó en voz baja el doctor Lagardie.

—Orrin Quest. Su hermana me ha dicho que trabaja para usted, doctor. Lo busco desde hace días. Anoche él la llamó. Desde aquí, me ha contado.

—No hay nadie aquí con ese nombre —dijo educadamente el doctor Lagardie—. Ni lo ha habido.

—¿No lo conoce?

—Nunca he oído hablar de él.

—No entiendo por qué le dijo eso a su hermana.

La enfermera nos seguía furtivamente con la mirada. El teléfono en su escritorio volvió a sonar y volvió a sobresaltarla.

—No conteste —dijo el doctor sin girar la cabeza.

Esperamos mientras sonaba. Todo el mundo espera mientras suena un teléfono. Al fin se detuvo.

—¿Por qué no se marcha a casa, señorita Watson? No tiene nada que hacer aquí.

—Gracias, doctor.

Se quedó sentada sin moverse, mirando el escritorio. Cerró los ojos lentamente y los abrió con un sobresalto. Sin muchas esperanzas, sacudió la cabeza.

El doctor Lagardie se volvió hacia mí.

—¿Pasamos a mi consultorio?

Atravesamos una puerta que daba a un pasillo. Yo iba andando con los cinco

sentidos. La atmósfera de la casa estaba cargada de presagios oscuros. Abrió una puerta y me invitó a pasar a lo que alguna vez debió de ser un dormitorio, aunque nada indicara que se trataba de un dormitorio. Era un pequeño consultorio médico. Una puerta abierta mostraba parte de una sala de examen al otro lado. En un rincón funcionaba un esterilizador. Dentro había muchas jeringas cocinándose.

—Muchas agujas —dije, siempre rápido en formarme una idea.

—Siéntese, señor Marlowe.

Dio la vuelta al escritorio, se sentó y cogió un cortapapeles largo y fino. Me miró con sus ojos tristes.

—No, no conozco a nadie llamado Orrin Quest, señor Marlowe. No se me ocurre ninguna razón por la que una persona con ese nombre pueda decir que se aloja en mi casa.

—Se esconde —corregí.

Alzó las cejas.

—¿De qué?

—De unos tipos que podrían querer clavarle un picahielos en la nuca, ya que él es un poco demasiado rápido con su pequeña Leica sacando fotos a la gente cuando quiere intimidar. O podría ser otra cosa, como enterarse de un comercio de marihuana y mostrarse molesto. ¿Le parece una adivinanza?

—Fue usted quien mandó a la policía —dijo con frialdad.

No dije nada.

—Fue usted quien llamó y me informó de la muerte de Clausen.

Dije lo mismo que antes.

—Fue usted quien me llamó y me preguntó si conocía a Clausen. Y yo lo negué.

—Pero no era cierto.

—No tenía la obligación de darle ninguna información, señor Marlowe.

Asentí, saqué un cigarrillo y lo encendí. El doctor Lagardie miró su reloj de pulsera. Hizo girar el sillón y apagó el esterilizador. Miré las agujas. Muchas agujas. Yo ya había tenido problemas una vez en Bay City con un tipo que cocinaba muchas agujas.

—¿Cómo lo hacen? —pregunté—. ¿Por el amarradero de yates?

Volvió a coger el cortapapeles de aspecto maligno, cuyo mango era de plata y tenía forma de mujer desnuda. Se pinchó la yema del pulgar. Apareció una gota de sangre oscura. Se llevó el dedo a la boca y chupó.

—Me gusta el sabor de la sangre —dijo en voz baja.

Hubo un sonido distante, como si la puerta que daba a la calle se abriera y se cerrara. Los dos escuchamos con atención. Oímos los pasos que bajaban los escalones delanteros de la casa. Escuchamos con mucha atención.

—La señorita Watson se ha ido a su casa —dijo el doctor Lagardie—. Ahora estamos solos. —Lo pensó y volvió a chuparse el pulgar. Dejó el cortapapeles con cuidado sobre el vade del escritorio—. Ah, el amarradero de yates —recordó—.

Usted piensa en la proximidad de México, sin duda. La facilidad con que la marihuana...

—Ya no pensaba tanto en la marihuana.

Volví a mirar las hipodérmicas. Siguió mi mirada. Se encogió de hombros.

—¿Por qué tantas? —pregunté.

—No es asunto suyo.

—Nada es asunto mío.

—Pero parece esperar que sus preguntas reciban respuesta.

—Solo estoy hablando —dije—. Esperando que suceda algo. Y algo sucederá en esta casa. Me acecha desde todos los rincones.

El doctor Lagardie se chupó otra vez el pulgar.

Lo miré con detenimiento, pero no fue capaz de abrirme camino hasta su alma. Era un hombre silencioso, sombrío y cerrado, y toda la desgracia de la vida estaba en sus ojos. Pero seguía siendo amable.

—Si me lo permite, le hablaré de las agujas —dije.

—Adelante. —Volvió a coger el cortapapeles.

—No haga eso —dije de manera abrupta—. Me produce escalofríos. Como si lo viera jugar con serpientes.

Dejó suavemente el cortapapeles y sonrió.

—Parece como si habláramos en círculos —sugirió.

—Ya llegaremos. A propósito de las agujas. Hace un par de años tuve un caso que me obligó a venir a esta ciudad y me permitió conocer a un médico llamado Almore. Vivía en Altair Street. Tenía una clientela peculiar. Salía por las noches con un gran maletín lleno de agujas hipodérmicas, todas listas para ser aplicadas. Cargadas con el material. Tenía una clientela curiosa. Borrachos, drogadictos ricos, de los que hay más de lo que la gente piensa, gente sobreestimulada que ya no podía relajarse por sus propios medios, insomnes... todos los tipos neuróticos que no pueden tranquilizarse sin sus pequeñas pastillas o su pinchazo en el brazo. Necesitan ayuda, y cada vez necesitan más. Un buen negocio para el médico. Almore era el médico ideal para ellos. Ahora se lo puede decir. Murió hace un año más o menos. De su propia medicina.

—¿Y usted piensa que puedo haber heredado su clientela?

—Alguien debe de haberla heredado. Mientras haya pacientes, habrá un médico.

Parecía más extenuado que antes.

—Creo que es usted un imbécil, amigo. No conocí al doctor Almore. Y no tengo la especie de clientela que usted le atribuye. En cuanto a las agujas, para que tenga la conciencia tranquila, se usan constantemente en la profesión médica hoy en día, incluso para la aplicación de algo tan inocente como vitaminas. Y las agujas se embotan. Y cuando se embotan, duelen. De ahí que a lo largo de un día uno puede llegar a usar una docena o más. Sin narcóticos, en ningún caso.

Levantó la cabeza lentamente y me miró con gran desdén.

—Puedo equivocarme —dije—. Al oler el humo de marihuana en casa de Clausen ayer, y al ver que él lo llamaba por teléfono, y además se dirigía a usted por su nombre de pila. Probablemente todo me llevó a una conclusión falsa.

—He tratado adictos —dijo—. ¿Qué médico no lo ha hecho? Es una absoluta pérdida de tiempo.

—A veces se curan.

—Se los puede privar de su droga. Con el tiempo, después de grandes sufrimientos, pueden prescindir de ella. Eso no es curarlos, amigo. No es eliminar la falla nerviosa o emocional que los hizo volverse adictos. Es transformarlos en personas negativas que se sientan al sol y hacen girar los pulgares y se mueren de aburrimiento.

—Es una teoría muy dura, doctor.

—Usted ha sacado el tema. Yo lo he zanjado. Ahora sacaré otro tema. Es posible que haya notado cierta atmósfera de tensión en esta casa. Incluso con esas ridículas gafas de sol que podría quitarse. No lo hacen parecerse en lo más mínimo a Cary Grant.

Me las quité. Me había olvidado de ellas.

—La policía ha estado aquí, señor Marlowe. Un tal teniente Maglashan, que está investigando la muerte de Clausen. A él le gustaría conocerlo. ¿Quiere que lo llame? Estoy seguro de que volvería encantado.

—Llámelo —dije—. Solo pasaba por aquí antes de suicidarme.

Estiró una mano hacia el teléfono, pero la desvió el magnetismo del cortapapeles. Volvió a cogerlo. Al parecer, no podía prescindir de él.

—Podría matar a un hombre con eso —dije.

—Con mucha facilidad. —Y esbozó una sonrisa.

—Tres centímetros en la base de la nuca, justo en el centro, bajo el lóbulo occipital.

—Un picahielos sería mejor —comentó—. Especialmente uno corto, con la punta bien afilada. Así no habría peligro de que se doblara. Si no le acierta a la espina, no se produce gran daño.

—Entonces, ¿se necesita algún conocimiento médico?

Saqué el viejo paquete de Camel y extraje un cigarrillo.

Él seguía sonriendo. Muy poco, casi con tristeza. No era la sonrisa de un hombre asustado.

—Ayudaría —dijo—. Pero cualquier persona razonablemente hábil podría adquirir la técnica necesaria en diez minutos.

—Orrin Quest había estudiado un par de años de medicina —aduje.

—Le repito que no conozco a nadie llamado con ese nombre.

—Sí. Sé que lo ha dicho. Pero no le he creído del todo.

Se encogió de hombros. Y sus ojos, como siempre, acabaron en el cuchillo.

—Somos como un par de enamorados —dije—. Nos quedamos aquí sentados,

representando la típica escena de la cena romántica. Como si no tuviéramos ninguna preocupación en el mundo. Y eso que ambos estaremos presos antes de que caiga la noche.

Volvió a levantar las cejas. Yo continué:

—Usted, porque Clausen lo trataba por su nombre de pila. Y es posible que usted fuera el último hombre con quien habló. Yo, porque he hecho todas las cosas que un detective privado nunca debe hacer. Ocultar pruebas, ocultar información, descubrir cadáveres y no ir con el sombrero en la mano a ver a esos adorables e incorruptibles policías de Bay City. En fin, ya estoy cansado. Demasiado cansado. Pero hay un perfume salvaje en el aire esta tarde. Parece como si nada me importara. Quizá es que estoy enamorado. Simplemente, nada me importa.

—Usted ha estado bebiendo —dijo lentamente.

—Solo Chanel n.º 5, y besos, y el resplandor pálido de unas bellas piernas, y una burlona invitación en lo profundo de unos ojos azules. Cosas inocentes como esas.

Parecía más triste que antes.

—Las mujeres pueden debilitar terriblemente a un hombre, ¿verdad?

—Clausen.

—Un alcohólico desesperado. Probablemente ya sabe cómo son. Beben y beben y no comen. Y poco a poco la carencia vitamínica produce los síntomas del delirio. Solo se puede hacer una cosa por ellos. —Se volvió y miró el esterilizador—. Inyecciones y más inyecciones. Me siento embrutecido. Soy graduado en la Sorbona. Y aquí estoy ejerciendo en una pequeña ciudad sucia, con gente mezquina y sucia.

—¿Por qué?

—Por algo que pasó años atrás... en otra ciudad. No me pregunte demasiado, señor Marlowe.

—Él lo llamó por su nombre de pila.

—Es una costumbre entre gente de cierta clase. Antiguos actores especialmente. Y antiguos delincuentes.

—Vaya —dije—. ¿Eso es todo?

—Todo.

—Entonces el hecho de que la policía venga a interrogarlo sobre Clausen no puede molestarlo. Usted teme por eso que sucedió en otra parte hace mucho tiempo. O incluso podría ser amor.

—¿Amor? —Dejó caer lentamente la palabra de la punta de la lengua, saboreándola hasta el último momento. Tras la palabra quedó una pequeña sonrisa amarga, como el olor de pólvora en el aire después de un disparo.

Se encogió de hombros y empujó una caja de cigarrillos sobre el escritorio, desde detrás de un archivo hacia mi lado.

—No fue amor entonces —dije—. Estoy intentando leerle el pensamiento. Aquí está usted, un tipo con un diploma de la Sorbona y una clientela de segunda en una ciudad de segunda. Lo sé. Así pues, ¿qué hace aquí? ¿Qué hace con gente como

Clausen? ¿Cuál fue su error, doctor? ¿Drogas, abortos o por casualidad fue médico interno de alguna banda de gánsteres en una ciudad del este?

—¿Cuál, por ejemplo? —dijo sonriendo apenas.

—Por ejemplo, Cleveland.

—Una sugerencia muy audaz, mi amigo. —Su voz se había convertido en hielo.

—Es muy audaz, de veras —dije—. Pero un tipo como yo, con una capacidad intelectual muy limitada, tiende a unir las cosas que sabe en un marco general. Puede ser erróneo, pero en mi caso es una deformación profesional. Si quiere escuchar, puedo desarrollar la suposición.

—Lo escucho.

Volvió a coger el cortapapeles, y lo clavó ligeramente en el vade del escritorio.

—Usted conocía a Clausen. Fue asesinado muy hábilmente con un picahielos; lo mataron mientras yo estaba en la pensión, en el piso de arriba, hablando con un tipo llamado Hicks. Este se marchó enseguida, llevándose una página del registro, la página donde figuraba el nombre de Orrin Quest. Esa misma tarde a Hicks lo mataron con un picahielos en Los Ángeles. Había registrado su habitación. Había una mujer que había ido a comprarle algo. No lo obtuvo. Yo tuve tiempo para buscarlo. Lo encontré. Supuesto A: Clausen y Hicks fueron asesinados por el mismo hombre, no necesariamente por el mismo motivo. Hicks porque amenazó la organización de otro tipo, o porque lo dejó sin un negocio. Clausen porque era un borracho charlatán y podía saber quién mataría a Hicks. ¿Está bien hasta aquí?

—No tiene el menor interés para mí —dijo el doctor Lagardie.

—Pero me escucha. Por educación, supongo. De acuerdo. Bueno, ¿qué encontré? Una foto de una estrella de cine y un exgánster de Cleveland, quizá, un día determinado. Un día en que ese exgánster de Cleveland se suponía que estaba preso, y un día también en que el exsegundo del exgánster de Cleveland fue asesinado en Franklin Avenue en Los Ángeles. ¿Por qué estaba preso? La policía había recibido un soplo de que el tipo era quien era, y a pesar de lo que se diga de la policía de Los Ángeles, siempre trata de desenmascarar a los pistoleros del este que vienen a refugiarse en la ciudad. ¿Quién les dio el soplo? El mismo tipo al que arrestaron, porque su exsocio le estaba dando problemas y había que eliminarlo, y estar preso era una coartada de primera.

—Todo fantástico. —El doctor Lagardie sonrió con gesto cansado—. Absolutamente fantástico.

—¡Y tanto! Y la cosa empeora. La policía no pudo probar nada contra el exgánster. La policía de Cleveland no se mostró interesada. La policía de Los Ángeles lo soltó. Pero no lo habrían soltado si hubieran visto esa foto. En consecuencia, la foto se vuelve un valioso material de extorsión, primero contra el personaje de Cleveland, si realmente es el tipo; segundo contra la actriz de cine, por haber sido vista con él en público. Un hombre hábil podría haber hecho una fortuna con esa foto. Hicks no era lo bastante hábil. Punto y aparte. Suposición B: Orrin

Quest, el chico al que intento encontrar, sacó la foto. La sacó con una Contax o una Leica, sin *flash*, sin que los fotografiados supieran que los immortalizaba. Quest tenía una Leica y le gustaba hacer cosas así. En ese caso, por supuesto, tenía un motivo más comercial. Pregunta: ¿cómo tuvo la ocasión de tomar la foto? Respuesta: la estrella de cine era su hermana. Ella le permitiría acercarse y hablarle. Él estaba sin trabajo, necesitaba dinero. Es probable que ella le diera algo, con la condición de que la dejara en paz. Ella no quería saber nada de su familia. ¿Sigue siendo absolutamente fantástico, doctor?

Me miró atribulado.

—No lo sé —respondió lentamente—. Empieza a tener posibilidades. Pero ¿por qué me está vendiendo esta historia más bien peligrosa a mí?

Sacó un cigarrillo de la caja y me lo arrojó. Lo tomé y lo miré. Egipcio, gordo y ovalado, un poco demasiado fuerte para mi sistema circulatorio. No lo encendí, me limité a sostenerlo entre los dedos, estudiando los ojos tristes y oscuros del doctor. Él sí encendió un cigarrillo y lo chupó nervioso.

—Ahora lo haré intervenir a usted —dije—. Usted conocía a Clausen. Profesionalmente, según sus palabras. Yo le mostré mi licencia de detective. De inmediato intentó llamarle. Pero estaba demasiado borracho para lograrlo. Yo retuve el número, y más tarde le llamé para decirle que estaba muerto. ¿Por qué? Si usted no tenía nada que ocultar, avisaría a la policía. No lo hizo. ¿Por qué? Usted conocía a Clausen, podía haber sabido algo sobre sus inquilinos. No existen pruebas de nada de eso. Punto y aparte. Suposición C: usted conocía a Hicks o a Orrin Quest, o a los dos. La policía de Los Ángeles no pudo o no quiso establecer la identidad del antiguo gángster de Cleveland... Démosle su nuevo nombre, llamémoslo Steelgrave. Pero alguien tenía que poder hacerlo... si esa foto valía tanto como para que mataran a gente por ella. ¿Usted practicó la medicina en Cleveland, doctor?

—No. —Su voz parecía brotar de muy lejos. Sus ojos también se habían ido. Sus labios apenas se abrían lo necesario para sostener el cigarrillo. Estaba muy quieto.

—En la central telefónica tienen una sala llena de guías telefónicas de todo el país —dije—. Lo busqué. Un despacho en un edificio de oficinas céntrico. Y ahora esto... un consultorio casi furtivo en una pequeña ciudad de playa. Le habría gustado cambiar de nombre, pero no podía hacerlo y conservar la licencia. Alguien tenía que dirigir esta operación, doctor. Clausen era un perdido, Hicks un pistolero estúpido, Orrin Quest un ladronzuelo rastrero. Pero se los podía usar. Usted es incapaz de enfrentarse directamente a Steelgrave. No habría vivido ni para volver a lavarse los dientes. Tenía que actuar a través de peones... peones descartables. Y bien, ¿nos vamos acercando?

Esbozó una sonrisa y se echó atrás en su sillón con un suspiro.

—Suposición D, señor Marlowe —casi susurró—. Usted es un idiota imperdonable.

Sonreí yo también y saqué una cerilla para encender el gordo cigarrillo egipcio.

—Si a todo esto —dije—, la hermana de Orrin me llama y me dice que él está en su casa. Son muchos argumentos débiles tomados por separado, lo admito. Pero parecen concentrarse en usted.

Chupé plácidamente el cigarrillo.

Me observaba. Su rostro pareció oscilar y volverse vago, alejarse y volver. Sentí algo duro en el pecho. Mis pensamientos se habían vuelto tan lentos como el galope de una tortuga.

—¿Qué está pasando aquí? —me oí murmurar.

Puse las manos en los brazos del sillón e intenté ponerme de pie.

—He sido un idiota, ¿no? —pregunté con el cigarrillo todavía en la boca, y todavía fumándolo. Idiota no era la palabra. Habría que acuñar una nueva.

Estaba levantado y tenía los pies metidos en dos barriles de cemento. Cuando hablé, mi voz pareció salir de entre montañas de algodón.

Solté los brazos del sillón y alcé una mano para sacarme el cigarrillo de la boca. Me equivoqué un par de veces y al fin lo agarré con toda la mano. No me parecía un cigarrillo. Parecía la pata trasera de un elefante. Con uñas afiladas. Se me clavaban en la palma. Sacudí la mano y el elefante retiró su pata.

Una figura vaga pero enorme osciló frente a mí y una mula me pateó en el pecho. Me senté en el suelo.

—Un poco de hidrocianuro de potasio —dijo una voz por un teléfono transoceánico—. No es fatal, ni siquiera peligroso. Solo relajante...

Empecé a levantarme. Deberían intentarlo alguna vez. Pero antes hagan preparar el suelo. Este se inclinaba en todas direcciones. Finalmente se estabilizó un poco. Busqué un ángulo de cuarenta y cinco grados. Me concentré y me moví en alguna dirección. En el horizonte había algo que podía ser la tumba de Napoleón. Era un buen punto de inicio. Fui hacia allí. El corazón me latía rápido y con fuerza, y comenzaba a experimentar problemas para abrir los pulmones. Como cuando te placan en medio de una carrera. Uno piensa que nunca más volverá a respirar. Nunca, nunca, nunca.

Luego ya no se trataba de la tumba de Napoleón. Era una balsa en un estanque. Había un hombre sobre ella. Yo lo había visto en alguna parte. Un tipo agradable. Nos llevábamos bien. Fui hacia él y golpeé una pared con el hombro. Eso me hizo girar. Alcé los brazos en busca de algo a que aferrarme. No había nada, salvo la alfombra. ¿Cómo había vuelto al suelo? No valía la pena preguntarlo. Es un secreto. Cada vez que uno hace una pregunta, le ponen el suelo frente a la cara. De acuerdo, decidí arrastrarme por la alfombra. Lo hacía sobre lo que antaño eran mis manos y mis rodillas. No experimentaba ninguna sensación que lo demostrara. Me arrastré hacia una pared oscura de madera. O quizá era de mármol negro. Otra vez la tumba de Napoleón. ¿Qué le había hecho a Napoleón? ¿Por qué diablos su tumba tenía que aparecer en medio del camino?

—Necesito un vaso de agua —dije.

Traté de escuchar el eco. No hubo eco. Nadie dijo nada. Quizá yo no lo había dicho. Quizá había sido una idea que no llegué a pronunciar. Cianuro de potasio. Palabras demasiado complicadas para alguien que se arrastra por túneles. Nada fatal, dijo él. De acuerdo, es una simple diversión. Lo que podría llamarse semifatal. Philip Marlowe, de treinta y ocho años, detective privado con licencia y una oscura reputación, fue arrestado anoche por la policía mientras se arrastraba por el Desagüe Ballona con un piano de cola sobre la espalda. Interrogado en la comisaría de policía próxima a la universidad, Marlowe declaró que le estaba llevando el piano al maharajá de Coot-Berar. A la pregunta de por qué usaba espuelas, Marlowe declaró que la confianza del cliente era sagrada. Marlowe será retenido por la policía mientras se realiza la investigación pertinente. El jefe Hornside dijo que de momento la policía no puede dar más información. Interrogado sobre si el piano de cola estaba afinado, el jefe Hornside declaró que había tocado el «Minute Waltz» en treinta y cinco segundos, y, que él supiera, el piano carecía de cuerdas. Sugirió que la música estaba en otra parte. El jefe Hornside dijo que en las próximas doce horas se haría una declaración completa a la prensa. Según las especulaciones más oídas, Marlowe intentaba hacer desaparecer un cadáver.

Una cara se me acercó nadando desde la oscuridad. Cambié de dirección y fui hacia la cara. Pero ya era demasiado tarde. El sol se ponía. Estaba oscureciendo rápidamente. La cara desapareció. La pared y el escritorio desaparecieron. El suelo desapareció. Absolutamente todo desapareció.

Ni siquiera yo estaba allí.

Un gran gorila negro tenía una de sus grandes zarpas negras apoyada en mi cara y trataba de hacerla llegar hasta la nuca. Opuse cierta resistencia. Ponerme de parte del perdedor es una de mis especialidades. Después comprendí que trataba de impedir que abriera los ojos.

Decidí abrir los ojos de todos modos. Otros lo habían hecho antes, ¿por qué no yo? Reuní toda mi energía y, muy lentamente, manteniendo la espalda recta, flexionando los muslos y las rodillas, usando los brazos como apoyo, levanté el peso gigantesco de mis párpados.

Estaba mirando el techo, tendido boca arriba en el suelo, una postura en la que mi profesión me había puesto en ocasiones. Moví la cabeza. Tenía los pulmones doloridos y la boca seca. La habitación seguía siendo el consultorio del doctor Lagardie. El mismo sillón, el mismo escritorio, las mismas paredes y la misma ventana. Un silencio de postigos bajos flotaba alrededor.

Me senté, apoyando con fuerza las manos en el suelo, y sacudí la cabeza. Entonces las cosas giraron y cayeron. Cayeron unos miles de metros, y después volví a asomarme a la superficie. Parpadeé. El mismo suelo, el mismo escritorio, las mismas paredes. Pero ni rastro del doctor Lagardie.

Me humedecí los labios y produje algún tipo de vago sonido con la garganta, al que nadie prestó ninguna atención. Me puse de pie. Estaba tan mareado como un derviche, tan débil como una lavadora vieja, tan bajo como el vientre de un tejón, tan tímido como un pajarito, y tan escaso de probabilidades de éxito como un bailarín de *ballet* con una pierna ortopédica.

Logré avanzar hasta el escritorio de Lagardie, me dejé caer en su sillón y empecé a mover las manos sobre sus cosas con la esperanza de hallar una botella de fertilizante líquido. Nada. Volví a levantarme. Me costaba tanto hacerlo como a un elefante muerto. Anduve bailoteando y curioseando en gabinetes de metal esmaltado y brillante que contenían todo lo que otros podían necesitar en caso de apuro. Al fin, tras lo que me parecieron unos cuatro años de vagabundeos, mi mano se cerró sobre una botellita de alcohol. Desenrosqué el tapón y olí. Alcohol etílico. Lo que decía la etiqueta. Lo único que necesitaba era un vaso y un poco de agua. Un buen hombre no debería tener dificultades para que conseguir tan poca cosa. Me dirigí hacia la puerta de la sala de examen. El aire aún tenía el aroma de melocotones maduros. Me golpeé contra ambos lados de la puerta al pasar, y me detuve a echar un vistazo.

En ese momento advertí unos pasos que venían por el corredor. Me apoyé en la pared, cansado, y escuché.

Eran pasos lentos, arrastrados, con una larga pausa entre uno y otro. Al principio parecían furtivos. Después solo parecían muy muy cansados. Un anciano tratando de llegar a su último sillón. Ya éramos dos. Y entonces pensé, sin motivo alguno, en el

padre de Orfamay en el porche de su casa en Manhattan, Kansas, yendo hacia su mecedora con la pipa fría en la mano, para sentarse y contemplar el patio delantero y fumar de ese modo tan económico que no requería cerillas ni tabaco y que no ensuciaba la alfombra del salón. Le acerqué la mecedora. En la sombra al extremo del porche, donde la buganvilla era más frondosa; lo ayudé a sentarse. Alzó la vista y me lo agradeció con el lado de la cara que le funcionaba. Al echarse hacia atrás, rascó con las uñas los brazos del sillón.

Las uñas rascaban, pero no en el brazo de ningún sillón. Era un sonido real. Estaba cerca, al otro lado de una puerta cerrada que comunicaba la sala de examen con el corredor. Era un rasguño muy débil, posiblemente fuera un gato recién nacido que pedía que lo dejaran entrar. Pues bien, Marlowe, siempre has sido un amante de los animales. Ve allí y deja que entre. Me puse en marcha. Lo hice con la ayuda de una agradable camilla con anillos en la cabecera y mullidas toallas limpias. Los rasguños habían cesado. Pobre animal, fuera y queriendo entrar. Se formó una lágrima en uno de mis ojos, y abrió un surco en mi mejilla barbuda. Solté la camilla y avancé sin problemas unos cuatro metros hasta la puerta. Tenía el corazón a punto de estallar. Y en los pulmones seguía teniendo la sensación de que hubieran estado almacenados un par de años. Aspiré con fuerza, tomé el picaporte y abrí. En el último momento se me ocurrió que debería haber sacado la pistola. Lo pensé, pero no lo llevé a cabo. Soy un tipo al que le gusta sacar una idea a la luz y examinarla sin prisa. Además, para sacar la pistola debería haber soltado el picaporte. Parecía una operación demasiado engorrosa. Me limité a darle una vuelta al picaporte y abrir.

Estaba aferrado al marco de la puerta con cuatro dedos torcidos hechos de cera blanca. Tenía los ojos muy abiertos, de un celeste pálido. Me miraban pero no me veían. Teníamos las caras a unos centímetros de distancia. Nuestros alientos se encontraban a mitad de camino. El mío era rápido y ronco, el suyo un susurro lejano. La sangre le burbujeaba en la boca y le corría por el mentón. Algo me hizo mirar abajo. La sangre corría lentamente por dentro de la pernera, caía sobre el zapato y de allí iba sin prisa al suelo. Ya se había formado un pequeño charco.

No podía ver dónde le habían disparado. Los dientes le castañetearon y pensé que hablaría, o lo intentaría. Pero no emitió sonido alguno. Había dejado de respirar. La mandíbula le cayó. Después empezaron los jadeos. En realidad, no se trata de un jadeo, por supuesto. No se parece siquiera a un jadeo.

Las suelas de goma chillaron en el linóleo entre la alfombra del pasillo y el marco de la puerta. Los dedos blancos se deslizaron. El cuerpo del hombre se tambaleó sobre sus piernas. Las piernas se negaron a sostenerlo. Se cruzaron. El torso giró en el aire, como un nadador en la ola, y se abalanzó hacia mí.

En el mismo momento su otro brazo, el que había estado fuera de mi vista, se levantó con un movimiento galvanizado que no parecía tener ningún impulso viviente detrás. Me cayó sobre el hombro izquierdo. Una abeja me picó en la espalda, entre los omóplatos. Algo, además de la botella de alcohol que había estado sosteniendo

hasta entonces, cayó al suelo y resonó contra el zócalo.

Apreté los dientes con fuerza, separé los pies, y lo agarré por debajo de los brazos. Pesaba como cinco hombres. Di un paso atrás y traté de alzarlo. Era como intentar levantar el extremo de un árbol caído. Me fui al suelo con él. Su cabeza se dio un buen golpe. No pude evitarlo. No podía emplear todas mis fuerzas para impedirlo. Lo aparté un poco y salí de debajo. Me puse de rodillas, me incliné y escuché. El jadeo cesó. Hubo un largo silencio. Después oí un suspiro, muy callado, indolente y sin urgencia. Otro silencio. Otro suspiro todavía más bajo, lánguido y sosegado como una brisa de verano entre capullos de rosas.

Algo sucedió en su cara y detrás de ella, la cosa indefinible que sucede en ese momento siempre inescrutable, la simplificación, la vuelta a la edad de la inocencia. De pronto su rostro traslucía una vaga alegría interna, un toque casi irónico que le enarcaba las comisuras de los labios. Todo lo cual era muy tonto, porque yo sabía muy bien, si es que alguna vez había sabido algo, que Orrin P. Quest no había sido esa clase de chico.

En la distancia sonó una sirena. Seguía arrodillado, escuché. La sirena pasó de largo y se alejó. Me puse de pie y fui a mirar por la ventana lateral. En The Garland Home of Peace se celebraba otro funeral. La calle volvía a estar llena de coches. La gente caminaba despacio por el sendero entre rosales. Los hombres se quitaban el sombrero mucho antes de llegar al pequeño porche colonial.

Dejé caer la cortina y recogí la botella de alcohol etílico, que limpié con mi pañuelo y puse a un lado. Ya no me interesaba el alcohol. Volví a inclinarme y la picadura de abeja entre los omóplatos me recordó que había otra cosa que recoger. Una cosa con un mango redondo de madera que había quedado apoyada contra el zócalo. Un picahielos con una hoja afilada de no más de ocho centímetros de largo. Lo levanté contra la luz y examiné la punta con filo de aguja. Podía haber o podía no haber una mancha de mi sangre en la punta. Le pasé suavemente un dedo. No había sangre. La punta estaba muy afilada.

Volví a usar el pañuelo y después me incliné y le puse el picahielos en la palma de la mano derecha, blanca y cerosa en contraste con el tono apagado de la alfombra. Se veía demasiado arreglado. Le sacudí el brazo para que la mano rodara por el suelo. Pensé en revisarle los bolsillos, pero una mano menos compasiva podía haberlo hecho ya.

En un arranque de pánico, me llevé la mano al bolsillo. No me habían sacado nada. Hasta la Luger bajo la axila seguía en su lugar. La saqué y la olí. No habían disparado con ella, algo que ya sabía sin necesidad de comprobaciones. No se camina por los pasillos después de recibir un tiro de una Luger.

Pasé por encima del charco rojo oscuro en el umbral y observé el pasillo. La casa seguía en silencio y a la espera. El rastro de sangre me llevó a una habitación amueblada como un estudio. Había un sofá y un escritorio, algunos libros y revistas médicas y un cenicero con unas cinco colillas gordas y ovals. Un brillo metálico

cerca de la pata del sofá resultó ser una cápsula de automática, del calibre 32. Encontré otra bajo el escritorio. Me las puse en el bolsillo.

Subí la escalera. Había dos dormitorios, ambos en uso, uno desprovisto de ropa. En un cenicero, más colillas ovales del doctor Lagardie. La otra habitación contenía el escaso guardarropa de Orrin Quest: su otro traje y su gabardina bien colgados en el armario, sus camisas, sus calcetines y su ropa interior igualmente bien doblados en un cajón. Bajo las camisas, en el fondo, encontré una Leica con una lente F.2.

Lo dejé todo tal como estaba y regresé donde estaba el muerto, indiferente a esas minucias. Limpié algunos picaportes más, por pura perversidad, dudé respecto al teléfono en la sala de espera, pero no lo toqué. El hecho de que yo siguiera caminando era un buen indicio de que el doctor Lagardie no había matado a nadie.

Enfrente, la gente seguía deslizándose entre los rosales hacia el porche colonial sorprendentemente pequeño de la funeraria. En el interior gemía un órgano.

Di la vuelta a la esquina, subí a mi coche y me marché. Conduje despacio, respirando hondo con todos los pulmones, y aun así me daba la impresión de no inspirar oxígeno suficiente.

Bay City termina a unos seis kilómetros del mar. Me detuve frente a la última farmacia. Era hora de hacer otra de mis llamadas anónimas. Vengan a llevarse el cadáver, muchachos. ¿Que quién soy yo? Solo un tipo con suerte que no deja de encontrar cadáveres. Y modesto. Ni siquiera quiero que mencionen mi nombre.

Miré al interior de la farmacia a través de las puertas acristaladas. Una chica con unas gafas estilizadas leía una revista. Se parecía un poco a Orfamay Quest. Se me hizo un nudo en la garganta.

Seguí adelante. Ella tenía derecho a saberlo antes, fuera legal o no. Por mi parte, ya había ido mucho más allá.

Me detuve en la puerta de la oficina con la llave en la mano. Acto seguido, sin hacer ruido, fui hasta la otra puerta, la que siempre está abierta, y me quedé allí escuchando. Ella podía estar ya allí, esperando, con los ojos brillantes detrás de las gafas y su boquita húmeda ansiosa por que la besaran. Tendría que decirle algo más duro de lo que creía, y poco después se iría y nunca volvería a verla.

No oí nada. Volví a la otra puerta, la abrí, recogí las cartas que habían deslizado por debajo y las arrojé sobre el escritorio. Nada de lo que contenían esos sobres me hizo sentir mejor. Los dejé. Fui a abrir el cerrojo de la puerta que comunicaba con la sala de espera y, tras un largo momento, la abrí y miré. Silencio y vacío. A mis pies había un papel doblado. Lo habían pasado por debajo de la puerta. Lo recogí y lo abrí.

«Por favor, llámame al apartamento. Máxima urgencia. Debo verte». Estaba firmado con una «D».

Marqué el número de Chateau Bercy y pregunté por la señorita Gonzales. ¿Quién la llama, por favor? Un momento, por favor, señor Marlowe. Piii, piii.

—¿Diga?

—Tiene mucho acento esta tarde.

—Ah, eres tú, amigo. He esperado tanto rato en tu oficinita rara... ¿Puedes venir aquí y hablar conmigo?

—Imposible. Estoy esperando una llamada.

—Bueno, ¿puedo ir yo entonces?

—¿De qué se trata?

—Nada que pueda decir por teléfono, amigo.

—Venga.

Me quedé sentado esperando que sonara el teléfono. No sonó. Miré por la ventana. La muchedumbre se agitaba por el bulevar, como siempre la cocina de la cafetería de al lado expulsaba por el conducto del ventilador los olores de sus platos especiales del día. Pasó el tiempo y seguí allí, inclinado sobre el escritorio, con la barbilla en la mano, mirando el yeso amarillo mostaza de la pared y viendo en él la vaga figura de un hombre muriendo con un corto picahielos en la mano, y sintiendo la picadura de su punta entre los omóplatos. Es maravilloso que Hollywood le haga eso a cualquiera. Convierte a una vulgar muchacha cuyo destino es planchar los calzoncillos de un camionero en una reina de la seducción, y a un chico grandote hecho para ir al trabajo con el almuerzo en una caja metálica en un héroe viril de ojos brillantes y sonrisa radiante. Puede convertir a una autoestopista tejana con la cultura de un personaje de historieta en una cortesana internacional, casada seis veces con otros tantos millonarios, y al final tan hastiada y decadente que su idea de la emoción es seducir a un cargador de muebles de camiseta sudada.

Y por control remoto puede tomar incluso a un pequeño pedante de pueblo como Orrin Quest y convertirlo, en cuestión de meses, en un asesino de picahielos, elevando su simple maldad al sadismo clásico del asesino múltiple.

Tardó poco más de diez minutos llegar. Oí abrirse y cerrarse la puerta, fui a la sala de espera y allí estaba la Gardenia Americana. Su presencia me hacía daño en los ojos. Los suyos eran profundos y oscuros y no sonreían.

Vestía toda de negro, como la noche anterior, pero esta vez con un traje hecho a medida, un sombrero negro de alas anchas colocado en el ángulo más favorecedor, el cuello de una blusa de seda blanca asomando sobre el cuello de la chaqueta, y su garganta cobriza y tersa y su boca tan roja como un carro de bomberos recién pintado.

—He esperado mucho —saludó—. No he almorzado.

—Yo sí —dije—. Cianuro. Un buen almuerzo. Hace unos instantes he dejado de estar azul.

—No estoy de humor para chistes esta mañana, amigo.

—No tiene que hacerlos —dije—. Yo me los hago a mí mismo. Tengo chistes tan graciosos que me hacen partirme de risa. Vayamos dentro.

Pasamos a mi cámara privada de reflexión y nos sentamos.

—¿Siempre se viste de negro? —pregunté.

—Pues sí. Así es más excitante cuando me saca la ropa.

—¿Tiene que hablar como una ramera?

—No sabes gran cosa sobre rameras, amigo. Siempre son muy respetables. Salvo las muy baratas, por supuesto.

—Sí —dije—. Gracias por decírmelo. ¿Cuál era el asunto de máxima urgencia del que debía hablarme? Acostarme con usted no es urgente. Podemos hacerlo cualquier día.

—Estás de mal humor.

—Exacto: estoy de mal humor.

Sacó uno de sus largos cigarrillos pardos del bolso y lo ajustó cuidadosamente a sus tenacillas doradas. Esperó a que se lo encendiera. No lo hice, así que lo encendió ella misma con un encendedor de oro.

Lo sostuvo un momento con la mano enguantada y me miró con sus insondables ojos negros en los que ya no había risa alguna.

—¿Te gustaría acostarte conmigo?

—A casi cualquiera le gustaría. Pero de momento dejemos el sexo de lado.

—Nunca he sabido trazar una línea muy definida entre el negocio y el sexo —reconoció sin inmutarse—. Y no podrás humillarme. El sexo es una red con la que atrapo tontos. Algunos de esos tontos son útiles y generosos. De vez en cuando alguno resulta peligroso.

Se interrumpió y se quedó pensativa.

—Si está esperando —dije— que yo le cuente algo que dé a entender que sé

quién es cierta persona... está bien, sé quién es.

—¿Puedes demostrarlo?

—Creo que no. La policía no pudo.

—La policía —bufó con desdén— no siempre dice todo lo que sabe. Ni demuestra todo lo que podría demostrar. Supongo que sabes que estuvo preso diez días en febrero pasado.

—Sí.

—¿No te resulta extraño que no pidiera salir bajo fianza?

—No sé con qué cargos lo retenían. Si era como testigo material...

—¿No crees que podría haber hecho cambiar el cargo a algo excarcelable... si realmente hubiera querido?

—No lo he pensado mucho —mentí—. No conozco al hombre.

—¿Nunca has hablado con él? —preguntó como de pasada, un poco demasiado como de pasada.

No contesté. Se echó a reír un momento.

—Lo conociste anoche, amigo. Al salir del apartamento de Mavis. Yo estaba sentada en un coche, enfrente.

—Es posible que haya tropezado con él accidentalmente. ¿Ese era el tipo?

—No me engañas en absoluto.

—De acuerdo. La señorita Weld fue muy ruda conmigo. Salí cabreado. Entonces encuentro a ese tipo con la llave de ella en la mano. Se la arranqué y la tiré sobre unos arbustos. Después me disculpé, la busqué y se la devolví. Me dio la impresión de ser una persona amable.

—Muy amable —dijo ella—. Fue mi novio, también.

Gruñí.

—Por extraño que pueda parecerle, señorita Gonzales, no estoy interesado en lo más mínimo en su vida amorosa. Supongo que es un terreno amplio... si abarca todo lo que hay entre Stein y Steelgrave.

—¿Stein? —preguntó suavemente—. ¿Quién es Stein?

—Un pistolero de Cleveland que fue asesinado frente a su apartamento en febrero pasado. Él también vivía en Chateau Bercy. He pensado que quizá usted lo conocía.

Soltó una risa cristalina.

—Amigo, hay hombres que no conozco. Incluso en Chateau Bercy.

—Según el informe policial, le dispararon a menos de dos manzanas de distancia —dije—. Es preferible eso a que lo dispararan en la puerta. Y usted estaba mirando por la ventana y vio cómo sucedía. Y vio al asesino salir corriendo y al pasar bajo una farola justamente miró hacia atrás y la luz le dio en la cara, y maldita sea si no era el viejo Steelgrave. Usted lo reconoció por su nariz de goma y por el hecho de que usaba su sombrero de copa con las palomas.

No se rio.

—Te gusta esa versión —ronroneó.

—Podríamos hacer más dinero con ella.

—Pero Steelgrave estaba preso. —Sonrió—. Y aunque no lo hubiera estado... aunque si, por ejemplo, yo fuera amiga de un tal doctor Chalmers, médico de la cárcel en aquel momento, y me hubiera dicho que le dio a Steelgrave un pase para ir al dentista (con un guardia, por supuesto, pero este era un hombre razonable) el mismo día que mataron a Stein... aunque esto fuera cierto, ¿no sería muy imprudente usar la información extorsionando a Steelgrave?

—Odio parecer altisonante —dije—, pero no le tengo miedo a Steelgrave, ni a una docena como él, todos juntos contra mí.

—Pero yo sí, amigo. Un testigo de un crimen de gánsteres no está en una posición muy segura en este país. No, no extorsionaremos a Steelgrave. Y no diremos nada sobre el señor Stein, a quien puede que conociera o puede que no. Basta con que Mavis Weld sea íntima amiga de un gánster conocido y sea vista en público con él.

—Tendríamos que demostrar que él era un gánster conocido —dije.

—¿No podemos hacerlo?

—¿Cómo?

Puso cara de desilusión.

—Pero yo estaba segura de que era eso lo que habías estado haciendo estos últimos dos días.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

—Si no me las cuenta, no significan nada para mí.

Dejó caer la colilla oscura en mi cenicero. Me incliné y la aplasté con un lápiz. Me tocó la mano ligeramente con un dedo enguantado. Su sonrisa era lo contrario de un anestésico. Se echó hacia atrás y cruzó las piernas. Las lucecitas empezaron a bailar en los ojos. Para ella, había transcurrido demasiado tiempo sin aludir al sexo.

—«Amor» es una palabra tan opaca... —divagó—. Me sorprende que una lengua tan rica en la poesía amorosa pueda aceptar una palabra tan pobre para la cosa en sí. No tiene vida, no tiene resonancia. Me sugiere niñitas con vestidos de verano almidonados, con sonrisitas rosadas y vocecitas tímidas, y probablemente la ropa interior menos favorecedora del mundo.

No dije nada. Con un cambio de dirección que no pareció costarle ningún esfuerzo, volvió al tema de los negocios.

—Mavis ganará setenta y cinco mil dólares por película de ahora en adelante, y dentro de poco, el doble. Ha empezado a ascender y nada la detendrá. Excepto, posiblemente, un feo escándalo.

—Entonces alguien tendría que contarle quién es Steelgrave —dije—. ¿Por qué no lo hace usted? Y a propósito, suponiendo que tuviéramos todas esas pruebas, ¿qué haría Steelgrave mientras le caemos encima a Weld?

—¿Tiene que enterarse? No creo que ella se lo diga. De hecho, no creo que siga viéndolo. Pero eso no nos afectaría... si tuviéramos la prueba. Y si ella sabe que la

tenemos.

Su mano enguantada se movió hacia su bolso negro, se detuvo, tamborileó con los dedos ligeramente en el borde del escritorio, y volvió a caer sobre el regazo. No había mirado el bolso. Yo tampoco.

Me puse de pie.

—Podría ser que yo tuviera alguna obligación para con la señorita Weld. ¿Ha pensado en eso?

Se limitó a sonreír.

—Y en ese caso —proseguí—, ¿no le parece que es hora de que se vaya de mi oficina y no vuelva a aparecer por aquí?

Puso las manos en los brazos del sillón y empezó a levantarse, sin dejar de sonreír. Le arrebaté el bolso antes de que ella pudiera hacer nada. Se le llenaron los ojos de furia. Soltó un sonido lleno de odio.

Abrí el bolso, lo revisé y encontré un sobre blanco que me resultaba familiar. De él salió la fotografía de The Dancers, con las dos partes recortadas unidas y pegadas sobre otro papel.

Cerré el bolso y se lo arrojé.

Ella seguía de pie, con los labios apretados. Estaba muy callada.

—Interesante —dije, tocando con el dedo la superficie brillante de la instantánea—. Si no es una falsificación. ¿Este es Steelgrave?

Volvió a sonar la risa clara.

—Es usted un personaje ridículo, amigo. De veras lo es. No sabía que aún quedara gente como usted.

—Material de preguerra —dije—. Somos más escasos cada día que pasa. ¿De dónde ha sacado la foto?

—Del bolso de Mavis Weld en el camerino de Mavis Weld. Mientras ella actuaba.

—¿Lo sabe?

—No lo sabe.

—Me pregunto de dónde la habrá sacado ella.

—De usted.

—Tonterías. —Levanté las cejas medio metro—. ¿De dónde la habría sacado yo?

Ella tendió la mano enguantada por encima del escritorio. Su voz era fría.

—Devuélvame la, por favor.

—Se la devolveré a Mavis Weld. Y odio decirle esto, señorita Gonzales, pero yo nunca llegaría a nada como chantajista. No tengo esa personalidad encantadora que se necesita.

—¡Devuélvame la! —exclamó con vigor—. Si no...

Se interrumpió. Esperé a que terminara. Un gesto de desprecio apareció en sus rasgos tersos.

—Muy bien —dijo—. Ha sido culpa mía. Pensaba que era inteligente, y ahora veo que es solo otro de esos tontos detectives privados. Esta miserable oficinita —la

señaló con la mano enguantada— y la miserable vida que se vive aquí... deberían haberme indicado qué clase de idiota es usted.

—Es lo que hacen —dije.

Se volvió lentamente y caminó hacia la puerta, di la vuelta al escritorio y ella dejó que se la abriera.

Salió lentamente. El modo en que lo hizo no lo había aprendido en la escuela de negocios.

Se marchó por el pasillo sin mirar atrás. Tenía un caminar hermoso.

La puerta rebotó contra el cierre neumático y se cerró muy suavemente. Pareció tardar mucho tiempo. Me quedé mirándola como si nunca hubiera visto una puerta cerrarse. Después di la vuelta, volví al escritorio y entonces sonó el teléfono.

Lo levanté y respondí. Era Christy French.

—¿Marlowe? Nos gustaría verlo en la Jefatura.

—¿Ahora?

—Si no puede ser antes —dijo, y colgó.

Cogí la foto recortada y vuelta a pegar y la guardé en la caja fuerte con las otras. Después me puse el sombrero y cerré la ventana. No había nada por lo que esperar. Miré la punta verdosa del segundero de mi reloj de pulsera. Faltaba mucho para las cinco. El segundero daba vueltas y vueltas al dial como un vendedor a domicilio. Las otras manecillas indicaban que eran las cuatro y diez. Creía que a esa hora ya me habría llamado. Me saqué la chaqueta, me quité la funda del hombro y la guardé, con la Luger, en el cajón del escritorio. A los policías no les gusta que uno vaya armado a su territorio, aunque uno tenga derecho a usar un arma. Les gusta que uno se presente con la debida humildad, con el sombrero en la mano, hablando en voz baja y amable, y con los ojos llenos de nada.

Volví a mirar el reloj. Escuché. El edificio parecía tranquilo esa tarde. Dentro de poco quedaría en silencio, y después la madonna del trapo gris oscuro aparecería por el pasillo, probando las puertas.

Me puse otra vez la chaqueta y cerré con llave la puerta que comunicaba con la sala de espera. Apagué el timbre y salí al pasillo. Entonces sonó el teléfono. Faltó poco para que hiciera saltar la puerta de sus bisagras al entrar. Era la voz de ella, sin duda alguna, pero tenía un tono que nunca le había oído antes. Un tono frío y equilibrado, no neutro o vacío o muerto, ni siquiera infantil. Era la voz de una chica a la que yo no conocía y, sin embargo, conocía. Antes de que dijera más de tres palabras supe lo que había en esa voz.

—Lo llamo porque usted me dijo que lo hiciera —dijo—. Pero no tiene que decirme nada. He ido.

Yo sostenía el auricular con las dos manos.

—Ha ido —dije—. Sí. Lo he oído. ¿Y?

—Yo... he pedido prestado un coche —explicó—. He aparcado enfrente. Había tantos coches aparcados que usted jamás me habría visto. Hay una casa funeraria ahí.

No lo seguía. Lo he intentado cuando ha salido usted, pero no me conozco las calles de por ahí. Lo he perdido. Así que he vuelto.

—¿Para qué?

—La verdad, no lo sé. Me ha dado la impresión de que estaba usted raro al salir de la casa. O quizá solo ha sido un presentimiento. Por ser mi hermano, y eso. Así que he vuelto y he llamado al timbre. Nadie ha respondido. He pensado que eso también era raro. Quizá soy adivina o algo así. Y de pronto me ha parecido que tenía que entrar. Y no sabía cómo hacerlo, pero tenía que entrar.

—Eso me ha sucedido a mí —dije, y era mi voz, pero alguien había estado usando mi lengua como papel de lija.

—He llamado a la policía y he dicho que había oído tiros. Han venido y uno ha entrado en la casa por una ventana. Y después ha dejado entrar al otro. Y después de un rato me han dejado entrar a mí. Y después no querían dejarme ir. He tenido que contárselo todo, quién era, y que había mentido sobre los disparos, y que lo había hecho porque temía que le hubiera pasado algo a Orrin. Y he tenido que hablarles de usted también.

—Está bien —dije—. Yo mismo se lo habría contado después de tener la oportunidad de decírselo a usted.

—Será un poco incómodo para usted, ¿no?

—Sí.

—¿Lo arrestarán o algo?

—Podrían.

—Lo ha dejado allí tirado en el suelo. Muerto. Supongo que ha tenido que hacerlo.

—Tenía mis razones —dije—. No parecerán muy convincentes, pero tenía mis razones. Para él ya no tenía importancia.

—Seguro que tenía sus razones —convino—. Usted es muy inteligente. Siempre tiene razones para las cosas. Bueno, supongo que tendrá que decirle a la policía sus razones también.

—No necesariamente.

—Claro que sí —dijo la voz, que traslucía un placer que no supe a qué atribuir—. Claro que sí. Lo obligarán.

—No discutamos sobre eso —dije—. En mi negocio se hace lo que se puede por proteger a un cliente. A veces uno va demasiado lejos. Es mi caso. Me he puesto en una posición vulnerable. Pero no solo fue por usted.

—Lo ha dejado tendido en el suelo, muerto —dijo—. Y no me importa lo que le haga la policía. Si lo encierran, creo que me alegraría. Apuesto a que se sentirá muy orgulloso.

—Seguro —dije—. Siempre una sonrisa. ¿Ha visto lo que tenía en la mano?

—No tenía nada en la mano.

—Bueno, cerca de la mano.

—No había nada. No había nada en absoluto. ¿A qué se refiere?

—Mejor así —dije—. Me alegro. Bueno, adiós. Voy a la Jefatura ahora. Quieren verme. Buena suerte, si no volvemos a vernos.

—Guárdese su buena suerte —dijo—. La necesitará. No quiero nada suyo.

—He hecho todo lo que he podido por usted —dije—. Quizá si me hubiera dado un poco más de información al empezar...

Colgó mientras hablaba.

Devolví el auricular a la horquilla con tanta delicadeza como si se tratara de un bebé. Saqué un pañuelo y me sequé las palmas de las manos. Fui al lavabo y me lavé la cara y las manos. Me salpiqué la cara con agua fría y me sequé frotando la toalla con fuerza, al mismo tiempo que me miraba al espejo.

—Has ido derecho al abismo —le dije a la cara.

En el centro de la estancia había una mesa larga de roble. Los bordes estaban orlados de muescas de cigarrillos. Detrás había una ventana con alambre tejido sobre el vidrio. También detrás de la mesa, con una montaña desordenada de papeles ante él, estaba el teniente detective Fred Beifus. En una de las cabeceras de la mesa, en una silla con brazos inclinada sobre las dos patas traseras, había un hombre corpulento cuyo rostro tenía para mí la vaga familiaridad de las imágenes en blanco y negro en un periódico. Tenía una mandíbula como un banco de plaza. Entre los dientes sostenía lo que quedaba de un lápiz de carpintero. Parecía estar despierto y respirar, pero aparte de eso se limitaba a estar sentado.

Al otro lado de la mesa había dos escritorios de tapa y otra ventana. Uno de los escritorios estaba bajo la ventana. Allí una mujer de cabello anaranjado escribía a máquina un informe, en una pequeña mesa pegada al escritorio. En el otro se hallaba Christy French en un sillón giratorio echado hacia atrás, con los pies en la tapa del escritorio. Miraba por la ventana, que estaba abierta sobre una magnífica vista del aparcamiento de la policía y el reverso de una valla publicitaria.

—Siéntese ahí —dijo Beifus señalando.

Me senté frente a él en una silla de respaldo recto. Ya no era nueva, y cuando lo fue no había sido hermosa.

—Le presento al teniente Moses Maglashan de la policía de Bay City —dijo Beifus—. Él no lo aprecia más que nosotros.

El teniente Moses Maglashan se sacó el lápiz de la boca y miró las marcas de los dientes en la madera chata y octogonal. Después fue mi turno. Me estudió lentamente, catalogándose. No dijo nada. Devolvió el lápiz a la boca.

—Quizá yo sea la excepción —continuó Beifus—, pero para mí usted no tiene más atractivo que una tortuga. —Se volvió a medias hacia la dactilógrafa en el rincón—. Millie. —Ella pasó de la máquina de escribir a un bloc—. El nombre es Philip Marlowe. Con una «e» al final. ¿Número de licencia?

Volvió a mirarme. Se lo dije. La reina anaranjada lo anotó sin levantar la vista. Decir que tenía una cara que habría detenido de espanto a un reloj habría sido insultarla. Con esa cara podría haber detenido a un caballo desbocado.

—Ahora, si quiere —me dijo Beifus—, puede empezar por el principio y contarnos todo lo que nos ocultó ayer. No elija. Deje que salga todo. Tenemos suficientes elementos contra usted como para retenerlo todo el tiempo que sea necesario.

—¿Quiere que haga una declaración?

—Una declaración muy completa —dijo Beifus—. Qué gracioso, ¿eh?

—¿Esta declaración será voluntaria y sin coerción?

—Sí. Siempre lo son. —Beifus sonrió.

Maglashan me clavó la mirada. La reina anaranjada volvió a la máquina. No había nada para ella todavía. Treinta años de práctica habían perfeccionado su percepción. Maglashan sacó del bolsillo un grueso guante de piel de cerdo, se lo puso en la mano derecha y flexionó los dedos.

—¿Para qué es eso? —le preguntó Beifus.

—A veces me como las uñas —explicó Maglashan—. Es raro. Solo me como las de la mano derecha. —Alzó los ojos despacio y los fijó en mí—. Algunos tipos son más cooperativos que otros. Algo que ver con los riñones, me han dicho. He conocido tipos de la clase de los no cooperativos que tenían que ir al baño cada quince minutos durante semanas después de haber sido transformados en lo opuesto. Al parecer, no podían retener bien los líquidos.

—Imagínate —dijo Beifus con admiración.

—Después están los tipos que no pueden hablar más alto que en susurro —prosiguió Maglashan—. Como boxeadores que han parado demasiados golpes con el cuello.

Maglashan me miró. Al parecer, era mi turno.

—También están los que no llegan a ir al baño de ningún modo —dije—. Son los que se esfuerzan demasiado. Se sientan en una silla como esta durante treinta horas seguidas. Después se derrumban y son presa del tedio o les estalla la vejiga. Cooperan demasiado. Y al amanecer, cuando el tanque está vacío, se los encuentra muertos en un rincón oscuro. Quizá deberían haber visitado a un médico, pero uno no puede estar atento a todo, ¿verdad, teniente?

—En Bay City pensamos en casi todo —replicó—. Cuando tenemos algo que pensar.

Tenía vigorosos nudos musculares a los lados de la mandíbula. Los ojos tenían un trasfondo rojizo.

—Podría hacer un trabajo extraordinario con usted —dijo mirándome—. Extraordinario.

—No lo dudo, teniente. Siempre lo he pasado en grande en Bay City... al menos mientras estaba consciente.

—Yo lo mantendría consciente mucho mucho tiempo. Lo consideraría un deber. Le daría una atención personalizada.

Christy French volvió la cabeza lentamente y bostezó.

—¿Por qué son ustedes, los policías de Bay City, tan duros? —preguntó—. ¿Se bañan en salmuera o algo así?

Beifus asomó la punta de la lengua y se la pasó por los labios.

—Siempre hemos sido duros —respondió Maglashan sin mirarlo—. Nos gusta ser duros. Los tipos como este nos mantienen en forma. —Volvió a dirigirse a mí—: Así que fue usted el comedido que nos llamó por Clausen. Es hábil con un teléfono público, ¿no, querido?

No dije nada.

—Le estoy hablando, querido —insistió Maglashan—. Le he hecho una pregunta, querido. Cuando hago una pregunta, quiero una respuesta. ¿Entendido, querido?

—Siga hablando y se responderá usted mismo —dijo Christy French—. Y quizá no le guste la respuesta y como es usted tan duro no tendrá más remedio que darse un puñetazo con esa mano enguantada. Solo para confirmar su dureza.

Maglashan se enderezó. En las mejillas le brillaban manchas rojas del tamaño de monedas de medio dólar.

—He venido aquí en busca de cooperación —le dijo lentamente a French—. Sarcasmos ya tengo en casa. De mi esposa. Aquí preferiría que trabajen de mi parte.

—Tendrá cooperación —replicó French—. Pero no intente ser el protagonista de la película. —Hizo girar la silla y me miró—. Tomemos una hoja de papel en blanco y hagamos como si empezáramos la investigación. Sé todos sus argumentos. No los juzgaré. Lo que queremos saber es si quiere hablar o prefiere que lo retengamos como testigo material.

—Hagan las preguntas —dije—. Si no les gustan las respuestas, pueden retenerme. Si me retienen, haré una llamada.

—Correcto —dijo French—, suponiendo que lo retengamos. Pero no tenemos por qué hacerlo. Podemos recorrer todo el circuito con usted. Puede llevar días.

—Y comida en lata difícil de tragar —añadió Beifus jocosamente.

—En un sentido estricto, no sería legal —dijo French—. Y aun así lo hacemos continuamente. Como cuando usted hace algo que quizá no debería hacer. ¿Diría que en este asunto lo ha hecho todo de manera legal?

—No.

Maglashan soltó un «¡Ja!» desde el fondo de la garganta.

Miré a la reina anaranjada, que había vuelto a su bloc, silenciosa e indiferente.

—Tenía una clienta que proteger —aventuró French.

—Quizá.

—Quiere decir que tenía una clienta. Ella lo ha delatado.

No dije nada.

—Su nombre es Orfamay Quest —continuó French observándome.

—Haga las preguntas —dije.

—¿Qué pasó en Idaho Street?

—Fui allí buscando a su hermano. Él se había mudado, me dijo ella, y ella había venido a buscarlo. Estaba preocupada. El encargado, Clausen, estaba demasiado borracho para decir nada sensato. Miré en el registro y vi que otro hombre se había mudado a la habitación de Quest. Hablé con ese hombre. No me contó nada que me ayudara.

French tomó un lápiz del escritorio y se dio toques en los dientes con él.

—¿Volvió a ver a ese hombre?

—Sí. Le dije quién era yo. Cuando volví abajo, Clausen estaba muerto. Y alguien había arrancado una página del registro. La página donde estaba el nombre de Quest.

Llamé a la policía.

—Pero ¿no se quedó?

—No tenía información sobre la muerte de Clausen.

—No se quedó —repitió French.

Maglashan se aclaró la garganta de manera muy ruidosa y escupió el lápiz de carpintero al otro lado de la sala. Vi cómo golpeaba contra la pared y repiqueteaba contra suelo.

—Exacto —dije.

—En Bay City —dijo Maglashan— podríamos matarlo por eso.

—En Bay City podrían matarme por llevar una corbata azul —repliqué.

Empezó a levantarse. Beifus lo miró de reojo y dijo:

—Que se encargue Christy. Siempre hay una segunda oportunidad.

—Podríamos sacarlo de circulación solo por eso —me dijo French sin inflexión.

—Considéreme fuera de circulación —dije—. De todos modos, nunca me ha gustado la profesión.

—Pues volvió a su oficina. ¿Qué pasó después?

—Informé a mi clienta. Entonces me llamó un tipo y me citó en el hotel Van Nuys. Era el mismo tipo con el que había hablado en Idaho Street, aunque se hacía llamar por otro nombre.

—Podría habérselo contado, ¿no?

—Si lo hubiera hecho, tendría que habérselo contado todo. Eso habría significado una violación de la confianza de mi clienta.

French asintió y volvió a darse toques con su lápiz. Dijo lentamente:

—Un asesinato basta para disculpar esa violación de la confianza. Dos asesinatos la disculpan doblemente. Y dos asesinatos con el mismo método, triplemente. No tiene buen aspecto, Marlowe. No tiene buen aspecto en absoluto.

—Ni siquiera a la clienta le parece que tengo buen aspecto —dije—, después de hoy.

—¿Qué ha pasado hoy?

—Me ha dicho que su hermano la había llamado desde la casa de ese médico. El doctor Lagardie. El hermano estaba en peligro. Yo debía ir allí deprisa y hacerme cargo de él. He ido enseguida. El doctor Lagardie y su enfermera habían cerrado el consultorio. Parecían asustados. La policía había estado allí. —Miré a Maglashan.

—Otra de sus llamadas —dijo Maglashan.

—Esta vez no he sido yo —dije.

—De acuerdo. Siga —dijo French tras una pausa.

—Lagardie ha negado saber nada de Orrin Quest. Ha mandado a la enfermera a su casa. Después me ha dado un cigarrillo que contenía droga y he estado ausente un rato. Cuando me he despertado, estaba solo en la casa. Bueno, en realidad no. Orrin Quest, o lo que quedaba de él, estaba rascando la puerta. Ha caído muerto cuando la he abierto. Con su último ápice de fuerza ha intentado clavarme el picahielos.

Moví los hombros. El sitio de la picadura estaba un poco duro, nada más.

French miró fijamente a Maglashan. Este sacudió la cabeza, pero French siguió mirándolo. Beifus empezó a silbar entre dientes. Al principio no capté la melodía, pero después comprendí que era «Old Man Mose is Dead».

French giró la cabeza y dijo lentamente:

—No se ha encontrado ningún picahielos junto al cuerpo.

—Lo he dejado donde ha caído —dije.

—Parece que tendré que ponerme el guante de nuevo —dijo Maglashan. Se lo estiró entre los dedos—. Alguien es un condenado mentiroso, y no soy yo.

—Está bien —dijo French—. Está bien. No nos pongamos teatrales. Supongamos que el chico tenía un picahielos en la mano; eso no demuestra que naciera con uno.

—Afilado —concreté—. Corto. Ocho centímetros desde el mango hasta la punta. No es así como vienen del almacén.

—¿Por qué querría matarlo a usted? —preguntó Beifus con su sonrisa irónica—. Usted era su amigo. Usted estaba allí enviado por su hermana para salvarlo.

—Yo era apenas algo entre él y la luz —expliqué—. Algo que se movía y podía ser un hombre, quizá el hombre que le había disparado. Estaba muriéndose de pie. Yo nunca lo había visto antes. Si él me llegó a ver, nunca lo sabré.

—Podría haber sido una hermosa amistad —dijo Beifus con un suspiro—. Salvo por el picahielos, por supuesto.

—Y el hecho de que lo tuviera en la mano e intentara clavármelo podría significar algo.

—¿Qué, por ejemplo?

—Un hombre en su estado actúa por instinto. No inventa nuevas técnicas. Ha logrado pincharme entre los omóplatos apenas, el último y débil esfuerzo de un moribundo. Quizá habría sido en un lugar diferente y con una penetración mucho mayor si hubiera tenido fuerzas.

Maglashan me interrumpió:

—¿Cuánto tiempo más tendremos que seguirle la corriente a este mono? Le hablan como si fuera humano. Déjenme hablarle a mi manera.

—Al capitán no le gusta eso —dijo French de pasada.

—Al diablo con el capitán.

—Al capitán no le gusta que vigilantes de pueblo lo manden al diablo —dijo French.

Maglashan apretó los dientes con fuerza y la línea de la mandíbula se le puso blanca. Los ojos se le entrecerraron y brillaron. Aspiró con fuerza por la nariz.

—Gracias por la cooperación —dijo, y se puso de pie—. Seguiré mi camino.

Dio la vuelta a la mesa y se detuvo a mi lado. Con la mano izquierda me subió la barbilla.

—Nos volveremos a ver, querido. En mi pueblo.

Me abofeteó dos veces con el guante. Lo hizo con el extremo de la muñeca; los

botones me lastimaron. Levanté una mano y me froté el labio superior.

—Por todos los cielos, Maglashan —dijo French—, siéntese y deje que el tipo diga lo que tiene que decir. Y no vuelva a ponerle una mano encima.

Maglashan lo miró.

—¿Cree que puede obligarme?

French se limitó a encogerse de hombros. Tras un momento, Maglashan se pasó una mano por la boca y volvió a su silla. French dijo:

—Oigamos sus ideas sobre todo esto, Marlowe.

—Entre otras cosas, Clausen probablemente vendía marihuana —dije—. Olí marihuana en su apartamento. Un hombre chiquito y duro estaba contando dinero en la cocina cuando entré. Tenía una pistola y un cuchillo bien afilado, e intentó usarlos contra mí. Se los quité y se marchó. Él debía de ser el distribuidor. Pero Clausen estaba alcoholizado hasta tal punto que ya no se podía confiar en él. No se aceptan tipos así en las organizaciones. El distribuidor pensó que yo era un detective. Y su gente no debió de querer que arrestasen a Clausen; sería demasiado fácil ordeñarlos. En cuanto olieran a policía en la casa, Clausen debía desaparecer.

French miró a Maglashan.

—¿Tiene sentido para ti?

—Podría ser —reconoció Maglashan de mala gana.

—Suponiendo que así fuera —dijo French—, ¿qué tiene que ver con Orrin Quest?

—Cualquiera puede oler la marihuana —dije—. Si uno está aburrido y solo y deprimido y sin trabajo, incluso puede ser muy atractiva. Pero cuando uno la fuma, tiene ideas distintas y emociones acentuadas. La marihuana afecta de modo diferente a gente diferente. A algunos los vuelve muy duros, a otros los vuelve muy indiferentes. Supongamos que Quest intentó extorsionar a alguien, y amenazó con ir a la policía. Es muy posible que los tres crímenes estén conectados con la banda de traficantes.

—Eso no explica por qué Quest tenía un picahielos afilado —comentó Beifus.

—De acuerdo con el teniente, no lo tenía —dije—. Así que eso pude haberlo imaginado. Además, quizá lo había recogido por ahí. Quizá era parte del mobiliario de la casa del doctor Lagardie. ¿Saben algo sobre él?

Sacudió la cabeza.

—Todavía no.

—Él no me mató, y probablemente no mató a nadie —dije—. Quest le dijo a su hermana, según ella, que estaba trabajando para el doctor Lagardie, pero que unos gánsteres iban tras él.

—Este Lagardie —dijo French, agujereando su vade con la punta del lápiz—, ¿qué puede decirnos de él?

—Tenía un consultorio en Cleveland. En el centro, bastante lujoso. Debe de haber tenido sus motivos para esconderse en Bay City.

—¿Cleveland, eh? —ronroneó French, y miró un rincón del cielo raso.

Beifus miró sus papeles y Maglashan dijo:

—Probablemente se dedique a practicar abortos. Desde hace un tiempo tengo un ojo puesto en él.

—¿Qué ojo? —le preguntó Beifus con gracia.

Maglashan se ruborizó.

—Probablemente —añadió French—, el que no tiene en Idaho Street.

Maglashan se puso de pie de manera violenta.

—Ustedes se creen tan inteligentes... Podría interesarles saber que apenas somos una fuerza policial de una pequeña ciudad. Con frecuencia tenemos que hacer trabajo doble. De todos modos, me gusta la idea de la marihuana. Podría reducirme considerablemente el trabajo. Empezaré ahora mismo.

Se dirigió con vehemencia hacia la puerta y se fue. French miró en su dirección. Beifus hizo lo mismo. Cuando la puerta se cerró, se miraron entre sí.

—Apuesto a que esta noche volverán a hacer una redada —dijo Beifus.

French asintió.

—En un piso encima de una lavandería —sugirió Beifus—. Van a la playa, recogen a tres o cuatro vagabundos, los llevan a ese apartamento y los encierran con algunas drogas. Después hacen una redada y se los muestran a los periodistas.

—Estás hablando demasiado, Fred —dijo French.

Beifus sonrió y se quedó en silencio. French le dijo:

—Si tuviera que adivinar, ¿qué diría que estaban buscando en la habitación del Van Nuys?

—Un resguardo de una maleta llena de hierba.

—No está mal —dijo French—. Y si tuviera que adivinar un lugar, ¿cuál sería?

—Lo estuve pensando. Cuando hablé con Hicks en Bay City no llevaba el peluquín. En general, no se usa en casa. Pero sí lo llevaba en la cama de Van Nuys. Quizá no se lo puso él mismo.

—¿Y? —preguntó French.

—No sería un mal lugar para esconder un resguardo —afirmé.

—Se lo podría pegar con una cinta adhesiva —dijo French—. Es una buena idea.

Hubo un silencio. La reina anaranjada volvió a la máquina de escribir. Yo me miré las uñas. No estaban tan limpias como deberían. Tras la pausa, French dijo lentamente:

—No piense ni por un minuto que está absuelto, Marlowe. Por curiosidad, ¿a santo de qué el doctor Lagardie le ha mencionado Cleveland?

—He intentado tirarle de la lengua. Un médico no puede cambiarse el nombre si quiere seguir practicando. El picahielos le ha hecho pensar a usted en Weepy Moyer. Weepy Moyer operaba en Cleveland. Sunny Moe Stein operaba en Cleveland. Es cierto que la técnica del picahielos era diferente, pero sigue siendo un picahielos. Usted mismo ha dicho que los chicos podían haber aprendido. Y en esas bandas siempre hay un médico entre bambalinas.

—Muy arriesgado —dijo French—. Conexiones muy sueltas.

—¿Me haría algún bien tratar de ajustarlas?

—¿Puede?

—Puedo intentarlo.

French suspiró.

—La pequeña Quest está limpia —dijo—. He hablado con su madre en Kansas. Es cierto que vino aquí a buscar a su hermano. Y es cierto que lo contrató a usted. Le dio buenas descripciones. Hasta cierto punto. En realidad, ella sospechaba que su hermano estaba metido en algo malo. ¿Usted ganó algo con el trato?

—No mucho —dije—. Le devolví los honorarios. Ella no tenía gran cosa.

—Así no tendrá que pagar impuestos —comentó Beifus.

—Dejémoslo aquí —dijo French—. El siguiente paso será del fiscal del distrito. Y conociendo a Endicott, tardará una semana en decidir qué hacer.

Hizo un gesto hacia la puerta.

Me puse de pie.

—¿Estará bien si no abandono la ciudad?

Ninguno de los dos se molestó en responder.

Me quedé de pie donde estaba y los miré. La herida del picahielos en la espalda me picaba, y alrededor sentía los músculos agarrotados. También me picaba una mejilla y la boca en el sitio donde Maglashan me había sacudido su muy usado guante. Me sentía como si estuviera sumido en aguas profundas. Todo parecía oscuro y sucio, y en la boca tenía un regusto a sal.

Los policías se quedaron sentados donde estaban y me miraron. La reina anaranjada tecleaba en la máquina. La charla policíaca había perdido todo su atractivo para ellos, al igual que las piernas bonitas para un director de baile. Tenían el rostro sosegado y castigado de hombres sanos en condiciones duras. Tenían los ojos de siempre, nubosos y grises como agua congelándose. La boca firme, las firmes arrugas en los ángulos de los ojos, la mirada dura y hueca y sin significado aparente, no del todo cruel pero a mil kilómetros de la amabilidad. La ropa corriente, llevada sin estilo, con cierto desprecio; el aspecto de hombres que son pobres pero están orgullosos de su poder, siempre alerta para hacer gala de él, de arrojárselo al prójimo y retorcerlo con él y sonreír y ver cómo el otro intenta librarse. Rudos sin malicia, crueles y, sin embargo, no siempre desprovistos de bondad. ¿Qué podía esperarse que fueran? La civilización no tenía sentido para ellos. Lo único que veían de ella eran las fallas, la mugre, los despojos, las aberraciones, el horror.

—¿Por qué se queda ahí? —preguntó Beifus—. ¿Quiere que le demos un gran beso baboso de despedida? ¿Quería una salida con aplausos? Lo lamento. —Su voz fue bajando hasta convertirse en un murmullo. Frunció el entrecejo y cogió un lápiz del escritorio. Con un rápido movimiento de los dedos lo partió en dos y sostuvo las dos mitades en la palma—. Le daremos un mínimo, nada más —dijo, y todo rastro de sonrisa había desaparecido—. Salga y arregle las cosas. ¿Para qué diablos piensa que

lo soltamos? Maglashan le ha regalado un boleto para volver a ver el espectáculo. Úselo.

Alcé una mano y me froté el labio. Mi boca tenía demasiados dientes.

Beifus bajó los ojos hacia la mesa, cogió un papel y comenzó a leerlo. Christy French giró en su sillón, puso los pies sobre el escritorio y miró el aparcamiento por la ventana abierta. La reina anaranjada dejó de escribir a máquina. La sala se llenó de pronto de un pesado silencio.

Salí, cortando el silencio como si me abriera camino en el agua.

La oficina volvía a estar vacía. Sin morenas de largas piernas, sin niñas con gafas, sin hombres oscuros con ojos de pistolero.

Me senté al escritorio y observé como la luz descendía. Los sonidos de la vuelta a casa habían cesado. Afuera los carteles de neón empezaron a hacerse guiños los unos a los otros a través del bulevar. Había que hacer algo, pero no sabía qué. Fuera lo que fuese, sería inútil. Ordené el escritorio, con el ruido de fondo del roce de un cepillo en las baldosas del pasillo. Puse los papeles en el cajón, ajusté el portaplumas, saqué un trapo y se lo pasé al vidrio y después al teléfono. Estaba anocheciendo. El teléfono no sonaría esa noche. Nadie volvería a llamarme. No en este momento. Quizá nunca más.

Guardé el trapo doblado con el polvo dentro, me eché hacia atrás y me quedé sentado, sin fumar, sin pensar siquiera. Era un hombre en blanco. No tenía cara, ni significado, ni personalidad, apenas un nombre. No quería comer. Ni siquiera me apetecía un trago. Era la hoja de ayer del calendario, arrugada y en el fondo de la papelera.

Así que acerqué el teléfono y marqué el número de Mavis Weld. Sonó y sonó y sonó. Nueve veces. Eso es mucho llamar, Marlowe. Supongo que no habrá nadie en casa. Nadie está en casa para ti. Colgué. ¿A quién te gustaría llamar ahora? ¿Tienes un amigo en alguna parte al que pudiera gustarle oír tu voz? No. Nadie.

Que suene el teléfono, por favor. Que alguien me llame y vuelva a conectarme con la condición humana. Aunque sea un policía. Aunque sea un Maglashan. No es necesario que me quieran. Solo quiero salir de este astro helado.

Entonces sonó el teléfono.

—Amigo —dijo su voz—. Hay problemas. Problemas gordos. Ella quiere verte. Le gustas. Piensa que eres un hombre honesto.

—¿Dónde? —pregunté. En realidad no era una pregunta, solo un sonido que emití. Chupé la pipa fría y apoyé la cabeza en la mano, pegándome al teléfono. En cualquier caso, era una voz con la que hablar.

—¿Vendrás?

—Esta noche iría a ver a un papagayo enfermo. ¿Adónde tengo que ir?

—Pasaré a buscarte. Estaré frente a tu edificio en quince minutos. No es fácil llegar a nuestro destino.

—¿Y cómo volveré? —pregunté—. ¿O eso no debe preocuparnos?

Pero ya había colgado.

Abajo, en la barra del *drugstore*, me dio tiempo a tragar dos tazas de café y un sándwich caliente de queso con dos rebanadas de tocino, como dos peces muertos en el fondo de una pecera vacía.

Estaba loco. Me gustó.

Era un descapotable Mercury negro con una capota liviana. Estaba puesta. Cuando me incliné junto a la ventanilla, Dolores Gonzales se deslizó al asiento del acompañante.

—Conduce tú, por favor, amigo. Nunca me ha gustado conducir.

La luz del *drugstore* le daba en la cara. Había vuelto a cambiarse de ropa, pero seguía siendo toda negra, salvo una blusa de color rojo fuego. Vestía pantalones y una chaqueta suelta de aire masculino.

Seguí inclinado.

—¿Por qué no me llamó ella?

—No ha podido. No tenía el número, y tenía muy poco tiempo.

—¿Por qué?

—Al parecer, porque ha aprovechado un momento en que alguien ha salido de la habitación.

—¿Y dónde está el lugar desde el que ha llamado?

—No sé el nombre de la calle. Pero puedo encontrar la casa. Por eso he venido. Por favor, sube, tenemos que darnos prisa.

—Quizá —dije—. Y quizá no suba al coche. La vejez y la artritis me han hecho cauto.

—Siempre bromeando —dijo—. Qué hombre tan raro.

—Siempre bromeando, mientras sea posible —repliqué—, y el hombre es de lo más común, con una sola cabeza... que ha sido tratada con cierta rudeza en ocasiones. Y todas ellas solían empezar con algo parecido a esto.

—¿Me harás el amor esta noche? —preguntó suavemente.

—Eso también es una cuestión abierta. Probablemente no.

—No perderías el tiempo. No soy una de esas rubias artificiales con una piel en la que podrías encender una cerilla. Esas antiguas lavanderas de grandes manos huesudas, rodillas hirientes y pechos caídos.

—Durante media hora —dije—, dejemos el sexo a un lado, solo media hora. Es algo grandioso, como el helado de chocolate. Pero hay un momento en que uno preferiría cortarse el cuello. Creo que yo preferiría cortarme el mío.

Subí al coche, me coloqué tras el volante y encendí el motor.

—Al oeste —dijo ella—, más allá de Beverly Hills.

Giré en la esquina hacia el sur, hacia Sunset. Dolores sacó uno de sus largos cigarrillos oscuros.

—¿Has traído una pistola? —preguntó.

—No. ¿Para qué querría una pistola? —Con el brazo izquierdo notaba el bulto de la Luger.

—Quizá sea mejor así.

Acomodó el cigarrillo en la tenacilla dorada y lo encendió con el encendedor dorado. La luz que se reflejó en su cara pareció perderse en sus insondables ojos negros.

Doblé al oeste por Sunset y me hundí en uno de los tres carriles de conductores veloces que se esforzaban por llegar a ninguna parte y no hacer nada.

—¿Qué clase de problema tiene la señorita Weld?

—No lo sé. Solo me ha dicho que tenía problemas y que estaba muy asustada y que te necesitaba a ti.

—Debería poder inventarse una historia mejor.

No respondió. Me detuve ante un semáforo y giré la cabeza para verla.

Estaba llorando sin sonido en la oscuridad.

—Yo no le tocaría ni un pelo a Mavis Weld —dijo—. Aunque no espero que me creas.

—Por otra parte —comenté—, quizá el hecho de que usted no tenga una historia ayude.

Empezó a deslizarse en el asiento hacia mí.

—Siga en su lado —dije—. Tengo que conducir esta chatarra.

—¿No te gustaría sentir mi cabeza en tu hombro?

—No con este tránsito.

Me detuve en Fairfax ante un semáforo en verde para permitir girar a la izquierda a otro coche. Detrás sonaron violentos bocinazos. Cuando volví a avanzar, el coche que estaba detrás me adelantó y el tipo gordo en camiseta que lo conducía me insultó. Se me cruzó tan cerca que tuve que frenar.

—Antes me gustaba esta ciudad —comenté, solo por decir algo y no seguir pensando con demasiada intensidad—. Hace mucho tiempo. Había árboles en Wilshire Boulevard. Beverly Hills era una población rural. Westwood solo tenía colinas desnudas, con lotes que se ofrecían por mil cien dólares y nadie los compraba. Hollywood era un racimo de casas de madera en la ruta interurbana. Los Ángeles, una ciudad algo extensa, soleada y seca, con casas feas y nada de estilo, pero mucha benevolencia y tranquilidad. Tenía la atmósfera que ahora todos añoran. La gente solía dormir en los porches. Pequeños grupos que se consideraban intelectuales la llamaban la Atenas norteamericana. No era eso, pero tampoco era este gran barrio bajo iluminado de neón.

Cruzamos La Cienega y tomamos la curva de Strip. The Dancers era una llamarada de luz. La terraza estaba atestada. El aparcamiento parecía una fruta caída cubierta de hormigas.

—Ahora hay personajes como este Steelgrave, dueño de restaurantes. Hay tipos como ese gordo que me gritó. Hay mucho dinero, tiradores con buena puntería, obreros a porcentaje, chicos de dólar rápido, pistoleros de Nueva York y Chicago y Detroit... y Cleveland. Triunfan los restaurantes y los clubes nocturnos de moda que ellos regentan, y los hoteles y las casas de apartamentos que poseen, y los asesinos y

los estafadores y las ladronas que viven en ellos. Los comercios de lujo, los decoradores maricas, las diseñadoras de modas lesbianas, el rumor de la gran ciudad dura sin más personalidad que la de un vaso de papel. En los suburbios elegantes, el viejo y querido papá está leyendo el periódico deportivo frente a un ventanal, sin zapatos, pensando que es de clase alta porque tiene tres coches en el garaje. Mamá está frente a su tocador de princesa intentando borrar los bolsos de viaje que le cuelgan debajo de los ojos. Y el nene está aferrado al teléfono llamando a una sucesión de compañeras de colegio que hablan inglés gatuno y llevan preservativos en su caja de maquillaje.

—Igual que en todas las ciudades grandes, amigo.

—Las ciudades de verdad tienen algo más, una estructura ósea verdadera bajo la máscara. Los Ángeles tiene a Hollywood... y lo odia. Debería considerarse afortunada. Sin Hollywood sería una ciudad para comprar por correo. Todo lo que tiene en su catálogo se consigue mejor en otra parte.

—Estás amargo esta noche, amigo.

—He tenido algunos problemas. El único motivo por el que estoy en este coche con usted es que he tenido tantos problemas que uno más ya no me parece gran cosa.

—¿Has hecho algo malo? —preguntó, y volvió a acercarse en el asiento.

—Bueno, solo he estado recogiendo unos cadáveres —respondí—. Depende del punto de vista. A la policía no le gusta el trabajo que hacemos los aficionados. Ellos tienen su propio servicio.

—¿Qué te harán?

—Podrían expulsarme de la ciudad, aunque no me importaría gran cosa. No apriete tanto. Necesito este brazo para hacer los cambios.

Se apartó con un suspiro.

—Creo que eres un tipo desagradable —afirmó—. Toma la derecha en la ruta de Lost Canyon.

Pasamos por delante de la universidad. Todas las luces de la ciudad ya estaban encendidas, una vasta alfombra de luces que se extendía por la ladera hacia el sur, hacia la distancia infinita. Encima se oyó un avión perdiendo altura; sus dos luces de señal parpadeaban alternativamente. En Lost Canyon doblé a la derecha; el camino empezaba a hacer meandros y a subir. Había demasiados coches; los faros se reflejaban con furia en el asfalto blanco lleno de curvas. Empezó a soplar brisa. Sentía el olor a salvia, el aroma acre de los eucaliptos y el sosegado perfume de la tierra. En la ladera brillaban las ventanas. Pasamos frente a una casa de estilo español, blanca y de dos pisos, que debía de costar una fortuna y que tenía un cartel luminoso según el cual vendían perros, una raza especial de terrier.

—La siguiente a la derecha —indicó Dolores.

Giré. El camino se hizo más abrupto y más estrecho. Había casas detrás de muros y masas de arbustos, pero no se veía nada. Al llegar al siguiente cruce, encontramos un coche patrulla con un faro rojo, y a la derecha dos coches aparcados en ángulo

recto. Una linterna subía y bajaba. Aminoré la marcha y me detuve a la altura del coche con el faro rojo. Dos policías estaban dentro, fumando. No se movieron.

—¿Qué pasa?

—Amigo, no tengo la menor idea. —Su voz era algo distante. Es posible que estuviera un poco asustada. No supe de qué.

Un hombre alto, el que tenía la linterna, se acercó al coche y me apuntó con el haz de luz; luego lo bajó.

—Esta calle está cerrada esta noche —dijo—. ¿Van a alguna parte en especial?

Puse punto muerto, cogí una linterna que Dolores había sacado de la guantera, la encendí y apunté al hombre alto. Llevaba pantalones de aspecto caro, una camisa *sport* con las iniciales en el bolsillo y un pañuelo de lunares en el cuello. Gafas de carey y el cabello negro ondulado y brillante. Ni en todo el infierno habría encontrado a alguien más típico de Hollywood.

—¿Alguna explicación? —dije—. ¿O están cambiando la ley, simplemente?

—La ley está allí, si quiere hablar con ellos. —Su voz tenía un tono de desdén—. Somos simples ciudadanos. Vivimos por aquí. Este es un barrio residencial. Nos proponemos mantenerlo así.

Un hombre con una escopeta de caza salió de entre las sombras y se ubicó al lado del hombre alto. Tenía la escopeta en el hueco del brazo izquierdo, apuntada hacia abajo. Pero no parecía estar usándola de muleta.

—Por mí, está bien —dije—. No tengo planeado alterar la paz del barrio. Solo queremos ir a una casa.

—¿Qué casa? —preguntó el tipo alto con frialdad.

Me volví hacia Dolores.

—¿Qué casa?

—Es una casa blanca en lo alto de la colina —dijo ella.

—¿Y qué se proponen hacer allí? —insistió el tipo alto.

—El hombre que vive ahí es amigo mío —respondió ella con descaro.

Él le iluminó la cara un momento.

—Usted me parece perfecta —dijo—. Pero no nos gusta su amigo. No nos gustan los personajes que tratan de regentar garitos en esta clase de barrios.

—No sé nada de ningún garito —dijo de inmediato Dolores.

—La policía tampoco —dijo el tipo alto—. Ni siquiera quieren averiguarlo. ¿Cómo se llama su amigo, preciosa?

—Eso no le importa —escupió Dolores.

—Vuelva a casa a tejer medias, preciosa —replicó el tipo alto. Se volvió hacia mí—. El camino no está abierto esta noche —agregó—. Ya sabe por qué.

—¿Y cree que dará resultado? —pregunté.

—Sea como sea, se necesitará algo más que usted para hacernos cambiar de planes. No se imagina cuántos impuestos pagamos. Y esos monos en el coche patrulla, y muchos más en el ayuntamiento, continúan mano sobre mano cuando les

pedimos que hagan cumplir la ley.

Abrí la portezuela del coche. El tipo se hizo atrás para dejarme salir. Fui hasta los policías. Los dos estaban pacíficamente echados hacia atrás en sus asientos. La radio sonaba baja, apenas audible. Uno de ellos masticaba chicle al ritmo de la música.

—¿Qué tal si cortan este cerco y dejan pasar a los ciudadanos? —pregunté.

—No tenemos órdenes, amigo. Estamos aquí para mantener la paz, nada más. Alguien empieza algo, nosotros lo terminamos.

—Dicen que hay un garito colina arriba.

—Eso dicen —dijo el policía.

—¿Ustedes no lo creen?

—Ni siquiera lo intento, amigo —respondió, y escupió por encima de mi hombro.

—Suponga que tengo un asunto urgente allí arriba.

Me miró impasible y bostezó.

—Muchas gracias, amigo —dije.

Volví al Mercury, saqué la cartera y le tendí al hombre alto una tarjeta. La iluminó con su linterna, y dijo:

—¿Y bien?

Apagó la luz y se quedó en silencio. Su rostro empezó a tomar forma en la oscuridad.

—Mi visita es profesional —expliqué—. Para mí es importante. Déjeme pasar y quizá mañana no van necesitar hacer este bloqueo.

—Habla demasiado.

—¿Me cree dueño de la fortuna que se necesita para participar en un garito privado?

—Ella podría tenerla —dijo señalando a Dolores—. Podría traerlo a usted como protección.

Se volvió hacia el tipo de la escopeta.

—¿Qué opinas?

—Corramos el riesgo. Son solo dos, no perdemos mucho.

El tipo alto volvió a encender la linterna e hizo una señal con ella. Un motor se encendió. Uno de los coches que bloqueaban el camino retrocedió. Yo subí al Mercury y lo puse en marcha, pasé por la abertura y observé por el espejo retrovisor cómo el bloqueo volvía a cerrarse.

—¿Este es el único camino?

—Ellos creen que sí. Hay otro, pero es un camino privado que atraviesa una propiedad. Tendríamos que haber dado la vuelta por el lado del valle.

—Casi no pasamos —dije—. Esto no debe molestar demasiado a los de dentro.

—Sabía que tú encontrarías el modo, amigo.

—Algo huele mal —dije—. Y no son las violetas silvestres.

—Qué hombre tan suspicaz. ¿No vas a besarme?

—Debería usted haber usado un poco de esa seducción en el bloqueo. El tipo alto

parecía solitario. Podría haberlo llevado a los arbustos.

Me abofeteó con el dorso de la mano.

—Hijo de puta —dijo sin énfasis—. La siguiente curva a la izquierda, por favor.

Subimos un poco más y repentinamente el camino terminó en un amplio círculo oscuro con piedras blancas. Enfrente había una cerca de alambre con un portón ancho, y un cartel encima: «Camino privado. No pasar». El portón estaba abierto hacia un costado, de una cadena colgaba un candado. Rodeamos un arbusto blanquecino y nos encontramos en el patio de una larga casa blanca baja con tejas y un garaje de cuatro coches en un extremo, bajo una balconada. Las dos grandes puertas del garaje estaban cerradas. No había luz en la casa. La luna alta desprendía un resplandor azulado de las paredes estucadas. Algunas de las ventanas de la planta baja tenían los postigos cerrados. Al pie de los escalones de entrada había cuatro cajas llenas de basura. Cerca, un gran contenedor de basura volcado y vacío. Y por último, dos contenedores metálicos llenos de papeles.

En la casa no había señal alguna de vida, ningún sonido. Detuve el Mercury, apagué las luces y el motor, y me quedé allí. Dolores se movió en su rincón. El asiento parecía sacudirse. Estiré una mano y la toqué. Temblaba.

—¿Qué pasa?

—Ba... baja, por favor —dijo, con los dientes temblándole.

—¿Y tú?

Abrió la portezuela de su lado y salió. Hice otro tanto por mi lado y dejé la portezuela abierta, y las llaves en el contacto. Dio la vuelta por detrás del coche y se puso tan cerca de mí que casi podía sentir cómo temblaba. Después se apretó contra mí, cadera contra cadera, pecho contra pecho. Me echó los brazos al cuello.

—He hecho algo muy imprudente —dijo en su susurro—. Me matará... como mató a Stein. Bésame.

La besé. Tenía los labios calientes y secos.

—¿Está ahí adentro?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con nadie... salvo Mavis. A ella también la matará.

—Escucha...

—Bésame otra vez. No viviré mucho más, amigo. Cuando eres instrumento de un hombre como él... mueres joven.

La aparté de mi lado, pero sin violencia.

Dio un paso atrás y levantó rápidamente la mano derecha. Tenía una pistola.

La miré. La luz de la luna se reflejaba apenas en el metal. La sostenía con firmeza; ya no temblaba.

—Qué amigo ganaría si apretara el gatillo —dijo.

—Oirían el disparo desde la calle de abajo.

Negó con la cabeza.

—No, hay una pequeña colina en medio. No creo que lo oyeran, amigo.

Pensé que la pistola saltaría cuando apretara el gatillo. Si yo hacía lo mismo en el momento preciso...

Pero no era tan ágil. No dije nada. Tenía la lengua hinchada.

Siguió hablando despacio, con voz suave y cansada.

—Con Stein no me importó. Lo habría matado yo misma, con gusto. Era basura. Morir no es gran cosa, matar no es gran cosa. Pero llevar engañada a la gente a su propia muerte... —Se interrumpió con algo que pudo ser un sollozo—. Amigo, tú me gustas por algún extraño motivo. Ya debería estar más allá de estos sentimientos tontos. Mavis me lo quitó, pero yo no quería que él la matara. El mundo está lleno de hombres repletos de dinero.

—Parece un buen tipo —dije, sin dejar de mirar la mano con que sostenía el arma. No se notaba la menor vacilación.

Soltó una risa desdeñosa.

—Por supuesto que lo parece. Por eso es lo que es. Tú te crees duro, amigo. Pero eres como un melocotón muy suave comparado con Steelgrave.

Bajó la pistola, era el momento ideal para saltar. Pero seguía sin la agilidad necesaria.

—Ha matado a una docena —dijo—. Con una sonrisa para cada uno. Hace mucho que lo conozco. Lo conocí en Cleveland.

—¿Con los picahielos? —pregunté.

—Si te doy la pistola, ¿lo matarás por mí?

—¿Me creerías si te lo prometiese?

—Sí.

De algún lugar, ladera abajo, llegó el sonido de un coche. Pero parecía tan remoto como Marte, tan desprovisto de sentido como la cháchara de los monos en la jungla brasileña. No tenía nada que ver conmigo.

—Lo mataría si tuviera que hacerlo —dije pasándome la lengua por los labios.

Estaba un poco inclinado, con las rodillas dobladas, listo para saltar.

—Buenas noches, amigo. Me visto de negro porque soy hermosa y mala... y porque estoy perdida.

Me tendió la pistola. La cogí. Me quedé inmóvil. Durante otro largo silencio ninguno de los dos se movió. Luego ella sonrió y echó la cabeza atrás y volvió a meterse en el coche. Puso en marcha el motor y cerró la portezuela. Me miraba. Había una sonrisa en su rostro.

—Actúo bastante bien, ¿no crees? —dijo en voz baja.

Después el coche retrocedió violentamente con un chirrido de neumáticos. Los faros se encendieron. El coche rodeó el arbusto blanquecino. Las luces iluminaron el camino, se deslizaron entre el follaje y el sonido se perdió entre el rumor de las ranas arbóreas, hasta que no hubo ningún sonido. Y ninguna luz, salvo la vieja y aburrida luna.

Saqué el cargador de la pistola. Tenía siete balas. Había otra en la recámara. Dos menos que una carga completa. La olí. Había sido disparada recientemente. Dos veces, quizá.

Volví a poner en su lugar el cargador y sostuve la pistola en la palma de la mano. Las cachas eran de hueso blanco. Calibre 32.

A Orrin Quest le habían disparado dos veces. Los dos cartuchos que había recogido en la habitación eran del calibre 32.

Y el día anterior por la tarde, en la habitación 332 del hotel Van Nuys, una rubia que se tapaba la cara con una toalla me había apuntado con una pistola automática del calibre 32 con cachas blancas.

Uno puede dejarse llevar por la imaginación en estos asuntos.

También puede no dejarse llevar lo suficiente.

Caminé sin hacer ruido hasta el garaje y traté de abrir una de las dos puertas. No había manijas, así que debían de abrirse mediante algún mecanismo. Pasé el haz de mi pequeña linterna por el marco, pero no vi ninguno.

Desistí y me dirigí hacia los contáiners. Unos escalones de madera subían a la entrada de servicio. No creí que la puerta fuera a estar abierta para mi comodidad. Bajo el porche había otra puerta. Esta sí estaba abierta y daba a la oscuridad y al olor de madera de eucaliptos. Cerré detrás de mí y volví a encender la linterna. En un rincón había otra escalera con una especie de montacargas al lado. No era tan tonto como para subir en él. Empecé a subir escalones.

En algún lugar lejano sonó un zumbido. Me detuve. El zumbido se detuvo. Volví a moverme. El zumbido no volvió. Subí hasta una puerta que no tenía picaporte, y encendí la linterna. Otro mecanismo.

Pero este sí que lo encontré. Era una placa oblonga en el marco. Demasiadas manos sucias la habían tocado como para que siguiera siendo invisible. La apreté y la puerta se abrió. Empujé con la ternura con que un joven médico sacaría a la criatura en su primer parto. Daba a un pasillo.

Al fondo, a través de los postigos cerrados la luna iluminaba el ángulo blanco de una cocina y sus fogones cromados. La cocina era lo bastante amplia como para dar una clase de baile. Una arcada abierta llevaba a una despensa con azulejos hasta el techo. Una pila, una nevera gigantesca empotrada y muchos aparatos eléctricos para hacer zumos sin esfuerzo. Uno elige lo que le gusta, aprieta un botón, y cuatro días después se despierta en la camilla de una clínica de desintoxicación.

Tras la despensa encontré una puerta batiente. Una vez cruzada, un comedor a oscuras, abierto a un salón con ventanales al que entraba la luna como el agua por las compuertas de un dique.

Un pasillo alfombrado llevaba a alguna parte. Tras otra arcada abierta se iniciaba una escalera que subía hacia más oscuridad, pero brillaba como si estuviera hecha de ladrillos de cristal y acero inoxidable.

Al fin llegué a lo que debía de ser el salón. Las cortinas estaban corridas y la oscuridad era completa, pero daba la sensación de ser muy espacioso. Las tinieblas pesaban y sentí ese olor que indica que alguien ha estado ahí no hace mucho. Dejé de respirar y escuché. En la oscuridad podía haber tigres acechándome. O tipos con grandes revólveres, de pie, firmes, respirando sin ruido con la boca abierta. O nada y nadie y un exceso de imaginación por mi parte.

Toqué la pared y busqué el interruptor de la luz. Siempre hay uno. Todos tienen interruptores. Por lo general a la derecha para el que entra. Uno entra a una habitación a oscuras y quiere luz. Y hay un interruptor en un lugar natural, a una altura natural. En esa habitación no. Se trataba de una casa diferente. Tenía las puertas y las luces

dispuestas de otro modo. El mecanismo podía ser algo tan sutil como cantar un la sobre el do agudo o pisar un botón oculto bajo la alfombra, o quizá simplemente decir «Que se haga la luz» y un micrófono transformaría la vibración sonora en un impulso eléctrico y un dispositivo lo traduciría en el voltaje suficiente para mover un silencioso interruptor de mercurio.

Estaba adivino esa noche. Yo era un sujeto que quería compañía en un salón oscuro y estaba dispuesto a pagar un alto precio por ella. La Luger bajo el brazo y la 32 en la mano me daban valor. Marlowe Dos Pistolas, el chico del Valle de Cianuro.

Me desarrugué los labios y dije en voz alta:

—¡Hola de nuevo! ¿Alguien necesita un detective por aquí?

Nadie me respondió, ni siguiera el eco. El sonido de mi voz cayó en el silencio como una cabeza cansada sobre una almohada de plumas de cisne.

Y entonces una luz ámbar empezó a crecer encima de la cornisa que circundaba el inmenso salón. Fue creciendo muy lentamente, como si la controlara el panel reostático de un teatro. Pesadas cortinas color albaricoque cubrían las ventanas.

Las paredes también eran de color albaricoque. En el otro extremo, a un lado, había un bar. Asimismo, había un rincón íntimo con mesas y sillas. También, había lámparas de pie y sillones y sofás y la parafernalia usual de un salón, y largas mesas cubiertas en el centro.

A fin de cuentas, los muchachos del bloqueo en la calle tenían algo de razón. Pero el garito estaba muerto. No había vida en el salón. Estaba casi vacío. Pero no del todo.

Una rubia con un abrigo de piel de color chocolate estaba de pie contra un antiguo sillón. Tenía las manos en los bolsillos del abrigo. Tenía el pelo revuelto y la cara no era del blanco de la tiza solo porque la luz no era blanca.

—Hola de nuevo —dijo con voz muerta—. Sigo pensando que ha llegado demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

Caminé hacia ella, movimiento que siempre era un placer. Incluso entonces, incluso en esa casa demasiado silenciosa.

—Es usted encantador. Antes no me lo parecía. Pero ha encontrado usted el modo de que lo crea. Usted... —Su voz se apagó y se le estranguló en la garganta. Tras una pausa muy pesada, dijo—: Necesito un trago. O me derrumbaré.

—Lleva un abrigo muy bonito —comenté. Ya había llegado a su lado. Lo toqué. No se movió. Le temblaban los labios.

—Marta cibelina —susurró—. Cuarenta mil dólares. Alquilado. Para la película.

—¿Esto es parte de la película? —pregunté señalando toda la estancia.

—Esta es la película que termina todas las películas... para mí. De... de veras necesito un trago. Si intento caminar... —Su voz tan clara se disipó en la nada. Sus párpados subían y bajaban.

—Adelante, desmátese —dije—. La atraparé al primer rebote.

Una sonrisa luchó por encontrar un lugar en su cara. Apretó los labios, poniendo todo su esfuerzo por seguir de pie.

—¿Por qué he llegado demasiado tarde? —pregunté—. ¿Demasiado tarde para qué?

—Demasiado tarde para que lo mataran.

—Qué pena, lo he estado esperando toda la noche. La señorita Gonzales me ha traído aquí.

—Lo sé.

Extendí una mano y volví a tocar la piel. Cuarenta mil dólares siempre son agradables de tocar, aunque sean alquilados.

—Dolores estará muy desilusionada —dijo torciendo el gesto.

—No.

—Ella lo ha puesto en el blanco... como hizo con Stein.

—Quizá empezara con ese propósito. Pero ha cambiado de idea.

Se rio. Fue una tonta risa explosiva, como la de un niño jugando a ser un adulto.

—Qué éxito tiene con las chicas —susurró—. ¿Cómo diablos lo hace, hombre maravilloso? ¿Con cigarrillos drogados? No puede ser por su ropa, su dinero o su personalidad. No tiene nada de eso. No es muy joven, ni muy apuesto. Sus mejores días pasaron y...

Hablaba cada vez más rápido, como un motor con una pieza rota. Al final su cháchara resultaba incomprensible. Cuando se detuvo, un suspiro recorrió el silencio; se le torcieron las rodillas y cayó directamente en mis brazos.

Si fue una actuación, fue perfecta. Podía haber tenido pistolas en nueve bolsillos, pero me habrían sido tan útiles como nueve velas rosadas en una tarta de cumpleaños.

No sucedió nada. Ningún personaje temible saltó hacia mí con automáticas en las manos. Ningún Steelgrave me sonrió con la débil, seca y remota sonrisa del asesino. Ningún paso firme sonó detrás de mí.

Quedó en mis brazos tan flácida como una toalla mojada, y no tan pesada como Orrin Quest, ya que estaba menos muerta. Aunque lo bastante pesada como para que me dolieran los tendones en las rodillas. Tenía los ojos cerrados cuando le eché la cabeza hacia atrás. Su respiración era inaudible, y tenía un tono azulado en los labios entreabiertos.

Pasé el brazo derecho por debajo de sus rodillas y la cargué hasta un sofá dorado, donde la tumbé. Me enderecé y fui al bar. Había un teléfono en un rincón de la barra, pero no encontré el camino hasta las botellas, así que tuve que pasar por encima de la barra. Cogí una botella de aspecto prometedor, con etiqueta azul y plateada y cinco estrellas impresas. El corcho estaba aflojado. Vertí un coñac oscuro y aromático en la copa inadecuada y volví a pasar sobre la barra, cargando la botella.

Ella estaba tendida tal como la había dejado, pero con los ojos abiertos.

—¿Puede sostener la copa?

Podía, con un poco de ayuda. Se bebió el coñac y apretó el borde de la copa

contra los labios, como si quisiera reanimarlos. La vi respirar dentro y nublar el cristal. Sus labios se enarcaron en una lenta sonrisa.

—Hace frío esta noche —dijo.

Movió las piernas hasta el borde del sofá y apoyó los pies en el suelo.

—Más —ordenó, tendiéndome la copa. Le serví—. ¿Y usted?

—No bebo, gracias. Ya tengo bastantes emociones fuertes sin beber.

El segundo trago la estremeció. Pero el matiz azul le había desaparecido de la boca, los labios ya no le brillaban como fuego y las pequeñas arrugas alrededor de los ojos ya no estaban en relieve.

—¿Qué es lo que le produce emociones fuertes?

—Pues una buena cantidad de mujeres que todo el tiempo me están echando los brazos al cuello y desmayándose sobre mí y obligándome a que las bese y todo eso. Han sido un par de días muy colmados para un viejo cansado y sin yate.

—Sin yate —dijo—. Lo odiaría. Nací rica.

—Sí. Usted nació con un Cadillac en la boca. Y creo que podría adivinar dónde.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Sí?

—No creerá que es un secreto muy bien guardado, ¿verdad?

—Yo... yo... —Hizo un gesto de impotencia—. No recuerdo mis líneas esta noche.

—Es el diálogo en tecnicolor —dije—. Se congela sobre uno.

—¿No estamos hablando como un par de chiflados?

—Podríamos ser racionales. ¿Dónde está Steelgrave?

Se limitó a mirarme. Me tendió la copa vacía, la cogí y la apoyé en algún lado, sin quitarle los ojos de encima. Ni ella a mí. Pareció como si transcurriera un largo minuto.

—Estaba aquí —dijo al fin, tan despacio como si hubiera tenido que inventar cada palabra—. ¿Me invita a un cigarrillo?

—El viejo truco del cigarrillo —dije.

Saqué dos, me los puse en la boca y los encendí. Le puse uno entre sus labios de rubí.

—Nada es más *sexy* que eso —dijo—. Salvo quizá los besos más leves.

—El sexo es una cosa maravillosa —comenté— cuando uno no quiere responder una pregunta.

Inhaló sin fuerza y parpadeó, después levantó una mano y ajustó el cigarrillo. Después de tantos años, nunca puedo poner un cigarrillo en la boca de una chica exactamente donde ella quiere.

Sacudió ligeramente la cabeza moviendo el cabello suelto contra las mejillas, y me miró para ver hasta qué punto me había impresionado. Toda la palidez había desaparecido. Tenía las mejillas algo encendidas. Pero detrás de sus ojos había cosas que observaban y esperaban.

—Es usted encantador —dijo, aunque yo no hice nada sensacional—, teniendo en cuenta la clase de tipo que es.

También lo soporté.

—Pero en realidad no sé qué clase de tipo es, ¿no? —Se rio de pronto y una lágrima brotó de ninguna parte y le rodó por la mejilla—. Por lo que sé, usted podría ser encantador siendo cualquier clase de tipo. —Se arrancó el cigarrillo y se mordió la mano—. ¿Qué me pasa? ¿Estoy borracha?

—Está ganando tiempo —dije—. Lo que no sé es si lo hace para darle tiempo a alguien a llegar aquí... o para darle tiempo a que se aleje de aquí. Y también podría ser el coñac sumado al susto. Es usted una niña, y quiere llorar contra el delantal de su mamá.

—No de mi madre —dijo—. Como mucho dentro del barril del agua de la lluvia.

—De acuerdo. ¿Dónde está Steelgrave?

—Usted debería estar contento de que esté en cualquier otra parte. Él tenía que matarlo a usted. O eso pensaba él.

—Usted ha querido que yo viniera, ¿no? ¿Tan enamorada está de él?

Se sopló la ceniza del cigarrillo del dorso de la mano. Una partícula se me metió en el ojo y me hizo parpadear.

—Debí de estarlo —dijo—, antes. —Puso una mano sobre la rodilla y abrió los dedos, examinándose las uñas. Alzó los ojos despacio sin mover la cabeza—. Me parece como si un millar de años atrás hubiera conocido a un tipo agradable y callado que sabía cómo comportarse en público y me daba clases de encanto en todos los restaurantes de la ciudad. Sí, me gustaba. Me gustaba mucho.

Se llevó una mano a la boca y se mordió un nudillo. Después metió la misma mano en el bolsillo del abrigo de piel y sacó una automática de cachas blancas, gemela de la que yo tenía.

—Y al fin lo he amado con esto —dijo.

Se la saqué de la mano. La olí. Sí. Con esta eran dos las pistolas disparadas.

—¿No la envolverá en un pañuelo, como hacen en las películas?

Me limité a guardarla en mi otro bolsillo, donde podrían pegársele algunas interesantes hebras de tabaco y algunas semillas que solo crecen en la ladera sudeste del ayuntamiento de Beverly Hills. Podría entretener un buen rato a un químico de la policía.

La observé un minuto, mordiéndome el labio. Ella también me observaba. No vi cambio alguno en su expresión. Después empecé a recorrer la estancia con la vista. Levanté la tela que cubría una de las mesas largas. Debajo había un dibujo de ruleta, pero sin la rueda. Bajo la mesa no había nada.

—Pruebe con ese sillón de las magnolias —dijo.

No lo miró, así que tuve que encontrarlo yo solo. Increíble el tiempo que me llevó. Era un sillón de respaldo alto, cubierto de chintz floreado, la clase de sillón pensado antaño para protegerse de las corrientes de aire mientras uno se sentaba hecho un ovillo frente al fuego.

El sillón estaba de espaldas a mí. Me acerqué a él despacio. Estaba casi contra la pared. Aun así parecía ridículo que no lo hubiera visto al volver del bar. Estaba echado en un ángulo del sillón, con la cabeza hacia atrás. Llevaba un clavel rojo y blanco que parecía tan fresco como si la florista acabara de ponérselo en la solapa. Tenía los ojos a medio abrir, como suelen estar. Miraban un punto en el rincón del cielo raso. La bala le había atravesado el bolsillo superior de la chaqueta cruzada. Quienquiera que le hubiera disparado sabía dónde se encontraba el corazón.

Le toqué la mejilla y la sentí cálida todavía. Le alcé una mano y la dejé caer. Completamente flácida. Le toqué la arteria mayor del cuello. No tenía pulso, y muy poca sangre le había manchado la chaqueta. Me limpié las manos con mi pañuelo y me quedé un momento más mirando su pequeño rostro sosegado. Todo lo que yo había o no había hecho, todos los errores y los aciertos... todo había sido en vano.

Volví al sofá, me senté junto a ella y me froté las manos.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —preguntó—. Él mató a mi hermano.

—Su hermano no era un ángel.

—Pero no tenía por qué matarlo.

—Alguien tenía que hacerlo, y rápido.

De pronto abrió los ojos de par en par.

—¿No se ha preguntado por qué Steelgrave no intentó nada contra mí, y por qué la dejó ir a usted al Van Nuys ayer, en lugar de ir él? —dije—. ¿No se ha preguntado por qué un tipo con sus recursos y su experiencia no trató de apoderarse de esas fotos, sin importarle qué debía hacer para lograrlo?

No contestó.

—¿Cuánto hace que sabía de la existencia de las fotos? —pregunté.

—Semanas, casi dos meses. Recibí una por correo un par de días después... después de esa vez que almorzamos juntos.

—Después de que mataran a Stein.

—Sí, exacto.

—¿Usted pensó que Steelgrave había matado a Stein?

—No. ¿Por qué iba a pensarlo? Hasta esta noche, por supuesto.

—¿Qué sucedió cuando recibió la foto?

—Me llamó mi hermano Orrin y me dijo que había perdido el trabajo y que estaba sin blanca. Quería dinero. No mencionó la foto. No era necesario. Solo podían haberla sacado una vez.

—¿Cómo consiguió su número?

—¿De teléfono? ¿Cómo lo consiguió usted?

—Lo compré.

—Bueno... —Hizo un vago movimiento con la mano—. ¿Por qué no llama a la policía y terminamos con esto?

—Espere un minuto. ¿Y después qué? ¿Más copias de la foto?

—Una cada semana. Se las mostré a él. —Señaló el sillón floreado—. No le gustaron. No le dije nada de Orrin.

—Debió de enterarse. Los de su calaña averiguan muchas cosas.

—Supongo que sí.

—Pero no dónde se escondía Orrin —dije—. De otro modo no habría esperado tanto. ¿Cuándo se lo contó a Steelgrave?

Apartó la vista de mí. Se apretaba los brazos cruzados con los dedos.

—Hoy —dijo con voz distante.

—¿Por qué hoy?

Se atragantó con su propio aliento.

—Por favor —dijo—. No me haga preguntas inútiles. No me atormente. No hay nada que usted pueda hacer. Creí que había... cuando llamé a Dolores. Pero no.

—Está bien —dije—. Hay algo que usted parece no entender. Steelgrave sabía que quienquiera que estuviera detrás de la foto quería dinero, mucho dinero. Sabía que tarde o temprano el extorsionador tendría que dar la cara. Eso era lo que Steelgrave estaba esperando. No le importaba nada la foto en sí, salvo por usted.

—Desde luego, lo demostró —dijo, cansada.

—A su modo —insistí.

Su voz me llegaba desde una calma glacial.

—Mató a mi hermano. Él mismo me lo contó. El gángster salió a la superficie, sin duda. En Hollywood se conoce gente rara... yo soy un buen ejemplo.

—Usted lo amó en otro tiempo —dijo brutalmente.

Se le encendieron las mejillas.

—Yo no quiero a nadie —replicó—. Ya he pasado por esa etapa. —Eché un vistazo al respaldo alto del sillón—. Anoche dejé de quererlo. Me hizo preguntas sobre usted, quién era y todo eso. Se lo conté todo. Le dije que yo tendría que admitir que había estado en el hotel Van Nuys mientras ese hombre estaba allí muerto.

—¿Iba a decírselo a la policía?

—Iba a decírselo a Julius Oppenheimer. Él habría sabido cómo manejarlo.

—Y si él no supiera cómo, uno de sus perros sí que lo sabría.

No sonrió. Yo tampoco.

—Si Oppenheimer no podía manejarlo, yo no volvería a actuar —agregó sin interés—. Todo eso ha quedado atrás, de todos modos.

Saqué un cigarrillo y lo encendí. Le ofrecí uno. No quiso. Yo no tenía ninguna prisa. El tiempo parecía haberme soltado, al igual que casi todo lo demás. Estaba libre.

—Usted va demasiado rápido para mí —dije al cabo de un momento—. Usted no sabía, cuando fue al hotel Van Nuys, que Steelgrave era Weepy Moyer.

—No.

—Entonces, ¿por qué fue?

—Para comprar esas fotografías.

—No encaja. Por aquel entonces las fotografías no podían significar nada para usted. En ellas solo aparecían almorzando.

Me miró de hito en hito, después cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos de par en par.

—No lloraré —dijo—. He dicho que no lo sabía. Pero cuando él estuvo preso aquella vez, comprendí que había algo en él que no quería que se supiera. Sabía que había estado en algún tipo de negocio sucio. Pero no imaginé que mataba gente.

—Ajá —murmuré.

Me puse de pie y volví al sillón de respaldo alto. Los ojos de ella viajaron lentamente, siguiéndome. Me incliné sobre el cadáver de Steelgrave y lo palpé bajo el brazo izquierdo. Tenía un arma. No la toqué. Volví y me senté frente a ella.

—Costará mucho dinero arreglar esto —dije.

Por primera vez sonrió. Fue una sonrisa muy leve, pero fue una sonrisa.

—No tengo mucho dinero —dijo—. Así que eso queda descartado.

—Oppenheimer sí tiene. En estos momentos usted vale millones para él.

—No correrá el riesgo. En los días que corren, hay demasiada gente con el cuchillo desenvainado en el negocio del cine. Aceptará las pérdidas y lo olvidará en seis meses.

—Usted ha dicho que iría a verlo.

—He dicho que acudiría a él si estuviera en un lío y no tuviera nada que ver en él. Pero ahora he hecho algo.

—¿Y Ballou? Para él también vale usted mucho.

—No valgo ni una moneda falsa para nadie. Olvídelo, Marlowe. Tiene usted buenas intenciones, pero no conoce a esa gente.

—En ese caso, tendré que arreglarlo yo solo —dije—. Por eso me ha mandado llamar.

—Maravilloso —dijo—. Arréglole, querido. Gratis. —Su voz volvía a ser frágil y quebradiza.

Me senté a su lado en el sofá. Le cogí un brazo y la obligué a sacar la mano del bolsillo del abrigo, y la acaricié. Estaba fría como el hielo, a pesar de la piel.

Giró la cabeza y me miró. Sacudió un poco la cabeza.

—Créame, querido, no valgo la pena... Ni siquiera para acostarse conmigo.

Le di vuelta a la mano y le abrí los dedos. Estaban rígidos y se resistían. Los abrí uno por uno. Le acaricié la palma.

—Dígame por qué tenía la pistola.

—¿La pistola?

—No lo piense. Solo dígallo. ¿Quería matarlo?

—¿Y por qué no, querido? Pensaba que yo significaba algo para él. Supongo que soy un poco vanidosa. Me engañó. Nadie significa nada para los Steelgraves de este mundo. Y nadie significa nada para las Mavis Weld de este mundo tampoco.

Se apartó y esbozó una sonrisa.

—No debería haberle dado la pistola. Si lo hubiera matado a usted también, podría haber salido limpia de esto.

Saqué el arma del bolsillo y se la tendí. La cogió y se puso de pie de inmediato. Me estaba apuntando. La pequeña sonrisa cansada volvió a sus labios. El dedo estaba muy firme en el gatillo.

—Apunte alto —dije—. Llevo puesto el chaleco antibalas.

Dejó caer el brazo y por un momento se quedó inmóvil, mirándome. Después arrojó la pistola sobre el sofá.

—Creo que no me gusta el guión —dijo—. No me gusta mi diálogo. Simplemente no soy yo, no me llega, no sé si me entiende.

Se rio y miró el suelo. La punta de su zapato se movía adelante y atrás sobre la alfombra.

—Ha sido una charla fantástica, querido. El teléfono está allí, al extremo del bar.

—Gracias, ¿recuerda el número de Dolores?

—¿Por qué Dolores?

Como no respondí, me lo dijo. Crucé el salón hacia el rincón del bar, y marqué. La misma rutina de antes. Buenas noches, Chateau Bercy, ¿quién llama a la señorita Gonzales, por favor? Un momento, por favor, piii, piii, y después una voz pesada diciendo:

—¿Hola?

—Soy Marlowe. ¿De veras se proponía ponerme en el blanco?

Casi pude oír cómo contenía el aliento. Aunque no del todo. No es algo que se pueda captar por teléfono. A veces uno cree poder.

—Amigo, pero me alegra oír tu voz —dijo—. Me alegro tanto...

—¿Sí o no?

—Yo... no lo sé. Me entristece pensar que podría haberlo hecho. Tú me gustas mucho.

—Tengo un pequeño problema aquí.

—¿Él está...? —Una larga pausa. Teléfono con centralita. Prudencia—. ¿Está ahí?

—Bueno... en cierto modo. Está y no está.

En esta ocasión sí que la oí contener el aliento. Y después un largo suspiro que sonó casi como un silbido.

—¿Quién más está?

—Nadie más. Solo yo y mi tarea. Quería preguntarle una cosa. Es muy importante. Dígame la verdad. ¿De dónde sacó lo que me ha dado esta noche?

—De él, por supuesto. Él me la ha dado.

—¿Cuándo?

—Esta noche, más temprano. ¿Por qué?

—¿A qué hora?

—A eso de las seis, creo.

—¿Por qué se la ha dado?

—Me ha pedido que la llevara encima. Él siempre lleva una.

—¿Por qué le ha pedido que la llevara encima?

—No me lo ha dicho, amigo. Es un hombre que hace las cosas así. No suele dar explicaciones.

—¿Ha observado algo fuera de lo común en él? ¿En el modo en que se la ha dado?

—No... no, nada.

—Sí, lo ha observado. Ha visto que había sido disparada y que olía a pólvora.

—¿Por qué? No, yo no...

—Sí. Así ha sido. Le ha intrigado. No le gustaba conservarla. No la ha conservado. Se la ha devuelto. De todas formas, esas cosas no le gustan.

Hubo un largo silencio. Al fin dijo:

—Por supuesto. Pero ¿por qué quería que yo se la guardara? Quiero decir, si eso es lo que ha pasado.

—Él no le ha explicado por qué. Él solo ha intentado endilgarle una pistola, y... usted no tenía ningún arma. ¿Lo recordará?

—¿Debo decirlo?

—Sí.

—¿No me causará problemas?

—¿Alguna vez ha intentado vivir sin problemas?

Se rio un poco.

—Amigo, me entiendes muy bien.

—Buenas noches.

—Un momento, no me ha dicho qué ha pasado.

—Ni siquiera la he llamado.

Colgué y me volví.

Mavis Weld estaba de pie en medio del salón, mirándome.

—¿Tiene su coche aquí? —pregunté.

—Sí.

—Váyase.

—¿Y qué hago?

—Váyase a su casa. Eso es todo.

—No podrá salir airoso de esto —dijo en voz baja.

—Usted es mi clienta.

—No puedo permitirlo. Yo lo maté. ¿Por qué voy a arrastrarlo a usted?

—No pierda el tiempo. Y vaya por el camino de atrás. No por donde me ha traído

Dolores.

Me miró a los ojos y repitió, con voz tensa:

—Pero yo lo maté.

—No la oigo.

Se mordió con crueldad el labio inferior. No parecía respirar. Estaba rígida. Fui hacia ella y le toqué una mejilla con la punta del dedo. Apreté con fuerza y vi cómo se le enrojecía.

—Si quiere saber mis motivos —dije—, no tienen nada que ver con usted. Es algo que debo a la policía. No he jugado con cartas limpias esta partida. Ellos lo saben. Yo lo sé. Estoy dándoles una oportunidad de reivindicarse, eso es todo.

—Como si hubiera que darles oportunidades —dijo, y se volvió abruptamente y se marchó.

La miré, esperando que mirara una última vez. No lo hizo. Al cabo de un rato oí un zumbido. Después un golpe de algo muy pesado: la puerta del garaje abriéndose. Lejos, un motor de coche se encendió. Una breve aceleración y después otra vez el zumbido; cuando este cesó, el ruido del motor se perdía en la distancia. Ya no oía nada. El silencio de la casa me rodeaba en pliegues espesos, como el abrigo de piel sobre los hombros de Mavis Weld.

Llevé la botella y la copa de coñac al bar, volví a pasar por encima de la barra. Lavé la copa en una pequeña pila y guardé la botella en su lugar. Esta vez encontré el mecanismo y logré abrir la puerta de la barra. Volví a Steelgrave.

Saqué la pistola que me había dado Dolores, la limpié y puse su pequeña mano flácida alrededor de la culata. La apreté y la dejé allí. La pistola cayó a la alfombra. La posición parecía natural. No pensaba en huellas digitales. Él debía de haber aprendido mucho tiempo atrás a no dejarlas en ningún arma.

Aún me quedaban tres pistolas. La que tenía él bajo el brazo la saqué y la puse en un estante del bar bajo el mostrador, envuelta en una toalla. La Luger no la toqué. Quedaba la otra automática de cachas blancas. Traté de calcular a qué distancia de él había sido disparada. Muy cerca, probablemente, aunque no tanto como para dejar manchas de quemado. Me puse a un metro más o menos y disparé dos veces. Las balas se hundieron pacíficamente en la pared. Giré el sillón hasta que quedó de cara a la sala. Dejé la pequeña automática sobre una de las mesas de ruleta cubiertas con fundas. Volví al cuerpo y le toqué el músculo grande al costado del cuello, que por lo general es el primero en endurecerse. No pude decir si había empezado o no, pero la

piel estaba más fría que antes.

No había demasiado tiempo que perder.

Fui al teléfono y marqué el número del Departamento de Policía de Los Ángeles. Pedí que me pusieran con Christy French. Respondió una voz de la Brigada de Homicidios, diciendo que se había retirado a su casa, y preguntando cuál era el problema. Le dije que se trataba de una llamada personal que él estaba esperando. Me dieron el número de su casa, de mala gana, no porque les importara, sino porque odiaban darle nada a nadie.

Marqué y respondió una mujer que gritó su nombre. Él sonaba descansado y tranquilo.

—Soy Marlowe. ¿Qué estaba haciendo?

—Leyéndole cuentos a mi hijo. Ya debería estar acostado. ¿Qué pasa?

—¿Recuerda que ayer en el Van Nuys usted dijo que consideraría un amigo al que le consiguiera algo contra Weepy Moyer?

—Sí.

—Necesito un amigo.

No parecía muy interesado.

—¿Qué tiene contra él?

—Estoy suponiendo que es la misma persona. Steelgrave.

—Es suponer demasiado, chico. Lo tuvimos a la sombra porque pensábamos lo mismo. No nos sirvió de nada.

—Ustedes recibieron una pista. Esa pista la lanzó él mismo. Para tener una coartada la noche en que murió Stein.

—Está suponiendo eso también... ¿o tiene pruebas? —Parecía un poco menos relajado.

—Si un hombre sale de la cárcel con un pase del médico de la prisión, ¿podría demostrarlo?

Hubo un silencio. Oí la voz de un niño quejándose y la voz de una mujer hablándole al niño.

—Ha sucedido antes —dijo French pesadamente—. No sé. Sería difícil. Lo habrían mandado con un guardia. ¿Sobornó al guardia?

—Es mi teoría.

—Será mejor que duerma con ella. ¿Algo más?

—Estoy en los Stillwood Heights. En una casa grande donde hay instalaciones de juego clandestino, y a los vecinos no les gusta.

—He leído algo al respecto. ¿Steelgrave está ahí?

—Está aquí. Estoy a solas con él.

Otro silencio. El niño gritó y creí oír una bofetada. El niño gritó más fuerte. French le gritó a alguien.

—Póngame con él —dijo French al fin.

—No está usted muy brillante esta noche, Christy. ¿Por qué motivo lo llamaría?

—Claro —dijo—. Qué estúpido. ¿Cuál es la dirección?

—No lo sé exactamente. Pero está al final de Tower Road, en Stillwood, y el número de teléfono es Halldale 9-5033. Lo esperaré.

Repitió el número y dijo lentamente:

—Esta vez espere, ¿eh?

—Tenía que ser alguna vez.

Colgamos los dos al mismo tiempo.

Recorrí la casa encendiendo las luces a medida que encontraba el interruptor, y volví a la puerta trasera en lo alto de la escalera. Había un reflector para la entrada de coches. Lo encendí. Bajé los escalones y fui hasta el macizo de arbusto blanquecino. La verja seguía abierta. La cerré, eché la cadena y puse el candado. Volví caminando lentamente, mirando la luna, oliendo el aire nocturno, escuchando a las ranas arbóreas y los grillos. Entré en la casa, encontré la puerta delantera y encendí la luz sobre ella. Había un amplio espacio para aparcar allí, y un parterre circular con rosas. Pero había que dar toda la vuelta a la casa para salir.

La casa se encontraba al final de un callejón sin salida, salvo por el camino que pasaba por la propiedad de los vecinos. Me pregunté quiénes vivirían allí. Al extremo de un largo camino bordeado de árboles veía las luces de una gran casa. Algún magnate de Hollywood, probablemente, algún mago del beso húmedo y la disolución pornográfica.

Volví al interior y toqué la pistola que acababa de disparar. Estaba bastante fría. Y el señor Steelgrave empezaba a parecer como si se dispusiera a seguir muerto.

No pusieron la sirena. Pero oí el sonido de un coche que al fin subía por la colina. Salí a su encuentro, yo y mi hermoso sueño.

Entraron como debían: grandes, duros y callados, con los ojos chispeantes de suspicacia y prudentes, con escepticismo.

—Bonita casa —dijo French—. ¿Dónde está el cliente?

—Aquí —dijo Beifus sin esperar a que yo respondiera.

Atravesaron el salón sin prisa y se detuvieron frente a él mirándolo con solemnidad.

—Muerto, ¿no? —observó Beifus dando por iniciada la comedia.

French se inclinó y cogió la pistola del suelo con el pulgar y el índice sobre el arco del gatillo. Miró a un lado y señaló con el mentón. Beifus tomó la otra pistola de cachas blancas deslizando un lápiz por el gatillo.

—Espero que las huellas estén todas en su sitio —dijo Beifus. Olió—. Sí, sí, este chico ha estado trabajando. ¿Cómo está el tuyo, Christy?

—Disparado —dijo French. Volvió a oler—. Pero no es reciente. —Sacó una pequeña linterna del bolsillo y alumbró el cañón de la pistola—. Hace horas.

—En Bay City, en una casa de Wyoming Street —dije.

Volvieron la cabeza hacia mí a la vez.

—¿Una hipótesis? —preguntó French lentamente.

—Sí.

Fue hasta la mesa cubierta y dejó la pistola a cierta distancia de la otra.

—Será mejor que les pongas etiquetas, Fred. Son idénticas. Los dos firmaremos las etiquetas.

Beifus asintió y rebuscó en sus bolsillos. Sacó un par de etiquetas con hilos. La clase de cosas que los policías llevan encima cuando salen.

French se volvió de nuevo hacia mí.

—Dejemos las hipótesis de lado y vayamos a lo que sabe.

—Una chica que conozco me ha llamado esta noche y me ha dicho que un cliente mío estaba en peligro, aquí... La amenaza era él. —Señalé con el mentón al muerto—. La chica me ha traído. Hemos pasado el bloqueo de la calle. Unos vecinos nos han visto a los dos. Me ha dejado aquí y ha regresado a su casa.

—¿Tiene nombre esa chica? —preguntó French.

—Dolores Gonzales, Apartamentos Chateau Bercy. En Franklin. Es actriz.

—Ajá —dijo Beifus y puso los ojos en blanco.

—¿Quién es su cliente? ¿Ella? —preguntó French.

—No. Otra persona.

—¿Tiene nombre?

—Todavía no.

Me miraron con una expresión dura en el rostro. La mandíbula de French se movió casi con un espasmo. Nudos de músculos les asomaban a los lados.

—Jugamos con nuevas reglas, ¿eh? —dijo sin alzar la voz.

—Tiene que haber algún acuerdo sobre confidencialidad —dije—. El fiscal estará de acuerdo.

—Usted no conoce bien al fiscal, Marlowe —dijo Beifus—. Devora la confidencialidad como yo devoro guisantes frescos.

—No le daremos ninguna ventaja esta vez —dijo French.

—Ella no tiene nombre —insistí.

—Podemos averiguarlo de diez maneras distintas, chico —dijo Beifus—. ¿Por qué actuar así, cuando nos lo hace difícil a todos?

—No habrá publicidad —dije—, salvo que haya cargos explícitos.

—No podrá seguir en esa línea, Marlowe.

—¡Maldita sea! —exclamé—, este hombre mató a Orrin Quest. Analicen esa pistola y compárenla con las balas que hay en Quest. Denme eso al menos, antes de ponerme en una posición imposible.

—Yo no le daría ni siquiera una cerilla usada —dijo French.

No dije nada. Me miró con odio frío. Sus labios se movieron lentamente y su voz sonó pesada.

—¿Estaba aquí cuando lo mataron?

—No.

—¿Quién estaba?

—Él —respondí mirando al difunto Steelgrave.

—¿Quién más?

—No les mentiré —dije—. Pero no les diré nada que no quiera decir... salvo en los términos que he propuesto. No sé quién estaba aquí cuando lo mataron.

—¿Quién estaba aquí cuando ha llegado usted?

No respondí. French volvió la cabeza lentamente y le dijo a Beifus:

—Espósalos. Por detrás.

Beifus vaciló. Después sacó un par de esposas de acero del bolsillo izquierdo de la chaqueta y vino hacia mí.

—Ponga las manos en la espalda —dijo con voz incómoda.

Lo hice. Cerró las esposas. French se me acercó poco a poco y se quedó frente a mí. Tenía los ojos entrecerrados. La piel alrededor de los ojos estaba gris de la fatiga.

—Haré un pequeño discurso —dijo—. A usted no le gustará.

No dije nada.

—Así funcionamos, chico —dijo French—. Somos malos y todos nos odian. Y como si no tuviéramos problemas suficientes, encima lo tenemos a usted. Como si no nos hubieran presionado bastante las oficinas laterales, el Ayuntamiento, el jefe diurno, el jefe nocturno, la Cámara de Comercio, su Excelencia el alcalde en su oficina elegante cuatro veces más grande que las tres oficinitas miserables en las que tiene que trabajar toda la Brigada de Homicidios. Como si no hubiéramos tenido que ocuparnos de ciento catorce homicidios el año pasado en tres oficinas que no tienen

sillas para todo el personal reunido. Nos pasamos la vida hurgando en ropa interior sucia y oliendo dientes cariados. Subimos escaleras oscuras para atrapar a locos drogados y armados, y a veces no llegamos arriba y nuestras esposas esperan con la cena hecha esa noche y todas las noches siguientes. No volvemos nunca más a casa. Y las noches que volvemos, estamos tan cansados que no podemos comer ni dormir ni siquiera leer las mentiras que publican los diarios sobre nosotros. Así que nos quedamos despiertos en la oscuridad en una casa barata en una calle barata y escuchamos a los borrachos que se divierten en la esquina. Y cuando al fin nos dormimos suena el teléfono y nos levantamos y todo empieza otra vez. Nada de lo que hacemos está bien, nunca. Nunca. Si conseguimos una confesión, es porque pegamos al tipo, dicen, y algún abogado bien pagado nos llama la Gestapo en el juicio, y se ríe de nosotros cuando nos embarullamos con la gramática. Si cometemos un error, nos vuelven a poner el uniforme y nos largan a la calle, y nos pasamos todo el fresco verano recogiendo borrachos del arroyo y recibiendo gritos de putas y puñaladas de rateros. Pero todo eso no basta para hacernos del todo felices. Encima lo tenemos a usted.

Se detuvo para respirar. La cara le brillaba como si sudara. Se inclinó hacia adelante.

—Lo tenemos a usted —repitió—. Tenemos tipos listos con licencia que ocultan información y levantan polvo para que respiremos. Lo tenemos a usted para que destruya pruebas y prepare decorados que no engañarían ni a una criatura retrasada. No le molestará que lo llame espion barato y traidor, ¿verdad, chico?

—¿Quiere que me moleste? —pregunté.

Se enderezó.

—Me encantaría —dijo.

—Algo de lo que dice es cierto —reconocí—. No todo. A ningún detective privado le gusta jugar con la policía. A veces es un poco difícil decidir quién pone las reglas. A veces no se confía en la policía, y con razón. A veces te ves en un aprieto sin querer, y tienes que jugar la mano con las cartas que te han dado. Por lo general preferiría que volvieran a repartirlas. Preferiría poder seguir ganándome la vida.

—Su licencia está muerta —dijo French—. A partir de ahora. Ese asunto ya no debe preocuparle.

—Estará muerta cuando lo diga la comisión que me la dio. No antes.

Beifus dijo con tranquilidad:

—Sigamos con lo nuestro, Christy. Eso puede esperar.

—Eso hago —dijo French—. A mi modo. Este pájaro todavía no ha cantado. Estoy esperando a que cante. El aria brillante. No me dirá que se ha quedado mudo, Marlowe.

—¿Qué es exactamente lo que quiere que diga? —pregunté.

—Adivine.

—Esta noche usted es un devorador de hombres —dije—. Quiere partirme en

dos. Pero quiere una excusa. ¿Y quiere que se la dé?

—Eso podría ayudar —dijo entre dientes.

—¿Qué habría hecho usted en mi lugar? —pregunté.

—No puedo imaginarme tan bajo.

Se pasó la lengua por el labio superior. El brazo derecho le colgaba a un costado. Sin darse cuenta, estaba abriendo y cerrando el puño.

—Tranquilo, Christy —dijo Beifus—. Cálmate.

French no se movió. Beifus se interpuso entre nosotros.

—Sal de ahí, Fred —dijo French.

—No.

French cerró el puño y lo descargó contra la mandíbula de su compañero. Beifus trastabilló hacia atrás y chocó conmigo. Le flaquearon las rodillas. Se inclinó hacia adelante y tosió. Aún doblado, sacudió la cabeza hacia un lado y otro, lentamente. Al cabo de un momento se enderezó con un gruñido. Se volvió a mirarme. Sonreía.

—Es un tipo nuevo de interrogatorio —dijo—. Los policías se vapulean entre sí y el sospechoso se quiebra por la agonía de observarlo.

Levantó una mano y se tocó el mentón. Ya empezaba a hincharse. Su boca sonreía pero los ojos seguían algo perdidos. French continuaba inmóvil y en silencio.

Beifus sacó un paquete de cigarrillos, lo sacudió para hacer asomar uno y se lo tendió a French. Este miró el cigarrillo y luego a Beifus.

—Diecisiete años así —dijo—. Hasta mi esposa me odia.

Levantó la mano abierta y le dio una palmada a Beifus en la mejilla. Beifus seguía sonriendo.

—¿Te he golpeado a ti, Fred? —dijo French.

—Nadie me ha golpeado, Christy. Nadie que yo recuerde.

—Sácale las esposas y llévalo al coche —dijo French—. Está arrestado. Espósallo a la portezuela si te parece necesario.

—De acuerdo. —Beifus se puso detrás de mí. Las esposas se aflojaron—. Vamos, muchacho —me dijo.

Miré fijamente a French. Él me miraba como si yo fuera el papel de la pared. No me veía.

Pasé bajo la arcada y salí de la casa.

Nunca supe su nombre, era más bien bajo y delgado para ser policía, que era lo que debía de ser, en parte porque estaba ahí, y en parte porque cuando se inclinó sobre la mesa para tomar una carta vi la cartuchera bajo el brazo y las cachas de una 38 policial.

No habló mucho, pero cuando lo hizo mostró su bonita voz, suave como el agua. Y tenía una sonrisa que daba calidez al ambiente.

—Hermosa mano —dije, mirándolo a él por encima de las cartas.

Estábamos jugando un solitario. Al menos él. Yo estaba ahí nada más, mirándolo, mirando cómo sus manos pequeñas y muy limpias tomaban una carta, le daban la vuelta delicadamente y la ponían en otra parte. Al hacerlo fruncía un poco los labios y silbaba sin melodía, bajo y suave, como un pequeño motor todavía no muy seguro de sí.

Sonrió y puso un nueve rojo sobre un diez negro.

—¿Qué hace en su tiempo libre? —pregunté.

—Toco mucho el piano —dijo—. Tengo un Steinway de cola. Mozart y Bach sobre todo. Soy un poco anticuado. La gente lo encuentra aburrido. Yo no.

—Hermosa mano —dije, y puse una carta en alguna parte.

—Le sorprendería saber qué difícil es tocar a Mozart —explicó—. Parece tan simple cuando se lo oye tocar bien.

—¿Quién lo toca bien? —pregunté.

—Schnabel.

—¿Y Rubinstein?

Negó con la cabeza.

—Demasiado pesado. Demasiado emotivo. Mozart es solo música. No se necesita ningún comentario por parte del intérprete.

—Apuesto a que sabe poner a la gente de humor para confesarse —dije—. ¿Le gusta el trabajo?

Cambió otra carta de lugar y flexionó los dedos. Tenía las uñas brillantes pero cortas. Podía verse que era un hombre que gustaba de usar las manos, hacer pequeños movimientos discretos con ellas, movimientos sin ningún significado especial pero fluidos y livianos como plumas. Le hacían sentir cosas delicadas hechas con delicadeza, pero no débiles. Mozart, exactamente. Lo entendía.

Eran alrededor de las cinco y media, y el cielo al otro lado de las cortinas se estaba iluminando. La tapa del escritorio del rincón estaba bajada. El despacho era el mismo en el que había estado la tarde anterior. En el extremo de la mesa seguía el lápiz de carpintero, puesto por alguien después de que el teniente Maglashan de la policía de Bay City lo escupiera contra la pared. El escritorio al que había estado sentado Christy French estaba cubierto de ceniza. Una colilla de cigarro colgaba del

borde de un cenicero de vidrio. Una polilla volaba en círculos alrededor de la lámpara del techo, que tenía una de esas pantallas verdes y blancas que todavía pueden verse en hoteles de campo.

—¿Cansado? —preguntó.

—Agotado.

—No debería involucrarse en asuntos tan complicados. No le veo la ventaja.

—¿No ve la ventaja de matar a alguien?

Sonrió con calidez.

—Usted nunca ha matado a nadie.

—¿Por qué lo dice?

—Por sentido común... y una larga experiencia de estar aquí sentado con gente.

—Apuesto a que le gusta su trabajo —dije.

—Es por la noche. Me deja el día libre para practicar. Hace doce años que trabajo aquí. He visto mucha gente rara.

Sacó otro as, justo a tiempo. Estábamos casi bloqueados.

—¿Logra muchas confesiones?

—No es mi tarea —respondió—. Lo mío es solo allanar el proceso.

—¿Por qué renunciar a hacerlo ahora?

Se echó hacia atrás y golpeó ligeramente la mesa con el canto de un naipe. Volvió a sonreír.

—No renuncio a nada. A usted lo tenemos clasificado desde hace mucho.

—Entonces, ¿por qué me retienen?

Era algo a lo que no podía responderme. Miró el reloj de la pared.

—Creo que podríamos pedir algo de comida.

Se levantó y fue a la puerta. La entreabrió y habló en voz baja con alguien que estaba fuera. Después volvió, se sentó y miró las cartas que había sobre la mesa.

—No vale la pena —dijo—. Tres más y quedamos bloqueados. ¿Empezamos uno nuevo?

—Por mí, no empecemos nada. Las cartas no son mi juego. El ajedrez, sí.

Me miró.

—¿Por qué no me lo ha dicho? Yo también prefiero el ajedrez.

—Y un café caliente tan amargo como el infierno.

—En cualquier momento lo traen. Pero no le prometo el café al que usted está acostumbrado.

—Diablos, yo como en cualquier parte... Bueno, si no le disparé yo, ¿quién fue?

—Supongo que es eso lo que los ha sacado de sus casillas.

—Deberían estar contentos de que al menos alguien lo haya matado.

—Es probable que lo estén —dijo—. Pero no les gusta el modo en que se hizo.

—Personalmente, creo que no se podría haber hecho de un modo más limpio.

Me miró sin decir nada. Había juntado todos los naipes. Los barajó y los repartió velozmente en dos pilas. Las cartas parecían fluir de sus manos en una corriente

ininterrumpida.

—Si fuera así de rápido con una pistola... —empecé.

El flujo de naipes se interrumpió. Sin que hubiera ningún movimiento visible, apareció una pistola en su mano. La sostuvo apuntando a un rincón. Luego desapareció y las cartas siguieron fluyendo.

—Usted está perdiendo el tiempo aquí —dije—. Debería estar en Las Vegas.

Cogió una de las dos pilas, la barajó rápidamente, cortó y me entregó un rey de espadas.

—Estoy más seguro con un Steinway —dijo.

Se abrió la puerta y entró un hombre de uniforme con una bandeja.

Comimos carne enlatada y tomamos un café caliente pero flojo. Para entonces ya era plena mañana.

A las ocho y cuarto entró Christy French, con el sombrero sobre la nuca y unas bolsas oscuras bajo los ojos.

Lo miré y enseguida volví a mirar al hombre que tenía al otro lado de la mesa. Pero ya no estaba. Los naipes tampoco estaban. No había más que una silla apoyada contra la mesa, y los platos en que habíamos comido apilados sobre la bandeja. Por un momento me recorrió la espalda una sensación siniestra.

Después Christy French dio la vuelta a la mesa, sacó una silla y se sentó, apoyando el mentón en la mano. Se sacó el sombrero y se pasó una mano por el pelo. Me miró con ojos duros y lentos. Volvía a encontrarme en la ciudad de los policías.

—El fiscal quiere verlo a las nueve en punto —dijo—. Después supongo que podrá irse a casa. Eso, por supuesto, si él no presenta ningún cargo. Lamento que haya tenido que pasar la noche en esa silla.

—No hay problema —dije—. Necesitaba el ejercicio.

—Claro, otra vez con sus chistes.

Miró ceñudo los platos en la bandeja.

—¿Han encontrado a Lagardie? —pregunté.

—No. Pero es un médico auténtico. —Me miró a los ojos—. Practicaba en Cleveland.

—Detesto que encaje tanto —dije.

—¿A qué se refiere?

—El joven Quest se propone extorsionar a Steelgrave. Y por pura casualidad tropieza con el único tipo en toda Bay City que puede demostrar quién es Steelgrave. Eso encaja demasiado.

—¿No se le ha olvidado algo?

—Estoy tan cansado que podría olvidarme de mi nombre. ¿Qué?

—Yo también —dijo French—. Alguien tuvo que decirle quién era Steelgrave. Cuando sacaron esa foto, Moe Stein todavía estaba vivo. ¿Para qué servía entonces la foto, si nadie sabía quién era?

—Supongo que la señorita Weld lo sabía —argüí—. Y Quest era su hermano.

—No tiene mucho sentido, compañero. —Sonrió cansado—. ¿Acaso ella ayudaría a su hermano a extorsionar a su novio y a sí misma?

—Me doy por vencido. Quizá la foto fuera una casualidad. Su otra hermana, mi cliente, dijo que a él le gustaba sacar fotos a escondidas. Sin preguntar a la gente. Si hubiera vivido lo suficiente, usted habría tenido que arrestarlo por incomodar a la gente.

—Por asesinato —dijo French con indiferencia.

—¿Sí?

—Maglashan encontró el picahielos. Simplemente no quiso reconocerlo ante usted.

—Tiene que haber algo más.

—Lo hay, pero es un asunto muerto. Clausen y Mileaway Marston tenían antecedentes. El chico está muerto. Proviene de una familia respetable. Tenía una veta mala y se juntó con quien no debía. No tiene sentido manchar a la familia solo para demostrar que la policía puede resolver un caso.

—Eso es muy noble por su parte. ¿Y Steelgrave?

—Eso ya no está en mis manos. —Empezó a ponerse de pie—. Cuando a un gángster le dan su merecido, ¿cuánto dura la investigación?

—Dura mientras sigue siendo noticia de primera página —dije—. Pero aquí hay una cuestión de identidad.

—No.

Le clavé la mirada.

—¿Qué quiere decir con ese «no»?

—No, nada más. Estamos seguros. —Ya estaba de pie. Se peinó con los dedos y se ajustó la corbata. Entre dientes, dijo en voz baja—: Entre usted y yo, siempre estuvimos seguros. Simplemente no teníamos nada contra él.

—Gracias. Me lo guardaré. ¿Y las pistolas?

Miró la mesa. Alzó los ojos hacia los míos con cierta lentitud.

—Ambas pertenecían a Steelgrave. Es más, tenía permiso para llevar armas. Expedido por la oficina del alguacil en otro distrito. No me pregunte por qué. Una de ellas... —Hizo una pausa y miró la pared por encima de mi cabeza—. Una de ellas mató a Quest. La misma mató a Stein.

—¿Cuál?

Esbozó una sonrisa.

—Sería un desastre si el tipo de balística las mezclara y no lo supiéramos —dijo.

Esperó a que yo hablara. Pero no tenía nada que decir. Hizo un gesto con la mano.

—Bueno, adiós. No es nada personal, ¿sabe?, pero espero que el fiscal le arranque la piel... en tiras finas y largas.

Se volvió y salió.

Yo podría haber hecho lo mismo, sin embargo, me quedé allí y miré la pared, como si hubiera olvidado cómo levantarme. Al cabo de un rato se abrió la puerta y entró la reina anaranjada. Abrió con su llave la tapa del escritorio, se sacó el sombrero de su cabello imposible y colgó la chaqueta de un gancho clavado en la pared. Corrió la ventana que tenía cerca, le sacó la funda a la máquina de escribir y colocó una hoja de papel. Después me dirigió su atención.

—¿Espera a alguien?

—Me alojo aquí —respondí—. He pasado toda la noche en esta habitación.

Me miró fijamente un momento.

—Usted estuvo aquí ayer por la tarde. Lo recuerdo.

Se volvió hacia su máquina de escribir, y sus dedos empezaron a volar. Por la ventana abierta entraba el ruido de los coches que empezaban a llenar el aparcamiento. El cielo tenía un resplandor blanco, y no había mucha neblina. Sería un día caluroso.

Sonó el teléfono en el escritorio de la reina anaranjada. Habló de manera inaudible y colgó. Volvió a mirarme.

—El señor Endicott está en su oficina —dijo—. ¿Sabe el camino?

—Trabajé ahí hace mucho tiempo. No para él. Me despidieron.

Me miró con esa mirada de Ayuntamiento que tienen ellos. Una voz que parecía venir de cualquier parte menos de su boca dijo:

—Dele con un guante mojado en plena cara.

Me acerqué a ella y me quedé mirando su cabello anaranjado. Era muy gris en las raíces.

—¿Quién lo ha dicho?

—Es la pared —dijo—. Hablan. Las voces de los muertos que han pasado por aquí camino del infierno.

Salí caminando de puntillas y cerré la puerta de modo que no hiciera el menor ruido.

Se entra por una puerta batiente de dos hojas. Dentro hay una mezcla de departamentos y una mesa de información en la que se sienta una de esas mujeres sin edad que uno puede ver en las oficinas municipales de cualquier ciudad del planeta. Nunca han sido jóvenes y nunca serán viejas. No tienen belleza, ni encanto, ni estilo. No tienen que gustar a nadie. Están seguras. Son corteses sin llegar a ser amables, son inteligentes y están informadas sin tener ningún verdadero interés en nada. Son eso en lo que se transforman los seres humanos cuando cambian la vida por la existencia, y la ambición por la seguridad.

Más allá de ese escritorio hay una hilera de cubículos de vidrio que se extiende sobre todo un lado de una habitación muy larga. Enfrente está la sala de espera: una hilera de sillas duras, todas puestas mirando hacia los cubículos.

Más o menos la mitad de las sillas estaban ocupadas por gente que esperaba, con aspecto de haber esperado mucho y la expectativa de tener que esperar mucho más. Casi todos parecían miserables y mal vestidos. Uno de ellos venía de la cárcel, con el uniforme tejano, y acompañado por una guardia. Un chico de cara pálida con cuerpo de atleta y ojos enfermos y vacíos.

Al fondo de la hilera de cubículos una puerta decía «Sewell Endicott. Fiscal del distrito». Llamé y entré en una oficina grande y bien ventilada. Reinaba un ambiente bastante agradable, con anticuadas sillas tapizadas en cuero negro y fotos de antiguos fiscales y jefes de policía en las paredes. La brisa hinchaba las cortinas de cuatro ventanas. Un ventilador en un estante alto ronroneaba y giraba lentamente en un arco lánguido.

Sewell Endicott estaba sentado tras un escritorio bajo y oscuro, mirándome. Me señaló una silla frente a él. Me senté. Era alto, delgado y moreno, de pelo negro y dedos largos y finos.

—¿Usted es Marlowe? —preguntó con una voz que tenía un ligero acento sureño. No pensé que fuera necesario responder. Me limité a esperar.

—Está en mala posición, Marlowe. No la encuentro nada buena en absoluto. Lo descubrieron destruyendo pruebas útiles para la resolución de un crimen. Eso es obstrucción a la justicia. Podría acabar preso por eso.

—¿Qué pruebas destruí? —pregunté.

Cogió una foto del escritorio y la observó frunciendo el entrecejo. Miré a las otras dos personas que había en el despacho. Estaban sentadas a los costados. Una de ellas era Mavis Weld. Llevaba unas gafas de sol de montura blanca. No pude verle los ojos, pero me pareció que me miraba. No sonreía. Estaba muy quieta.

A su lado había un hombre con un traje de franela de un gris angélico, con un clavel del tamaño de una dalia en la solapa. Estaba fumando un cigarrillo con monograma y dejaba caer la ceniza al suelo, ignorando el cenicero de pie que tenía al

lado. Lo conocía por fotografías que había visto en los diarios. Lee Farrell, uno de los más reputados abogados del país. Tenía el cabello blanco, pero los ojos eran brillantes y jóvenes. Lucía un marcado bronceado. Daba la impresión de que podía costar mil dólares darle un apretón de manos.

Endicott se echó hacia atrás y tamborileó con sus largos dedos en el brazo del sillón. Se volvió con amable deferencia hacia Mavis Weld.

—¿Conocía bien a Steelgrave, señorita Weld?

—Íntimamente. Era un hombre encantador a su manera. Todavía no puedo creer... —Se interrumpió y se encogió de hombros.

—¿Y está dispuesta a enfrentarse a un jurado y a jurar en qué lugar y en qué momento fue tomada la fotografía?

Se la mostró.

—Un momento —dijo Farrell con indiferencia—. ¿Esa es la prueba que se supone que destruyó el señor Marlowe?

—Yo hago las preguntas —dijo Endicott en tono cortante.

Farrell sonrió.

—Pues, bien, en caso de que la respuesta sea afirmativa, esa foto no demuestra nada.

—¿Responderá a mi pregunta, señorita Weld? —insistió Endicott con suavidad.

—No, señor Endicott —respondió ella—, no podría jurar cuándo y dónde se tomó esa foto. No sabía que hubiera sido tomada.

—Lo único que tiene que hacer es mirarla —sugirió Endicott.

—Lo único que sé es lo que me pasará si la miro —dijo ella.

Sonreí. Farrell me miró con un guiño. Endicott captó la sonrisa de reojo.

—¿Hay algo que le resulta divertido? —me preguntó.

—He estado de pie toda la noche. No puedo dominar mis gestos —dije.

Me echó una mirada severa y se volvió otra vez hacia Mavis Weld.

—¿Querría ampliar su respuesta, señorita Weld?

—Me han sacado muchísimas fotos, señor Endicott. En muchos lugares distintos y con mucha gente distinta. He almorzado y cenado en The Dancers con el señor Steelgrave y con otros caballeros. No sé qué quiere que le diga.

Farrell lo tradujo.

—Si entiendo bien sus intenciones, usted querría que la señorita Weld testificara respecto a esta foto. ¿En qué clase de procedimiento judicial?

—Eso es cosa mía —dijo Endicott—. Alguien mató de un tiro a Steelgrave anoche. Pudo ser una mujer. Incluso pudo ser la señorita Weld. Lamento decirlo, pero es una posibilidad.

Mavis Weld se miró las manos. Retorcía un guante blanco.

—Bueno, supongamos que se lleva a cabo un procedimiento —dijo Farrell—. Un procedimiento en el que esa foto sea parte de las pruebas... si logra hacerla aceptar. Aunque no va a poder. La señorita Weld no puede ayudarlo en este punto. Lo único

que sabe sobre la foto es lo que se ve en ella. Lo que cualquiera ve. Debería conectarla con un testigo que jurara cuándo, cómo y dónde fue tomada. De otro modo, yo objetaría... si yo estuviera en la parte contraria. Incluso podría presentar expertos que juraran que la foto está trucada.

—No dudo de que podría hacerlo —dijo Endicott secamente.

—El único hombre que podría hacer esa conexión —siguió Farrell sin prisa ni acaloramiento— es el que la tomó. Tengo entendido que está muerto. Sospecho que por eso lo mataron.

—Esta fotografía es una prueba evidente en sí misma —replicó Endicott— de que en cierto momento y en cierto lugar Steelgrave no estaba en la cárcel y en consecuencia no tenía coartada para el asesinato de Stein.

—Es una prueba si puede presentarla como tal, Endicott —dijo Farrell—. Por todos los cielos, no estoy tratando de enseñarle la ley. Usted la conoce bien. Olvídese de esa foto. No demuestra nada en absoluto. Ningún diario se atrevería a publicarla. Ningún juez la admitiría como prueba, porque no va asociada con ningún testigo competente. Y si esa es la prueba que destruyó Marlowe, entonces desde una perspectiva legal no destruyó prueba alguna.

—No pensaba procesar a Steelgrave por asesinato —dijo Endicott secamente—. Pero estoy interesado en saber quién lo mató. El Departamento de Policía, por extraño que pueda parecerle, también tiene cierto interés en la materia. Espero que nuestro interés no lo ofenda.

—Nada me ofende —dijo Farrell—. Por eso estoy aquí. ¿Está seguro de que Steelgrave fue asesinado?

Endicott se limitó a mirarlo fijamente. Farrell prosiguió:

—Tengo entendido que se hallaron dos pistolas, ambas propiedad de Steelgrave.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Endicott.

Se inclinó hacia delante frunciendo el entrecejo.

Farrell arrojó el cigarrillo en el cenicero y se encogió de hombros.

—Diablos, esas cosas se filtran. Una de esas pistolas había servido para matar a Quest y también a Stein. La otra había matado a Steelgrave. Disparada desde cerca. Admito que como regla general esa clase de tipos no eligen esa muerte. Pero pudo ser.

—Sin duda —dijo Endicott gravemente—. Gracias por la sugerencia. Aunque sea errónea.

Farrell sonrió apenas y no dijo nada. Endicott se volvió despacio hacia Mavis Weld.

—Señorita Weld, esta oficina, o al menos su funcionario al cargo, no busca publicidad a costa de gente a quien cierto tipo de publicidad podría serle fatal. Es mi deber decidir si alguien será procesado por alguno de estos crímenes y, en caso de encontrar pruebas suficientes, llevar la acusación. No es mi deber arruinar su carrera explotando el hecho de que usted tuvo la mala suerte o la falta de juicio de ser amiga

de un hombre que, aunque nunca fuera convicto por ningún crimen, fue sin lugar a dudas miembro de una banda criminal en cierto momento. No creo que me haya dicho toda la verdad respecto a la fotografía, pero por el momento no la presionaré. No tiene mucho sentido que le pregunte si usted mató a Steelgrave. Pero sí que quiero saber si tiene algún conocimiento que pueda señalar quién pudo o podría haberlo matado.

Farrell se apresuró a decirle a su clienta:

—Conocimiento, señorita Weld... no meras sospechas.

Ella miró de frente a Endicott.

—No.

Él se puso de pie e inclinó la cabeza.

—Eso es todo por ahora, entonces. Gracias por haber venido.

Farrell y Mavis Weld se pusieron de pie. Yo no me moví. Farrell preguntó:

—¿Organizará una conferencia de prensa?

—Creo que eso se lo dejaré a usted, señor Farrell. Usted siempre ha sido muy hábil en manipular a la prensa.

Farrell asintió y fue a abrir la puerta. Salieron. Me pareció que ella no me miraba al salir, pero algo me rozó ligeramente la nuca. Probablemente por accidente. Su manga.

Endicott observó la puerta cerrarse. Me miró por encima del escritorio.

—¿Farrell también lo representa? He olvidado preguntárselo.

—No puedo permitirme un abogado tan caro. Así que soy vulnerable.

Sonrió.

—Los dejo hacer todos sus trucos, y después salvo mi dignidad cayendo sobre usted, ¿eh?

—Yo no podría impedírselo.

—Usted no está exactamente orgulloso del modo en que ha manejado las cosas, ¿eh, Marlowe?

—Empecé mal. Y a partir de ahí, hice lo que pude.

—¿No cree que tiene ciertas obligaciones para con la ley?

—Las tendría... si la ley fuera como usted.

Se pasó los largos dedos pálidos por el cabello negro.

—Podría darle muchas respuestas —dijo—. Todas sonarían más o menos igual. El ciudadano es la ley. En este país no hemos llegado a comprenderlo. Pensamos que la ley es un enemigo. Somos una nación de enemigos de la policía.

—Será muy difícil cambiarlo —dije—. Por ambas partes.

Se inclinó hacia adelante y apretó un botón.

—Sí —concedió en voz baja—. Será difícil. Pero alguien tiene que empezar. Gracias por venir.

Cuando salía, un secretario entraba por otra puerta con un grueso legajo en las manos.

Un afeitado y un segundo desayuno me hicieron sentir un poco menos como un cartón viejo en el que la gata hubiera parido sus gatitos. Subí a mi oficina y abrí la puerta y respiré el aire encerrado y el olor del polvo. Abrí la ventana e inhalé el aroma de frituras de la cafetería de al lado. Me senté al escritorio y pasé un dedo por las muescas del borde. Llené la pipa, la encendí, me eché hacia atrás y miré a mi alrededor.

—Hola —dije.

Tan solo hablaba a mis muebles, los tres ficheros verdes, la alfombra deshilachada, la silla para los clientes y la luz en el techo, con tres polillas muertas que llevaban seis meses allí. Hablaba al vidrio opaco de la puerta y al *parquet* grasiento y al portaplumas del escritorio y al viejo y cansado teléfono. Hablaba a las escamas del cocodrilo, cuyo nombre era Marlowe, un detective privado de nuestra pequeña y próspera comunidad. No será el tipo más inteligente del mundo, pero es barato. Empezó barato y terminará siendo más barato todavía.

Saqué la botella de Old Forester y la puse sobre el escritorio. Quedaba un tercio. Old Forester. ¿De dónde la sacaste, compañero? Esa belleza de etiqueta verde. Totalmente por encima de tu nivel. Debió de ser un cliente. Alguna vez tuve un cliente.

Y eso me llevó a pensar en ella, y quizá tengo pensamientos más fuertes de lo que creo. Sonó el teléfono y su rara voz precisa sonó exactamente como la primera vez.

—Estoy en la cabina telefónica —dijo—. Si está solo, puedo subir.

—Ajá.

—Supongo que está furioso conmigo —dijo.

—No estoy furioso con nadie. Solo cansado.

—Vaya, seguro que lo está —dijo su voz tensa—. Pero subiré de todos modos. No me importa si está furioso conmigo.

Colgó. Saqué el corcho de la botella de Old Forester y lo olí. Me estremecí. Eso decidía la cuestión. Cuando no podía oler *whisky* sin estremecerme, no me convenía beberlo.

Guardé la botella y fui a abrir la puerta que comunicaba con la sala de espera. Oí sus pasos. Habría reconocido esos pequeños pasos en cualquier parte. Abrí la puerta y ella entró, mirándome con timidez.

Todo había desaparecido. Las gafas, el nuevo peinado, el sombrero, el perfume y el toque de maquillaje. Los adornos, el pintalabios, todo. Todo había desaparecido. Estaba de vuelta en el punto donde había empezado la primera mañana. El mismo traje sastre marrón, el mismo bolso cuadrado, las mismas gafas sin montura, la misma sonrisa pudorosa y pacata.

—Soy yo —dijo—. Vuelvo a casa.

Me siguió a mi sala privada de reflexión, se sentó pacatamente, yo me senté de cualquier manera y la miré.

—De vuelta a Manhattan —dije—. Me sorprende que la dejen.

—Quizá tenga que volver.

—¿Puede permitírselo?

Soltó una breve risa algo incómoda.

—No me costará nada —explicó. Se ajustó las gafas sin montura—. Me siento rara con estas gafas ahora. Me gustaban más las otras. Pero al doctor Zugsmith no le habrían gustado.

Puso el bolso sobre el escritorio y trazó una línea con la punta del dedo. También como la primera vez.

—No recuerdo si al final le devolví sus veinte dólares —dije—. Nos los dimos y devolvimos tantas veces que perdí la cuenta.

—Sí, me los devolvió. Gracias.

—¿Está segura?

—Nunca cometo errores con el dinero. ¿Usted está bien? ¿No le han hecho daño?

—¿La policía? No. Eso fue lo más difícil para ellos.

Me miró con su sorpresa inocente. Después le brillaron los ojos.

—Usted debe de tener un coraje increíble —dijo.

—Suerte, nada más —dije.

Cogí un lápiz y palpé la punta. Una buena punta, si alguien quería escribir. Yo no. Estiré la mano, pasé el lápiz por debajo de la correa del bolso y lo tiré hacia mi lado.

—No toque mi cartera —dijo rápidamente, alargando una mano.

Sonreí y lo puse fuera de su alcance.

—Está bien. Pero es un bolsito muy bonito. Se parece tanto a usted...

Se echó hacia atrás. Había una vaga preocupación en el fondo de sus ojos, pero sonreía.

—¿Le parece que soy bonita... Philip? Soy tan normal...

—Yo no diría eso.

—¿No?

—Por supuesto que no. Pienso que usted es una de las chicas menos corrientes que he conocido.

Hice balancear el bolso por la correa y lo apoyé en un ángulo del escritorio. No separó los ojos de él en ningún momento, pero se pasó la lengua por los labios y siguió sonriéndome.

—Y apuesto a que ha conocido a gran cantidad de chicas —dijo—. ¿Por qué...?

—Bajó la vista y volvió a hacer eso con la punta del dedo sobre el escritorio—. ¿Por qué nunca se ha casado?

Pensé en todos los modos de responder a esa pregunta. Pensé en todas las mujeres que me habían gustado tanto. No, no en todas. En algunas.

—Supongo que sé la respuesta —dije—. Pero sonaría presuntuosa. Las que me

habrían gustado como esposas... bueno, yo no tenía lo que ellas necesitaban. Con las otras no es necesario casarse. Uno se limita a seducirlas... si ellas no se adelantan.

Se ruborizó hasta las raíces de su pelo suave.

—Es horrible cuando habla así.

—Eso vale para algunas de las buenas también —dije—. No lo que ha dicho usted. Lo que he dicho yo. Usted no habría sido tan difícil de conquistar.

—¡No hable así, por favor!

—Bueno, ¿no es verdad?

Bajó la vista al escritorio.

—Querría que me dijera qué pasó con Orrin —pidió despacio—. Estoy tan confundida...

—Le dije que probablemente descarriló. Se lo dije la primera vez que nos vimos, ¿lo recuerda?

Asintió poco a poco, todavía ruborizada.

—Una vida doméstica anormal —expliqué—. Un tipo muy reprimido con un sentimiento muy desarrollado de su propia importancia. Era lo que podía verse del retrato que usted me hizo. No quiero ponerme psicológico, pero creo que era exactamente de los que van hasta el fondo cuando se echan a perder. Después está esa horrible sed de dinero que reina en su familia... en todos salvo en una.

De pronto me sonreía. Si pensaba que me refería a ella, era culpa mía.

—Hay una pregunta que quiero hacerle —dije—. ¿Su padre tuvo un primer matrimonio?

Asintió.

—Eso ayuda. Leila tuvo otra madre. Eso coincide. Dígame algo más. A fin de cuentas, he trabajado mucho para usted, por una tarifa muy baja, de cero dólares netos.

—A usted se le pagó —replicó en tono cortante—. Y bien. Leila se encargó. Y no espere que la llame Mavis Weld. No lo pienso hacer.

—Usted no sabía que me pagarían.

—Bueno... —Hubo una larga pausa, durante la cual sus ojos fueron otra vez a su bolso—. Le pagaron.

—De acuerdo, olvidémoslo. ¿Por qué no quiso hablarme de ella?

—Por vergüenza. Mamá y yo estamos avergonzadas de ella.

—Orrin no. Él la quería.

—¿Orrin? —Hubo un breve silencio, mientras volvía a mirar su bolso. Yo empezaba a sentir curiosidad por lo que había dentro—. Él vivió aquí y supongo que se acostumbró.

—Actuar en el cine no puede ser tan malo.

—No era solo eso —dijo de inmediato, y los dientes se vieron un instante sobre el borde del labio inferior, y algo brilló en sus ojos para apagarse después muy lentamente.

Yo me limité a acercar otra cerilla a la pipa. Estaba demasiado cansado para mostrar emociones, aunque sintiera alguna.

—Lo sé. O al menos lo adivino. ¿Cómo averiguó Orrin algo sobre Steelgrave que la policía ignoraba?

—No... no lo sé —respondió lentamente, eligiendo su camino entre las palabras como un gato por el borde de una cerca—. ¿No habrá sido por ese médico?

—Claro, seguro —dije, con una gran sonrisa cálida—. Él y Orrin se hicieron amigos, en cierto modo. Quizá por un interés común en instrumentos cortantes.

Se echó hacia atrás en su silla. Su carita se veía delgada y angulosa. Sus ojos tenían una mirada suspicaz.

—Ahora es desagradable —dijo—. Siente la obligación de serlo, a intervalos regulares.

—Qué pena —repliqué—. Sería un personaje adorable si me dejara ir. Bonito bolso.

Lo cogí, lo puse frente a mí y lo abrí.

Saltó de la silla.

—¡Deje en paz mi bolso!

La miré fijamente a las gafas sin montura.

—Quiere irse a casa en Manhattan, Kansas, ¿no? ¿Hoy? ¿Ha comprado el billete y todo lo demás?

Movió los labios y volvió a sentarse lentamente.

—De acuerdo —dije—. No la estoy deteniendo. Solo me preguntaba cuánto había sacado del trato.

Empezó a llorar. Abrí el bolso y examiné el interior. Nada, hasta que di con el monedero de cremallera guardado en el fondo. Lo abrí. Había un fajo de billetes nuevos. Lo saqué y los conté. Diez de cien. Todos nuevos. Todos bonitos. Mil dólares limpios. Bonita asignación de viáticos.

Me eché hacia atrás y golpeé el escritorio con el borde del fajo. Ella estaba en silencio, observándome con los ojos húmedos. Saqué un pañuelo del bolso y se lo arrojé. Se secó las lágrimas. Me miró por encima del pañuelo. De vez en cuando soltaba un pequeño sollozo encantador que buscaba compasión.

—Leila me dio el dinero —dijo en un susurro.

—¿Qué tamaño de cuchillo usó?

Se limitó a abrir la boca y una lágrima que se le deslizaba por la mejilla cayó dentro.

—Guárdese lo —dije. Tiré el fajo de dinero dentro del bolso, lo cerré y lo empujé hacia su lado—. Usted y Orrin pertenecen a esa clase de personas que pueden convencerse de que todo lo que hacen está bien. Él puede extorsionar a su hermana y después, cuando un par de delincuentes baratos se enteran de su negocio e intentan arrebatarlo, puede liquidarlos metiéndoles un picahielos en la nuca a cada uno. Probablemente eso ni siquiera le hizo perder el sueño esa noche. Usted puede hacer lo

mismo. Leila no le dio ese dinero. Se lo dio Steelgrave. ¿A cambio de qué?

—Usted es repugnante —dijo—. Es vil. ¿Cómo se atreve a decirme esas cosas?

—¿Quién le pasó el dato a la policía de que el doctor Lagardie conocía a Clausen? Lagardie creía que había sido yo. Pero yo no fui. Así que tuvo que ser usted. ¿Por qué? Para hacer salir a su hermano, que la estaba dejando fuera del juego... porque en ese momento él había perdido su mazo de naipes y se estaba escondiendo. Me gustaría ver algunas de las cartas que escribió a casa. Apuesto a que son jugosas. Casi me lo imagino en acción, espionando a su hermana, tratando de enfocarla con su Leica, con el bueno del doctor Lagardie muy callado al fondo esperando a recibir su parte. ¿Para qué me contrató?

—No lo sé —dijo sin alterarse. Volvió a secarse las lágrimas y metió el pañuelo en el bolso, dispuesta a marcharse—. Orrin nunca mencionó nombres. Yo ni siquiera sabía que había perdido sus fotos. Pero sabía que las había sacado y que eran muy valiosas. Vine a asegurarme.

—¿Asegurarse de qué?

—De que Orrin no estaba jugando sucio conmigo. A veces podía ser horriblemente malo. Podía haberse guardado dinero para él.

—¿Por qué la llamó anteanoche?

—Estaba asustado. El doctor Lagardie ya no estaba contento con él. No tenía las fotos. Las tenía otra persona. Orrin no sabía quién. Estaba asustado.

—Las tenía yo. Y todavía las tengo. Están en esa caja fuerte.

Volvió la cabeza muy despacio hacia la caja fuerte. Se pasó un dedo por los labios. Me miró.

—No le creo —dijo, mientras sus ojos me vigilaban como los de un gato a un ratón.

—¿Qué le parece si nos repartimos esos mil? Y yo le doy las fotos.

Lo pensó.

—No creo que pudiera darle tanto dinero por algo que no es de usted —dijo, y sonrió—. Por favor, démelas. Por favor, Philip. Hay que devolvérselas a Leila.

—¿Por cuánto?

Frunció el entrecejo y pareció ofendida.

—Ella es mi clienta ahora —dije—. Pero traicionarla no sería mal negocio... por un precio adecuado.

—No creo que las tenga.

—De acuerdo.

Me levanté y fui a la caja fuerte. Al cabo de un momento volvía con el sobre. Dejé caer las copias y el negativo sobre el escritorio, cerca de mí. Ella las miró y alargó una mano. Las recogí y las sostuve de modo que pudiera verlas. Cuando volvió a estirar la mano, las aparté.

—No puedo verlas de tan lejos —se quejó.

—Cuesta dinero acercarse.

—Nunca pensé que usted fuera un delincuente —dijo con dignidad.

No dije nada. Volví a encender la pipa.

—Podría obligarlo a dárselas a la policía —dijo.

—Puede intentarlo.

De pronto, se puso a hablar a toda prisa.

—No puedo darle el dinero que tengo, de veras que no puedo. Nosotras... bueno, mamá y yo, debemos dinero todavía por papá, y la casa no está libre de deudas y...

—¿Qué le vendió a Steelgrave por los mil?

Abrió la boca sin querer y pareció fea. Juntó los labios y los apretó. De pronto yo estaba mirando una cara dura y compuesta.

—Tenía una cosa que vender —aventuré—. Sabía dónde estaba Orrin. Para Steelgrave, la información valía mil dólares. Fácil. Es una cuestión de conectar pruebas con testigos. Usted no lo entendería. Steelgrave fue allí y lo mató. Le pagó por la dirección.

—Se lo dijo Leila —dijo con una voz lejana.

—Leila me dijo que se lo dijo ella. Si es necesario, Leila le dirá al mundo que así fue. Igual que le dirá al mundo que ella mató a Steelgrave... si esa fuera la única salida. Leila es la típica niña libre y despreocupada de Hollywood que no tiene una moral muy estricta. Pero cuando se trata de ir al fondo... hay algo sólido allí. No usaría un picahielos. Ni está sedienta de dinero.

El color desapareció de su rostro y quedó pálida como el hielo. La boca le tembló y luego se compuso en un pequeño nudo. Echó hacia atrás la silla e hizo el gesto de levantarse.

—Dinero sangriento —dije en voz baja—. Su propio hermano. Y lo dispuso todo de modo que lo mataran. Mil dólares de dinero sangriento. Espero que sea feliz con ellos.

Se levantó y dio un par de pasos hacia atrás. Después, de pronto, se echó a reír.

—¿Quién podría demostrarlo? —dijo—. ¿Quién queda vivo para demostrarlo? ¿Usted? ¿Quién es usted? Un espión barato, un don nadie. —Soltó una carcajada muy aguda—. ¡Si se lo puede comprar con veinte dólares!

Yo seguía con el sobre de fotos en la mano. Encendí una cerilla y arrojé el negativo al cenicero y lo vi quemarse. Ella se quedó helada en una especie de horror. Empecé a desgarrar las copias en tiras. Le sonreía.

—Un espión barato —repetí—. Bueno, qué podía esperarse. No tengo hermano o hermanas que vender. Así que vendo a mis clientes.

Estaba rígida, con la mirada fija. Terminé de desgarrar las copias y prendí fuego a las tiras en el cenicero.

—Solo lamento una cosa —dije—. No estar en su reencuentro en Manhattan, Kansas, con su vieja y querida madre. No presenciar el combate por esos mil dólares. Apuesto a que será algo digno de ver.

Removí las tiras con un lápiz para que siguieran quemándose. Ella se acercó al

escritorio lentamente, paso a paso, con los ojos fijos en el montón de papeles en llamas.

—Podría decirle a la policía —susurró— muchas cosas. Me creerían.

—Yo podría contarles quién mató a Steelgrave —dije—. Porque yo sé quién no lo mató. Y ellos podrían creerme a mí.

Su cabeza se echó atrás. La luz de la ventana se reflejó en las gafas. No había ojos detrás de ellas.

—No se preocupe —dije—. No lo haré. No me costaría lo suficiente. Y a otra persona le costaría demasiado.

Sonó el teléfono y ella saltó medio metro. Me volví y contesté la llamada.

—Hola.

—Amigo, ¿estás bien?

Hubo un sonido a mis espaldas. Giré el sillón y vi que la puerta se cerraba. Estaba solo en la oficina.

—¿Estás bien, amigo?

—Estoy cansado. He estado levantado toda la noche. Aparte de...

—¿Te ha llamado la pequeña?

—¿La hermana menor? Ha estado aquí hace un momento. Ahora va camino de Manhattan con el botín.

—¿El botín?

—Lo que le sacó a Steelgrave por delatar a su hermano.

Hubo un silencio y después ella dijo con gravedad:

—Eso no puedes saberlo, amigo.

—Sé que estoy sentado frente este escritorio, sosteniendo el teléfono. Sé que oigo tu voz. Y no con tanta certeza, pero con la suficiente, sé quién mató a Steelgrave.

—Eres algo tonto por decirme eso a mí, amigo. Yo no soy ajena a toda sospecha. No deberías confiar demasiado en mí.

—Cometo errores, pero no este. He quemado las fotos. He intentado vendérselas a Orfamay, pero no ha querido pagar el precio.

—Desde luego, te estás burlando, amigo.

—¿Sí? ¿De quién?

Sonó su risa cristalina.

—¿Te gustaría invitarme a almorzar?

—Podría. ¿Estás en tu casa?

—Sí.

—Iré en un momento.

—Estaré encantada.

Colgué.

La comedia había terminado. Yo estaba sentado en el teatro vacío. El telón había

bajado y, proyectado oscuramente sobre él, podía ver la acción. Sin embargo, algunos de los actores ya se hacían vagos e irreales. Sobre todo la hermana menor. En un par de días no recordaría su rostro. Porque en cierto modo ella era muy irreal. Pensé en su viaje de vuelta a Manhattan, Kansas, y en la vieja y querida madre, con esos estupendos mil dólares nuevos en el bolso. Habían tenido que morir algunas personas para que ella los obtuviera, pero no creía que eso la molestara mucho tiempo. Pensé en ella llegando a la oficina por la mañana —¿cómo se llamaba el tipo? Ah, sí, doctor Zugsmith— y quitándole el polvo al escritorio antes de que él llegara y ordenando las revistas en la sala de espera. Llevaría las gafas sin montura y un vestido sencillo, sin maquillaje, y sus modales con los pacientes serían de lo más correctos. «El doctor Zugsmith la recibirá enseguida, señora Whoosis».

Abriría la puerta del consultorio con una sonrisa y la señora Whoosis pasaría, mientras el doctor Zugsmith estaría esperando sentado tras su escritorio, profesional como el demonio, con una chaqueta blanca y el estetoscopio colgándole del cuello. Frente a él tendría un fichero y su recetario. Nada que el doctor Zugsmith no conociera. A él no se lo podía engañar. Lo tenía todo en la punta de los dedos. Cuando miraba a un paciente, conocía las respuestas a todas las preguntas, que de todos modos hacía por pura formalidad.

Cuando miraba a su recepcionista, la señorita Orfamay Quest, veía a una joven callada, adecuadamente vestida para el consultorio de un médico, sin las uñas pintadas ni maquillaje, nada que pudiera ofender a sus pacientes anticuados. Una recepcionista ideal, la señorita Quest.

Cuando el doctor Zugsmith pensaba en ella, se sentía muy satisfecho. Él la había convertido en lo que era. Ella era exactamente lo que el doctor ordenaba.

Lo más probable es que aún no se le hubiera insinuado. Quizá no se estilaba en los pueblos pequeños. ¡Ja, ja! Crecí en uno.

Cambié de postura y miré el reloj de pulsera y al fin saqué la botella de Old Forester del cajón. Lo olí. Olía bien. Me serví un buen trago y lo miré a contraluz.

—Bueno, doctor Zugsmith —dije en voz alta, como si él estuviera sentado allí al otro lado del escritorio con un trago en la mano—, no lo conozco muy bien, y usted no me conoce a mí en absoluto. Por lo general no creo conveniente dar consejos a extraños, pero acabo de hacer un curso breve e intensivo sobre la señorita Orfamay Quest, y romperé mi regla. Si alguna vez esa chica quiere algo de usted, déselo rápido. No empiece a poner excusas, a hablar de los impuestos y el coste de la vida. Envuélvase en una sonrisa y apoquine. No se enzarce en discusiones sobre qué pertenece a quién. Mantenga feliz a esa chica, eso es lo principal. Buena suerte, doctor, y no deje los arpones tirados por la oficina.

Bebí medio trago y esperé a que me calentara. Luego bebí el resto y guardé la botella. Vacié las cenizas frías de la pipa y volví a llenarla sacando el tabaco de la bolsa de cuero que un admirador me había regalado para Navidad, un admirador que por una curiosa coincidencia se llamaba como yo.

Cuando tuve la pipa llena, la encendí cuidadosamente, sin prisa, y bajé a la calle, tan tranquilo como un inglés de vuelta de una cacería de tigres.

Chateau Bercy era viejo pero estaba todo reformado. Tenía esa clase de vestíbulo que pide sillones de plástico y plantas de goma, y en cambio recibe ladrillos de vidrio, luz indirecta, mesas de vidrio y un aire general de haber sido redecorado por un idiota. Los colores básicos eran el verde bilis, el marrón cataplasma, el gris calle y el azul trasero de mono. Era tan relajante como un labio leporino.

El pequeño escritorio de la entrada estaba vacío, pero el espejo de detrás podía ser transparente, así que no traté de colarme por las escaleras. Toqué una campanilla y un hombre corpulento apareció por una esquina y me sonrió con húmedos labios suaves, dientes de un blanco azulino y ojos artificialmente brillantes.

—La señorita Gonzales —dije—. Mi nombre es Marlowe. Ella me espera.

—Por supuesto —dijo agitando las manos—. Sí, por supuesto. La llamaré enseguida. —Tenía una voz que también hacía gestos delicados.

Tomó el teléfono, habló y lo dejó en su lugar.

—Sí, señor Marlowe. La señorita Gonzales dice que suba. Apartamento 412. —Soltó una risita—. Pero supongo que usted ya lo sabe.

—Ahora lo sé —dije—. A propósito, ¿dónde estaba usted en febrero pasado?

—¿En febrero? ¿Febrero? Ah, sí, estaba aquí en febrero. —Lo pronunciaba todo con claridad.

—¿Recuerda la noche que liquidaron a Stein aquí enfrente?

La sonrisa desapareció enseguida de la cara regordeta.

—¿Es usted un agente de policía? —preguntó con un hilo de voz trémula.

—No. Pero lleva los pantalones desabrochados.

Miró hacia abajo con horror y se abrochó los pantalones con las manos casi temblando.

—Bueno, gracias —dijo—. Gracias. —Se inclinó sobre el escritorio, que era bajo—. No fue exactamente aquí enfrente —dijo—. No exactamente. Fue casi en la esquina.

—¿Vivía aquí no?

—Preferiría no hablar del tema. De veras preferiría no hablar. —Hizo una pausa y se pasó el meñique por el labio inferior—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Para que siga hablando. Debería ser más cuidadoso, compañero. Se le huele en el aliento.

El hombre rosado se estremeció de pies a cabeza.

—Si sugiere que he estado bebiendo...

—Solo té —dije—. Y no de una taza.

Me volví. No dijo nada. Cuando llegué al ascensor miré atrás. Estaba con las manos sobre el escritorio y la cabeza tensa, mirándome. Incluso desde lejos se lo veía temblar.

No había ascensorista. El cuarto piso era de un gris frío, con una gruesa moqueta. Había un timbre junto a la puerta del apartamento 412. Al tocarlo, sonaron unas campanas dentro. La puerta se abrió de inmediato. Los hermosos ojos negros me miraban y la boca muy roja me sonreía. Pantalones negros y la camisa de color rojo fuego, como la noche anterior.

—Amigo —saludó suavemente.

Extendió los brazos. Le cogí las muñecas y las uní hasta que las palmas se tocaron. La observé un momento. La expresión de sus ojos era lánguida y salvaje al mismo tiempo.

Le solté las manos, cerré la puerta con el codo y entré. Era como la primera vez.

—Debería asegurárselos —dije tocándole un pecho. Eran muy reales. Los pezones estaban duros como un rubí.

Soltó su risa alegre. Miré a mi alrededor. Todo era azul Francia y gris polvo. No precisamente sus colores, pero muy agradable. Había una falsa chimenea con leños a gas, y sillas y mesas y lámparas en cantidad suficiente, pero no excesiva. Había un pequeño bar en un rincón.

—¿Te gusta mi apartamentito, amigo?

—No digas «apartamentito». Eso también suena a ramera.

No la miré. No quería mirarla. Me senté en un sofá y me froté la frente con una mano.

—Cuatro horas de sueño y un par de copas —dije—. Con eso podré volver a hablar de tonterías contigo. De momento apenas tengo fuerzas para hablar. Pero tengo que hacerlo.

Se sentó a mi lado. Negué con la cabeza.

—Allí. De veras, he venido a hablar en serio.

Se sentó frente a mí y me miró con ojos graves.

—De acuerdo, amigo, como quieras. Soy tu chica... o al menos lo sería con mucho gusto.

—¿Dónde vivías en Cleveland?

—¿En Cleveland? —Su voz era muy suave, casi un arrullo—. ¿Dije que yo había vivido en Cleveland?

—Dijiste que lo habías conocido allí.

Lo pensó, y después asintió.

—Estaba casada entonces, amigo. ¿Qué pasa?

—¿Vivías en Cleveland entonces?

—Sí —dijo.

—¿Cómo conociste a Steelgrave?

—En aquella época era divertido conocer a un gángster. Una forma de inveterado esnobismo, supongo. Íbamos a los sitios donde se decía que iban ellos y si una tenía suerte, quizá una noche...

—Dejaste que te llevara.

Asintió alegremente.

—Digamos que yo me lo llevé a él. Era un hombre muy agradable. De veras lo era.

—¿Y tu marido? Porque dijiste que tenías, ¿o no recuerdas?

Sonrió.

—Las calles del mundo están pavimentadas con maridos abandonados —dijo.

—Desde luego. Se los encuentra por todas partes. Hasta en Bay City.

No conseguí nada con eso. Se encogió de hombros amablemente.

—Sin duda.

—Incluso podría ser un graduado de la Sorbona. Podría estar perdiendo el tiempo con una miserable clientela de pueblo. Esperando. Es una coincidencia que me gustaría tragarme. Tiene un toque poético.

La sonrisa cortés continuó en su hermosa cara.

—Nos hemos distanciado mucho —dijo—. Muchísimo. Aunque nos quisimos bastante. Y llegamos a salir mucho de noche durante una época.

Me miré los dedos. Me dolía la cabeza. No tenía ni el cuarenta por ciento de las energías que debería haber tenido. Me alcanzó una caja de cristal con cigarrillos y tomé uno. Ella ajustó otro a sus tenacillas doradas. El suyo lo sacó de otra caja.

—Preferiría uno de los tuyos —dije.

—Pero el tabaco mejicano le resulta tan fuerte a la mayoría.

—Mientras sea tabaco —dije mirándola. Tomé una decisión—. No, tienes razón. No me gustaría.

—¿Qué significa —preguntó con tacto— ese cambio de opinión?

—El recepcionista fuma otras cosas.

Asintió lentamente.

—Se lo he advertido —dijo—. Más de una vez.

—Amigo —dije.

—¿Qué?

—No hablas mucho en español, ¿no? Quizá no sabes mucho español. Has gastado la palabra «amigo» de tanto usarla.

—Espero que no vayamos a hacer lo mismo que ayer por la tarde —dijo.

—No. Lo único mejicano que tienes son unas pocas palabras y cierta manera de hablar que pretende dar la impresión de que hablas una lengua que has aprendido. Como decir «Yo canto» en lugar de «canto». Ese tipo de cosas.

No respondió. Chupó débilmente el cigarrillo y sonrió.

—Tengo problemas graves en la ciudad —proseguí—. Al parecer, la señorita Weld tuvo el tino de confesarse con su jefe, con Julius Oppenheimer, y él acudió a su rescate. Le contrató a Lee Farrell. No creo que piensen que ella mató a Steelgrave. Pero sí que piensan que yo sé quién lo mató, y ya no me quieren.

—¿Y tú lo sabes, amigo?

—Te lo dije por teléfono.

Me miró a los ojos un largo momento.

—Yo estaba allí. —Por una vez, su voz tenía un sonido seco y serio—. Fue muy curioso, en realidad. La pequeña quería ver la casa de juego. Nunca había visto nada parecido, y como había salido en los periódicos...

—¿Se alojaba aquí... contigo?

—No en mi apartamento, amigo. En una habitación que le conseguí.

—No me extraña que no quisiera decírmelo —comenté—. Pero supongo que no tuviste tiempo de enseñarle el negocio.

Frunció el entrecejo muy ligeramente e hizo un movimiento en el aire con el cigarrillo oscuro. Vi cómo el humo escribía algo ilegible en el aire inmóvil.

—Por favor. Como estaba diciendo, quiso ir a la casa. Así que le llamé a él, y dijo que fuéramos. Cuando llegamos, estaba borracho. Nunca lo había visto borracho antes. Se rio y quiso abrazar a la pequeña Orfamay. Le dijo que se había ganado bien su dinero y que tenía algo para ella; sacó del bolsillo un billete envuelto en un trapo, y se lo dio. Cuando ella lo desenvolvió, había un agujero en medio del billete, y estaba manchado de sangre.

—Eso no fue muy amable —dije—. Ni siquiera podría considerarse característico.

—Tú no lo conociste bien.

—Cierto. Adelante.

—La pequeña Orfamay miró el billete y después lo miró a él; su carita estaba muy seria. Se lo agradeció y abrió el bolso para meter el billete. Yo pensaba que iba a... Fue todo muy curioso...

—Un grito —dije—. A mí me habría dejado sin aliento.

—... Pero en lugar de eso sacó una pistola del bolso. Era la pistola que él le había dado a Mavis, creo. Era como la que...

—Sé exactamente cómo era —dije—. Estuve jugando un poco con ella.

—Dio media vuelta y lo mató de un solo tiro. Fue muy teatral.

Se llevó el cigarrillo a la boca y me sonrió. Una sonrisa curiosa, más bien distante, como si estuviera pensando en algo muy lejano.

—La hiciste confesar ante Mavis Weld —dije. Asintió—. Mavis no te habría creído a ti, supongo.

—No lo intenté siquiera.

—No fuiste tú la que le dio a Orfamay los mil dólares, ¿verdad, querida? ¿Para hacerla hablar? La pequeña haría muchas cosas por mil dólares.

—Prefiero no contestar —dijo con dignidad.

—No. Así que anoche, cuando me llevaste allí, ya sabías que él estaba muerto y que no había nada que temer y que toda la escena con la pistola no fue más que eso, una escena.

—No me gusta jugar a ser Dios —dijo suavemente—. Había un problema, y yo sabía que de un modo u otro tú sacarías a Mavis de él. Nadie más podía hacerlo.

Mavis estaba decidida a cargar con la culpa.

—Será mejor que tome un trago —dije—. Estoy agotado.

Se puso de pie de un salto y fue hacia el pequeño bar. Volvió con un par de enormes vasos con *whisky* y agua. Me tendió uno y me observó a través del vidrio mientras yo lo probaba. Era maravilloso. Tomé un poco más. Volvió a dejarse caer en su sillón y tomó las tenacillas doradas.

—La obligué a marcharse —expliqué al fin—. Me refiero a Mavis. Me dijo que ella lo había matado. Tenía la pistola. Gemela de la que tú me habías dado. Probablemente tú no notaste que la tuya había sido usada.

—Sé muy poco sobre armas —dijo.

—Seguro. Conté las balas, y suponiendo que estuviera llena al empezar, la habían disparado dos veces. Quest murió por dos balas de una automática de calibre 32. El mismo calibre. Recogí los cartuchos en el dormitorio.

—¿Qué dormitorio, amigo?

Empezaba a hartarme. Demasiado «amigo», demasiado.

—Por supuesto, no podía saber que eran de la misma pistola, pero valía la pena comprobarlo. Solo para confundir las cosas un poco y darle un respiro a Mavis. Así que le cambié el arma a Steelgrave y dejé la suya en el bar. Era una 38 negra. Más apropiada para su personalidad. Hasta con cachas talladas pueden dejarse impresiones, pero con cachas de marfil es posible dejar un lindo juego de dedos del lado izquierdo. Steelgrave jamás usaría ese tipo de pistola.

Tenía los ojos redondos y vacíos e intrigados.

—Me temo que no te sigo del todo.

—Y cuando él mataba a un hombre, lo mataba bien muerto y se aseguraba de ello. Este tipo pudo levantarse y caminar un poco.

Un relámpago de algo apareció en sus ojos y desapareció enseguida.

—Me gustaría decir que incluso habló un poco —proseguí—. Pero no fue así. Tenía los pulmones llenos de sangre. Murió a mis pies. Allí.

—Pero ¿dónde? No me has dicho dónde fue que este...

—¿Tengo que decírtelo?

Tomó un sorbo de su vaso. Sonrió. Dejó el vaso.

—Estuviste presente cuando la pequeña Orfamay le dijo dónde debía ir —dije.

—Ah, sí, por supuesto. —Buena recuperación. Rápida y limpia. Aunque su sonrisa parecía un poco más cansada.

—Pero él no fue —afirmé.

Su cigarrillo se detuvo a medio camino. Eso fue todo. Nada más. Después siguió subiendo lentamente hasta sus labios. Inhaló con elegancia.

—Ahí ha estado la clave todo el tiempo —dije—. Simplemente no pude creer en lo que tenía ante las narices. Steelgrave es Weepy Moyer. Eso es definitivo, ¿no?

—Con toda seguridad. Y puede demostrarse.

—Steelgrave es un personaje reformado, y le va bastante bien. Después aparece

ese Stein, que lo molesta con la intención de sacarle dinero. Es una suposición, pero debió de ser más o menos así. Así que Stein tiene que desaparecer. Steelgrave no quiere matar a nadie... y nunca ha sido acusado de matar a nadie. La policía de Cleveland no irá a buscarlo. No tiene cargos pendientes. No hay ningún misterio... salvo que se le consideraba parte de una banda durante una época. Pero tiene que librarse de Stein, así que se hace encarcelar. Entonces sale de la cárcel sobornando al médico, mata a Stein y vuelve al calabozo de inmediato. Al conocerse el crimen, quienquiera que lo haya dejado salir se ocupará de destruir cualquier prueba que pueda incriminarlo. Porque la policía irá a hacerle preguntas.

—Naturalmente, amigo.

La observé buscando una grieta, pero todavía no había ninguna.

—Hasta ahora, todo bien. Y hay que reconocer que este muchacho tenía cerebro de verdad. ¿Por qué permitió que lo tuvieran preso durante diez días? Primera respuesta: para disponer de una coartada. Segunda respuesta: porque sabía que tarde o temprano saldría a luz la pregunta de si él era Moyer, así que ¿por qué no adelantarse y terminar de una vez con el problema? De ese modo, no tendrían que ir a buscar a Steelgrave para echarle las culpas cada vez que mataran a un gángster por aquí.

—¿Te gusta la idea, amigo?

—Sí. Considérala del siguiente modo. ¿Por qué tenía que almorzar en público el mismo día que había salido de la cárcel para matar a Stein? Y si lo hizo, ¿por qué el joven Quest tuvo que estar ahí para sacar una foto? A Stein no lo habían matado todavía, así que la foto no probaba nada. Me gusta que la gente tenga suerte, pero esto es demasiada suerte. Además, aun cuando Steelgrave no supiera que le habían tomado la foto, sabía quién era Quest. Tenía que saberlo. Quest había estado rondando a su hermana pidiéndole dinero desde que perdió su empleo, quizá desde antes. Steelgrave tenía una llave del apartamento de ella. Tenía que conocer la existencia de su hermano. El resultado es simplemente que esa noche entre todas las noches Steelgrave no mató a Stein, aunque lo hubiera planeado.

—Entonces me toca a mí preguntar quién lo hizo —dijo con cortesía.

—Alguien que conocía a Stein y podía acercarse a él. Alguien que ya sabía que esa foto había sido tomada, alguien que sabía quién era Steelgrave, que sabía que Mavis Weld estaba a punto de volverse una gran estrella, que sabía que su asociación con Steelgrave era peligrosa, pero que podía ser mil veces más peligrosa si se podía acusar a Steelgrave de la muerte de Stein. Ese alguien conocía a Quest, porque él había estado en el apartamento de Mavis Weld, y lo había conocido allí y le había tomado las medidas, y él era la clase de chico al que se le podía hacer perder la cabeza con ese trato. También sabía ese alguien que todas esas pistolas del calibre 32 con cachas blancas estaban registradas a nombre de Steelgrave, aunque él las había comprado solo para dárselas a un par de chicas, y que si él llevaba una pistola, sería una que no estuviera registrada y con la que no se pudiera llegar a él. Ese alguien sabía...

—¡Basta! —Su voz sonó como un afilado puñal, pero no parecía asustada, ni siquiera irritada—. ¡Basta ya, por favor! No lo toleraré un minuto más. ¡Váyase!

Me puse de pie. Se echó hacia atrás; una vena le latía visiblemente en el cuello. Estaba exquisita, estaba sombría, estaba letal. Y nada la alcanzaría nunca, ni siquiera la ley.

—¿Por qué mataste a Quest? —pregunté.

Se puso de pie y se acercó a mí, sonriendo otra vez.

—Por dos motivos, amigo. Estaba más que un poco loco, y al final me habría matado él a mí. Y el otro motivo es que nada de esto, absolutamente nada, fue por dinero. Fue todo por amor.

Empecé a reírme en su cara. Pero paré. Estaba mortalmente seria. No era de este mundo.

—No importa cuántos amantes pueda tener una mujer —dijo suavemente—, siempre hay uno que no puede soportar que se lo lleve otra mujer. Steelgrave fue así para mí.

Me limité a mirar sus hermosos ojos oscuros.

—Te creo —dije por fin.

—Bésame, amigo.

—¡Cielo santo!

—Necesito hombres, amigo. Y el hombre que amaba está muerto. Yo lo maté. A ese hombre no quise compartirlo.

—Esperaste mucho.

—Puedo ser paciente... mientras haya esperanza.

—Tonterías.

Sonrió con una sonrisa libre, hermosa y perfectamente natural.

—Y no podrás hacer nada en absoluto al respecto, querido, salvo que destruyas a Mavis Weld total y definitivamente.

—Anoche ella demostró que estaba dispuesta a destruirse a sí misma.

—Si no estaba actuando. —Me miró y se echó a reír—. Te hiere, ¿eh? Estás enamorado de ella.

—Eso sería una tontería —dije lentamente—. Podría sentarme en la oscuridad con ella y cogerla de la mano, pero ¿durante cuánto tiempo? Dentro de poco se la llevará una nube de fama y ropa cara y espuma e irrealidad. Dejará de ser una persona real. Solo una voz en una banda sonora, una cara en una pantalla. Yo querría algo más.

Fui hacia la puerta sin darle la espalda. En realidad, no esperaba un cachiporrazo. Pensé que ella prefería que yo siguiera mi camino sin poder hacer nada para remediarlo.

La miré por última vez al abrir la puerta. Delgada, oscura y hermosa y sonriente. Desbordando sexo. Muchísimo más allá de las leyes morales de este mundo o de cualquier otro que uno pudiera imaginarse.

Salí sin decir nada. Muy suave, su voz me alcanzó cuando cerraba la puerta:
—Querido... me has gustado mucho. Lo lamento.
Cerré la puerta.

Cuando se abrió la puerta del ascensor, en el vestíbulo había un hombre esperando. Era alto y delgado y llevaba el sombrero sobre los ojos. Era un día caluroso, pero él llevaba una gabardina liviana con el cuello levantado. Tenía el mentón bajo.

—Doctor Lagardie —saludé en voz baja.

Me miró sin dar muestras de reconocermelo. Se metió en el ascensor. Subió.

Fui al escritorio y toqué el timbre. El hombre gordo y suave apareció con una sonrisa dolorida en su boca floja. No tenía los ojos tan brillantes como antes.

—Deme el teléfono.

Lo puso sobre el escritorio. Marqué Madison 7911. La voz dijo «Policía». Era el número de emergencias.

—Apartamentos Chateau Bercy, Franklin y Girard en Hollywood. Un hombre llamado doctor Vincent Lagardie, buscado por investigación de homicidio, tenientes French y Beifus, acaba de subir al apartamento 412. Soy Philip Marlowe, detective privado.

—Franklin y Girard. Espere allí, por favor. ¿Va usted armado?

—Sí.

—Reténgalo si trata de marcharse.

Colgué y me sequé los labios. El gordo suave estaba apoyado en el escritorio, con un halo blanco alrededor de los ojos.

Vinieron rápido, pero no lo suficiente. Quizá debí haberlo detenido. Quizá intuí lo que se proponía hacer, y lo dejé pasar deliberadamente. A veces, cuando me siento deprimido, trato de encontrar razones. Pero es demasiado complicado. Todo el caso había sido así. No había ni un solo punto en el que pudiera hacer lo natural y obvio sin detenerme a pensar, mareado, cómo le afectaría a alguien con quien me sentía en deuda.

Cuando echaron la puerta abajo, estaba en el sofá, abrazándola y sosteniéndole la cabeza contra su corazón. Tenía los ojos ciegos y había una espuma sanguinolenta en sus labios. Se había mordido la lengua.

Bajo el pecho izquierdo de ella, atravesando la blusa de color fuego, estaba el mango de plata de un cuchillo que yo había visto antes. El mango tenía la forma de una mujer desnuda. Los ojos de la señorita Dolores Gonzales estaban entreabiertos y en sus labios permanecía el fantasma de una sonrisa provocativa.

—La sonrisa de Hipócrates —dijo el camillero de la ambulancia, y suspiró—. A ella le queda bien.

Le echó un vistazo al doctor Lagardie, que no veía nada ni oía nada, a juzgar por su cara.

—Me temo que alguien ha perdido un sueño —dijo el camillero. Se inclinó y le cerró los ojos a la muerta.

EXTRA

El simple arte de
matar⁽²⁾
por Joyce Carol Oates.

El potente atractivo de ciertas formas de «género» se debe a una aparente simplicidad que, en manos de practicantes inspirados, se eleva hasta una especie de pureza clásica. Hay un elemento de parábola, de cuento de hadas, incluso de ritual, que impulsa variantes del género tan brillantes como *Otra vuelta de tuerca* de Henry James, una historia de fantasmas según la tradición inglesa, de la que su autor hablaba con insólito desdén, prácticamente descalificándola como si fuera una obra inferior. El perdurable atractivo de los alucinados relatos de Edgar Allan Poe, repletos de arabescos y elementos grotescos, emana de su febril y desafiante irrealidad, de la osadía con que, al apropiarse del trillado relato gótico —en particular, de las fábulas de E. T. A. Hoffmann— para sus propios fines comerciales, Poe se desembarazó de toda apariencia de psicología individual y «realismo» sociológico, en aras de otro tipo de visión. Nathaniel Hawthorne solo es realista en sus cuadernos de notas, en particular en las notables piezas en prosa editadas y publicadas como *The American Notebooks*; sus novelas y relatos cortos pertenecen deliberadamente al género de «ficción romántica», alegorías morales ingeniosamente artificiosas que se prestan a numerosas interpretaciones. En el prefacio a *La casa de los siete tejados*, Hawthorne tiene la amabilidad de definir no solo el arte del «relato romántico», sino por implicación toda la ficción de género:

Cuando un escritor llama a su obra «relato», no hace falta decir que desea reclamar cierta posición, tanto en la forma como en el material, que no se habría sentido con derecho a asumir si hubiera declarado que estaba escribiendo una «novela». Se supone que esta última forma de composición aspira a una fidelidad minuciosa, no solo a lo posible, sino a lo probable y al curso normal de la experiencia humana. El relato —aunque, como obra de arte, tiene que someterse estrictamente a las leyes y comete un pecado imperdonable si se aparta de la verdad del corazón humano— tiene perfecto derecho a presentar esa verdad bajo las circunstancias, en gran medida, de la propia elección o creación del escritor.

Toda la ficción de Herman Melville es una variante del romanticismo en estos términos hawthornianos. Más sutil y ambigua es la apropiación del género del diario por Henry David Thoreau en *Walden*, un artificioso y semificticio retrato de «Henry David Thoreau» como héroe libre de toda historia e identidad personal. El *Huckleberry Finn* de Mark Twain se concibió como compañero de *Tom Sawyer*, un libro de picaresca para niños en el que se descubren verdades claramente adultas. *El retrato de Dorian Grey* de Oscar Wilde es un cuento moral cuyo análogo visual es *La carrera del libertino* de William Hogarth. Los *Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, el *Frankenstein* de Mary Shelley, *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Robert Louis Stevenson, *La isla del doctor Moreau*, *La máquina del tiempo* y *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, *Rebelión en la granja* de George Orwell... todas son apropiaciones de géneros sumamente entretenidos, al servicio de polémicas morales o políticas. *Trilby* de George Du Maurier (1894) es una obra única en la que un cuento

gótico emerge fantástica pero convincentemente de lo que parecía ser una novela de memorias realista. (*Trilby* fue, dicho sea de paso, el primer *best seller* fulgurante de la literatura americana moderna).

En estas obras tan idiosincráticas, el «género» no hace disminuir el genio de una obra, sino que le proporciona un canal de expresión. Consideremos la novela «realista», minuciosamente estudiada, con motivaciones psicológicas y precisión histórica, de la que *Rebelión en la granja* de Orwell es el equivalente ágil y brillante en forma de fábula de animales, y empezaremos a apreciar el extraordinario poder que puede poseer la literatura de género. En las circunstancias adecuadas, el género se mueve con la velocidad de un purasangre al arrancar, dejando muy atrás al animal bueno, diligente y fiel que va encadenado a un carro cargado con «lo real».

Estudios sobre la histeria, de Sigmund Freud, es el modelo clásico de un género popular moderno, el «estudio de casos», que pretende ser un análisis retrospectivo de algún tipo de patología, donde el médico es el detective y el paciente es la víctima; el primero generalmente varón y el segundo frecuentemente mujer, o bien un hombre disminuido de algún modo. Oliver Sacks es el más dotado de los practicantes contemporáneos del género, y lo ha desarrollado por caminos que se desvían considerablemente del de Freud. *Lolita* de Vladimir Nabokov lleva como subtítulo *Confesiones de un viudo de raza blanca*, y la voz de Humbert Humbert es la del falso penitente que confiesa sus pecados y alardea de sabiduría moral después de haber dado rienda suelta a la pasión... en la venerada tradición de San Agustín. Cada una de las novelas de Nabokov es a la vez *sui generis* y una subversión de un género: *Pálido fuego* es un enloquecido *tour de force* de erudición académica, en el que las notas al pie aplastan el tema ostensible; *La verdadera vida de Sebastian Knight*; *Invitado a una decapitación*; *Rey, dama, valet*; *Cosas transparentes*... son variantes de la novela de misterio, de igual manera que la «autobiográfica» *Habla, memoria* es un trabajo de ingeniosa autoinvención... presentado como unas «memorias», lo mismo que el *Walden* de Thoreau, aunque muy diferente. Un género nativo de la literatura popular norteamericana es el llamado indistintamente «gótico», «terror», «ocultista» o «fantasía oscura», que desciende directamente de Poe, y que incluye practicantes tan dispares como Charlotte Perkins Gilman («El empapelado amarillo» es una brillante reinterpretación feminista del narrador «loco» de Poe), Ambrose Bierce, H. P. Lovecraft, August Derleth y, en décadas más recientes, Paul Bowles, Tennessee Williams, Ursula K. Le Guin, John Crowley, Steven Millhauser, Jonathan Carroll, Thomas Ligotti, Barry N. Malzberg, Kathe Koja y Joanna Scott, además de escritores de *best sellers* como Stephen King, Anne Rice, Peter Straub y R. L. Stine, cuyas novelas venden decenas de millones de ejemplares. Temáticamente, este género se divide en dos categorías que se solapan: obras en las que aparecen fuerzas sobrenaturales, que se manifiestan literalmente como monstruos o simbólicamente como «compulsiones» en personas supuestamente normales; y obras en las que depredadores sexuales obsesivos acechan a sus víctimas. La primera se podría definir

como una forma básicamente juvenil, y la segunda como su equivalente adulto.

El género más nativo de la literatura norteamericana es el del «misterio policíaco», que desciende directamente de los cuentos de raciocinio de Edgar Allan Poe; «La carta robada», «Los crímenes de la calle Morgue» y «El misterio de Marie Roget», en los que el detective parisino C. Auguste Dupin resuelve ingeniosamente misterios que han frustrado a mentes más normales. «El escarabajo de oro» de Poe, que seguramente es uno de los misterios más tediosos del mundo, ha generado la inmensa riada de códigos, claves, mensajes secretos y «pistas» que son las herramientas habituales del género, llegando al apogeo de lo absurdo en los recargados y artificiosos misterios de Ellery Queen en los años treinta. (No obstante, el misterio sobrecargado de pistas está disfrutando actualmente de una espectacular resurrección, como consecuencia de los recientes avances de la ciencia forense, incluyendo la identificación de ADN; en estas aventuras, la investigación científica ha suplantado a la especulación de salón a cargo de detectives aficionados, y el que resuelve el enigma puede ser tanto una mujer como un hombre, como en los muy vendidos misterios de Patricia Cornwell, que antes fue patóloga). Dos variantes brillantes son *Ficciones* de Jorge Luis Borges y *El nombre de la rosa* de Umberto Eco (donde el villano es un bibliotecario ciego llamado «Jorge de Burgos»), que rinden homenaje al género, trascendiéndolo al mismo tiempo.

Y aun más nativo de América es el «misterio detectivesco *hard-boiled*», con su ambientación realista, generalmente urbana, que solo se ajusta parcialmente al precepto de Hawthorne a propósito de la ficción romántica: «Tiene que someterse estrictamente a las leyes» y «comete un pecado imperdonable» si se aparta de las «verdades del corazón humano». De hecho, el género es una especie de antipastoral demoníaca en la que se desafían constantemente las «leyes» de la probabilidad, y su verdad principal del corazón humano es que hombres y mujeres, pero con más frecuencia las mujeres (si son guapas), están podridos hasta la médula.

La influencia de Raymond Chandler y de su reconocido mentor Dashiell Hammet ha sido ubicua en el género, un fenómeno de estilo, actitud y atmósfera; los convencionalismos del cine negro han ascendido hasta el nivel de parodia y más allá... Estos relatos negros se transfieren fácilmente a la pantalla porque se han concebido cinematográficamente, estructurados de manera que el esqueleto de la obra lo forman los periódicos estallidos de acción y violencia, y no el lenguaje narrativo que los rodea. (En caso de duda, aconsejaba alegremente Chandler al escritor de este tipo de ficción, haz que entre un tipo con una pistola). En los misterios detectivescos británicos que Chandler despreciaba —los de Agatha Christie y Dorothy Sayers, entre otros—, la acción y la violencia prácticamente no existen, pues prima la apacible resolución del problema. La corrupción del orden social, que se da por sentada en la ficción detectivesca americana, rara vez hace aparición en la

conservadora tradición británica, ni siquiera en los relativamente sofisticados «procedimientos» policiales de Ruth Rendell y P. D. James. Las variantes «realistas» del género tendrían que ser misterios para policías de verdad, ya que los detectives privados rara vez intervienen en casos de crímenes, y en estos tiempos no tienen acceso a las averiguaciones de los expertos forenses. En las últimas décadas, el procedimiento policial ha florecido, dando lugar a un subgénero enormemente popular, con conocimiento del mundo pero no del todo cínico, repleto de información de última hora y personajes «pintorescos»; aunque su desarrollo sigue una fórmula invariable, el procedimiento policial puede ser sumamente inventivo dentro de sus límites y fuertemente atmosférico, como en las novelas de Joseph Wambaugh (un expolicía), James Lee Burke y el prolífico Ed McBain (Evan Hunter), con sus atractivos protagonistas, detectives muy machos y completamente profesionales.

La honradez es un arte.

RAYMOND CHANDLER,
El simple arte de matar.

Mientras que el género romántico, para mujeres, es universalmente vituperado, el género de misterio y detectives, que es claramente su equivalente para hombres, ha gozado durante mucho tiempo de un privilegiado estatus de culto. ¿Cuáles son los deseos secretos que satisfacen los artificiosos argumentos de este género? ¿Cuáles son sus supuestos subterráneos, sus creencias congénitas? ¿Quién es el héroe y salvador solitario, portador de la semilla sagrada que nunca se reproduce en simple carne? Porque los detectives, por supuesto, no tienen prole. Raymond Chandler, sumo sacerdote de su propio culto, lo proclama apasionadamente:

Por estas malas calles tiene que andar un hombre que no es malo, que no está corrompido ni tiene miedo. El detective [...] tiene que ser un hombre así. Es el héroe; lo es todo. Tiene que ser un hombre de una pieza y un hombre normal, pero no un hombre corriente. Tiene que ser, por usar una frase bastante gastada, un hombre de honor: por instinto, porque no lo puede evitar, sin pensar en ello, y desde luego sin decirlo. Tiene que ser el mejor hombre de este mundo y un hombre lo bastante bueno para cualquier mundo. [...] No acepta dinero de nadie si no se lo gana honradamente, y no acepta insolencias de nadie sin la debida y desapasionada represalia. Es un hombre solitario, y está orgulloso de que le trates como a un hombre orgulloso o lamentarás mucho haberle conocido.

Dejando aparte por el momento el hecho de que, en la vida real, el detective privado es la antítesis del icono romántico de Chandler, y que lo más probable es que sea un policía fracasado o despedido, esta atrevida proclama, con sus ecos de Hemingway, deja clara una cosa: el detective es todo lo que los demás hombres no son, digno objeto de su envidia, adulación y deseo. Es la fantasía que cumple los deseos del lector (varón) del género, como la heroína romántica es la fantasía que cumple los deseos de la lectora (mujer) de ese otro género. No es un depredador sexual, ya que con frecuencia las mujeres lo llenan de repulsión, pero es la esencia misma de la virilidad. No es ya que su pistola sugiera un falo mágico, es que él mismo es el falo mágico, inextinguible.

Sin embargo, a pesar de que el gracioso Philip Marlowe [el héroe-detective de Chandler] prescinde hasta de los rudimentos del encanto personal, empeñado en seguir siendo un adolescente sarcástico entre adultos desaprobadores, disfruta de un notable acceso al (despreciado) mundo de la riqueza, el privilegio, el poder, la autoridad política; es convocado constantemente a las casas de ricos desconocidos que le suplican que los ayude, y se entera de los secretos más íntimos y sórdidos de

hombres y mujeres cuyas elevadas posiciones sociales, en circunstancias normales, asegurarían que su camino nunca se cruzara con el de ellos. A veces, de manera improbable pero maravillosa, se encuentra en posición de ofrecer ayuda espontánea a uno de ellos, como en el curioso principio de *El largo adiós*: «La primera vez que le eché la vista encima, Terry Lennox estaba borracho en un Rolls-Royce Silver Wraith a la puerta de la terraza de The Dancers».

Investigador privado, «ojo» privado (*private eye*): la figura fantástica del detective de Chandler no se diferencia mucho de un hombre «invisible» o un ser sobrenatural con poderes mágicos de observación, intuición, movilidad y supervivencia. Philip Marlowe es repetidamente «aporreado» en la cabeza con cachiporras o cañones de pistola, le disparan, pegan, patean, estrangulan, drogan, atan y dejan por muerto; pero invariablemente se recupera, y a veces, en el plazo de unos pocos minutos, ejecuta su «desapasionada» represalia sobre uno u otro de los caricaturizados matones y esbirros que pueblan como sabandijas los escenarios de Los Ángeles/«Bay City» de las novelas de Chandler:

Lo golpeé con una risita. Dejé caer el muelle sobre un costado de su cabeza y él se tambaleó hacia delante. Me adelanté para quedar a su lado cuando cayó de rodillas. Lo golpeé dos veces más. Soltó un gemido. Le quité la porra de la mano flácida. Gimió.

Le apliqué la rodilla en la cara. Me hice daño en la rodilla. No tuvo oportunidad de decirme si le lastimé la cara. Mientras gemía lo golpeé con la porra (*adiós, muñeca*).

Mientras que en una novela realista o «literaria» no hay expectativas de que el protagonista, por mucho que se lo merezca, triunfe o al menos sobreviva, en estas obras de género hay un acuerdo tácito entre el autor y el lector que garantiza que el detective triunfará, como debe hacerlo la fuerza misma de la vida. En este sentido, hasta la novela americana de detectives «hard-boiled» es una «comodidad» británica: se nos hace saber que estamos en manos seguras, que no tenemos que temer el caos de la derrota de nuestros deseos más profundos. La promesa de la novela de detectives es que su principio, su misma declaración inicial, es al mismo tiempo su final, una vez resuelto el terror de la ambigüedad. En *El largo adiós*, Philip Marlowe rompe su habitual reserva acerca de sí mismo para jactarse tranquilamente:

Soy un investigador privado con licencia y llevo bastante tiempo siéndolo. Soy un lobo solitario, soltero, camino de la edad madura, y no soy rico. He estado en la cárcel más de una vez, y no me ocupé de divorcios. Me gusta la bebida, las mujeres, el ajedrez y unas pocas cosas más. No gusto mucho a los polis, pero conozco a un par con los que me llevo bien. Soy nativo de aquí, nacido en Santa Rosa, ambos padres muertos, sin hermanos ni hermanas.

Philip Marlowe fue despedido por «insubordinación» de la oficina de un fiscal del distrito, pero no está claro que estudiara derecho; tampoco parece que haya tenido formación de policía. Nunca ha estado casado porque no le gustan «las mujeres de los policías». Cuando lo encontramos por primera vez en *El sueño eterno* (1939), tiene treinta y tres años y su tarifa es de veinticinco dólares al día más gastos; en los

tiempos de *El largo adiós* (1953), tiene cuarenta y dos años y sus honorarios han subido a cuarenta dólares al día más gastos. Es un hombre impresionante, varonil, al que las mujeres adoran, generalmente en proporción directa a su desdén: la pobre niña rica y drogada Carmen Sternwood de *El sueño eterno*, de veinte años, se le presenta con una sonrisa: «Eres alto, ¿eh?», «Además de guapo» y «Es usted muy atractivo», y a los pocos segundos de su primer encuentro finge desmayarse en sus brazos. Y más adelante, profana de tal manera su lecho de soltero al esperarle desnuda en él que él rasga la ropa de cama «con ensañamiento». Su hermana mayor y casada, Vivian, exclama «¡Vaya, qué hombre tan sombrío, tan guapo y tan bruto! Debiera tirarle un Buick a la cabeza».

Se da a entender repetidamente que Marlowe es alto, moreno, atractivo; lo confunden con un boxeador; hasta la casta y sensata Anne Riordan, de *Adiós, muñeca*, periodista e hija de policía, está dolorosamente prendada de él. La más bella seductora de todas las aventuras de Marlowe, la escurridiza Velma de *Adiós, muñeca*, con su disfraz de esposa del rico y moribundo señor Grayle, se siente inmediatamente atraída por él, o da esa halagadora impresión:

—¿Cómo te llamas?

—Phil. ¿Y tú?

—Helen. Bésame.

Se inclinó suavemente sobre mis piernas y yo me incliné sobre su rostro y empecé a rozarlo con los labios. Movié las pestañas, que me barrieron las mejillas. Cuando llegué a su boca, estaba medio abierta y ardiendo, y la lengua era una serpiente viva entre los dientes.

Tenemos también a la «rubia de ensueño» Eileen Wade, de *El largo adiós*, una esposa aparentemente fiel y equilibrada, tan bella y deseable a los ojos de Philip Marlowe que este solo puede describirla como «inclasificable, tan remota y transparente como el agua de la montaña, tan difícil de aprehender como su color»... También ella sucumbe finalmente al deseo histérico, un frenesí específicamente femenino:

Quando me volví hacia ella ya había empezado a caer hacia mí. De manera que la sujeté. No me quedaba otro remedio. Se apretó con fuerza contra mí y sus cabellos me rozaron la cara. Su boca se abrió para que la besara. Temblaba. Abrió los labios, separó los dientes y apareció la lengua como una saeta. Luego bajó las manos, tiró de algo y la bata que llevaba se abrió...

—Llévame a la cama —susurró.

Y más, y más, y más. Hay muchos ejemplos de esto, pero Marlowe siempre escapa, por supuesto, con la sagrada simiente sin mancillar.

Aunque sea una figura de culto de envidiable atractivo sexual, siempre recorriendo las laberínticas calles de Los Ángeles en busca de lo que su creador llama en su más famoso ensayo, «El simple arte de matar», una «verdad escondida», Philip Marlowe es también «un hombre normal, o no podría mezclarse con la gente normal»; se diría que es un receptáculo de igualitarismo americano, la voz misma de la democracia: «Tiene una amplitud de conocimientos que te asombra, pero que le

pertenece por derecho porque pertenece al mundo en el que él vive». Pero hay una selección de palabras, bastante obscenas para los criterios contemporáneos y sin duda repugnantes en la época de Chandler, que salen con naturalidad y frecuencia de los labios de Philip Marlowe: «negrata», «betún», «marica», «loca», «judía», «cholo», «espagueti», «espalda mojada», «japo». En este paisaje de macho caucasiano, «un afeminado no tiene hierro en los huesos, sea cual sea su aspecto...».

Como la niebla de Los Ángeles, de la que habla con tanto conocimiento, la misoginia de Marlowe impregna las novelas; y aun, con una suprema falta de inhibición, nos informa repetidamente de su aversión a la mujer: «Es muy duro para las mujeres —incluso para las mujeres buenas— darse cuenta de que sus cuerpos no son irresistibles». Y más brutal: «Las mujeres me tienen harto». La tradición, o el cliché *noir*, dice que las mujeres son malas y desagradables si son seres sexuales; si no son seres sexuales, prácticamente no existen. El varón caucasiano con cierta sensibilidad de macho es el árbitro de todos los valores, de toda moral. Estos machos se entienden unos con otros instintivamente; cuando se encuentran, su conexión es inmediata e indiscutida, sellada con el sacramento de la bebida abundante, como el curioso y casi místico lazo fraternal entre Marlowe y el alcohólico misógino Terry Lennox, «héroe de guerra» y esposo mantenido de una mujer rica y promiscua, que acaba con un tiro en la cabeza mientras a ella le machacan su bello rostro hasta dejarlo irreconocible a mitad del ridículo y retorcido argumento de *El largo adiós*. Marlowe, el desdeñoso homófobo, nunca se cuestiona su propio encariñamiento con Lennox, aunque es probable que esto intrigue al lector. Los dos hombres se entienden de manera tan intuitiva que no hay necesidad de los rituales sociales normales: «No nos dimos la mano. Nunca lo hacíamos. Los ingleses no se dan la mano constantemente como hacen los americanos, y aunque Terry Lennox no era inglés, tenía algunas de sus peculiaridades». El perfil del macho ideal caucasiano americano resulta ser, al examinarlo más atentamente, el de un macho caucasiano inglés. ¿Es posible que Marlowe, el hombre normal, sea un terrible esnob? ¿Misógino, racista, homófobo y un poquito antisemita?

La peor pesadilla de un escritor es ver su obra descatalogada, al borde del olvido; la segunda peor pesadilla de un escritor es ver su obra reeditada en su práctica totalidad, en uno o dos gruesos y desalentadores volúmenes, con sus obras primerizas, inferiores y heterogéneas mezcladas con las obras «mayores». Raymond Chandler es el primer autor de un género popular canonizado por la Library of America, reeditado en la «autorizada» serie de formato uniforme que incluye a nuestros grandes clásicos americanos y algunas cosas más (no solo las novelas de Jack London, por ejemplo, sino sus pesados comentarios sociales; no solo la ficción de Henry James, sino sus voluminosos ensayos, reseñas, apuntes de viaje y reflexiones).

El imprimátur de la Library of America es a la vez inmortalizador y embalsamador; en el caso de Chandler, hay algo ridículo en la presentación misma de sus novelas policíacas en un formato tan académico, cuando están pidiendo a gritos ser publicadas por separado, preferiblemente en rústica, con cubiertas adecuadamente melodramáticas y románticas. ¡Notas a pie de página! ¡La edición en plan serio y académico de «textos» publicados originalmente en *Black Mask*, *Dime Detective*, *Detective Fiction*, y desestimados por su creador como «basura»! Cómo se habría reído Chandler, con la gracia que le hacían las pretensiones literarias.

Soy solo un tipo que recompuso unas cuantas novelitas pulp en forma de libro. ¿Cómo iba a importarme un bledo la narración policial como forma? Lo único que busco es una excusa para hacer unos cuantos experimentos de diálogo dramático. Para justificarlos, necesito argumentos y situaciones; pero básicamente no me importa ninguna de las dos cosas. Lo único que me importa es lo que Errol Flynn llama «la música», las frases que tiene que decir.

Además, la decisión de los editores de la Library of America de meter tantos de los primeros e inferiores trabajos de Chandler junto con sus mejores novelas (*El sueño eterno*; *Adiós, muñeca*; *La ventana alta*; *La hermana pequeña*; *El largo adiós*) no ha sido afortunada. Los trece relatos «pulp» de mediados de los años treinta que abren el Volumen I son un reto hasta para el lector mejor dispuesto...

Encontramos constantemente las expresiones «sabueso», «fisgón» y «pies planos» en boca de matones, villanos y «polis» de caricatura, como si el género mismo del misterio policial estuviera agotado ya en 1935, antes de que Chandler comenzara su carrera de novelista. El papel de pasta barata y percedera era lo ideal para estos relatos pulp llenos de clichés, de los que la Library of America incluye la asombrosa cantidad de 585 páginas. ¡Cuánto mejor habría sido empezar por *El sueño eterno*, la primera obra de ficción sólida de Chandler! Dan ganas de describirla como su primera obra madura... pero lo cierto es que tenía cuarenta y cinco años cuando vendió su primer relato pulp, y cincuenta y uno cuando se publicó *El sueño eterno*, con críticas entusiastas y ventas alentadoras tanto en Estados Unidos como en Inglaterra. Aunque la novela, como otras de sus obras, era en parte una

«canibalización» (expresión de Chandler) de relatos anteriores, el lenguaje que inventó para ella, la «voz» de Philip Marlowe, hace sonar una música completamente diferente. Estamos en un paisaje *noir* y, efectivamente, aparecen toscas caricaturas de mujeres, pero la prosa se eleva a alturas de elocuencia desinhibida y nos damos cuenta, con un estremecimiento de emoción, de que no estamos en presencia de un simple narrador de historias de acción, sino de un estilista, de un escritor con una visión. La fantasía o deseo incumplido que impulsa el género de misterio policial es el deseo de penetrar en las fachadas, de conocer secretos prohibidos a los mortales vulgares, y el detective («ojo») privado nos lleva a esta clase de sitios y nos describe lo que ve, vemos, de una manera que la «visión» es a la vez información y sensación:

El sendero nos llevó hasta un lateral del invernadero, donde el mayordomo abrió una puerta y se hizo a un lado. Me encontré con un vestíbulo donde hacía un calor de horno. El mayordomo entró detrás de mí, cerró la puerta exterior, abrió la interior y también atravesamos la segunda. Entonces empezó a hacer calor de verdad. El aire era denso, húmedo, lleno de vapor y perfumado con el empalagoso olor de las orquídeas tropicales en plena floración. Las paredes y el techo de cristal estaban muy empañados, y grandes gotas de humedad caían ruidosamente sobre las plantas. La luz tenía un color verdoso irreal, como luz filtrada a través de un acuario. Las plantas lo llenaban todo, un verdadero bosque, con desagradables hojas carnosas y tallos como los dedos recién lavados de los muertos. Y olían de manera tan agobiante como alcohol en ebullición debajo de una manta.

Con excepción de *Adiós, muñeca*, las principales novelas de Chandler se distinguen por sus impactantes escenas iniciales. El mismo lector que se ha jurado no volver a perder el tiempo con un libro de misterio policial, después de haberse tragado los cada vez más retorcidos e improbables giros del argumento de una novela policíaca anterior, se siente arrastrado a una nueva aventura, cautivado por la seductora prosa de Chandler. ¡Antes de los absurdos y las pesadeces de la explicación de la trama, una sensación de misterio, de anhelo romántico! *La ventana alta*, con su descripción inicial de la mansión Murdock en Pasadena y sus reiteradas imágenes de ventanas desde las que caen, o son empujados, hombres aterrorizados; *La dama del lago*, que comienza con Marlowe entrando en un edificio de oficinas muy atmosférico (como los cuadros de Edward Hopper que representan oficinas melancólicas en tonos sepia) y termina con imágenes de una mujer ahogada flotando en un lago y del cuerpo destrozado de un hombre en un coche estrellado en el fondo de un cañón; *La hermana menor*, que abre con una descripción del despacho de Marlowe, donde penetra el mal bajo la improbable forma de la «hermana menor»; *El largo adiós*, con su romántica evocación de un seudohermano de Marlowe en medio de la glamourosa vida nocturna de Los Ángeles... Estos breves pero deslumbrantes vuelos son demostraciones del talento de Chandler, aunque las novelas que los contienen son invariablemente decepcionantes, repletas de incidentes intragables, emociones no asimiladas, títeres en lugar de caracterización. *Adiós, muñeca*, a pesar de su inspirado título, es una novela malísima hasta el octavo capítulo, en el que, misteriosamente pero en puro y errático estilo chandleresco, cobra vida, adquiriendo una inteligencia, una perspectiva, incluso un cierto grado de profundidad. Los

«experimentos de diálogo dramático» de Chandler tienen un aire de «a lo que salga»; algunos de sus capítulos parece que no hayan sido corregidos. Es posible que al autor, que se jactaba de haber tenido una educación clásica (en el Dulwich College de Inglaterra), le aburrieran las exigencias de «argumento» propias del melodrama; en cualquier caso, no era un artesano dotado, mezclaba personajes por la pura fuerza de la coincidencia, y no mediante las tramas orgánicas y cuidadosamente pensadas de su joven y en algunos aspectos más dotado contemporáneo Ross MacDonald (véanse *El escalofrío*, *La mirada del adiós*, *El blanco en movimiento*). En sus «Doce comentarios sobre el relato de misterio», Chandler argumenta a la defensiva: «No se puede escribir una novela de misterio perfecta. El tipo de mente capaz de desarrollar el problema perfecto no es el mismo tipo de mente que puede realizar el trabajo artístico de escribir». (¿Es que Chandler no ha leído a Dickens: el brillante e intrigante *Misterio de Edwin Drood*? ¿Y qué me dicen de la ingeniosa trama de *Tom Jones*, de Henry Fielding, una historia «policíaca» de tipo único?) Tal como lo practicaba Chandler, el relato de misterio policíaco es, reconocidamente, un arte de segunda clase. Las enrevesadas rutas que Marlowe sigue, repletas de pistas falsas, subidas y bajadas, callejones sin salida, empiezan a desvanecerse inmediatamente después de «resolverse» los misterios, como se desvanecen los sueños perturbadores con mucha carga emocional cuando el durmiente se despierta. En este género, más que en ningún otro, la anticipación lo es todo; la revelación, prácticamente nada.

Lo más atractivo de Chandler es su tono característico, que es el del observador neutral y perplejo. Marlowe tiene el ojo del poeta o del cómico misántropo para la metáfora precisa, para empaquetar información en una figura de lenguaje, un aforismo o una frase ingeniosa. ¿Quién sino Marlowe comentaría que una cliente insincera empuja sus modestos honorarios en billetes sobre su mesa «muy despacio, muy triste, como si estuviera ahogando a su gato favorito»? ¿Quién sino Marlowe comentaría acerca de una mujer madura y desaliñada que su voz «se arrastraba fuera de su garganta como un hombre enfermo saliendo de la cama», o que «la sospecha trepó por toda su cara como un gato, pero no tan juguetonamente»? A veces, los símiles, el ingenio forzado, se descontrolan y parece que Marlowe está parodiando la «música» de Chandler: «Me puse de pie. Estaba tan mareado como un derviche, tan débil como una lavadora vieja, tan bajo como el vientre de un tejón, tan tímido como un pajarito y tan escaso de probabilidades de éxito como un bailarín de *ballet* con una pierna ortopédica».

Las frases clásicas de Marlowe salen volando de la página con aparente facilidad, aunque seguramente están colocadas en los textos de la misma manera que las frases brillantes de Emily Dickinson en sus poemas y cartas: «Era tan mona como una tina de lavar», «Pasaba tan inadvertido como una tarántula en un plato de natillas», «Sois tan interesantes como un par de pelotas de golf perdidas», «Tenía el pelo del color del interior de una lata de sardinas». Típicamente resacoso, Marlowe comenta sobre sí mismo en medio de una aventura fastidiosa «Volví a Hollywood sintiéndome como

un trozo de cuerda masticada [...] Dentro de mi cabeza, los pensamientos se pegaban unos a otros como moscas en papel matamoscas [...] Una hora pasó arrastrándose como una cucaracha enferma»... La ironía fallida es mero sarcasmo; el sarcasmo es frecuentemente un insulto juvenil. Chandler explota esta veta de manera consistente en sus relatos y novelas, dando por supuesta una mentalidad similar de repulsión sexual en sus lectores (masculinos).

En otras ocasiones, Chandler permite a Marlowe una sensibilidad más intelectual, a veces lírica. El detective comenta sobre un personaje sospechoso que «su historia parecía un poco demasiado sólida. Tenía la austera sencillez de la ficción, en lugar de la trama enmarañada de los hechos», un comentario que, teniendo en cuenta las enmarañadas tramas de Chandler, es un eufemismo cómico. En *El largo adiós* hay una oda a los bares desvergonzadamente nostálgica y sentimental... y aun más larga y entusiasta es una oda a las rubias que empieza diciendo «hay rubias y rubias» y prepara hábilmente la escena para la «chica de ensueño» Eileen Wade, por la que Marlowe sentirá una atracción tan galante. De vez en cuando, el detective prescinde por completo de su cinismo y habla con la que seguramente es la voz sin intermediarios de su creador:

Antes me gustaba esta ciudad [...] Hace mucho tiempo. Había árboles Wilshire Boulevard. Beverly Hills era una población rural. Westwood solo tenía colinas peladas [...] Hollywood era un racimo de casas de madera en la ruta interurbana. Los Ángeles, una ciudad algo extensa, soleada y seca, con casas feas y nada de estilo, pero mucha benevolencia y tranquilidad [...] La gente solía dormir en los porches.

Dejando aparte los arrebatos de bebida excesiva, depresión suicida y alguna que otra crisis mental, la vida de Raymond Chandler se parecía muy poco al fantástico mundo *noir* de su imaginación. Parece que se sentía cohibido, y que incluso pedía excusas por su personalidad «apocada», en contraste con el heroico Marlowe, aquel «simple advenedizo alcohólico» con «tanta conciencia social como un caballo». Nació en 1888 en Chicago, y después de que su padre alcohólico abandonara a la familia, él y su madre vivieron en varias ciudades de Estados Unidos e Inglaterra, donde Chandler se educó. En 1918 se alistó en el ejército canadiense, fue enviado a Francia, donde combatió en las trincheras («Cuando has tenido que dirigir un pelotón hacia el fuego directo de ametralladoras, nada vuelve a ser lo mismo») y fue herido y licenciado con el grado de sargento en funciones. Como muchos escritores, parece que Chandler era inútil para cualquier otro oficio, habiendo probado de manera inconstante el periodismo y los negocios (contabilidad, auditorías). Permaneció soltero y vivió con su madre hasta 1924; tenía treinta y seis años cuando ella murió de cáncer, e inmediatamente se casó con una mujer llamada Cissy Pascal, que tenía cincuenta y cuatro años.

Su vida con Cissy fue itinerante y desorganizada, marcada por el alcoholismo agudo y la conducta errática por parte de Chandler. Parece que le fue compulsivamente infiel, al menos al principio, pero después de la muerte de Cissy en

1954 él se vino abajo por completo. «Durante treinta años, diez meses y cuatro días, ella fue la luz de mi vida, toda mi ambición. Todo lo que yo hacía no era más que lumbre para que ella se calentara las manos», le escribió Chandler a su editor inglés, Hamish Hamilton, poco antes de intentar suicidarse. Los cambios de humor de Chandler, su desprecio de sí mismo y la pura y torpe obstinación de su alcoholismo hacen pensar en Wade, el novelista de éxito para cuya protección es contratado Marlowe, y que al final es asesinado por la mismísima «chica de ensueño» Eileen mientras, a todos los efectos, Marlowe mira para otro lado. Chandler era un borracho crónico, pero, al igual que su detective, aguantó durante un tiempo notablemente largo, viviendo hasta la edad de setenta y un años, escribiendo prácticamente hasta el final y, en su lecho de muerte, proponiéndole matrimonio a Helga Greene, su agente literaria (por razones sentimentales o por interés, Helga aceptó). Además de los relatos pulp y las novelas importantes, los volúmenes de la Library of America contienen la última y no muy inspirada novela de Chandler, *Playback* (1958), escrita cuando ya se habían agotado sus reservas de frases y símiles ingeniosos; el guión de la célebre película negra *Perdición* (*Double Indemnity*, 1944), adaptado de la escueta novela de James M. Cain en colaboración con Billy Wilder («una experiencia angustiosa», recordaba Chandler), que fue nominado para un premio de la Academia; varios ensayos provocativos, de los que el deplorable «Escritores en Hollywood» es tan oportuno hoy como cuando se escribió hace décadas; y una selección de cartas escritas en la última parte de la vida de Chandler, después de 1945...

El fenómeno de Raymond Chandler plantea una cuestión interesante: ¿se puede ser una figura «mayor» en un campo «menor»? ¿un «gran» escritor en un género en el que hay muy poca competencia por la «grandeza»? Siempre ha parecido haber un elemento de argumentación especial en las críticas a Chandler, como si, de algún modo, los fallos y desaciertos de sus novelas no fueran relevantes. ¿Es la canonización de Chandler por la Library of America un gesto sentimental, un resbalón recurrente? ¿O es que han decidido ampliar la definición de «clásico americano» para incluir a un practicante de la escuela *hard-boiled* del misterio policíaco, una decisión imaginativa, que abre posibilidades para la publicación de otros escritores populares muy queridos que han sobresalido en sus respectivos géneros? Inmediatamente acuden a la mente H. P. Lovecraft («terror gótico»), Ray Bradbury («fantasía» y «ciencia ficción»), Ayn Rand («profecía», «romance»)...

En una carta del 7 de enero de 1945 a un agente literario, Chandler comentaba:

Lo único que quería cuando empecé era jugar con un lenguaje nuevo y fascinante, y procurar ver, sin que nadie lo advirtiera, qué se podía hacer con él como medio de expresión que se mantuviera al nivel del pensamiento no intelectual y sin embargo adquiriera el poder de decir cosas que normalmente solo se dicen con un aire literario. La verdad es que no me importaba mucho qué tipo de historia iba a escribir; escribí melodramas porque cuando miré a mi alrededor era el único tipo de escritura que me pareció relativamente honesto...

Nadie diría, ante esta confesión disimulada, que los contemporáneos y casi

contemporáneos de Chandler eran, entre otros, Sherwood Anderson, Ernest Hemingway, Willa Cather, Jean Toomer, F. Scott Fitzgerald, Zora Neale Hurston, Eugene O'Neill, William Faulkner, Richard Wright, Langston Hughes, William Carlos Williams, T. S. Eliot, Lillian Hellman, Tennessee Williams... El melodrama no es una forma «honesta» de ficción, aunque, para ser justos con Chandler, es posible que él lo pensara.



RAYMOND CHANDLER fue un novelista estadounidense nacido en Chicago el 22 de julio de 1888 y fallecido en La Jolla, California, el 26 de marzo de 1959. Considerado uno de los grandes representantes de la novela negra, su personaje recurrente, Philip Marlowe, es uno de los detectives privados más conocidos de la literatura (varias veces llevado a la gran pantalla): duro y honesto, su sensatez choca en ocasiones con el entorno brutal, sórdido y envarado de California, donde trabaja.

Chandler, tras el divorcio de sus padres (su padre era un maltratador), se crió con su madre en Inglaterra, si bien parte de su educación también transcurrió en Alemania y en Francia. Tras una breve experiencia como funcionario del gobierno británico, se dedicó al periodismo, colaborando con publicaciones como el *London Daily Express* y la *Bristol Western Gazette*. Antes de volver a Estados Unidos en 1912, ya había publicado 27 poemas y su primer relato: *The Rose Leaf Romance*. Tras titularse como contable, se alistó en las Fuerzas Expedicionarias Canadienses para luchar en Francia en la Primera Guerra Mundial; preparándose para piloto de la RAF terminó la contienda. Se casó con Cissy Hurlburt, 18 años mayor que él, y se dedicó de lleno a la escritura, desarrollando un estilo propio que se diferenciaba de otros escritores del género negro. No publicó su primera novela hasta los 51 años, y posteriormente se dedicó también al guión cinematográfico. Tras la muerte de su esposa, y aunque tuvo otras amantes, cayó en una depresión y empeoró su condición de alcohólico hasta su fallecimiento.

En sus novelas se encuentran situaciones representativas del maltrato y manejo del

poder entre políticos corruptos y policías, tema que trabaja de manera muy elaborada, con un dominio del lenguaje muy cuidado y particular, y un notable realismo en el estilo muy plagado de una cáustica ironía.

NOTAS

[1] En inglés, «Toad» significa «sapo». (N. del T.) <<

[2] Artículo aparecido originalmente en *The New York Review of Books* con motivo de la publicación de dos volúmenes con la obra de Chandler en la *Library of America*. En 1999 se recogió en el volumen miscelánea de la autora titulado *Where I've Been, and Where I'm Going*. <<